

BERNARD CORNWELL

EL
PORTADOR
DE LA
LLAMA

SAJONES, VIKINGOS Y NORMANOS, X



Lectulandia

UHTRED ESTÁ DECIDIDO A RECUPERAR BEBBANBURG...

Inglaterra vive una paz inquietante. Sigtryggr, el gobernante vikingo de Northumbria, y la reina sajona de Mercia, Eteflada, han acordado una tregua. Ante la inesperada calma, Uhtred de Bebbanburg tiene finalmente la oportunidad de recuperar el hogar que el traidor de su tío le robó hace tantos años y que ahora aún ocupa su intrigante primo.

Sin embargo, el destino es inexorable. Un nuevo enemigo va a participar en la lucha por los reinos de Inglaterra: el temible Constantin de Escocia aprovecha el momento para iniciar su conquista y conduce sus ejércitos hacia el sur. De repente, la precaria paz amenaza con convertirse en una guerra sangrienta.

Uhtred está decidido a que nada, ni los nuevos ni los viejos enemigos, lo alejen de sus derechos y su patrimonio. Él es el señor de Bebbanburg. Y conseguirá su sueño aunque sean necesarias todas las habilidades aprendidas a lo largo de una vida llena de batallas...

Lectulandia

Bernard Cornwell

El Portador de la Llama

Sajones, vikingos y normandos - 10

ePub r1.0

Titivillus 13.06.2018

Título original: *The Flame Bearer*
Bernard Cornwell, 2016
Traducción: Gregorio Cantera Chamorro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El portador de la llama está dedicado a
Kevin Scott Callahan (1992-2015).
Wýrd bið ful ãræd.

ΤΟΡΌΝΙΜΟΣ

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbraland para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

- **Ætgrefin:** Yeavinger Bell, Northumbria
- **Alba:** Reino que ocupaba gran parte de la actual Escocia
- **Beamfleot:** Benfleet, Essex
- **Bebbanburg:** Castillo de Bamburgh, Northumbria
- **Beina:** Río Bain
- **Cair Liguallid:** Carlisle, Cumbria
- **Ceaster:** Chester, Cheshire
- **Cirrenceastre:** Cirencester, Gloucestershire
- **Cocuedes:** Isla Coquet, Northumbria
- **Contwaraburg:** Canterbury, Kent
- **Dumnoc:** Dunwich, Suffolk (hoy casi sumergida bajo el mar)
- **Dunholm:** Durham, condado de Durham
- **Eoferwic:** York, Yorkshire (Jorvik, en danés)
- **Ethandum:** Edington, Wiltshire
- **The Gewasc:** The Wash (estuario)
- **Godmundcestre:** Godmanchester, Cambridgeshire
- **Grimesbi:** Grimsby, Humberside
- **Gyruum:** Jarrow, Tyne & Wear
- **Hornecastre:** Horncastle, Lincolnshire

- **Humbre:** Río Humber
- **Huntandun:** Huntingdon, Cambridgeshire
- **Ledecestre:** Leicester, Leicestershire
- **Lindcolne:** Lincoln, Lincolnshire
- **Lindisfarena:** Lindisfarne (Isla Santa), Northumbria
- **Lundene:** Londres
- **Mældunesburh:** Malmesbury, Wiltshire
- **Steanford:** Stamford, Lincolnshire
- **Strath Clota:** Strathclyde, Escocia
- **Sumorsæte:** Somerset
- **Tinan:** Río Tyne
- **Use:** Río Ouse (Northumbria); río Gran Ouse (Anglia Oriental)
- **Wavenhe:** Río Waveney
- **Weallbyrig:** Nombre ficticio de un fortín en el muro de Adriano
- **Wiire:** Río Wear
- **Wiltunscir:** Wiltshire
- **Wintanceaster:** Winchester, Hampshire

PRIMERA PARTE

EL REY

CAPÍTULO I

Todo empezó con tres barcos.

En aquel momento, eran cuatro.

Aquellos tres habían arribado a las costas de Northumbria cuando yo era niño; en cuestión de días, mi hermano mayor había perdido la vida; pocas semanas después, mi padre le había seguido los pasos camino de la tumba, mi tío me había despojado de mi señorío y yo me había convertido en un proscrito para, a la vuelta de los años, verme en la misma playa, atisbando cuatro barcos que se acercaban a las mismas costas.

Procedían del norte, y ya se sabe que nada bueno puede venir del norte. El norte solo trae neviscas y heladas, hombres del norte y escoceses. Enemigos, pues, y bastantes tenía ya desde el momento en que había vuelto a Northumbria con el propósito de recuperar Bebbanburg. Había vuelto para acabar con mi primo, que usurpaba un puesto que solo a mí me correspondía. Había vuelto para recuperar lo que por derecho era mío.

Bebbanburg quedaba más al sur. Desde donde estábamos y a lomos de nuestras monturas, las dunas eran tan altas que no alcanzaba a ver las murallas, pero sí cómo, confundido con las nubes grises y bajas que, veloces, se desplazaban hacia las ceñudas cumbres de Northumbria, soplaban un viento endiablado que arrastraba tierra adentro, hacia el oeste, el humo que salía de los hogares de la fortaleza.

Un viento cortante que levantaba unas olas blancas que, al romper, se precipitaban contra la costa anegando los arenales que se extendían hasta Lindisfarena. A lo lejos y entre nubes de espuma, blancas caperuzas de más y más amenazantes olas. Hacía un frío helador. Quizá ya fuera verano en Britania, pero, en las costas de Northumbria, el invierno aún se dejaba sentir como un cuchillo bien afilado, de modo que me arrebujé en mi capa de piel de oso.

—Mal día para hacerse a la mar —me señaló Berg a voces. Era uno de los más jóvenes de mis hombres, un hombre del norte que disfrutaba de lo lindo con una espada en la mano. A lo largo del último año, se había dejado crecer sus de por sí ya largos cabellos que, semejantes a una hermosa cola de caballo, le asomaban por debajo del reborde del yelmo. En cierta ocasión, yo mismo había sido testigo de cómo un sajón había atrapado a un hombre por los pelos y, tras haberlo tumbado de espaldas, lo había derribado de la silla de montar antes de alancearlo cuando todavía se revolvía en la hierba.

—Haríais bien en cortaros esos pelos —le aconsejé.

—¡A la hora de pelear, siempre me los recojo! —repuso a gritos, antes de volver

la vista hacia el mar—. ¡Van a naufragar! ¡Demasiado cerca de la costa!

Los cuatro barcos bordeaban la costa, pero se las veían y deseaban para mantenerse a flote. El viento buscaba la forma de atraerlos a tierra firme y hacerlos encallar en los arenales hasta vararlos para mejor hacerlos trizas, pero los remeros no deslomaban a los remos, en tanto que los timoneles hacían cuanto podían por mantener las proas alejadas de los rompientes. Las olas se abalanzaban sobre ellos vomitando espuma blanca sobre las cubiertas. Con el viento de cara, demasiado fuerte como para desplegar lonas o aparejos, las pesadas velas permanecían arrumadas en cubierta.

—¿Quiénes son? —se interesó mi hijo, espoleando su montura hasta ponerse a mi altura. El viento le levantaba la capa, alborotando de paso las crines y la cola de su caballo.

—¡Y qué sé yo! —reliqué.

—¿No los habíais visto antes?

—No, nunca —dije. Era capaz de distinguir casi todas las naves que merodeaban por las costas de Northumbria, pero el caso es que nunca antes había visto aquellas cuatro embarcaciones. No se trataba de navíos mercantes, sino de cuatro naves de desafiantes y altivas proas con cubiertas a ras de agua, más propias de barcos de guerra. Y con cabezas de animales a modo de mascarones de proa, lo que daba a entender que eran paganos. No se trataba de naves pequeñas, precisamente. Cuarenta o cincuenta hombres a ojo de buen cubero a bordo de cada una; hombres que, en medio de aquel mar embravecido y a merced de un gélido viento, remaban con todas sus fuerzas con tal de salir bien parados. La marea ya subía, de modo que la corriente los empujaba hacia el norte por más que los cuatro barcos, de los que solo sobresalían los dragones que coronaban sus proas, mientras las furibundas olas de aquel mar tan revuelto rompían sin cesar contra sus cascos, trataran de poner rumbo sur. Reparé en cómo el barco más cercano a la costa se encabritaba tras sufrir la embestida de una ola para, al cabo, casi desaparecer bajo las aguas glaciales que se abatían contra su tajamar. ¿Acaso no sabían que había un canal poco profundo que discurría a espaldas de Lindisfarena que podía llevarlos a buen puerto? Pero ese canal, que saltaba a la vista en marea baja, en aquellas circunstancias y con aquel mar que, agitado por el viento, arrasaba con todo, permanecía oculto bajo nubes de espuma y olas enfurecidas, y los cuatro barcos, ajenos al abrigo que el canal pudiera ofrecerles, dejaron atrás la embocadura y se dispusieron a seguir enfrentándose a aquel mar bravío hasta dar con un fondeadero donde recalar con tranquilidad.

Se dirigían a Bebbanburg.

Espoleé mi caballo y, al frente de los sesenta hombres que venían conmigo, echamos a andar por la playa. Me escocía la cara por culpa de aquel viento cargado de arena.

No sabía quiénes eran, pero sí a dónde se dirigían. Iban a Bebbanburg y, de repente, me dio por pensar que eso venía a complicar, y mucho, las cosas.



Casi sin darnos cuenta, llegamos al canal de Bebbanburg. Las olas, rompían con estrépito en la playa antes de desparramarse por la bocana del puerto, convirtiendo la angosta embocadura en un torbellino de espuma gris. No era ancha; de niño, muchas veces la había cruzado a nado, aunque nunca con una resaca tan fuerte. Uno de los primeros recuerdos que conservo de mi infancia era el de un chiquillo que, arrastrado por la corriente hasta más allá del canal, había perecido ahogado. Se llamaba Eglaf, debía de tener seis o siete años por entonces y era hijo único de un cura. La claridad con que recordamos rostros y nombres de un pasado tan remoto nunca deja de llamarme la atención. Era un chaval menudo, delgaducho, de pelo oscuro y muy divertido; me caía bien. Mi hermano mayor lo había desafiado a cruzar el canal a nado, y todavía me acuerdo de cómo se reía mientras Eglaf desaparecía en aquella inmensidad de oscuras aguas erizadas de blancas caperuzas. Al ver que me había echado a llorar, mi hermano me propinó una colleja, al tiempo que, muy convencido, decía: «Era un flojo».

¡Con qué facilidad despreciamos la falta de bravura! Solo las mujeres y los curas pueden dar muestras de debilidad. Los poetas también, si me apuran. El pobre Eglaf había perdido la vida por haber querido aparentar que era tan temerario como los demás para, a la postre, dar por sentado que no era sino tan necio como todos nosotros.

—Eglaf —se me escapó en voz alta, mientras, al paso, enfilábamos la arena que azotaba el viento.

—¿Qué decís? —me preguntó a voces mi hijo.

—Eglaf —repetí, sin ni siquiera tomarme la molestia de explicarle a quién me refería. Soy de los que creen que en tanto recordemos sus nombres, las personas siguen vivas. No sé cómo discurrirán sus vidas, si como espíritus que, al igual que las nubes, vagan sin rumbo fijo, o si viven en un mundo más allá de este. Era más que posible que Eglaf no hubiera ido al Valhalla, porque no había muerto en la batalla; pero, claro, no hay que olvidar que también era cristiano, así que había debido de acabar en el cielo de los cristianos, lo que me llevaba a sentir mucha más pena por él. Los cristianos me aseguran que, en su cielo, no hacen más que proclamar las alabanzas de su dios crucificado por siempre jamás. ¡Por siempre jamás! ¡Toda la eternidad! ¿Qué dios puede ser tan engreído como para exigir que le canten sus alabanzas por siempre jamás? Lo que, de paso, me llevó a acordarme de Barwulf, un *thegn*, un terrateniente, sajón del oeste por más señas, que había pagado a cuatro arpistas para que interpretasen los cantares que celebraban sus gestas en el campo de batalla, gestas de las que apenas si había noticia. Barwulf no era sino un cerdo bien cebado, ambicioso y egoísta; la clase de hombre que, sin duda, estaría encantado de oír cómo lo alababan de continuo por siempre jamás. Así que me imaginaba al dios

de los cristianos como un *thegn* gordinflón y taciturno que, solitario, vagaba por el salón de las celebraciones, sin dejar de escuchar el runrún de sus lacayos, que no dejaban de proclamar sus grandezas.

—¡Están dando la vuelta! —me advirtió mi hijo, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. Volví la vista hacia la izquierda y reparé en cómo el primero de los barcos retrocedía hasta el canal. Aunque un timonel bisoño bien podría haberse dejado engañar por la fuerza de la corriente que los arrastraba hacia la costa, la entrada no presentaba dificultades. Aquel hombre, sin embargo, tenía la suficiente experiencia como para darse cuenta a tiempo del peligro y guiar el largo casco sin vacilaciones.

—Contad los hombres que van a bordo —le ordené a Berg.

Entre montones de arena recubiertos de oscuros sargazos, conchas marinas y madera de deriva, refrenando los caballos, recorrimos la orilla norte del canal.

—¿Quiénes son? —se interesó Rorik, un muchacho, mi nuevo mozo.

—Probablemente hombres del norte —repuse—, como vos.

Había malherido a Rorik y acabado con su padre en el curso de una tumultuosa batalla en la que habíamos conseguido expulsar a los paganos de Mercia, y había sentido remordimientos por haberme enfrentado con un niño: solo tenía nueve años cuando descargué mi machete, *Aguijón de avispa*, sobre él y, con tal de quitarme ese peso de encima, había acabado por adoptarlo, tal y como hiciera Ragnar conmigo muchos años antes. El brazo izquierdo de Rorik ya estaba curado, y, aunque nunca llegaría a tener en él tanta fuerza como en el derecho, sí tendría la suficiente para empuñar un escudo, y se lo veía contento. Me caía bien aquel chico.

—¡Hombres del norte! —repitió encantado.

—Eso creo yo —repuse. Algo había en aquellos barcos que, aun sin estar seguro del todo, me llevaba a pensar que, más que daneses, se trataba de hombres del norte. Quizá la mayor vistosidad de los gigantescos animales que lucían en los mascarones de proa, o aquellos mástiles cortos, situados más cerca de la popa que en la mayoría de los barcos daneses—. ¡No os adentréis demasiado! —le dije a voces a Berg, que había espoleado su montura hasta hundir las cernejas del animal en aquellos turbulentos bajíos.

Entre aquellas olas que, azotadas por el viento, parecían cubiertas de blanco, rauda discurría la corriente por el canal; pero yo no perdía de vista la otra orilla, a cincuenta o sesenta yardas de donde estábamos. Por aquel lado, había una pequeña lengua de arena que no tardaría en cubrir la subida de la marea; más allá, unas oscuras rocas que llegaban a los pies de una muralla. Una muralla de piedra que, como casi todo lo que se veía en Bebbanburg, se remontaba a los tiempos de mi padre. En el centro de la muralla, la Puerta que daba al Mar. Años atrás, aterrorizado tan solo de pensar en que se me ocurriera ir a por él, mi tío había procedido a clausurar tanto la Puerta Alta como la Puerta Baja, que, juntas, constituían la entrada principal de la fortaleza, y había abierto aquella otra puerta hacia el mar, una puerta a

la que solo podía llegarse en barco o siguiendo un camino que discurría por la playa hasta los pies de la muralla que daba al mar. Cuando, con el paso del tiempo, empezó a perder aquel miedo cerval, y a la vista de que asegurar las provisiones que llegaban a la fortaleza solo a través de aquella puerta era una tarea tan enojosa como lenta, había vuelto a abrir las otras dos que miraban al sur, pero la Puerta que daba al Mar aún seguía donde él la había abierto. Tras ella, un sendero empinado conducía hasta otra puerta situada más arriba, en la empalizada de madera que rodeaba la oblonga cima de la peña sobre la que se alzaba Bebbanburg.

Observé que el número de hombres que arribaban al adarve de la alta empalizada iba en aumento, y desde allí lanzaban saludos; no a nosotros, sino a los barcos que llegaban. Pensé incluso que había oído algunos gritos de ánimo procedentes de las altas murallas, pero quizá solo fueran imaginaciones mías.

Lo que no me esperaba fue aquella lanza. Un hombre la lanzó desde lo alto de la empalizada y, recortada contra las oscuras nubes, observé su siniestro vuelo. Durante un instante, tras dar la impresión de que se había quedado suspendida en el aire, se abalanzó, de repente, como un halcón, y cayó a plomo antes de ir a estamparse con violencia en los bajíos a cuatro o cinco pasos del caballo de Berg.

—Haceos con ella —le dije a Rorik.

Entonces sí que, sin lugar a dudas, oí gritos de júbilo procedentes de las murallas. El lanzamiento quizá se hubiera quedado algo corto, pero, en cualquier caso, había sido de lo más certero. Cayeron otras dos lanzas, que fueron a perderse en el centro del canal. Rorik me presentó la primera de las lanzas.

—Mantenedla con la punta hacia abajo —le dije.

—¿Hacia abajo? —se extrañó.

—Lo más cerca posible de la arena.

Desmonté, me arremangué la pesada cota de malla, me desaté los cordones de los calzones y apunté.

—Mantenedla así —le ordené a Rorik y, entonces, tras cerciorarme de que los hombres que iban en la proa del primero de los barcos no perdían de vista lo que hacía, me puse a mear sobre la lanza. Mi hijo reía por lo bajo; Rorik se moría de risa —. Ahora dadme la lanza —ordené al muchacho. Me hice con el asta de fresno y dejé que pasara un rato. Veloz, el barco que iba en cabeza se adentraba ya en el canal; las olas rompían con fuerza contra su casco, en tanto que los remeros no cejaban en su empeño. Su altivo mascarón de proa, un dragón de fauces abiertas y ojos relucientes, se encabritaba por encima de aquellas aguas blancas. Eché el brazo hacia atrás y esperé. No iba a ser un tiro fácil, y menos todavía habida cuenta de la fuerza del viento y del peso de la capa de piel de oso que me empujaba el brazo hacia abajo, pero no tenía tiempo de despojarme de tan pesado atuendo—. ¡Que la maldición de Odín recaiga sobre vosotros! —grité a los del barco, y arrojé la lanza.

Veinte pasos.

Y la punta de aquella arma, la misma sobre la que acababa de mear, dio de lleno

en el blanco que iba buscando: el ojo del dragón, y allí se quedó temblando el asta mientras, en alas de la corriente, veloz, el barco nos dejaba atrás, en busca de las aguas mucho más encalmadas de la ancha ensenada que, al abrigo de la tormenta, se abría a los pies de la gran peña sobre la que se alzaba la fortaleza, mi fortaleza, Bebbanburg.



Bebbanburg.

Había soñado con recuperarla desde el mismo día en que me fue arrebatada. Semejante despojo había sido una maniobra de mi tío y, en aquel momento, su hijo, que, por si fuera poco, tenía la osadía de llamarse Uhtred, como yo, era quien ostentaba el señorío. Todo el mundo decía que, de no mediar traición o por falta de víveres, la fortaleza era inexpugnable. De recia construcción, erigida en lo alto de una gran peña que más parecía una isla, por tierra, solo un angosto sendero permitía acceder a aquel enclave que, para colmo, era mío.

Tan solo una vez había estado en un tris de apoderarme de ella. Mis hombres y yo habíamos conseguido franquear la Puerta Baja, pero los defensores habían conseguido cerrar la Alta en el momento oportuno, de modo que mi primo era quien seguía al mando de aquella gran fortaleza a orillas de un mar bravío. Allí ondeaba todavía su enseña de la cabeza de lobo, en tanto que sus hombres se mofaban de nosotros al ver cómo emprendíamos la retirada, igual que en aquel momento jaleaban al ver cómo, raudos, los cuatro barcos enfilaban el canal en busca del fondeadero seguro que les ofrecía aquella ensenada de aguas poco profundas.

—Ciento cincuenta hombres —me informó Berg, antes de añadir—; según mis cuentas.

—Algunas mujeres y niños también —apuntó mi hijo.

—Lo que quiere decir que han venido para quedarse —concluí—, quienesquiera que sean.

Bordeamos la orilla norte de la ensenada por aquella parte de la playa que no era sino una pura humareda, gracias a las fogatas donde los aparceros de mi primo ahumaban arenques y obtenían sal a fuerza de hervir el agua del mar, aparceros que, muertos de miedo, no se movían de sus casuchas en la orilla de la ensenada que miraba tierra adentro. Tan asustados estaban de nosotros como de los barcos que acababan de llegar y que, en aquel momento, procedían a arrojar las anclas de piedra entre los pequeños botes de pesca que trataban de resguardarse de aquel viento endiablado en las tranquilas aguas de Bebbanburg. Acallado al instante, en alguno de aquellos cuchitriles con techumbre de tapines ladró un perro. Espoleé mi caballo por entre dos de aquellas casuchas y enfilé la pendiente que se alzaba a sus espaldas. Al vernos llegar, las cabras se espantaron, y la cabrera, una niña de cinco o seis años,

cubriéndose la cabeza con las manos, empezó a gimotear. Al llegar a lo alto del otero, me di media vuelta y ocasión tuve de contemplar cómo las tripulaciones de los cuatro barcos bajaban a tierra con pesados bultos a sus espaldas.

—Podríamos acabar con todos a medida que vayan llegando a tierra —dejó caer mi hijo.

—Ahora mismo, no —repuse, al tiempo que le señalaba la Puerta Baja, que cerraba el paso a la angosta lengua de tierra que llevaba a la fortaleza y por donde, en aquel momento, salían unos jinetes que, dejando atrás aquel portón en arco adornado con calaveras, al galope iban camino de la ensenada.

Sin dejar de reír entre dientes, Berg me señaló el barco que quedaba más cerca de donde estábamos.

—¡Todavía lleva la lanza clavada, mi señor!

—Pura chiripa —comentó mi hijo.

—No es cierto —replicó Berg, con voz de pocos amigos—. Odín guiaba el arma. —Era un joven devoto.

En lugar de acompañar a los guerreros que acababan de desembarcar hasta la fortaleza que, imponente, se erguía en lo alto de la peña, los jinetes los llevaron a las casuchas de aquel poblado. En cuanto llegaban a la orilla y junto con haces de lanzas, montones de escudos e innumerables hachas y espadas, las tripulaciones descargaban en la arena los bultos que llevaban. Las mujeres se hacían cargo de llevar a los pequeños a tierra firme. El viento nos traía voces y risas entrecortadas. Los recién llegados habían venido para quedarse y, por si no estaba claro que, desde aquel momento, tomaban posesión de aquellas tierras, hundiendo un mástil en los guijarros de la playa, un hombre enarboló un estandarte a la orilla del mar. Un estandarte gris que aquel gélido viento zarandeaba a su antojo.

—¿Llegáis a ver qué lleva pintado? —pregunté.

—Una cabeza de dragón —me dijo Berg.

—¿Conocéis a alguien en cuyo estandarte ondee la cabeza de un dragón? —se interesó mi hijo.

—Nadie que yo sepa —repuse, encogiéndome de hombros.

—Me gustaría ver un dragón —comentó Berg, con gesto soñador.

—Bien pudiera ser la última cosa que vierais en vuestra vida —apuntó mi hijo.

No sé si, de verdad, existen o no los dragones. La verdad es que nunca he visto ninguno. Mi padre me había contado que habitaban en las altas colinas y que se comían el ganado y las ovejas, pero Beocca, quien, aparte de haber sido uno de los curas del séquito de mi padre, también había sido mi tutor cuando era niño, estaba convencido de que los dragones dormitan en las profundidades de la tierra.

—Son criaturas de Satán —me había explicado— y se ocultan en lo más hondo hasta que llegue el fin de los tiempos. Cuando, para anunciar el retorno de Cristo, retumben las trompas de los ejércitos celestiales, como demonios que son, ¡resurgirán de las profundidades y les plantarán cara! ¡Sus alas oscurecerán el sol, su aliento

abrasará la tierra y su fuego se llevará por delante a los justos!

—¿Así que todos moriremos?

—¡No, no, no! ¡Nos enfrentaremos a ellos!

—¿Y cómo se puede hacer frente a un dragón? —le pregunté.

—Orando, muchacho, con nuestras oraciones.

—O sea que podemos damos por muertos —repuse yo, lo que me valió una colleja.

Para entonces, cuatro barcos habían llevado la estirpe del dragón a Bebbanburg. Mi primo sabía que íbamos a por él. Bien resguardado tras los muros de aquella fortaleza inexpugnable y con el respaldo de los reyes de Northumbria, se había sentido a salvo durante años. Aquellos reyes me la tenían jurada desde hacía mucho tiempo. Si hubiera querido atacar Bebbanburg, antes habría tenido que abrirme paso por la fuerza a lo largo y ancho de Northumbria, y derrotar a las huestes de daneses y hombres del norte que, unidas, saldrían en defensa de su territorio. Pero, en aquel momento, el rey que ocupaba el trono de Eoferwic era mi yerno, mi hija era la reina, los paganos de Northumbria eran amigos y podía cabalgar desde la marca fronteriza con Mercia hasta las murallas de Bebbanburg sin que nadie me molestase. Durante cosa de un mes, había sacado partido de aquella recién estrenada libertad, haciendo incursiones en los pastos de mi primo, asolando sus caseríos, acabando con aquellos que le habían prestado juramento de fidelidad, robándole el ganado y pavoneándome al pie de sus murallas. En lugar de ponerse al frente de los suyos y dar la cara, mi primo había preferido mantenerse a salvo tras los muros de la fortaleza. Aun así, a la vista de cómo se habían puesto las cosas, estaba claro que había procurado traer refuerzos. Para defender mejor Bebbanburg, debía de haber apalabrado la presencia de aquellos hombres que acababan de depositar los escudos y armas que portaban en la playa. Había oído rumores de que estaba dispuesto a pagarles en oro; por eso habíamos estado pendientes de su llegada. Y allí estaban, por fin.

—Los superamos en número —aseveró mi hijo. Casi doscientos de mis hombres permanecían acampados en las colinas del oeste; así que sí, llegado el momento de plantarles cara, estaba claro que éramos más que los recién llegados, pero no si a ellos se les unían las tropas de la guarnición de mi primo. En aquel momento, pues, mi primo contaba con cuatrocientas lanzas bajo sus órdenes y, en efecto, eso venía a complicar, y mucho, las cosas.

—Vamos a presentarnos —propuse.

—¿Estáis diciendo que vayamos a verlos? —se sorprendió Berg. Éramos solo sesenta aquel día, menos que la mitad de los enemigos que acababan de desembarcar.

—Sería bueno saber quiénes son antes de acabar con ellos —se me ocurrió decir—. ¡Cuestión de pura cortesía! —Y señalé un árbol doblegado por el viento—. ¡Rorik! —le dije al mozo—, haceos con una rama de ese carpe y enarboladla como si fuera un estandarte. —Alcé la voz para que todos mis hombres me oyeran—: ¡Escudos boca abajo!

Aguardé a que Rorik blandiese una de aquellas astrosas ramas en señal de paz y a que, de mala gana, mis hombres volvieran los escudos del revés, de forma que la divisa de la cabeza de lobo quedase mirando al suelo. Solo entonces comencé a descender la pendiente a lomos de Tintreg, mi corcel negro. Y no a paso ligero. Quería que los recién llegados se dieran cuenta de que íbamos en son de paz.

Y, en efecto, los recién llegados nos salieron al encuentro. Una docena de hombres, seguidos por una veintena de jinetes de mi primo, avanzaban despacio por el sendero de aquel pastizal donde las cabras de los lugareños triscaban entre los cardos. Al frente de los jinetes de mi primo, Waldhere, el hombre que estaba al mando de la guarnición de Bebbanburg y a quien había tenido ocasión de conocer un par de semanas atrás. Con un puñado de soldados y una rama de árbol en señal de paz, se había presentado en el lugar donde acampábamos en las colinas del oeste con una impertinente embajada: que abandonáramos las tierras de mi primo antes de que acabasen con nosotros. Oferta que, como es natural, había desdeñado, humillando de paso a Waldhere, aun a sabiendas de que era un guerrero curtido y de armas tomar, que más de una vez se había dejado la piel en sangrientos enfrentamientos con saqueadores escoceses. Como yo, llevaba una capa de piel de oso, así como un espadón ceñido a la altura del costado izquierdo. Cara de torta, que acababa de redondear un yelmo de hierro que remataba con una garra de águila a modo de cimera, barba gris recortada, ojos grises de mirada torva y una boca que más parecía un buen tajo y daba la sensación de no haber esbozado una sonrisa en su vida. La divisa de su escudo era la misma que yo lucía en el mío: la cabeza de un lobo gris. El emblema de Bebbanburg, al que nunca había renunciado. Waldhere alzó una mano enguantada, los hombres que iban con él hicieron un alto y espoleó su caballo hasta detenerse a unos pocos pasos de donde yo estaba.

—¿Habéis venido hasta aquí con intención de deponer las armas? —me preguntó.

—Y también a mandaros a tomar viento —repuse.

—Hasta hoy pensaba que los hombres cagaban solo por el culo —replicó—, pero observo que sabéis cómo vomitar mierda también por la boca.

—Vuestra madre sí que hubo de pariros por el culo —contesté—, porque todavía apestaís a su mierda.

Los insultos formaban parte del ritual. Uno no puede enfrentarse a su adversario si no va con la idea de injurarlo. Antes que nada, nos insultábamos; luego, nos peleábamos, aunque no creía que fuéramos a desenvainar las espadas aquel día. En cualquier caso, había que dar a entender que íbamos dispuestos a todo.

—Tenéis dos minutos —amenazó Waldhere—; luego iremos a por vosotros.

—Pero si vengo en son de paz... —respondí, al tiempo que señalaba la rama de árbol.

—Contaré hasta doscientos —volvió a la carga Waldhere.

—¿Con diez dedos tan solo? —apuntó mi hijo, lo que bastó para que los míos se echasen a reír a carcajadas.

—Hasta doscientos, he dicho —bramó Waldhere—, antes de que os meta esa rama de árbol por el culo.

—¿Y vos? ¿Se puede saber quién sois vos? —le pregunté al hombre que se había acercado al pie de la pendiente hasta ponerse a la altura de Waldhere. Di por sentado que era el cabecilla de los recién llegados. Alto, de tez lechosa, con un mechón de cabellos rubios que, recogido hacia atrás hasta la nuca, le arrancaba en su altiva frente y le caía por la espalda. Y cargado de ricos adornos: collar de oro y brazaletes del mismo metal. De oro también la hebilla del tahalí con que se ceñía, y más oro relucía en la cruz donde reposaba el pomo de su espada. Unos treinta años. Hombros anchos, cara alargada, ojos muy claros y trazos de tinta de agalla de roble en forma de cabezas de dragón en las dos mejillas—. Decidme, ¿cómo os llamáis? —insistí.

—¡No digáis nada! —masculló Waldhere, dirigiéndose a él en inglés, a pesar de que yo le había formulado la pregunta en danés.

—Berg —alcé la voz, sin apartar los ojos del recién llegado—, si este cabrón vuelve a abrir su apestosa boca con ánimo de interrumpirme, daré por sentado que ha violado la tregua y tenéis mi venia para acabar con él.

—Como digáis, mi señor.

Waldhere farfulló, pero no volvió a abrir la boca. Éramos más que ellos, pero, cuanto más tiempo nos quedáramos en aquel pastizal, pertrechados de escudos y armas, más y más de los recién llegados se acercarían a ver qué pasaba y no tardarían en superarnos en número.

—¿Quién sois, pues? —volví a preguntar.

—Me llamo Einar Egilson —contestó con altivo desparpajo—. Los hombres me conocen como Einar *el Blanco*.

—¿Sois un hombre del norte?

—Lo soy.

—Pues yo soy Uhtred de Bebbanburg —repuse—, y los hombres me llaman de muchas maneras. Pero aquella de la que más orgulloso me siento es Uhtredærwe, que quiere decir Uhtred *el Pérfido*.

—He oído hablar de vos —me dijo.

—Así que habéis oído hablar de mí... —contesté—. Pues da la casualidad de que yo jamás había sabido nada de vos. ¿Acaso es esa la razón de que estéis aquí? ¿Acaso os imagináis que, si acabáis conmigo, todo el mundo os conocerá?

—Y así será —replicó.

—¿Y si soy yo quien acaba con vos, Einar Egilson? ¿Creéis que eso acrecentará mi renombre? ¿Quién llorará vuestra pérdida? ¿Quién os recordará? —Escupí hacia donde estaba Waldhere—. Estos hombres os han pagado en oro para que acabéis conmigo. ¿Sabéis qué les ha movido a hacerlo?

—Decídmelo vos —repuso Einar.

—Llevan intentándolo desde que era niño y nunca han podido conmigo. Nunca. ¿Y sabéis por qué?

—Decídmelo —repitió Einar.

—Porque están malditos —repuse—. Porque veneran al dios crucificado de los cristianos y él no los protegerá. Porque se mofan de nuestros dioses. —Había reparado en el martillo blanco que, tallado en hueso, Einar llevaba al cuello—. Hace años, Einar Egilson, lancé la maldición de Odín sobre ellos. A Thor le imploré para que descargase su ira sobre ellos. ¿Aun así vais a aceptar ese oro mancillado?

—Venga de donde venga, es oro.

—Y la misma maldición lancé sobre vuestra nave —le dije. Agachó la cabeza, se llevó la mano al martillo de hueso y guardó silencio—. Si persistís en no unirnos a nosotros, acabaré con todos vosotros —le dije—. No os ofreceré oro a cambio, sino algo mejor: la vida. Poneos de parte de ese hombre —mascullé, escupiendo de nuevo cerca de donde estaba Waldhere—, y la perderéis. Luchad a mi lado, y la conservaréis.

Muy serio, Einar se me quedó mirando de hito en hito sin decir palabra. Si bien apenas había nada que entender, y aunque no estaba seguro de que Waldhere hubiera seguido la conversación, sin duda tenía que haberse dado cuenta de que habíamos entrecruzado duras palabras sobre su señor.

—¡Basta! —bramó.

—Nadie en Northumbria los puede ver —haciendo caso omiso de Waldhere, mientras seguía hablando con Einar—. ¿Y estáis dispuesto a morir con ellos? Si esa es vuestra última palabra, nos quedaremos con el oro, que ya no será vuestro, sino mío. —Eché una mirada a Waldhere—. ¿Habéis acabado ya de contar? —No dijo nada. En vano había confiado en que llegaran más hombres, los suficientes para aplastarnos, pero nuestras fuerzas estaban muy igualadas y no se le veía con ganas de iniciar una contienda sin garantías de que fuera a alzarse con la victoria—. Rezad —le dije—, porque no tardará en llegaros vuestra hora. —Me mordí el dedo y le señalé. Él se santiguó; Einar solo parecía preocupado—. Si tenéis lo que hay que tener —le dije a Waldhere—, os estaré esperando mañana en Ætgefrin —repuse, señalándolo con el dedo de nuevo, como si le lanzara una maldición, y volvimos grupas hacia el oeste.

Cuando un hombre no está en condiciones de luchar, no le queda otra que proferir maldiciones. Que alguien implore su ayuda siempre resulta grato a ojos de los dioses.



Anocheecía ya cuando, a lomos de nuestras monturas, nos pusimos en marcha hacia el oeste. Negros nubarrones cubrían el cielo; tras días de lluvia, la tierra estaba empapada. No teníamos prisa. Waldhere no nos seguiría los pasos, y no pensaba que mi primo fuera a aceptar la idea de presentarnos batalla en Ætgefrin. No tardaría en hacerlo, sin embargo y a mi modo de ver, sobre todo desde el momento en que, aparte

de los suyos, contaba con los curtidos guerreros de Einar, pero lo haría en un terreno de su elección, no donde yo dijese.

Nos adentramos en un valle que, poco a poco, ascendía hasta unas colinas más altas. Tierra de ovejas, tierras ricas sin duda, pero los pastos estaban vacíos. Ni una luz en los caseríos que dejábamos atrás, ni rastro de humo en los orificios que coronaban sus techumbres. Habíamos esquilado aquellas tierras. Había ido al norte con un pequeño ejército y, durante un mes, no habíamos dado respiro a los aparceros de mi primo. Nos habíamos quedado con sus rebaños, les habíamos arrebatado el ganado, quemado los graneros y prendido fuego a los botes de pesca fondeados en las pequeñas ensenadas que se extendían al norte y al sur de la fortaleza. No habíamos matado a nadie, salvo a aquellos que llevaban los distintivos de mi primo y a los pocos que se habían atrevido a oponernos resistencia; tampoco habíamos hecho esclavos. Nos habíamos mostrado magnánimos, porque esas gentes habrían de ser un día mis vasallos, de modo que los habíamos dejado en libertad para que fueran a Bebbanburg en busca de algo que llevarse a la boca, donde a mi primo no le quedaría otra que proporcionárselo, en tanto nosotros le privábamos de todo lo que producían aquellas tierras.

—¿Así que Einar *el Blanco*? —se interesó mi hijo.

—No sabría decirnos ni quién es —repuse, restándole importancia al asunto.

—Pues yo sí que he oído hablar de él —terció Berg—. Es un hombre del norte que se unió a Grimdahl cuando decidió adentrarse en los ríos de las tierras blancas.

Aquella era una vasta extensión que se hallaba más allá de los territorios donde se asentaban los daneses y los hombres del norte, tierras de largos inviernos, árboles blancos, blancas llanuras y cielos encapotados. Tierras, al parecer, habitadas por gigantes y gentes que, en lugar de ropas, eran todo pelo, provistos de garras con las que podían abrir en canal a un hombre desde el ombligo hasta el espinazo.

—Las tierras blancas —comentó mi hijo, pensativo—. ¿Por eso le llaman el Blanco?

—Por eso, y porque deja exangües a sus enemigos —le aclaró Berg.

Me mofé al oír semejante necedad, pero, por si acaso, eché mano del martillo que llevaba al cuello.

—¿Es bueno? —se interesó mi hijo.

—Es un hombre del norte —dijo Berg, muy orgulloso—, ¡y un excelente guerrero, claro está! —guardó silencio un momento—, pero tengo entendido que también se referían a él de otra forma.

—¿Ah, sí?

—Como Einar *el Desventurado*.

—¿A cuento de qué lo de desventurado? —me interesé.

—Barcos que encallan, esposas que mueren —Berg se encogió de hombros, y al tiempo acariciaba el martillo que llevaba al cuello para conjurar desgracias como las que acababa de mencionar—. ¡Pero también es conocido por ganar batallas!

Desventurado o no, pensé para mis adentros, los ciento cincuenta aguerridos hombres del norte de Einar suponían un formidable refuerzo para la guarnición de Bebbanburg, hasta el punto de que mi primo no los quería ni ver en el interior de la fortaleza por temor a que lo depusiesen y se erigiesen como los nuevos señores de Bebbanburg. Por eso prefería que se quedasen en la aldea, aunque estaba convencido de que no tardaría en proporcionarles caballos y enviarlos a hostigar a los míos. Porque los hombres de Einar no habían ido allí para defender las murallas de Bebbanburg, sino para ahuyentar a los míos, y cuanto más mejor, de aquellos parajes.

—No tardaremos en volver a verlos —dije.

—¿A quiénes, si puede saberse?

—A Waldhere y a Einar —repuse—. No creo que mañana mismo los tengamos aquí, pero no tardarán en venir.

Mi primo estaba deseando poner fin a aquella situación. Me quería muerto. El oro que Einar llevaba al cuello, al igual que los brazaletes, eran la prueba de lo que mi primo había tenido que pagar por aquellos guerreros que habrían de acabar conmigo; cuanto más tiempo se quedaran, más oro tendría que aflojar. Si no al día siguiente, pensé para mis adentros, no creía que hubiese de pasar ni una semana.

—¡Allí, mi señor! —gritó Berg, señalando al norte.

Atisé un jinete en la colina.

El hombre no se movía. Portaba una lanza, cuya punta miraba al suelo. Se quedó observándonos un momento, volvió grupas y desapareció más allá de aquellos picos.

—Y ya van tres hoy —comentó mi hijo.

—Ayer fueron dos, mi señor —añadió Rorik.

—Deberíamos acabar con un par de ellos —dijo Berg, con ganas de jarana.

—¿Con qué fin? —les pregunté—. Quiero que mi primo sepa dónde estamos. Quiero que vengan al encuentro de nuestras lanzas. —Me imaginé que aquellos jinetes eran oteadores que había enviado mi primo para estar al tanto de nuestros movimientos. Y eran buenos en lo suyo. Aunque bien sabía yo que no nos perdían de vista, pues durante días habían formado un amplio, holgado y casi siempre invisible cordón a nuestro alrededor. Incluso había llegado a ver otro jinete cuando el sol ya se ocultaba tras las colinas que daban al oeste. Antes de escabullirse entre las sombras camino de Bebbanburg, unos postreros rayos de sol arrancaron rojizos reflejos de la punta de su lanza.

—Veintiséis cabezas de ganado y cuatro caballos —me dijo Finan. En tanto que yo me dedicaba a provocar a mi primo llevando a mis hombres hasta cerca de la fortaleza, Finan había estado saqueando las tierras al sur de Ætgefrin. Había llevado el ganado hasta una cañada que concluía en Dunholm—. Erlig y cuatro de los nuestros se han hecho cargo de los animales —me dijo—; vimos un par de oteadores por el sur.

—También los hemos visto por el norte y por el este —dije, antes de añadir de mal humor—: Son buenos.

—¿Y decís que ahora dispone de ciento cincuenta guerreros más? —dejó caer Finan, como si no acabara de creérselo.

Asentí.

—Hombres del norte, mercenarios armados con lanzas, a las órdenes de un tal Einar *el Blanco*.

—Otro más que liquidar, pues —dijo Finan, el irlandés, mi mejor amigo, mi segundo y mi compañero en infinidad de muros de escudos. De cabellos grises y cara arrugada por entonces, lo mismo que yo, me temía. Me estaba haciendo mayor y soñaba con morir en paz en aquella fortaleza que, por derecho, era mía.

Según los cálculos que me había hecho, recuperar Bebbanburg habría de llevarme cosa de un año. Dedicaría el verano, el otoño y el invierno a matar o robar el ganado y las ovejas que engordaban en aquellos vastos prados, en aquellas verdes colinas para, así, acabar con los víveres que llegaban a la fortaleza; al mismo tiempo, arrasaría graneros, quemaría almiares y enviaría barcos que acabasen con los barcos de pesca de mi primo. Haría que sus asustados aparceros fueran en busca de refugio tras las altas murallas de la fortaleza, de forma que, a pesar de la escasez de provisiones, mi primo se encontrase con muchas más bocas que alimentar. Para la primavera, estarían muertos de hambre, y ya se sabe lo menguados que se ven los hombres cuando están famélicos; para cuando empezaran a dar buena cuenta de las ratas, caería sobre ellos.

O en eso confiaba yo.

Porque nosotros bien podemos hacer planes, pero son los dioses y las tres Nonas, esas viejas hilanderas que tejen nuestros destinos al pie de Yggdrasil, el árbol de la vida, quienes deciden nuestra suerte. Mi plan pasaba por privar de víveres y matar de hambre a mi primo y a los suyos antes de acabar con ellos, pero *wyrd bið ful āræd*.

Debería haberlo tenido en cuenta.



El destino es ineludible. Había confiado en que mi primo caería en la tentación de acudir a la vertiente oriental del valle de Ætgefrin donde tan difícil no habría de resultarnos teñir de rojo los dos arroyos que lo surcaban con la sangre de los suyos. Apenas si había un sitio donde resguardarse en aquel lugar. Lo que sí había era un fortín, uno de esos que, erigido por los antiguos pobladores de aquellos parajes, en épocas anteriores a la ocupación romana de Britania, se alzaba en un altozano. Hacía mucho tiempo que los muros de adobe del fortín habían desaparecido, pero lo poco que quedaba del foso aún era suficiente como para rodear por completo el alto promontorio. Ni rastro de aldeas, chozas ni árboles en derredor, tan solo una enorme joroba que el viento azotaba de continuo. No era un buen sitio para levantar un campamento. Nada de leña menuda para hacer fuego y no menos de media milla

hasta la corriente de agua más próxima, pero ofrecía una magnífica panorámica de todo el valle. Nadie podía llegar hasta allí sin que nos diéramos cuenta, y, si mi primo cometía la torpeza de enviar a los suyos, los veríamos venir, sin olvidar que jugaríamos con ventaja.

Pero no lo hizo. En su lugar, a los tres días de aquel enfrentamiento verbal que había mantenido con Waldhere, atisbamos a un jinete solitario que parecía venir del sur, a lomos de un caballo de escasa envergadura: un hombre menudo con una sotana negra que ondeaba al viento que, gélido y a pesar de lo lejos que nos encontrábamos del mar, seguía soplando con fuerza. El hombre alzó la vista y se nos quedó mirando; espoleó su diminuta montura y se dispuso a encarar la empinada cuesta.

—Un cura —dijo Finan, de mal talante—. Lo que significa que quieren parlamentar en lugar de pelear.

—¿Estáis seguro de que es un enviado de mi primo? —le pregunté.

—¿De quién, si no?

—Si así fuera, ¿por qué habría de venir del sur?

—Porque es un cura. Dadle un par de vueltas, propínadle una patada en el culo y no sabrá ni dónde lo tiene.

Eché un vistazo en busca de oteadores; ni rastro. Llevábamos un par de días sin verlos. Lo que me había llevado a pensar que nada bueno debía de estar tramando mi primo; nos dimos una vuelta hasta la fortaleza de Bebbanburg y ocasión tuvimos de ver con nuestros propios ojos de qué se trataba. Los hombres de Einar levantaban una nueva empalizada que cegaba la lengua de arena que llevaba a la peña de Bebbanburg. A primera vista, solo era una defensa ideada por los hombres del norte, una nueva muralla de cara al exterior. Como mi primo no se fiaba ni un pelo de que anduviesen a sus anchas por la ciudadela, estos, ni cortos ni perezosos, habían pensado en otra forma de mantenerse a salvo; un obstáculo más que habríamos de salvar si queríamos hacernos con la Puerta Baja antes de llegar a la Puerta Alta.

—Ese cabrón ha decidido no moverse de su madriguera —me dijo Finan, de mal talante—. No piensa enfrentarse con nosotros en campo abierto. Quiere que muramos al pie de sus murallas.

—Sus tres murallas —comenté. Tendríamos que sortear la nueva empalizada, luego salvar los formidables muros donde estaba encajada la Puerta Baja para, a continuación, vérnoslas con la imponente muralla a la que solo podía accederse por la Puerta Alta.

Lo peor, con todo, no era aquel nuevo obstáculo. Fue ver aquellos otros dos barcos atracados en la ensenada de Bebbanburg y el corazón me dio un vuelco. Uno era un barco de guerra, más pequeño que los que habíamos visto llegar, pero en el que también ondeaba la cabeza de dragón, la enseña de Einar. A su lado, una panzuda nave de carga y unos hombres que, chapoteando hasta la orilla, llevaban barriles a tierra firme y los descargaban en la playa que se extendía a los pies de la Puerta Baja.

—Y encima, Einar le proporciona comida —comenté, abatido. Finan no dijo

nada. De sobra se daba cuenta de lo desesperado que estaba. Mi primo no solo contaba con más hombres, sino que también disponía de una flota que abastecía a la guarnición—. Ya no habrá forma de matarlos de hambre —dije—; no, al menos, mientras esos cabrones sigan aquí.

Fue ya entrada la tarde y bajo un cielo amenazador cuando el cura llegó a Ætgefrin; por eso supuse que lo había enviado mi primo, como portador de un mensaje para regodearse a mi costa. En aquel momento, estaba ya lo bastante cerca como para darme cuenta de que era un hombre de cabellos negros y grasientos que le caían a ambos lados de una cara de tez pálida, y que, sin tenerlas todas consigo, no dejaba de mirar a lo alto del muro de adobe. Esbozó un gesto de saludo, confiado en que respondiéramos con uno similar que le permitiese respirar más tranquilo en cuanto a la acogida que habríamos de dispensarle, pero ninguno de mis hombres movió un dedo. Nos limitamos a observar tan solo cómo el agotado caballo castrado acababa de subir la empinada cuesta y lo llevaba a la parte alta del muro de adobe. Al desmontar, el cura pareció sufrir un ligero vahído. Echó una ojeada a su alrededor y se estremeció al ver dónde se había metido. Es decir, entre mis hombres. Hombres ataviados con cuero y cotas de malla, hombres despiadados, hombres espada en mano. Nadie le dirigió la palabra, sino que nos quedamos a la espera de que nos explicara la razón de su presencia. Al cabo de un rato, tras reparar en el collar de oro que llevaba al cuello y los brazaletes del mismo metal que me cubrían los brazos, cayó en la cuenta de quién era. Entonces se acercó hasta mí y se postró de rodillas.

—¿Sois lord Uhtred?

—Soy lord Uhtred, en efecto.

—Me llamo Eadig; soy el padre Eadig. He venido en vuestra busca, mi señor.

—Ya le dije a Waldhere dónde podía encontrarme —repuse con aspereza.

Confuso, Eadig alzó la vista.

—¿Waldhere, decís, mi señor?

—¿Acaso no venís de Bebbanburg?

—¿Bebbanburg? —Negó con la cabeza—. No, mi señor, venimos de Eoferwic.

—¿Eoferwic! —dije, incapaz de ocultar mi sorpresa—. ¿Y a quiénes os referís con eso de «venimos»? ¿Cuántos sois? —Miré al sur, pero sin ver jinete alguno.

—Éramos cinco al salir de Eoferwic, mi señor, pero nos atacaron.

—¿Y solo vos habéis salido con vida? —se interesó Finan, desconfiado.

—Los otros huyeron ante nuestros atacantes, mi señor. —El padre Eadig se dirigía a mí, no a Finan—. Querían que diese con vos a toda costa. Sabían lo importante que era.

—¿Quién os ordenó que vinierais? —le insistí.

—El rey Sigtryggr, mi señor.

Me quedé de piedra. Por un momento, aterrorizado ante lo que fuera a decirme aquel cura joven, no pude articular palabra siquiera.

—Así que Sigtryggr —dije por fin, mientras me preguntaba en qué clase de

aprieto se habría metido mi yerno para que me enviara un mensajero. Temí por mi hija—. ¿Y Stiorra? ¿Se encuentra bien? —pregunté, angustiado—. ¿Y los niños?

—La reina y los pequeños están perfectamente, mi señor.

—Entonces...

—El rey reclama vuestra presencia a su lado —me espetó Eadig, al tiempo que sacaba un pergamino enrollado de la sotana y me lo entregaba.

Me hice con el estrujado pergamino, pero no lo desenrollé.

—¿Para qué me quiere a su lado?

—Los sajones han atacado, mi señor. Northumbria está en guerra. —El cura seguía de rodillas, pero sin quitarme los ojos de encima—. El rey quiere contar con los vuestros, mi señor. Y también con vos.

Solté una maldición para mis adentros. Bebbanburg tendría que esperar. Tendríamos que ponernos en marcha hacia el sur.

CAPÍTULO II

Y eso fue lo que hicimos a la mañana siguiente. A pesar de la lluvia y el viento, bajo unas nubes tan negras como la sotana del padre Eadig, al frente de una tropa de ciento noventa y cuatro hombres, más una veintena de muchachos que hacían las veces de mozos, emprendimos el camino que habría de llevarnos al sur.

—¿Qué razones han podido mover a mi yerno para que envíe a un cura con semejante embajada? —le pregunté. Porque Sigtryggr, al igual que yo, veneraba a los antiguos dioses, a los verdaderos dioses del Asgard.

—Realizamos tareas de escribano para él, mi señor.

—¿Quiénes, si puede saberse?

—Nosotros, los curas, mi señor. Somos seis trabajando a las órdenes del rey Sigtryggr; le transcribimos las leyes, los decretos. Porque... —pareció dudar— sabemos leer y escribir.

—No como la mayoría de los paganos —dejé caer.

—Así es, mi señor —sonrojándose. De sobra sabía cuánto nos disgustaba que nos tildasen de paganos a quienes seguíamos venerando a los antiguos dioses; de ahí, sus vacilaciones.

—Podéis llamarme pagano —le dije—. Es algo de lo que me enorgullezco.

—Como digáis, mi señor —convino; se le notaba incómodo.

—Y habéis de saber que este pagano sabe leer y escribir —le dije.

Aprendí de niño, porque me educaron como si fuera un cristiano más, y los cristianos tienen en alta estima eso de saber escribir, algo que, a mi entender, nunca está de más. El rey Alfredo había levantado escuelas por todo Wessex, establecimientos donde los monjes no dejaban de importunar, de atosigar incluso, a los chavales, para que aprendiesen a leer y a escribir. En cierta ocasión, Sigtryggr, que sentía una enorme curiosidad por la forma en que los sajones gobernaban el sur de Britania, me había preguntado si, en mi opinión, él debería hacer lo mismo; a lo que yo le había respondido que más les valdría aprender a blandir una espada, empuñar un escudo, llevar un arado o despiezar un animal muerto.

—Y para eso no os hacen falta escuelas —le había dicho.

—Por eso me eligió a mí, mi señor —continuaba mientras tanto el padre Eadig—, porque se imaginaba que tendríais preguntas que hacerme.

—Para las que vos tendréis respuesta, claro está.

—Siempre y cuando se me alcancen, mi señor.

En el mensaje que Sigtryggr me había hecho llegar en aquel pergamino solo me decía que tropas de los sajones del oeste habían invadido el sur de Northumbria y que

necesitaba a mis hombres en Eoferwic tan pronto como me fuera posible. Al pie del mensaje, un garabato que bien podría pasar por la firma de mi yerno; de lo que no cabía duda era que llevaba estampado su sello con el hacha. A los cristianos se les llena la boca diciendo que una de las grandes ventajas de saber leer y escribir es que podemos dar por bueno el contenido de un mensaje, pero ellos se dedican a falsificar documentos sin parar. Hay un monasterio en Wiltunscir que tiene fama de reproducir decretos regios y hacer que parezcan como escritos doscientos o trescientos años antes. Para ello, raspan antiguos pergaminos, pero procurando dejar legible lo suficiente de la caligrafía original, de forma que las palabras que, con tinta más diluida, escriben sobre lo que queda de la antigua escritura resulten difíciles de leer, igual que hacen vaciados de copias de sellos reales; curiosamente, en esos títulos falsificados siempre se da por sentado que algún rey de la antigüedad concedió a la Iglesia unas tierras ricas o la recaudación de los derechos de paso de un determinado fielato. Tras lo cual los abades y obispos que han pagado a los monjes para que falsifiquen tales documentos no tienen empacho en presentarlos en la corte, y de ellos se sirven para privar a una familia de su hacienda, de forma que los cristianos se hacen cada vez más ricos. Así que me imagino que sí, que saber leer y escribir es una herramienta muy útil.

—De modo que tropas de sajones del oeste —le comenté al padre Eadig—. ¿Ni rastro de hombres de Mercia?

—Solo sajones del oeste, mi señor. Han reunido un ejército en Hornecastre, mi señor.

—Hornecastre. ¿Dónde queda eso?

—Al este de Lindcolne, mi señor, a orillas del río Beina.

—¿Y decís que esas tierras se encuentran en territorio de Sigtryggr?

—Sin duda, mi señor. A solo un paso de la frontera, pero dentro de los límites de Northumbria.

Nunca había oído hablar de Hornecastre, lo que me llevó a pensar que no se trataba de una ciudad importante, pues estas se levantaban normalmente al pie de las calzadas romanas, o bien eran aquellos poblados que, una vez fortificados, pasaban a ser ciudadelas. Pero Hornecastre... La única explicación que se me ocurría era que aquella ciudad fuera un lugar idóneo donde reunir las tropas suficientes como para atacar Lindcolne. Así se lo dije al padre Eadig, quien asintió vigorosamente.

—Así es, mi señor. Y por eso, si el rey ya hubiera salido de Eoferwic, solicita de vos que os unáis a los suyos en Lindcolne.

Aquello me cuadraba. Si los sajones del oeste querían apoderarse de Eoferwic, capital del reino de Sigtryggr, no les quedaría otra que avanzar hacia el norte por la calzada romana y enfrentarse con las altas murallas de Lindcolne antes de pensar en Eoferwic. Pero lo que no tenía sentido era que hubiera guerra.

Y no lo tenía porque sajones y daneses habían firmado un tratado de paz. Sigtryggr, mi yerno y, de paso, también el rey que se sentaba en el trono en Eoferwic

y, por tanto, rey de toda Northumbria, había firmado un tratado con Etelfleda de Mercia y, como muestra de buena voluntad, había cedido tierras y ciudadelas. Un gesto que, si bien le había valido el menosprecio de algunos de los suyos, no era tanto una forma de reconocer la debilidad de Northumbria como de dar por sentada la superioridad de los reinos de Mercia y Wessex. Si quería plantar cara a la ofensiva que, según él, los sajones se disponían a iniciar, Sigtryggr necesitaba tiempo, hombres y dinero.

Y me imaginaba que así era, porque el sueño del rey Alfredo se estaba haciendo realidad a pasos agigantados. Suficientes años tengo encima como para acordarme de aquellos tiempos en que los daneses se habían apoderado de casi todo lo que ahora llamamos Inglaterra. Se habían hecho con Northumbria, habían conquistado Anglia Oriental y ocupaban casi todo el territorio de Mercia. Así estaban las cosas antes de que a Guthrum *el Danés* se le ocurriera invadir Wessex, obligando a Alfredo y a un puñado de los suyos a buscar refugio en los pantanos de Sumorsæte, donde permanecieron hasta que, de forma inesperada, Alfredo se alzó con la victoria en la batalla de Ethandun. Desde entonces, los sajones no habían dejado de ampliar su territorio hacia el norte. En aquel momento, el antiguo reino de Mercia estaba en manos de los sajones, y Eduardo de Wessex, hijo de Alfredo y hermano de Etelfleda de Mercia, había recuperado Anglia Oriental. El sueño de Alfredo, aquel al que dedicara toda su vida, no había sido otro que el de unir todos los territorios donde se hablara la lengua sajona, y ya solo faltaba Northumbria. Que estuviera en vigor un tratado de paz entre Northumbria y Mercia era lo de menos; todo el mundo daba por hecho que, tarde o temprano, los sajones desencadenarían una ofensiva.

Rorik, el mozo a quien yo había privado de padre, un hombre del norte, había seguido con atención la conversación y, muy preocupado, me preguntó:

—Mi señor, ¿de qué lado estamos nosotros?

No pude menos que echarme a reír. Sajón de nacimiento y criado entre daneses, mi hija se había casado con un hombre del norte, mi mejor amigo era irlandés y sajona era la mujer que estaba a mi lado; la madre de mis hijos había sido danesa, veneraba a los dioses paganos y había prestado juramento de fidelidad a Etelfleda, que era cristiana. ¿De parte de quién estaba yo?

—Todo lo que tienes que saber, muchacho, es que lord Uhtred siempre está del lado que se vaya a alzar con la victoria —le contestó Finan, con un bufido.

La lluvia arreciaba por momentos, convirtiendo el sendero que seguíamos en un cenagal. Llovía con tantas ganas que tuve que alzar la voz para decirle a Eadig:

—¿Estáis seguro de que Mercia no participa en la ofensiva?

—Hasta donde sabemos, creemos que no, mi señor.

—¿Solo, pues, sajones del oeste?

—Eso parece, mi señor.

Y aquello sí que se me antojaba raro. Antes de que Sigtryggr se hiciera con el trono de Eoferwic, había intentado convencer a Etelfleda de que debía atacar

Northumbria. Pero ella siempre se había negado en redondo, asegurándome que no iniciaría una guerra a menos que las tropas de su hermano luchasen al lado de las suyas. Y Eduardo de Wessex, su hermano, no parecía dispuesto a ceder en ese particular. ¿Tanto insistir en que Northumbria solo podría recuperarse cuando juntos marchasen los ejércitos de Wessex y Mercia para, en aquel momento, tomar la decisión de atacar en solitario? Sabía que, en la corte sajona, había una facción que no dejaba de insistir en que Wessex se bastaba para recuperar Northumbria sin ayuda de Mercia, pero Eduardo siempre se había mostrado reacio. Quería contar con el ejército de su hermana. Acosé a preguntas a Eadig, pero el cura parecía estar seguro de que no se había producido ningún ataque por parte de Mercia.

—No al menos hasta que salí de Eoferwic.

—Claro, solo rumores —apuntó Finan, sin ocultar su desdén—. ¿Quién sabe qué estará pasando en realidad? Seguro que llegamos allí y nos encontramos con que solo se trata de un puñetero robo de ganado.

—Oteadores —dijo Rorik. Por un momento, pensé que se trataba de un puñado de oteadores de los sajones del oeste que pensaban que se les venía encima una invasión, pero reparé en que el muchacho señalaba a nuestras espaldas; me volví y acerté a ver a dos jinetes que, en lo alto de unos montes, no dejaban de observarnos. No resultaba fácil distinguirlos bajo aquella lluvia que caía a cántaros, pero eran inconfundibles. Los mismos caballos pequeños y veloces, las mismas lanzas largas. Llevábamos un par de días sin advertir su presencia, pero allí los teníamos de nuevo, siguiendo nuestros pasos.

Lancé un escupitajo.

—Ahora mi primo ya está al tanto de que nos vamos.

—Y estará encantado —apuntó Finan.

—Se parecen a los hombres que nos atacaron —comentó el padre Eadig, fijando la vista en aquellos que veíamos a lo lejos, al tiempo que se santiguaba—. Eran seis, a lomos de veloces monturas y lanza en ristre. —Por lo visto, Sigtryggr había enviado al cura con una escolta de hombres armados que se habían dejado la vida para que Eadig pudiera cumplir su cometido.

—Son hombres de mi primo —le dije al cura—. Si conseguimos atrapar a alguno, os dejaré que acabéis con ellos.

—¿Cómo os atrevéis a proponerme una cosa así?

Me lo quedé mirando con cara de pocos amigos.

—¿No queréis tomaros cumplida venganza por lo que os hicieron?

—Soy cura, mi señor, ¡me está prohibido matar!

—Si no os lo tomáis a mal, os enseñaré cómo se hace —repuse. No creo que nunca llegue a entender a los cristianos. «¡No matarás!», se desgañitan los curas cristianos, al tiempo que colman de bendiciones a aquellos guerreros que van a enfrentarse con los paganos, incluso con otros cristianos, siempre y cuando haya alguna posibilidad, por remota que sea, de hacerse con tierras, esclavos o plata. El

padre Beocca me había enseñado los diez mandamientos de la ley de su dios crucificado, pero hacía ya mucho que tenía para mí que, para los cristianos, no había otro mandamiento que el de «harás ricos a mis curas».

Camino del sur, los oteadores nos siguieron durante un par de días más, hasta que, por fin, un húmedo anochecer, llegamos a la muralla. ¡La muralla! Hay muchas maravillas en Britania; los antiguos pobladores nos dejaron misteriosas construcciones circulares de piedra; los romanos levantaron templos, palacios y mansiones señoriales en estos mismos parajes. De todas esas maravillas, ninguna que me llame tanto la atención como la muralla.

La habían erigido los romanos; quiénes, si no. En los confines de Northumbria, habían levantado una muralla de parte a parte de Britania, desde el río Tinan, en la costa este de Northumbria, hasta cerca de Cair Ligualid, a un paso de esas costas de Cumbria que lame el mar de Irlanda. Aunque gran parte de las piedras sillares de la muralla se habían utilizado para construir caseríos, casi toda se mantenía en pie. No se trataba de un muro sin más, sino de una imponente muralla de piedra, lo suficientemente ancha como para dar holgada cabida a dos hombres de frente en la parte más alta; contaba con un foso y un terraplén en la cara que daba al norte; en aquella que miraba al sur, otro foso, por no mencionar que, cada pocas millas, se alzaba un fortín como ese que hemos dado en llamar Weallbyrig. ¡Una hilera de fortines! Aunque, en cierta ocasión, la había recorrido a caballo de punta a punta, nunca los había contado. ¡Espléndidos fortines! Torreones desde los que los centinelas podían escudriñar las colinas del norte, provistos de cisternas para almacenar el agua, barracones, establos, graneros, ¡y todos contruidos en piedra! Me acordaba de mi padre cuando, al ver cómo, zigzagueante, la muralla se abría paso hasta un valle antes de ascender por una colina que se alzaba más allá, asombrado, había fruncido el ceño en tanto que no dejaba de menear la cabeza, como si no acabara de creerse lo que estaba viendo.

—¡La cantidad de esclavos que harían falta para levantarla!

—Centenares —había dicho mi hermano mayor; seis meses después, había muerto, mi padre me había impuesto su nombre y así fue cómo me convertí en el heredero de Bebbanburg.

La muralla marcaba el límite sur del señorío de Bebbanburg, y mi padre siempre había mantenido un retén de guerreros en Weallbyrig para reclamar los derechos de paso a los viajeros que se desplazaban por la calzada principal, aquella que unía Escocia con Lundene. Guerreros que, para entonces, llevaban muertos hacía mucho tiempo; se los llevaron por delante los daneses que se apoderaron de Northumbria durante la invasión en que mi padre perdió la vida y yo pasé a convertirme en un huérfano de noble ascendencia, pero privado de heredad. Sin hacienda, pues, porque mi tío me la había arrebatado.

—Señor de la nada —echaba pestes contra mí el rey Alfredo en cierta ocasión—, señor de nada y de ninguna parte. Uhtred el impío, Uhtred el proscrito, Uhtred el

perdulario.

Y llevaba toda la razón, como casi siempre, solo que, en aquel momento, no era ni más ni menos que Uhtred de Dunholm. Me había apoderado del castillo, una fortaleza impresionante, casi tanto como la de Bebbanburg, cuando derrotamos a Ragnar y acabamos con Brida. Weallbyrig, pues, marcaba tanto los límites de aquel territorio por el norte como, por el sur, lindaba con las tierras de Bebbanburg. Como no tenía ni idea de si aquel torreón era conocido por otro nombre, dimos en llamarlo Weallbyrig, que no quiere decir sino eso: el fortín que se alza en la muralla; porque se alzaba allí donde la gran muralla sorteaba un otero. El paso de los años y los aguaceros habían cegado casi por completo el foso que la rodeaba, pero las murallas aún estaban en buen estado. Muchos de los edificios carecían de cubierta, pero, tras retirar los escombros de tres de ellos, con vigas de madera que nos procuramos en los bosques de los alrededores, reparamos las techumbres, las recubrimos de tapines y levantamos una nueva garita en lo más alto del torreón de vigilancia, de modo que los centinelas, cuya misión no era otra que estar pendientes de lo que nos pudiera llegar del norte, estuvieran resguardados de la lluvia y el viento.

Siempre pendientes del norte. Cuántas veces no lo habré pensado. No sé cuántos años han pasado desde que los romanos decidieran abandonar Britania. Según me había dicho el padre Beocca, mi tutor durante mi niñez, de eso hacía más de quinientos años, y quizá llevase razón, pero incluso mucho antes, por muy atrás en el tiempo que nos remontásemos, los centinelas nunca había dejado de vigilar el norte. Siempre pendientes del norte, sin perder nunca de vista a los escoceses, que seguro que serían tan intratables antaño como en aquel momento. Recuerdo que mi padre no paraba de echar pestes de ellos, y que los curas no dejaban de pedir a su dios crucificado que acabase con ellos de una vez por todas, algo que nunca había dejado de sorprenderme, porque los escoceses eran cristianos también. Recuerdo que, a los ocho años, mi padre había consentido en que, en cierta ocasión, acompañase a sus guerreros hasta Escocia para hacernos con unas cuantas cabezas de ganado, y jamás se me olvidará una aldea en un ancho valle donde las mujeres y los niños se habían agolpado en la iglesia.

—¡Ni los toquéis! —había ordenado mi padre—. ¡Se han acogido a sagrado!

—Son enemigos nuestros —traté de hacerle ver—, ¿acaso no vamos a tomar esclavos?

—Y también cristianos —repuso mi padre, con aspereza; así que nos llevamos su ganado de largo pelaje, quemamos la mayoría de las casas y nos fuimos por donde habíamos venido, cargados, eso sí, de cucharones, espetones y marmitas, de todos aquellos utensilios que pudiera fundir nuestro herrero, pero no llegamos a entrar en la iglesia—. Porque son cristianos —me había insistido mi padre—. ¿Todavía no te has dado cuenta, pedazo de zoquete?

La verdad es que no, que no acababa de verlo; luego, claro está, habían llegado los daneses arrasando iglesias para quedarse con la plata que adornaba los altares.

Recuerdo cómo se reía Ragnar un día delante de mis narices.

—¡Cuánta amabilidad por parte de los cristianos! ¡Acumulan todas sus riquezas en un solo sitio y van y lo coronan con una gran cruz para que no se nos pase por alto! ¡Así da gusto!

Y así fue cómo aprendí que los escoceses eran cristianos, pero también enemigos nuestros, como ya lo eran cuando miles de esclavos de los romanos arrastraban piedras por las colinas de Northumbria para levantar aquella muralla. En mi niñez, también había sido cristiano: no me quedaba otra, pero me acuerdo de cierta ocasión en que le pregunté al padre Beocca cómo era posible que otros cristianos fueran enemigos nuestros.

—Son cristianos, sí, ¡pero sin civilizar! —me había explicado antes de llevarme al monasterio de Lindisfarena, donde le pidió al abad, asesinado por los daneses seis meses después, que me enseñara uno de los seis libros que se custodiaban en el monasterio. Se trataba de un libro de enormes dimensiones, cuyas páginas crujían al pasarlas, a pesar del esmerado cuidado que ponía Beocca, quien, con la sucia uña del dedo índice, recorría líneas y más líneas de indescifrable escritura.

—¡Por fin! ¡Aquí está! —me había dicho, colocando el libro para que yo pudiera verlo, aunque, escrito en latín como estaba, no entendía ni papa de lo que allí ponía—. Se trata de un libro —me aseguró Beocca— escrito por el propio san Gildas, de su puño y letra. Un libro único. San Gildas era britano, ¡y aquí cuenta cómo llegamos a este lugar! ¡Cómo vinimos a parar aquí los sajones! No le gustábamos un pelo —se reía entre dientes mientras hablaba—, porque, como es natural, no éramos cristianos por aquel entonces. Pero si quiero que lo veáis es porque san Gildas era natural de aquí, de Northumbria, ¡y sabía cómo se las gastaban los escoceses! —volvió a colocar el libro a su altura y se inclinó sobre una página—. ¡Aquí está! ¡Escuchad!: «Tan pronto como los romanos abandonaron Britania —traducía mientras recorría las líneas con aquel dedo—, ansiosas, como aciagas plagas de gusanos que, retorciéndose, asoman entre las grietas de las rocas, aparecieron infames hordas de escoceses. Llegaban sedientas de sangre y más llevaban cubiertas sus espantosas caras con largas barbas que con ropas sus partes pudendas». —No sin haberse santiguado, Beocca cerró el libro—. ¡Todo sigue igual! ¡Son ladrones y salteadores!

—¿Ladrones y salteadores que van desnudos? —le había preguntado; aquel pasaje sobre las partes pudendas me había llamado la atención.

—No, no, no. Ahora son cristianos. Ahora van vestidos, gracias a Dios.

—Aunque sean cristianos —dejé caer—, saqueamos sus tierras por igual.

—¡Faltaría más! —me había dicho Beocca—. Porque han de ser castigados.

—¿Por hacer qué?

—¡Por saquear nuestras tierras, claro está!

—Igual que nosotros saqueamos las suyas —insistí—. Así que, ¿acaso no somos tan ladrones y salteadores como lo son ellos? —Me gustaba la idea de que pudiéramos ser tan salvajes e indómitos como los odiados escoceses.

—Ya lo entenderéis cuando seáis mayor —me había dicho Beocca, lo mismo que me decía siempre que no sabía qué responder. Y ahora que soy mayor sigo sin entender el razonamiento de Beocca, según el cual la guerra que manteníamos contra los escoceses era un castigo que estaba justificado. El rey Alfredo, que no tenía un pelo de tonto, solía decir que las guerras que asolaban Britania eran una cruzada de la cristiandad contra los paganos, pero si esos enfrentamientos tenían lugar en tierras de los galeses o de los escoceses, de repente adquirían otro significado. Porque, en ese caso, era una guerra de cristianos contra cristianos, pero no por eso menos despiadada y sangrienta; mientras, nuestros curas nos decían que tal era la voluntad del dios crucificado, lo mismo que les decían los suyos a los guerreros escoceses cuando se disponían a atacarnos. Lo cierto, como no podía ser de otra manera, es que se trataba de una contienda por ver quién se hacía con el territorio. Porque el caso era que había cuatro tribus en una sola isla: los galeses, los escoceses, los sajones y los hombres del norte, y los cuatro pueblos querían apoderarse del mismo territorio. Pero, por más que fueran paganos los sajones que, por primera vez, pusieran un pie en aquellas tierras, los curas no se cansaban de predicar que teníamos que pelear por las mismas tierras que, como merced, el dios crucificado había puesto en nuestras manos. De modo que nada podía disuadirme de la idea de que Odín o Thor nos las habían dado.

—¿Acaso no es cierto lo que os estoy contando? —le pregunté al padre Eadig aquella noche. Estábamos en una de esas imponentes mansiones de piedra de Weallbyrig, a buen resguardo del viento y la lluvia tras unos muros romanos y entrando en calor gracias a una enorme fogata que habíamos prendido en el hogar.

El cura esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Que Dios nos trajo a estas tierras es cierto, mi señor, pero no fueron los dioses antiguos, sino el único Dios verdadero. Él fue quien nos trajo aquí.

—¿A los sajones, queréis decir? ¿Fue Él quien trajo a los sajones aquí?

—Eso es lo que digo, mi señor.

—Pero si ni éramos cristianos por entonces —repliqué. Mis hombres, que habían seguido el hilo la conversación, esbozaron una sonrisa aviesa.

—Es cierto que no éramos cristianos por entonces —convino Eadig—, pero sí lo eran los galeses que llegaron a estas tierras antes que nosotros. Pero, claro, eran malos cristianos, así que Dios les envió a los sajones como castigo.

—¿Qué habían hecho si puede saberse? Los galeses, quiero decir. ¿Por qué eran malos cristianos?

—No lo sé, mi señor, pero sí sé que Dios no nos habría traído hasta aquí sin una buena razón.

—Está bien. Demos por sentado que los galeses fueran malos cristianos —continué—. En ese caso, ¿vuestro dios prefirió que unos malos paganos arrebatasen las tierras de Britania a unos malos cristianos? ¡Es como matar a una vaca porque cojea y comprar otra que se tambalea!

—Ya, pero Dios hizo que, como recompensa por haber castigado a los galeses,

abrazáramos la fe verdadera —argumentó con lucidez—. ¡Ahora somos como una vaca en condiciones!

—Entonces, ¿por qué nos envió a los daneses? —volví a la carga—. ¿Acaso está castigándonos por ser malos cristianos?

—Cabe esa posibilidad, mi señor —se revolvió incómodo, como si no estuviera muy convencido de su respuesta.

—¿Y adónde nos lleva eso? —pregunté.

—¿Cómo que adónde nos lleva, mi señor?

—Algunos daneses se están convirtiendo al cristianismo —le dije—. ¿A quién piensa enviar vuestro dios para castigarlos, si se vuelven malos cristianos? ¿A los francos, quizá?

—¡Fuego! —gritó mi hijo, interrumpiendo la conversación. Había levantado un lienzo de cuero y no dejaba de mirar al norte.

—¿Con la que está cayendo? —se extrañó Finan.

Me puse en pie, me acerqué al lado de mi hijo y ya no me cupo duda: de alguna parte, allá por las lejanas colinas del norte, salía un enorme resplandor rojizo que iluminaba el cielo. Esa clase de fuegos siempre nos advierten de que algo está pasando, pero no me cabía en la cabeza que una partida de saqueadores anduviera haciendo de las suyas en una noche de lluvia y viento como aquella.

—Será algún caserío en llamas —se me ocurrió decir.

—Y muy lejos de aquí —aseveró Finan.

—Será algún dios castigando a alguien —dije—; qué dios sea no está claro.

El padre Eadig se santiguó. Nos quedamos mirando aquel resplandor en lontananza durante un rato, pero no vimos más fuegos; luego, la lluvia extinguió las lejanas llamaradas y el cielo se oscureció de nuevo.

Asistimos al cambio de centinelas que estaban de guardia en la torre de vigilancia, y nos fuimos a dormir.

Y a la mañana siguiente, el enemigo hizo acto de presencia.



—Vos, lord Uhtred —ordenó mi enemigo—, os dirigiréis al sur.

Había llegado con la lluviosa mañana del día siguiente, y la primera noticia que tuve de su presencia fue cuando los centinelas que se encontraban de guardia en la torre de vigilancia empezaron a aporrear la barra de hierro que utilizábamos a falta de campana para tocar a rebato. Por más que el único indicio que tuviéramos de un nuevo día no fuera sino el resplandor fantasmagórico del sol entre unas nubes que asomaban por el este, hacía una hora o cosa así que había amanecido.

—Veo gente por ahí —me dijo uno de los centinelas, señalando al norte—. Vienen a pie.

Me incliné sobre el parapeto de la torre y escudriñé entre jirones de niebla y lluvia, mientras Finan trepaba por la escala que había a mis espaldas.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Pastores, casi seguro —repuse. No veía nada, y eso que llovía con menor intensidad en aquel momento, de forma más sosegada.

—Vienen corriendo hacia aquí, mi señor —me advirtió el centinela.

—¿Corriendo?

—Más bien dando traspiés.

Volví a mirar, pero no acerté a distinguir nada.

—Había también gentes a caballo —dijo Godric, el segundo centinela. Un joven de escasas luces que había desempeñado las funciones de mozo a mi servicio hasta cosa de un año antes, y tenía fama de ser capaz de distinguir al enemigo incluso en la oscuridad.

—Yo no he llegado a verlos, mi señor —dijo Cenwulf, primer centinela y hombre más de fiar, a mi modo de ver.

En aquel momento, estaban ensillando nuestras monturas antes de ponernos en camino aquel día. Y me pregunté si merecía la pena enviar oteadores hacia el norte para saber si de verdad había gente por allí, y, en tal caso, saber quiénes eran y qué querían.

—¿Cuántos hombres visteis? —pregunté.

—Tres —dijo Cenwulf.

—Cinco —aseguró Godric al mismo tiempo—, y otros dos a caballo.

Volví la vista al norte, pero no vi nada aparte de la lluvia que caía sobre los helechos. Más allá, solo deshilachados jirones de niebla.

—Pastores, lo que yo decía —insistí.

—Había hombres a caballo, mi señor —dijo Godric. Ya no parecía tan convencido—. Os digo que los vi.

Ningún pastor iría a caballo. Volví a clavar los ojos en la lluvia y la niebla. Si bien los ojos de Godric eran más jóvenes que los de Cenwulf, no menos calenturienta era su imaginación.

—¿A quién, en nombre de Dios, se le ocurriría andar por ahí a estas horas de la mañana? —refunfuñó Finan.

—A nadie —repuse, al tiempo que me enderezaba—. Cosas de Godric.

—¡Que no, mi señor! —replicó muy digno.

—Lecheras —dije yo—. No se le van de la cabeza.

—¡Que no, mi señor! —al tiempo que se sonrojaba.

—¿Cuántos años tenéis? —le pregunté—. ¿Catorce, quince? A vuestra edad, yo solo pensaba en una cosa: en tetas.

—Tampoco habéis cambiado tanto —musitó Finan.

—Os digo que los vi, mi señor —insistió el joven.

—Siempre soñando con tetas, lo que yo decía —repuse, antes de callar la boca.

Porque, en aquellas colinas que empapaba la lluvia, había hombres.

Cuatro hombres aparecieron tras un pliegue del terreno. Venían corriendo hacia nosotros, y corrían que se las pelaban; al cabo de un instante, entendí cuál era la razón: de la niebla salieron seis jinetes al galope con intención de cortarles el paso.

—¡Abrid las puertas! —grité a los hombres que estaban al pie de la torre—. ¡Salid y traed a esos hombres aquí!

Bajé la escala a trompicones en el momento en que Rorik me traía a Tintreg. Tuve que esperar a que terminara de cincharlo; luego, me encaramé a la silla de montar y, precedido de una docena de jinetes, enfilé la ladera que daba al exterior. Un poco más atrás, venía Finan.

—¡Mi señor! —me llamó a voces Rorik cuando ya me disponía a dejar atrás el fortín—. ¡Mi señor! —cargando con el tahalí del que pendía mi pesada espada, *Hálito de serpiente*, envuelta en su vaina.

Me volví, me incliné desde lo alto de la silla y me hice con la espada, dejando el tahalí y la vaina en manos de Rorik.

—Volved al interior del fortín, muchacho.

—Pero...

—¡Que deis media vuelta os digo!

La docena de hombres que, a lomos de sus monturas, ya habían abandonado el fortín me llevaban un buen trecho y, al galope, se disponían a cortar el paso a los jinetes que iban en pos de aquellos cuatro hombres. Al verlos y darse cuenta de que los superaban en número, renunciaron a seguir persiguiéndolos, en el momento en que, ante nosotros, aparecía un quinto fugitivo. Debía de haber permanecido agazapado entre los helechos que se alzaban más allá y, en ese instante, corría cuesta abajo como alma que lleva el diablo. Al verlo, los jinetes volvieron a la carga de nuevo, esta vez en busca de aquel quinto hombre, quien, al oír los cascos de las monturas, trató de escabullirse; el jinete que iba en cabeza redujo el paso, sopesó la lanza sin prisa y apuntó al espinazo del fugitivo. Al cabo de un instante, el hombre, que aún seguía en pie, arqueó la espalda, justo en el momento en que un segundo jinete, enarbolando un hacha, se llegaba a su altura y, de repente, la niebla se tiñó del color de la sangre. El huido se desplomó al instante, pero su muerte había bastado para distraer y retrasar a sus perseguidores, de modo que su gesto salvó a sus cuatro compañeros, que ya estaban bajo la protección de mis hombres.

—¿Por qué ese necio no se quedaría escondido donde estaba? —pregunté, mirando a los seis jinetes que rodeaban al hombre que acababan de abatir.

—Ahí tenéis la respuesta —dijo Finan, señalando al norte, donde una multitud de jinetes parecía salir de la niebla—. Que Dios nos ayude —añadió, al tiempo que se santiguaba—; nos enfrentamos a todo un condenado ejército.

A mis espaldas, los centinelas, que no se habían movido de la torre de vigilancia, no dejaban de aporrear la barra de hierro llamando a los míos para que acudiesen a las murallas del fortín. Una repentina cortina de agua cayó con tanta fuerza que

levantó las capas de los jinetes que se agolpaban en el horizonte. Docenas de hombres.

—No portan estandarte alguno —dije.

—¿Vuestro primo?

Negué con la cabeza. Bajo aquella luz que, con la lluvia, parecía aún más gris, no era fácil distinguirlos, pero no creía que mi primo hubiese tenido el valor de ponerse al frente de sus tropas y de haberse llegado tan al sur en una noche tan desapacible como aquella.

—¿Einar, quizá? —observé, pero, en tal caso, ¿detrás de quién iban? Espoleé a Tintreg y me llegué al lado de mis hombres, que no se separaban de los cuatro fugitivos.

—¡Hombres del norte, mi señor! —me advirtió Gerbruht a voces, a medida que me acercaba. Jóvenes, de cabellos rubios y rostros pintarrajeados. Al ver que llevaba una espada en la mano, se hincaron de rodillas.

—¡Mi señor, os lo suplico! —dijo uno de ellos.

Volví la vista al norte y reparé en que el ejército de jinetes no se había movido de donde estaba. Se limitaban a observar qué hacíamos.

—¿Trescientos? —aventuré.

—Trescientos cuarenta —dijo Finan.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —les dije a aquellos hombres que seguían de rodillas en medio de aquel brezal anegado. Al ver el miedo que se dibujaba en sus rostros, dejé que siguieran pasándolo mal un momento y les pregunté—: ¿Quiénes sois vosotros?

Fueron mascullando sus nombres. Eran hombres de Einar, enviados para saber por dónde andábamos. Se habían pasado cabalgando gran parte de la tarde del día anterior y, al no dar con nosotros, se habían cobijado en la choza de un pastor en las colinas que miraban al oeste, pero, antes del amanecer, los hombres que veíamos al norte los habían despertado y, muertos de miedo, habían echado a correr, dejando atrás los caballos.

—¿Quiénes son esos, entonces? —les pregunté, señalando a aquellos jinetes.

—¡Pensábamos que eran de los vuestros, mi señor!

—De modo que ni siquiera sabéis quién os persigue —les dije.

—Enemigos, sin duda, mi señor —dijo uno de ellos, hundido en la más negra miseria.

—Contadme, pues, qué pasó.

Einar los había enviado para que le mantuviesen informado de por dónde andábamos, pero tres de aquellos misteriosos oteadores que habíamos visto habían dado con ellos a esa incierta luz del amanecer que, por el este y tras unas espesas nubes, anunciaba la aparición del sol. La choza del pastor donde se habían cobijado estaba en un hoyo, y se las habían arreglado para descabalgarse a uno de los sorprendidos oteadores y ahuyentar a los otros dos. Habían acabado con aquel

hombre, pero, mientras lo hacían, los otros dos oteadores les habían espantado los caballos.

—Así que acabasteis con ese hombre —les dije—, pero ¿no se os ocurrió preguntarle quién era?

—No, mi señor —tuvo a bien reconocer el de más edad de los cuatro supervivientes—. No entendíamos ni papa de lo que decía. Y no sabéis cómo se revolvió, mi señor. No dejaba de amenazarnos con un cuchillo.

—¿Quién, a vuestro entender, pensabais que era?

El hombre pareció dudar un instante y, al cabo, farfulló que pensaba que su víctima era uno de los míos.

—¿Así que lo matasteis?

El otro se encogió de hombros.

—Pues sí, mi señor.

Luego, se habían dirigido tan rápido como habían podido hacia el sur, hasta que se dieron cuenta de que los perseguía todo un ejército de hombres a caballo.

—Así que matasteis a ese hombre porque pensabais que estaba a mi servicio. Dadme una razón por la que deba perdonaros la vida.

—Es que no dejaba de gritar, mi señor. No nos quedó otra que hacerlo callar.

Aquello me pareció una razón suficiente y me imaginé que, en su situación, yo habría hecho lo mismo.

—¿Qué voy a hacer con vosotros, entonces? —les pregunté—. ¿Dejaros en manos de esos hombres —y mientras hablaba señalé a los jinetes— o acabar con vosotros? —Vi que no tenían respuesta para tal pregunta, ni tampoco esperaba que me la dieran.

—Tened cuando menos el gesto de acabar con estos cabrones —dijo Finan.

—Mi señor, os lo suplico —musitó uno de ellos.

Pasé por alto lo que fuera a decir, porque, en ese instante, media docena de jinetes había emprendido el descenso de aquella lejana colina y, a lomos de sus monturas, se acercaban a donde estábamos. Venían al paso, como si quisieran darnos a entender que no pensaban atacarnos.

—Llevaos a estos cuatro malnacidos al interior del fortín —le ordené a Gerbruht—, pero no acabéis con ellos.

—¿Ah, no, mi señor? —comentó, sorprendido, aquel gigantón oriundo de Frisia.

—Todavía no —dije.

Mi hijo había abandonado el fortín, y Finan, él y yo salimos al encuentro de aquellos seis hombres.

—¿Quiénes son? —preguntó mi hijo.

—No son hombres de mi primo —repuse. Si mi primo viniera a por nosotros, sus hombres enarbolarían la enseña de la cabeza de lobo—; tampoco de Einar.

—¿Quiénes son entonces? —insistió mi hijo.

Al cabo de un instante, caí en la cuenta de quiénes eran. En cuanto aquellos seis

jinetes se acercaron un poco más, reconocí al hombre que estaba al mando. A lomos de un precioso y alto corcel negro, llevaba una larga capa azul que cubría por completo la grupa de su montura. Al cuello, una cruz de oro. Cabalgaba muy erguido y con la cabeza alta. De sobra sabía quién era yo; ya nos conocíamos y, al ver que no le quitaba el ojo de encima, esbozó una sonrisa.

—Estamos en un aprieto —les dije a mis acompañantes—, en un muy grave aprieto.

Y así era.



Al hombre de la capa azul no se le había borrado la sonrisa de la cara cuando, a unos pasos de donde estábamos, refrenó el corcel.

—¿Espada en mano, lord Uhtred? —se encaró conmigo—. ¿Es así como dais la bienvenida a un viejo amigo?

—Soy hombre de escasos recursos —repuse—; no puedo permitirme una vaina —concluí, al tiempo que me guardaba a *Hálito de serpiente* en la bota izquierda, deslizándola con cuidado hasta que la hoja quedó alojada junto a la pantorrilla con la empuñadura al aire.

—Buena salida —contestó en son de chanza.

Exquisitos modales. Sin olvidar aquella pulcra capa de color azul oscuro, una cota de malla bien pulida, ni rastro de lodo en las botas, barba cuidadosamente recortada y la diadema de oro con que se recogía los cabellos, tan oscuros como el plumaje de un cuervo. De oro, los losanges que adornaban las bridas, cadena de oro al cuello, recubierto de oro el pomo de la espada. Era Causantín mac Áeda, rey de Alba, a quien yo conocía como Constantino; a su lado, en un corcel algo más pequeño, su hijo, Cellach mac Causantín. A espaldas de ambos, cuatro hombres, dos guerreros y dos curas, que parecieron fulminarme con la mirada, probablemente porque no me había dirigido a Constantino como «mi rey».

—Mi príncipe —dije, dirigiéndome a Cellach—, es un placer volver a veros.

Cellach echó una mirada a su padre como si le estuviera pidiendo permiso para responder.

—¡Podéis hablar con él! —dijo el rey Constantino—. Pero ya sabéis, despacio y con palabras cortas. Es sajón, y se hace un lío con las palabras largas.

—Lord Uhtred —repuso Cellach, muy cortés—, tened la seguridad de que el placer es mío. —Años antes, cuando solo era un niño y en calidad de rehén, había estado a mi cuidado. El chico me había caído bien y, aunque me imaginaba que llegaría el día en que habría de arrebatarme la vida, todavía lo apreciaba. En esa época, a sus veinte años, era tan apuesto como su padre, los mismos cabellos oscuros, los mismos ojos de un azul intenso, pero, como es natural, carecía del aplomo sosegado

de su padre.

—Espero que os encontréis bien, muchacho —me miró con un gesto de extrañeza al ver que me dirigía a él como «muchacho», pero se limitó a asentir con la cabeza—. Veamos, pues, mi rey, ¿qué os trae por mis tierras?

—¿Vuestras tierras? —comentó con sorna—. ¡Esto es Escocia!

—Ya sabéis que debéis hablar despacio y con palabras cortas, mi señor, porque no suelo prestar oídos a palabras necias.

Al oírlo, Constantino se echó a reír.

—Ojalá no me cayeseis tan bien, lord Uhtred —replicó—. Todo resultaría mucho más llevadero si no pudiese ni veros.

—Lo mismo les pasa a la mayoría de los cristianos —repuse, echando un vistazo a los adustos curas que venían con él.

—Podría llegar a detestáros —dijo Constantino—, pero solo en el caso de que decidáis convertirlos en enemigo mío.

—¿Por qué habría de hacer algo así? —le pregunté.

—Eso mismo me estaba preguntando yo. —El cabrón esbozó una sonrisa; me pareció que aún conservaba intacta toda su dentadura, y me pregunté qué habría hecho para seguir teniendo todos los dientes en su sitio. ¿Brujería, acaso?—. Pero no haréis tal cosa, ¿verdad que no, lord Uhtred?

—¿Ah, no?

—¡Pues claro que no! Estoy aquí para hacer las paces.

Como que me lo iba a tragar. Ya puestos, ¿por qué no dar por bueno que las águilas ponen huevos de oro, que las hadas bailan a medianoche en nuestros zapatos o que la luna no era más que un trozo de buen queso de Sumorsæte?

—¿No discutiríamos mejor de esta clase de negocios junto al hogar, mientras trasegamos unas jarras de cerveza?

—¿Os dais cuenta? —apuntó Constantino, volviéndose a mirar a los ceñudos curas que lo acompañaban—. ¡Ya os dije que lord Uhtred se mostraría hospitalario!

Dejé que Constantino y sus cinco acompañantes entrasen en el fortín, pero no sin antes exigir que sus hombres se quedasen a media milla de distancia, allí donde mis guerreros, que para entonces ocupaban la muralla norte de Weallbyrig, pudiesen verlos. Porque, como quien no quiere la cosa, Constantino había dejado caer que lo mejor sería que los suyos entrasen también en el fortín; a modo de respuesta, le obsequié con una media sonrisa, que se vio recompensada por otra del mismo cariz. El ejército escocés bien podía aguardar bajo la lluvia. Porque no iba a haber enfrentamientos, no al menos mientras Constantino fuese mi invitado, pero, claro, eran escoceses, y nadie en sus cabales invitaría a más de trescientos guerreros escoceses a pasar al interior de un fortín: sería como dejar un aprisco al cuidado de una manada de lobos.

—¿Qué decíais a propósito de paz? —le pregunté a Constantino, una vez que nos hubieron servido cerveza, junto con unas rebanadas de pan y unas lajas de una hoja

de tocino en salazón.

—Es mi deber como cristiano contribuir a la paz —afirmó Constantino con unción. Si aquellas palabras hubieran salido de boca del rey Alfredo, habría estado seguro de que lo decía con convicción, pero Constantino dominaba el arte de retorcer sutilmente las palabras. De sobra sabía que, al igual que él, yo tampoco me creería ni una sola de sus palabras.

Había ordenado que dispusiesen mesas y bancos en la amplia sala, pero el rey escocés no tomó asiento. En vez de eso, comenzó a dar vueltas por la estancia, que contaba con cinco ventanales. Una luz plomiza llegaba de fuera. Constantino parecía haberse quedado prendado de aquel aposento. Pasó un dedo por las pequeñas manchas de yeso que aún permanecían visibles, y repasó la ranura casi imperceptible que separaba las jambas de piedra del dintel, también de piedra, de la puerta.

—Los romanos sí que edificaban en condiciones —apuntó, con un deje de melancolía.

—Mejor que nosotros —repuse.

—Un gran pueblo —dijo, y asentí—. Sus legiones llegaron a todos los rincones del mundo —continuó—, pero, ante Escocia, hubieron de retroceder.

—¿Ante Escocia o al ver el desolador yermo que tenían delante? —pregunté.

Esbozó una sonrisa.

—¡Lo intentaron, pero no lo consiguieron! Por eso levantaron estos fortines y esta muralla, para evitar que saqueásemos su provincia —añadió mientras pasaba la mano por una hilera de finos ladrillos—. Me gustaría ir a Roma.

—Tengo entendido que la ciudad está en ruinas —comenté—. Ruinas infestadas de lobos, mendigos y salteadores. Os sentiríais como en casa, mi rey.

Estaba claro que los dos curas escoceses hablaban inglés, porque, al oír mis palabras, empezaron a farfullar reproches contra mí, en tanto que Cellach, el hijo del rey, hacía un ademán como si se dispusiera a alzar la voz; Constantino se mantuvo impassible ante tamaño insulto por mi parte.

—Pero ¡qué ruinas! —dijo, haciendo un gesto a su hijo para que callase la boca—. ¡Qué ruinas tan maravillosas! ¡Esas ruinas son más impresionantes que nuestras mejores mansiones! —Se volvió hacia mí sin perder aquella irritante sonrisa—. Esta mañana, mis hombres echaron a Einar *el Blanco* de Bebbanburg.

Incapaz de articular palabra, no dije nada. Lo primero que me vino a la cabeza fue que Einar ya no podría llevar víveres a la fortaleza, y que el enorme problema que representaban aquellos barcos había desaparecido, pero no tardé en volver a hundirme en la desesperación al darme cuenta de que Constantino no había atacado a Einar en mi nombre. Me había quitado un peso de encima, pero, en aquel momento, un obstáculo mucho mayor se alzaba entre Bebbanburg y yo.

Constantino debió de darse cuenta de cómo me sentía, porque rompió a reír.

—Lo hemos echado, lo hemos alejado de Bebbanburg, ha tenido que salir por piernas —dijo—, incluso es posible que ese miserable haya muerto a estas horas.

Pronto saldré de dudas. Einar contaba con menos de doscientos hombres y yo envié más de cuatrocientos contra él.

—También tenía a su alcance las murallas de Bebbanburg —dejé caer.

—Ni en sueños —aseveró Constantino con desprecio—. ¡Vuestro primo jamás permitiría que un puñado de hombres del norte franquease esas puertas! Porque sabe que no podría quitárselos de encima. Consentir la presencia de los hombres de Einar en la fortaleza habría sido como invitarlos a que lo apuñalaran por la espalda. No. Los hombres de Einar se alojaban en la aldea, y aún no habían acabado la empalizada que estaban levantando a los pies de la fortaleza. A estas horas, ya se habrán ido.

—Os lo agradezco —dije en son de mofa.

—¿Por qué? ¿Por hacer vuestro trabajo? —preguntó sin perder la sonrisa, antes de acercarse a la mesa, sentándose por fin, y sirviéndose cerveza y algo de comer—. Porque eso es lo que he hecho. No habríais podido asediar Bebbanburg sin antes derrotar a Einar, ¡pues una cosa menos! Habían reclamado su presencia para manteneros alejado de la fortaleza y, al mismo tiempo, disponer de víveres. A estas horas, con un poco de suerte, confío en que haya muerto o que no le queden ganas de volver a poner un pie en estas tierras en su miserable vida.

—Gracias de nuevo —insistí.

—Pero mis hombres se han hecho con el lugar que ocupaban los suyos —repuso en el mismo tono—. Mis hombres se han hecho cargo de esos parajes, al igual que de la aldea de Bebbanburg. Esta mañana, lord Uhtred, mis hombres se han apoderado de todas las tierras de Bebbanburg.

Me quedé mirando aquellos ojos de un azul tan intenso.

—Pensaba que habíais venido para hacer las paces.

—¡Y eso es lo que he hecho!

—¿Con setecientos, ochocientos —guerreros quizá?

—¡O más, muchos más! —replicó como si nada—. En tanto que vos, ¿cuántos hombres tenéis aquí? ¿Doscientos, tal vez, y otros treinta y cinco en Dunholm?

—Treinta y siete —contesté, solo por incordiar.

—¡Y a las órdenes de una mujer!

—Eadith tiene más agallas que muchos hombres —repuse. Eadith era mi mujer, y la había dejado al frente de la reducida guarnición que defendía Dunholm. Por si acaso, le había pedido a Sihtric que no se moviese de allí, no fuera a ser que a ella se le olvidase cuál de los dos extremos de una espada era el que se usaba para malherir.

—Creo que podréis comprobar que no tiene tantas agallas como mis hombres —añadió Constantino con una sonrisa—. La paz no os vendría nada mal en este momento.

—También tengo un yerno —apunté.

—Claro, el formidable Sigtryggr, que puede aportar, ¿cuántos?, ¿quinientos, seiscientos hombres? Pongamos que incluso un millar, si cuenta con el apoyo de los *jarls* del sur, ¡cosa que dudo! Sigtryggr debería mantener un nutrido ejército en la

frontera sur para que esos *jarls* no se le desmanden.

Callé la boca. Constantino estaba en lo cierto, por supuesto. Sigtryggr podía proclamarse rey de Eoferwic y reclamar para sí el título de rey de toda Northumbria, pero la mayoría de los caudillos daneses más poderosos, precisamente aquellos cuyas haciendas estaban a un paso del límite fronterizo con Mercia, aún no le habían prestado juramento de fidelidad. Aunque tenía para mí que estaban deseando rendirse antes que dar la cara en una guerra que, de antemano, sabían que iban a perder por defender un reino que no era el suyo; según ellos, Sigtryggr había cedido demasiadas tierras para sellar la paz con Etefleda.

—Y no son solo los *jarls* —continuó Constantino, echando sal en la herida—. Tengo entendido que los sajones del oeste están armando mucha bulla por allí.

—Sigtryggr no está en guerra con los sajones —dije.

Constantino esbozó una sonrisa de nuevo. Aquella sonrisa estaba empezando a sacarme de quicio.

—Una de las consecuencias de ser cristiano, lord Uhtred, es que siento afinidad, incluso afecto, por esos reyes cristianos. Todos hemos sido ungidos por el Señor. Somos sus humildes servidores, y no tenemos otra misión que la de llevar el evangelio de Jesucristo por todos los confines de la tierra. ¡Al rey Eduardo de Wessex nada le gustaría más que ser recordado como aquel que consiguió poner el reino pagano de Northumbria bajo la tutela del Wessex cristiano! Y hasta donde yo sé, vuestro yerno ha firmado un tratado de paz con Mercia, no con Wessex. ¡Y son muchos los sajones del oeste que creen que ese tratado jamás debería haberse firmado! Piensan que ha llegado la hora de que Northumbria entre a formar parte de la comunidad cristiana. ¿Acaso ignorabais eso?

—Algunos sajones del oeste quieren ir a la guerra —asentí—, pero el rey Eduardo, no. Al menos, todavía no.

—Vuestro amigo, el *ealdorman* Etehelmo, trata de persuadirme de lo contrario.

—Etehelmo —repose de mal humor— es un mierda hediondo.

—No os digo que no, pero, aparte de ser un mierda hediondo, da la casualidad de que es cristiano —dijo Constantino—, y, como cristiano, tengo el deber de ayudarlo.

—En tal caso, sois igual que él —repliqué, y, al oír el tono en que me expresé, los guerreros escoceses que venían con Constantino se pusieron en alerta. Ninguno de los dos parecía hablar inglés, hablaban en su propia y bárbara lengua. Uno de ellos masculló algo que me resultó incomprensible.

Constantino alzó una mano para tranquilizarlos.

—¿Estoy en lo cierto o no? —me preguntó.

Si bien de mala gana, asentí. Aparte de ser el yerno del rey Eduardo, el *ealdorman* Etehelmo, mi afable enemigo, era el más poderoso de los nobles de Wessex. Y era un secreto a voces que su sueño no era otro que invadir Northumbria cuanto antes. Quería ser recordado como el hombre que forjara la unidad de los anglos, aquel cuyo nieto fuera el primer rey de todos los pueblos que hablaban inglés.

—Pero no es Etelhelmo quien está al frente del ejército de los sajones del oeste. Sí lo está, en cambio, el rey Eduardo, pero el rey Eduardo es más joven y puede darse el lujo de esperar.

—Quizá —dijo Constantino—, quién sabe... —Parecía estar pasándoselo bien, en tanto que yo quedaba como un necio. Se inclinó sobre la mesa para volver a llenarme la copa de cerveza—. Hablemos de otra cosa —propuso—, hablemos de los romanos.

—¿Los romanos? —pregunté, sin saber qué decir.

—Los romanos, sí —añadió entusiasmado—. ¡Qué gran pueblo! Ellos fueron quienes trajeron todas las bendiciones de la cristiandad a estas latitudes y, solo por eso, deberíamos estarles agradecidos. De entre ellos salieron filósofos, eruditos, historiadores y teólogos, y haríamos bien en aprender de ellos. La sabiduría de los antiguos, lord Uhtred, tal ha de ser la luz que nos guíe en estos tiempos. ¿Acaso no sois de mi misma opinión? —Aguardó por ver si decía algo, pero guardé silencio—. Fueron aquellos romanos tan sabios quienes estimaron que esta muralla estableciera la línea fronteriza entre Escocia y las tierras que están en manos de los sajones. —Mientras hablaba no dejaba de mirarme a los ojos, y advertí que, a pesar de su seriedad, se lo estaba pasando en grande.

—Tengo entendido que hay otra muralla romana más al norte.

—Un foso, nada más —dijo, restándole importancia—, que de poco sirvió, por otro lado. Esta muralla, sin embargo —continuó, al tiempo que señalaba aquella parte que se llegaba a ver por una de las ventanas—, sigue en pie. He dado muchas vueltas a este asunto, he rezado para abordarlo con claridad y no me cabe duda de que esta muralla es la que ha de marcar la línea divisoria entre nuestros pueblos. Todo lo que quede al norte de esta muralla será Escocia, Alba si así gustáis, y todo lo que quede al sur pasará a manos de los sajones, será la tierra de los sajones. Se acabaron, pues, las discusiones en cuanto a dónde establecer la frontera entre nuestros pueblos. ¡Todo el mundo convendrá en que la única frontera que hay en esta isla es la que dibuja esta gran muralla de piedra! Y aunque eso no baste para que nuestros pueblos sigan arrebatándose el ganado, ¡basta para que cada vez sea más difícil llevar a cabo esa clase de saqueos! ¿Os dais cuenta de lo que os propongo? ¡Soy un pacificador! —Me dirigió una esplendorosa sonrisa—. Y así se lo he planteado al rey Eduardo.

—Los destinos de Northumbria no están en manos de Eduardo.

—Lo estarán.

—Y Bebbanburg sigue siendo mío por derecho —añadí.

—Nunca lo fue —repuso Constantino con aspereza—. Perteneció a vuestro padre y ahora está en manos de vuestro sobrino. —Chascó los dedos como si, de repente, algo se le hubiese venido a la cabeza—. Por cierto, ¿envenenasteis a su hijo?

—¡Por supuesto que no!

—Habría estado bien, caso de haberlo hecho.

—Pues no lo hice —repliqué, encolerizado. Habíamos atrapado al hijo de mi primo, tan solo un muchacho por entonces, y había accedido a que Osferth, uno de

mis hombres de confianza, se hiciese cargo de él y de su madre, cautiva por nosotros, como su hijo. Madre e hijo habían fallecido un año antes por culpa de la peste, pero, como no podía ser de otra manera, se había extendido el rumor de que los había envenenado—. Falleció a causa de la fiebre de los pantanos —dije—, al igual que millares de personas en Wessex.

—¡Os creo, faltaría más! —repuso Constantino, como si el asunto no fuera con él—. El caso es que, en estos momentos, ¡vuestro primo ha de encontrar una esposa!

Me encogí de hombros.

—Alguna pobre chica habrá que quiera casarse con él.

—Tengo una hija —dijo Constantino, como si estuviera dándole vueltas al asunto—. ¿Qué os parece si se la presento?

—Sería un precio más bajo que el que habríais de pagar si pretendierais apoderaros de esas murallas.

—¿Acaso pensáis que las murallas de Bebbanburg me inspiran respeto?

—Deberíais de tenérselo.

—Vos pensasteis en una forma de conquistarla —añadió Constantino, y no me dio la sensación de que estuviera hablando en broma—, ¿acaso pensáis que no tengo el coraje suficiente o que soy menos capaz que vos?

—De modo que vuestra paz —dije, cargado de rencor— pasa por conquistar.

—Ni más ni menos —dijo sin dudar—. Tan solo nos mueve la intención de devolver la frontera al lugar donde, de forma tan acertada, la establecieron los romanos —calló un momento, disfrutando al ver mi turbación—. Bebbanburg, lord Uhtred —añadió—, y todas sus tierras me pertenecen.

—No mientras me quede un soplo de vida.

—¿Acaso oigo el zumbido de una mosca? —se preguntó—. Porque me ha parecido oír algo, y a no ser que vos estuvierais diciendo algo...

Le miré a los ojos.

—¿Veis a aquel cura que está allí? —le pregunté señalando con la cabeza al padre Eadig.

Sorprendido, Constantino asintió.

—No os oculto que me extraña tanto como me complace que un cura forme parte de vuestro séquito.

—Un cura que ha venido a echar por tierra vuestros planes, mi rey —le dije.

—¿Mis planes?

—Vuestros hombres acabaron con su escolta, pero el padre Eadig consiguió salir con vida. Si no hubiera dado conmigo, estaría todavía en Ætgefrin.

—Dondequiera que esté eso —dijo Constantino, tomándoselo a la ligera.

—La colina que vuestros oteadores estuvieron vigilando la semana pasada y quién sabe si no antes —repuse, dándome cuenta por fin de quiénes eran los sigilosos y hábiles oteadores que nos seguían. Constantino asintió levemente, dándome a entender que sí, que sus hombres nos habían estado acechando—. Y, sin duda, teníais

pensado atacarnos allí, porque, de lo contrario —añadí—, ¿cómo es que estáis aquí y no en Bebbanburg? Queríais acabar conmigo, pero ahora que me habéis encontrado tras unas murallas de piedra, eso de liquidarme va a resultaros mucho más complicado. —Lo cual era cierto, porque, si Constantino me hubiese sorprendido a campo abierto, habría hecho trizas a mis hombres, pero, si trataba de asaltar las murallas de Weallbyrig, habría de pagar un precio mucho más alto.

Reconocer cuánto de verdad había en lo que acababa de decir pareció complacerle.

—¿Y por qué, si puede saberse, lord Uhtred, querría acabar con vos?

—Porque es el único enemigo que os inspira miedo de verdad —respondió Finan en mi nombre.

Reparé en la fugaz mueca que se dibujó en el rostro de Constantino. Se puso en pie a continuación, y ya no hubo más sonrisas.

—Ahora —dijo con aspereza—, este fortín es de mi propiedad, al igual que todas las tierras al norte de aquí forman parte de mi reino. Os concedo hasta la puesta de sol, lord Uhtred, para que abandonéis este fortín y mis tierras. Lo que quiere decir que os dirigiréis al sur.

Constantino había entrado en mis tierras con un ejército. Mi primo había contado con los refuerzos que le proporcionaban los barcos de Einar *el Blanco*. Yo disponía de menos de doscientos hombres, ¿qué otra cosa podía hacer?

Me llevé la mano al martillo de Thor y, en silencio, formule una promesa: que, a pesar de mi primo, de Einar y de Constantino, recuperaría Bebbanburg. Me llevaría más tiempo, no sería empresa fácil, pero lo conseguiría.

De modo que nos pusimos en marcha hacia el sur.

SEGUNDA PARTE

EL ARDID

CAPÍTULO III

Al domingo siguiente, llegamos a Eoferwic, o Jorvik, como tienen a bien llamarla los daneses y los hombres del norte, donde celebraron nuestra llegada con un repicar de campanas. Brida, aquella que fuera mi amante antes de volverse en mi contra, había tratado de erradicar el cristianismo de la ciudad. Había asesinado al anterior arzobispo, pasado a cuchillo a muchos de los curas y quemado las iglesias, pero a Sigtryggr, el nuevo rey de aquellos parajes, con tal de que pagasen las exacciones correspondientes y no alborotasen, poco le importaba el dios al que venerara cada cual, de modo que los nuevos templos cristianos habían proliferado como las setas en cuanto para de llover. Había un nuevo arzobispo también, Hrothweard, un sajón del oeste con fama de ser un hombre recto. Llegamos a la ciudad a eso del mediodía bajo un sol radiante, el primero que veíamos desde que saliéramos de Ætgefrin. A caballo, nos dirigimos al palacio, a un paso de la catedral, ya reconstruida; allí fue donde me enteré de que Sigtryggr había partido para Lindcolne al frente de su ejército.

—¿Y la reina, anda la reina por aquí? —le pregunté al hombre ya entrado en años que custodiaba la puerta.

—Se fue con su marido, mi señor.

Aunque bien sabía yo que a mi hija no le asustaba el peligro y mucho me habría extrañado que no se hubiera ido al sur con Sigtryggr, di un respingo.

—¿Y los niños?

—Camino de Lindcolne también, mi señor. Se me puso la carne de gallina.

—¿Quién está al mando de la ciudad, pues?

—Boldar Gunnarson, mi señor.

Conocía a Boldar, un guerrero curtido y de toda confianza. Al mismo tiempo, me dio por pensar que era un hombre mayor, aunque lo cierto es que bien podría tener un par de años menos que yo, y, al igual que yo, también marcado por la guerra. Una lanza sajona le había destrozado la pantorrilla derecha y lo había dejado cojo; una flecha de Mercia le había privado de un ojo; tales mataduras le habían enseñado a ser cauteloso.

—No sabemos nada de la guerra —me dijo—, pero, claro, bien podría pasar otra semana antes de que nos enterásemos de algo.

—Pero ¿de verdad hay guerra? —pregunté.

—Los sajones han invadido nuestro territorio, mi señor —me dijo, andándose con pies de plomo—, y no creo que hayan venido para sacarnos a bailar.

Al frente de una reducida guarnición, habían dejado la ciudad en sus manos, pero, si de verdad había un ejército de sajones del oeste arrasando el sur de Northumbria, lo

mejor que podía pasarle era que nunca llegaran a las murallas romanas que defendían Eoferwic, igual que más le valdría encomendarse a los dioses para que Constantino no tomase la decisión de cruzar la muralla romana y marchar hacia el sur.

—¿Tenéis pensado quedaros por aquí, mi señor? —me preguntó, confiado en que mis hombres fuesen el refuerzo que necesitaba la magra guarnición a su cargo.

—Nos pondremos en marcha mañana por la mañana —le dije. Me habría gustado que fuera antes, pero teníamos que dar un respiro a los caballos y, a la vista de lo poco que sabía Boldar, yo necesitaba enterarme de qué estaba pasando en realidad más al sur. Finan me propuso que fuéramos a ver al nuevo arzobispo.

—Los monjes y los curas no paran de escribirse entre ellos —me dijo—. ¡Están más al tanto de lo que pasa que muchos reyes! Además, todo el mundo dice que el arzobispo Hrothweard es un buen hombre.

—No me fío de él.

—¡Pero si no habéis cruzado ni media palabra con él!

—Es cristiano, igual que los sajones del oeste —repuse—. Así que, ¿a quién preferiría ver en el trono, a Sigtryggr o a un cristiano? No, id mejor vos a hablar con él. Llevad el crucifijo por delante y procurad que no se os caiga mucho la baba.

Mi hijo y yo nos fuimos hacia el este. Salimos de la ciudad por uno de los enormes portones y enfilamos un sendero que discurría junto a la orilla del río, al pie de una hilera de casas que se erguía al borde de un largo embarcadero donde recalaban barcos mercantes llegados de cualquier puerto del mar del Norte. Un lugar donde lo mismo era posible comprar un barco que unos tablones, jarcias o pez, piezas de lona o esclavos. Había tres tabernas; la de mayor renombre era El Pato, donde había cerveza, comida y también putas; allí nos sentamos, pues, al aire libre, en una mesa que quedaba junto a la entrada.

—Da gusto ver el sol de nuevo —me saludó Olla, el dueño de la taberna al verme.

—Y más que daría con una jarra de cerveza a mano —repuse.

Olla esbozó una sonrisa.

—Un placer volver a veros, mi señor. ¿Solo cerveza? Porque también tengo una preciosidad que acaba de llegar de Frisia.

—Solo cerveza.

—Esa pobre nunca sabrá lo que se pierde —dejó caer, mientras iba en busca de la cerveza y nosotros nos reclinábamos contra el muro exterior de la taberna. El sol daba gusto; sus rayos arrancaban destellos de aquel río por el que, majestuosos, unos cisnes avanzaban a contracorriente. Amarrado a un paso de donde estábamos, un enorme barco carguero que tres esclavos desnudos trataban de adecentar.

—Está en venta —nos informó Olla al volver con la cerveza.

—Un poco pesado para mi gusto.

—Un verdadero armatoste. ¿Habéis venido con la intención de comprar uno, mi señor?

—Pero no ese; algo más ligero quizá.

—Ahora mismo, los precios están por las nubes —dijo Olla—; es preferible esperar a que caigan las primeras nieves —comentó, mientras se sentaba en un taburete en un extremo de la mesa—. ¿Os apetece algo de comer? Mi mujer ha preparado un delicioso guiso de pescado y hay pan recién hecho.

—Tengo hambre —dijo mi hijo.

—¿De qué, de guiso de pescado o de mozas de Frisia? —me interesé.

—De ambos, pero venga primero ese guiso.

Olla dio unos golpes en la mesa y aguardó a que una hermosa joven saliera de la taberna.

—Traednos tres cuencos de ese guiso de pescado, cariño, y dos barras de pan reciente. Ah, y una jarra de cerveza, mantequilla, y limpiaos esa nariz. —Esperó hasta que la joven volvió a entrar en la taberna como un rayo—. ¿No dispondréis de algunos guerreros jóvenes y de sangre caliente que anden en busca de esposa, mi señor? —se interesó.

—De esos, los tengo a espuestas —repuse—, incluido este zoquete —añadí, refiriéndome a mi hijo.

—Es mi hija —dijo, señalando la puerta por la que acababa de desaparecer la joven— y un quebradero de cabeza. Ayer mismo me la encontré cuando trataba de vender a su hermano pequeño a Haruld —un traficante de esclavos que vivía tres casas más arriba.

—Confío en que sacara un buen precio —comenté.

—¿Quién, esa? Habría cerrado un buen trato, sin duda. No es de las que se chupa el dedo. ¡Hanna! —llamó a voces—. ¡Hanna!

—Sí, padre —dijo la muchacha, asomándose a la puerta.

—¿Cuántos años tenéis?

—Doce, padre.

—¿Veis? Lo que yo os decía —me echó una mirada—. Ya tiene edad suficiente. —Se agachó y pasó la mano por la cabeza de un perro que dormitaba—. ¿Y qué me decís de vos, mi señor?

—¿Yo? Ya estoy casado.

Olla se echó a reír.

—Mucho ha llovido desde la última vez que os dejasteis caer por aquí para saborear mi cerveza. ¿A qué se debe el honor?

—Confiaba en que vos me lo dijerais.

Asintió con la cabeza.

—Hornecastre.

—Así es —convine—. Ni siquiera sé dónde cae eso.

—Aparte de un antiguo fortín —me dijo—, no hay mucho más por allí.

—¿Un fortín romano? —me interesé.

—¿Quién, si no, podría haberlo levantado? Los sajones del oeste se han hecho

con todas las tierras hasta el Gewasc —reconoció con pesar—; por alguna razón han enviado hombres más al norte, hasta Hornecastle. Han sentado sus reales en el viejo fortín y, hasta donde yo sé, allí siguen.

—¿Cuántos son?

—No lo sé. Muchos. Trescientos, cuatrocientos quizá —algo que, más que un ejército, se me antojaba una formidable partida de guerreros, si bien no habría de resultarles nada fácil tener que vérselas con las murallas de piedra de Lindcolne.

—Tenía entendido que estábamos en guerra —exclamé de mal humor—. Cuatrocientos hombres ocupando un fortín pueden ser un incordio, pero no necesariamente el final de Northumbria.

—No creo que hayan venido por pasar el rato —repuso Olla—. Son sajones del oeste y están en nuestro territorio. El rey Sigtryggr no puede permitir que sigan allí por mucho tiempo.

—Cierto —comenté, sirviéndome más cerveza—. ¿Sabéis quién está al mando de esa tropa?

—Brunulf.

—No había oído ese nombre en mi vida.

—Es un sajón del oeste —me puso al tanto Olla. Si lo sabía, era gracias a la gente que se pasaba por la taberna, marineros, sobre todo, cuyos barcos se dedicaban al comercio por aquella costa; pero si había oído hablar de Brunulf era sobre todo gracias a una familia danesa a la que habían expulsado del caserío que regentaba al norte del antiguo fortín y había pasado una noche en El Pato antes de seguir viaje más al norte, donde pensaban quedarse a vivir con unos parientes—. No acabó con ninguno de ellos, mi señor.

—¿Os referís a Brunulf?

—¡Decían que era un hombre considerado! Aunque, eso sí, había echado a todos los de la aldea y, por supuesto, sus hombres se llevaron el ganado.

—Y se quedaron con sus casas.

—Así es, perdieron también sus hogares, mi señor, ¡pero a ninguno de ellos les tocó un pelo! No se llevaron a ningún chaval como esclavo, ni violaron a ninguna mujer, nada de nada.

—Unos invasores muy cuidadosos, según parece —dije.

—De ahí que vuestro yerno —continuó Olla— haya partido con unos cuatrocientos hombres hacia el sur, porque tengo entendido que él no quiere serlo menos. Antes que iniciar una guerra, preferiría negociar con esos cabrones su salida de Hornecastle.

—Así que se nos ha vuelto sensato.

—Vuestra hija lo es, mi señor. Ella es quien no deja de insistir en que más vale no aventar un avispero.

—Pues aquí vuelve la vuestra —dije, en el momento en que Hanna aparecía por la puerta con una bandeja llena de cuencos y jarras.

—Dejadla aquí, preciosa —dijo Olla, dando unos golpecitos encima de la mesa.

—¿Cuánto os ofrecía Haruld por vuestro hermano? —le pregunté a la joven.

—Tres chelines, mi señor —contestó. Era una muchacha de ojos vivarachos, cabellos castaños y una contagiosa e insolente sonrisa.

—¿Por qué queríais venderlo?

—Porque es un mierda, mi señor.

Me eché a reír.

—En ese caso, deberíais haberos quedado con el dinero. Tres chelines por alguien que no deja de ser un mierda, según vos, no es un mal precio.

—Mi padre no lo consentiría —hizo una mueca y fingió que se le había ocurrido una idea mejor—. ¿Por qué no lo tomáis a vuestro servicio, mi señor? —añadió, poniendo cara de asco—. ¿Quién sabe? A lo mejor, pierde la vida en una batalla.

—A lo tuyo..., ¡demonio de chiquilla! —rezongó su padre.

—¡Hanna! —la llamó de nuevo—. Vuestro padre dice que estáis en edad de contraer matrimonio.

—Dentro de un año, quizá —terció Olla.

—¿Queréis casaros con este? —señalando a mi hijo.

—No, mi señor.

—¿Por qué no?

—Porque es clavadito a vos, mi señor —dijo muerta de risa antes de desaparecer.

También yo me eché a reír, pero me dio la sensación de que a mi hijo no le había hecho ninguna gracia.

—No me parezco en nada a vos —aseveró.

—Sí que tenéis un aire —comentó Olla.

—Si es así, que Dios me ayude.

«Y que Dios tenga a bien apiadarse de Northumbria», pensé para mis adentros. De modo que se llamaba Brunulf. No tenía ni idea de quién era aquel hombre, pero me imaginé que sería lo bastante bueno como para ponerlo al mando de varios centenares de hombres. Pero ¿por qué lo habrían enviado a Hornecastre? ¿Acaso el rey Eduardo deseaba iniciar una guerra? Porque, por más que su hermana, Etelfleda, hubiese firmado un tratado de paz con Sigtryggr, Wessex no lo había suscrito, y a nadie se le ocultaban las ganas que tenían algunos sajones del oeste por hacerse con Northumbria. Pero que unos pocos centenares de hombres se adentrasen en Northumbria, expulsaran sin derramamiento de sangre a los pocos daneses que allí vivían y se asentaran en un antiguo fortín no era algo que se pudiera calificar de invasión en toda regla. Así que Brunulf y los hombres que con él habían ocupado Hornecastre, reflexioné, solo querían provocarnos para que tomáramos la decisión de atacar y dar comienzo, así, a una guerra que por fuerza habríamos de perder.

—Sigtryggr me quiere a su lado —le dije a Olla.

—Si no puede convencerlos para que abandonen el fuerte, a lo mejor espera que vos les metáis el miedo en el cuerpo y salgan por piernas —repuso el tabernero

tratando de halagarme.

Probé el guiso de pescado y caí en la cuenta de que estaba muerto de hambre.

—¿Por qué creéis que está subiendo el precio de los barcos? —le pregunté.

—No os lo vais a creer, mi señor: por culpa del arzobispo.

—¿Hrothweard?

Olla se encogió de hombros.

—Dice que ya es hora de que los monjes vuelvan a Lindisfarena.

Incrédulo, me lo quedé mirando.

—¿Que dice qué?

—¡Que pretende reconstruir el monasterio! —repuso.

No había habido monjes en Lindisfarena desde hacía casi una eternidad; no habían vuelto desde que los saqueadores daneses acabaran con todos ellos. En tiempos de mi padre, había sido uno de los santuarios más importantes de Britania, más incluso que el de Contwaraburg, capaz de atraer a multitudes de peregrinos que hasta allí se llegaban para rezar a los pies del sepulcro de san Cuthberto. Y mi padre había sabido sacar tajada de la situación, porque el monasterio se encontraba al norte de la fortaleza, en una isla que era de su propiedad, y los peregrinos se dejaban su buena plata en velas y comida, alojamiento o putas en el pueblo de Bebbanburg. No me extrañaba que los cristianos quisiesen reconstruirlo, pero, en aquel momento, estaba en manos de los escoceses. Con la cabeza, Olla me indicó que volviera la vista a un lado del embarcadero.

—¿Veis aquel montón de vigas de madera? Roble en perfectas condiciones, traído de Sumorsæte, por más señas. Es de lo que pretende servirse el arzobispo. De esos maderos y de unas cuantas piedras de mampostería, y necesita una docena de barcos para llevar todo eso a la isla.

—A lo peor, no le parece buena idea al rey Constantino —apunté, maliciosamente.

—¿Y qué pinta él en todo esto? —se interesó Olla.

—¿No estáis al tanto? Esos condenados escoceses han invadido Bebbanburg.

—¡Santo cielo! ¿Lo decís en serio, mi señor?

—Y tanto que sí. Ese cabrón de Constantino reclama Lindisfarena como parte de Escocia. Así que querrá contar con sus propios monjes, que no con los monjes sajones que pretende llevar Hrothweard.

Olla puso cara de disgusto.

—¡Al arzobispo no le va hacer ninguna gracia! ¡Esos malditos escoceses en Lindisfarena!

De repente, algo se me pasó por la cabeza y, frunciendo el ceño, me paré a pensarlo.

—¿Sabéis a quién pertenece la isla? —le pregunté a Olla.

—A vuestra familia, mi señor —contestó, en lo que me pareció una respuesta más que calculada.

—La iglesia es la propietaria de las ruinas del monasterio —continuó—, pero el resto de la isla forma parte del señorío de Bebbanburg. ¿Creéis que el arzobispo cuenta con el permiso de mi primo para reconstruirlo? Ya sé que no lo necesita, pero todo sería más fácil si mi primo se lo concediese.

Olla se quedó en suspenso un momento. Sabía la opinión que me merecía mi primo.

—Creo que la idea partió de vuestro primo, mi señor.

Que era ni más ni menos lo que a mí se me había acabado de ocurrir.

—¡Cagarruta de comadreja! —se me escapó. Desde el momento en que Sigtryggr se alzara como rey de Northumbria, mi primo tenía que haberse dado cuenta de que iría a por él y tal había sido la razón, sin duda, de que se lo hubiera propuesto a Hrothweard, para tener a la iglesia de su lado y, así, convertir la defensa de Bebbanburg en una cruzada. Pero Constantino acababa de echar por tierra sus esperanzas, pensé.

—Antes de que pasara todo esto —apuntó Olla—, el arzobispo chiflado había intentado levantar una iglesia en ese lugar. O eso pretendía, cuando menos.

Me eché a reír. Siempre que alguien me hablaba del obispo chiflado me lo pasaba en grande.

—¿De veras?

—De ahí que el arzobispo Hrothweard quiera poner fin a semejante locura. Claro que, tratándose de ese cabrón chiflado, quién sabe, pero ese necio iba diciendo a quien quería oírle que pretendía levantar un nuevo monasterio en la isla.

A lo mejor era cierto que el obispo chiflado estaba loco, pero lo cierto es que no era ni obispo siquiera: era un *jarl* danés, un tal Dagfinnr, que se había proclamado a sí mismo obispo de Gyruum y había adoptado un nuevo nombre, Jeremías. Él y sus hombres ocupaban el antiguo fuerte de Gyruum, al sur del señorío de Bebbanburg, en la orilla sur del río Tinan. Gyruum pertenecía al señorío de Dunholm, lo que le convertía en uno de mis aparceros, y solo lo había visto la vez que acudió a la imponente fortaleza para pagarme lo que estaba estipulado. Había llegado con una docena de hombres, que decía que eran sus discípulos; todos a lomos de corceles, todos menos él, Jeremías, que, ataviado con una mugrienta sotana larga, luciendo unos grasientos y largos cabellos blancos que le llegaban hasta la cintura y un gesto de taimado cachondeo dibujado en su chupado y despierto rostro, venía montado en un asno. En aquella ocasión, depositó quince chelines de plata sobre la hierba y se arremangó la sotana.

—Mirad —dijo, grandilocuente, antes de mear sobre las monedas—. En el nombre del Padre, del Hijo y del otro —y me dirigió una sonrisa—. El estipendio que me corresponde, mi señor, un poco mojado, pero bendito y todo. ¿Acaso no veis cómo brilla en estos momentos? Ya me diréis si esto no es un milagro.

—Lavad las monedas —le dije.

—¿Queréis que os lave también los pies, mi señor?

De modo que aquel loco de Jeremías era el mismo que pretendía levantar algo en Lindisfarena.

—¿Sabéis si contaba con el permiso de mi primo para hacerlo? —le pregunté a Olla.

—No sabría decirlo, mi señor. Hace meses que no veo por aquí al tal Jeremías ni a su espantoso barco. —El horrible barco al que se refería el tabernero no era otro que el *Guds Moder*, un barco de guerra siniestro y destartado con el que Jeremías merodeaba por la costa más allá de Gyruum. Así que me limité a encogerme de hombros.

—Jeremías no representa ninguna amenaza —concluí—; si se aventura a ir más al norte, Constantino lo aplastará.

—Quizá —repuso Olla, que no parecía tenerlas todas consigo.

Me quedé mirando al río que discurría a lo largo del concurrido embarcadero; luego, reparé en un gato que, sigiloso, acechaba desde la borda de un barco amarrado antes de saltar al pantoque dispuesto a darse un atracón de ratas. Mientras, Olla hablaba con mi hijo de las carreras de caballos que habían tenido que suspender al enterarse de que Sigtryggr había tomado la decisión de llevarse al sur a casi toda la guarnición de Eoferwic, pero yo no seguía la conversación. No dejaba de darle vueltas a lo mismo. Estaba claro que el permiso para levantar un nuevo monasterio tenían que haberlo concedido hacía semanas, incluso antes de que Constantino invadiese aquellas tierras. ¿Cómo, si no, podría el arzobispo disponer de aquellos montones de tablones y piedras de mampostería listos ya para llevarlos a la isla?

—¿Cuándo se produjo la ocupación de Hornecastre por parte de Brunulf? —pregunté en voz alta, interrumpiendo los entusiastas elogios que hacía Olla de un caballo castrado que, según él, era el más veloz de toda Northumbria.

—Vamos a ver —dijo Olla pensativo, frunciendo el ceño durante unos instantes—; creo que fue hacia la última luna nueva. Sí, fue por entonces.

—Y ahora ya está casi llena —dije.

—Así que... —empezó a decir mi hijo, pero enseguida calló la boca.

—¡Que la invasión de los escoceses se produjo hace tan solo unos días! —exclamé, sin poder contenerme—. Supongamos que Sigtryggr no hubiera estado a otra cosa por culpa de esos sajones del oeste. ¿Qué habría hecho si hubiera estado al tanto de los planes de Constantino?

—Se habría dirigido al norte —repuso mi hijo sin dudar.

—Pero no puede, porque los sajones le están buscando las cosquillas por el sur. ¡Han establecido una alianza!

—¿Los escoceses y los sajones del oeste? —se sorprendió mi hijo, como si tal cosa no le cupiera en la cabeza.

—¡Hace semanas que, en secreto, han llegado a un acuerdo! ¡Los escoceses se quedan con Bebbanburg y los curas sajones del oeste sientan sus reales en Lindisfarena! —dije, convencido de que estaba en lo cierto—. Se hacen con un nuevo

monasterio, reliquias, peregrinos y más plata. Los escoceses se quedan con las tierras y la iglesia se hace rica.

Aunque no era así, estaba convencido de que estaba en lo cierto. Y poco importaba, en definitiva.

Olla y mi hijo guardaron silencio durante un rato, hasta que mi hijo, encogiéndose de hombros, se preguntó:

—¿Y qué vamos a hacer?

—Iniciar una matanza —contesté, con ánimo vengativo.

Y al día siguiente, nos pusimos en camino hacia el sur.



—Nada de matanzas —dijo mi hija, sin vacilaciones.

Solté un bufido.

Sigtryggr se había ido de Lindcolne. Había dejado el grueso de su ejército para defender las murallas de la ciudad y, con cincuenta hombres, se había dirigido a Ledecestre, una de las ciudadelas que había cedido a Mercia, para implorarle a Eteflada que tratase de convencer a su hermano, el rey de Wessex, de que retirase las tropas que ocupaban Hornecastre.

—Los sajones del oeste quieren que seamos nosotros quienes iniciemos la guerra —me explicó mi hija. Ella era quien estaba al mando de Lindcolne, al frente de una guarnición de casi cuatrocientos hombres. Con un ejército de esas dimensiones, bien podría haberse enfrentado con Brunulf, pero no dejaba de insistir en que dejáramos tranquilos a los sajones.

—Creo que vuestras fuerzas son muy superiores a las de esos cabrones que ocupan Hornecastre —traté de hacerle ver.

—No estoy segura —repuso, armándose de paciencia—, y eso sin contar con que hay cientos de sajones del oeste que se mantienen a la espera al otro lado de la frontera, que solo buscan una excusa para invadirnos.

Y tenía razón. Los sajones del sur de Britania buscaban algo más que una excusa: querían quedarse con todo el territorio. A lo largo de mi vida, había visto cómo casi todo eso que ahora llamamos la tierra de los ingleses caía en manos de los daneses. Aquellos barcos alargados habían enfilado los ríos, se habían adentrado en aquellas tierras y sus guerreros se habían apoderado de Northumbria, Mercia y Anglia Oriental. Sus ejércitos habían derrotado a las tropas de Wessex y todo apuntaba a que nuestro país acabaría por convertirse en la tierra de los daneses, pero no era eso lo que el destino había decidido y, luchando denodadamente y sufriendo lo indecible, los sajones del oeste y los hombres de Mercia habían ido abriéndose paso hacia el norte, de forma que, en aquel momento, solo la Northumbria de Sigtryggr seguía estando en sus manos. Cuando Northumbria cayese, algo que acabaría por pasar más

tarde o más temprano, todas las gentes que hablaban inglés vivirían en un único reino, la tierra de los ingleses.

Lo irónico del destino era que, desde las costas del sur hasta Northumbria, siempre había luchado de parte de los sajones y que, para entonces, gracias al matrimonio que había contraído mi hija, me había convertido en enemigo suyo. ¡Tales son las jugarretas que nos depara el destino! La última de todas: ¡que fuera mi hija quien me dijera lo que tenía que hacer!

—Hagáis lo que hagáis, padre —me había pedido con firmeza—, ¡ni se os ocurra incitarlos! ¡No nos hemos enfrentado con ellos, no los hemos amenazado ni hemos mantenido conversaciones siquiera! ¡No queremos provocarlos!

Alcé la vista y reparé en su hermano, que estaba jugando con sus sobrinos. Nos encontrábamos en una imponente mansión romana construida en lo alto de la colina que dominaba Lindcolne y, desde la cerca que, por el este, marcaba las lindes de aquel vasto jardín, podíamos ver millas y millas de terrenos bañados por el sol. Por allí, en alguna parte, andarían Brunulf y sus hombres. Nada, pensé, le gustaría más a mi hijo que ir a por ellos. Pero, claro, el chico era corto, alocado y testarudo, en tanto que mi hija, de tez tan oscura como rubicunda era la de su hermano, era sagaz y reservada. Y lista como el hambre también, como su madre, lo que no quería decir que tuviera razón.

—Teméis a los sajones del oeste —le dije sin rodeos.

—Sus fuerzas me inspiran respeto.

—Solo es un farol —repose, confiando en estar en lo cierto.

—¿Eso pensáis, que es un farol?

—No hay invasión que valga —me revolví enojado—, ¡no es más que una distracción! Quieren mantener a vuestros ejércitos en el sur mientras Constantino se apodera de Bebbanburg. ¡Brunulf no piensa atacaros aquí! No cuenta con suficientes hombres. Tan solo quiere teneros entretenidos aquí en el sur mientras Constantino asedia Bebbanburg. Han establecido una alianza, ¿acaso no os dais cuenta? —exclamé, al tiempo que daba un puñetazo contra la cerca de piedra del jardín—. ¡No debería estar aquí!

Stiorra me entendió a la primera: lo que quería decir era que debería de estar en Bebbanburg, así que me pasó la mano por el brazo para tranquilizarme.

—¿Pensáis que estáis en condiciones de enfrentaros con vuestro primo y con los escoceses?

—Es lo que tengo que hacer.

—No podéis, padre, no sin contar con la ayuda de nuestro ejército.

—Me he pasado la vida soñando con Bebbanburg —dije con amargura—, soñando con recuperar esa fortaleza, soñando con poder morir allí. En vez de eso, ¿qué he hecho? He ayudado a los sajones a reconquistar territorios, ¡he ayudado a los cristianos! ¿Y cómo me lo pagan? Estableciendo una alianza con mi adversario. —Y, volviéndome, ya fuera de mí, concluí—: ¡Estáis equivocada!

—¿Cómo que estoy equivocada?

—Si atacamos a Brunulf, los sajones del oeste no invadirán vuestro reino. No están en condiciones. Llegará el día en que lo estén, pero no en este momento. —No tenía ni idea de si estaba en lo cierto o no, lo único que sabía era que trataba de convencerme a mí mismo de que así era—. Están pidiendo a gritos que los machaquen, que los aplasten, que los maten. Están pidiendo a gritos que alguien les meta el miedo en el cuerpo.

—No, padre —repuso con voz suplicante—. Vamos a ver a qué llega Sigtryggr con Mercia, os lo ruego.

—No estamos en guerra con Mercia —contesté.

Se dio media vuelta y se quedó contemplando las colinas que unas nubes moteaban.

—Bien sabéis que algunos sajones del oeste dicen que nunca deberíamos haber firmado la paz —continuó con voz más serena—. La mitad del Witan piensa que Etelfleda traicionó a los sajones porque os ama; la otra mitad, en cambio, es partidaria de mantener la paz hasta que sean tan fuertes que no podamos hacerles frente.

—¿A cuento de qué viene eso?

—A cuento de que aquellos que quieren la guerra están buscando un motivo. Quieren que seamos nosotros quienes los atacemos. Quieren doblegar la voluntad del rey Eduardo, y ni siquiera vuestra Etelfleda podrá negarse a empuñar las armas. Padre, necesitamos tiempo. Os lo ruego. Dejadlos en paz. Ya se irán. Id a Ledecestre. Echadle una mano a Sigtryggr. Etelfleda os hará más caso que a él.

Consideré lo que acababa de decirme y pensé que, probablemente, no le faltaba razón. Eufóricos tras la reciente conquista de Anglia Oriental, los sajones del oeste estaban pidiendo guerra a gritos, una guerra que yo no buscaba. Quería echar a los escoceses de las tierras de Bebbanburg y, para hacerlo, tenía que contar con el ejército de Northumbria, pero Sigtryggr solo estaría dispuesto a echarme una mano si estaba seguro de que seguía habiendo paz con los sajones que dominaban la frontera sur de su reino. Había ido a Ledecestre para interceder ante Etelfleda, con la esperanza de que la influencia que ella pudiera ejercer sobre su hermano le ayudara a mantener la paz, pero, a pesar de las ardientes súplicas de mi hija, mi instinto me decía que el camino que habría de llevarme a Bebbanburg pasaba por Horneceastre, no por Ledecestre. Y siempre me he dejado llevar por mi instinto. Bien podría ser un desatino, algo contrario a la razón y al sentido común, pero el instinto es como ese cosquilleo que nos sube por el espinazo para advertirnos de que un peligro nos acecha. Así que me fío de mi instinto.

De modo que, al día siguiente, a pesar de las advertencias de mi hija, me dirigí a Horneceastre.



Aunque los romanos lo habían considerado un sitio lo bastante bueno como para erigir un fortín de murallas de piedra, Hornecastre, al sur del río Beina, era un lugar inhóspito. Ni rastro de calzadas por los alrededores, así que me dio por pensar que lo habían levantado para vigilar los barcos que se adentraban río arriba, barcos que no debían de ser otros que los de nuestros antepasados, los primeros sajones que cruzaran el mar para asentarse en aquellas tierras. Tierras fértiles, por otro lado, al menos hacia el norte, salpicadas como estaban de suaves colinas revestidas de abundantes y succulentos pastos. No lejos de allí, un par de caseríos de los que se habían hecho cargo dos familias danesas con sus correspondientes esclavos hasta que, tras ocupar el antiguo fortín, los sajones del oeste las obligaron a abandonar aquellos parajes.

—¿Por qué esos daneses no se instalaron en el fortín? —pregunté a Egil, un hombre de gesto adusto, mediana edad y largos bigotes trenzados, que se había criado no lejos de aquel lugar y que, para entonces, estaba al mando de los centinelas que realizaban las rondas nocturnas y formaba parte de la guarnición de Lindcolne. Al frente de un reducido grupo de hombres, Egil había sido el encargado de ver qué hacían los sajones del oeste que habían ocupado el fortín, labor que había desempeñado manteniéndose siempre a una distancia segura, hasta que el prudente Sigtryggr había vuelto a llamarlo a su lado en Lindcolne. Fui yo quien le insistí en que me acompañase a Hornecastre—. Si atacamos el fortín —le había dicho—, no nos vendrá mal contar con un hombre que conoce el terreno. Porque, al contrario, yo no he estado allí en mi vida.

—En tiempos, allí vivió un hombre que se llamaba Torstein —me dijo—, hasta que le dio por marcharse.

—¿Por qué?

—Por las inundaciones, mi señor. Dos de sus hijos se ahogaron en una inundación, mi señor, y pensó que aquel era un lugar maldito por los sajones. Y se fue. Hay un arroyo caudaloso a este lado del fortín; el río discurre por el lado de allá. Hay partes del muro que se han venido abajo por aquel lado. No por este, mi señor —estábamos en la parte que daba al norte—, sino por aquellas otras, las que miran al sur y al este.

—Visto desde aquí, resulta imponente —dije, admirando el fortín, contemplando aquellas murallas de piedra que, descarnadas, se alzaban sobre una vasta extensión de juncales. En lo alto de la muralla norte, dos estandartes pendían de otros tantos mástiles; una racha de viento hizo que ondease uno de ellos y pudimos ver el dragón de Wessex. El otro debía de estar hecho de una lona más tupida, porque ni siquiera aquel viento pudo levantarlo.

—¿Qué lleva pintado el estandarte que se ve a la izquierda? —pregunté a Egil.

—Nunca llegamos a verlo desplegado, mi señor.

Solté un bufido; me maliciaba que Egil nunca había intentado llegarse lo bastante cerca como para verlo. Al otro lado de las murallas, columnas de humo delataban las fogatas en donde estaban preparando la comida; columnas similares se veían más al sur, donde, sin duda, acampaba el grueso de las tropas de Brunulf.

—¿De cuántos hombres estamos hablando, según vos? —le pregunté.

—¿Doscientos? ¿Trescientos? —repuso, sin precisar más la cifra.

—¿Hombres de armas todos?

—Y algunos hechiceros, mi señor —refiriéndose a los curas.

Aunque los hombres que estaban en lo alto de las murallas habían reparado en que los observábamos desde aquel otero, nos encontrábamos bastante alejados del fortín. La mayoría de mis hombres se ocultaba en el valle que se extendía a nuestras espaldas.

—¿Algo más por aquí, aparte del fortín?

—Algunas casas —dijo Egil, quitándole importancia.

—¿Y estáis seguro de que los sajones no han intentado ir más al norte?

—No, mi señor, no al menos durante la primera semana que anduvieron por aquí. Están donde los dejamos. —Se rascó la barba tratando de atrapar un piojo—. Claro que podrían haber andado zascandileando por los alrededores —añadió—, pero ni siquiera nos habríamos dado cuenta. Nuestras órdenes eran mantenernos alejados de ellos, de no importunarlos.

—Una medida prudente —comenté, pensando en que yo estaba a un paso de hacer lo contrario.

—Así que, ¿por qué siguen aquí? —preguntó Egil de mal humor.

—Quieren que seamos nosotros quienes atacemos —repuse, aunque si Egil estaba en lo cierto y aquellos sajones del oeste disponían de doscientos o trescientos hombres para defender aquellas murallas, nosotros necesitaríamos no menos de cuatrocientos para intentar asediarlos. ¿Y con qué objeto? ¿Hacernos con las ruinas de un antiguo fortín que, desde hacía mucho tiempo, no defendía nada que pudiese valer la pena? Brunulf, el jefe de los sajones del oeste, seguramente estaría pensando lo mismo que yo, así que, ¿por qué seguía allí?—. ¿Cómo llegaron hasta aquí? —le pregunté—. ¿En barco?

—A caballo, mi señor.

—Pues vinieron a parar muy lejos de donde se encuentran estacionadas las tropas sajonas más cercanas —comenté, más para mis adentros que de cara a Egil.

—Las fuerzas sajonas más próximas están en Steanford, mi señor.

—O sea, ¿a qué distancia de aquí?

—Una media jornada a caballo más o menos, mi señor —dijo, no muy seguro.

Aquel día iba a lomos de Tintreg; espoleé, pues, mi caballo y bajamos una ladera empinada; atrás, dejamos un seto, cruzamos una acequia y subimos un terraplén. Tras ordenar a los que venían conmigo que se ocultaran, me adelanté en compañía de

Finan y una docena de hombres. Si los sajones del oeste hubieran pretendido alejarnos de allí, no nos habría quedado otra que huir hacia el norte; en lo alto de aquellas murallas, sin embargo, parecían satisfechos de ver cómo nos acercábamos. Uno de los curas que iba con ellos se sumó a los guerreros que defendían las murallas, y vi cómo alzaba una cruz y nos apuntaba con ella.

—Echad un ojo a los pastos que quedan de este lado del arroyo —les dije—. ¿Qué veis?

Eadric, que tenía tan buena vista como Finan, se encaramó en los estribos, se cubrió la cara con la mano a modo de visera y miró hacia donde yo señalaba.

—¿Tumbas? —comentó extrañado.

—Están cavando, de eso no hay duda —dijo Finan. Se veían unos cuantos montones de tierra recién removida.

—¿Queréis que vaya a echar un ojo, mi señor? —me preguntó Eadric.

—Mejor vamos todos —dije.

Con los escudos a la espalda, señal de que no íbamos en busca de pelea, a paso lento, nos dirigimos hacia el fortín: al menos durante un rato, los sajones parecieron estar conformes con que explorásemos qué había en aquellos pastos de nuestro lado del río, donde, en efecto, ocasión tuve de ver unos sorprendentes montones de tierra removida. A media que nos acercábamos, puede ver que, más que tumbas, aquellos montones de tierra parecían zanjas.

—¿Estarán pensando en levantar un nuevo fortín? —pregunté en voz alta sin salir de mi asombro.

—Algo están construyendo, sin duda —dijo Finan.

—Mi señor —me advirtió Eadric, pero ya había reparado en la docena de hombres que, tras abandonar el fortín, a lomos de sus monturas se dirigían a un vado que cruzaba el arroyo.

Nosotros éramos catorce y, si no quería verse en líos, Brunulf debería venir acompañado de otros tantos, y eso fue lo que hizo; solo que, cuando los jinetes llegaron al centro del arroyo, allí donde aquellas aguas tranquilas ya rozaban las panzas de sus monturas, se detuvieron. Haciendo caso omiso de nosotros, se agruparon. Me dio la impresión de que discutían algo, hasta que, de repente, dos de los jinetes se dieron media vuelta y se volvieron al fortín. Para entonces, ya estábamos en las lindes de aquel pasto de hierba aún no hollada tras la lluvia que acababa de caer y, mientras espoleaba a Tintreg, caí en la cuenta de que no estaban cavando tumbas ni levantando un fortín, sino erigiendo una iglesia. Aquellas zanjas tenían forma de cruz. Eran los cimientos de una iglesia, los mismos que, una vez rellenos de piedra hasta la mitad, habrían de soportar los contrafuertes de los muros.

—¡Es enorme! —dije, impresionado.

—¡Tan grande como la de Wintanceaster! —añadió Finan, no menos impresionado.

Los doce emisarios procedentes del fortín espolearon sus monturas y, atrás,

dejaron el río. Ocho de ellos eran guerreros como nosotros; los otros cuatro eran clérigos, dos curas con negras sotanas, y dos monjes, con hábitos de color marrón. Los guerreros no iban tocados con yelmos ni portaban escudos; aparte de las espadas, enfundadas en sus correspondientes vainas, tampoco llevaban armas. A lomos de un precioso corcel gris que, majestuoso, alzaba las patas sobre las altas hierbas, la persona que estaba al mando vestía una túnica de color oscuro con ribetes de piel por encima de una coraza de cuero sobre la que pendía una cruz de plata. Era un hombre joven, de gesto serio, barba corta y frente despejada, con un birrete de lana como tocado. Refrenó su inquieto corcel y se me quedó mirando en silencio, como esperando que fuese el primero en hablar, cosa que no hice.

—Soy Brunulf Torkelson, de Wessex —dijo, por fin—. ¿Quién sois vos?

—Así que sois el hijo de Torkel Brunulfson —comenté.

Extrañado, se me quedó mirando; al cabo, pareció complacido y asintió.

—El mismo, mi señor.

—Vuestro padre peleó a mi lado en Ethandum —dije—; ¡qué gran guerrero! Acabó con un montón de daneses. ¿Sigue aún entre nosotros?

—Así es.

—Hacedle llegar mis más afectuosos saludos.

Se quedó dudando, y caí en la cuenta de que quería darme las gracias pero que no sabía cómo dar con un pretexto. Había algo que no encajaba.

—¿Quién le envía tan afectuosos saludos? —acabó por preguntar.

Esbocé una media sonrisa, mientras me quedaba mirando a sus hombres.

—Vamos, Brunulf; de sobra sabéis quién soy —le dije—: acabáis de dirigiros a mí como «mi señor»; dejad de fingir, pues, que no sabéis quién soy —repuse, al tiempo que señalaba a uno de los guerreros más veteranos que con él venía, un hombre de cabellos canos, con una cicatriz en la frente—. Vos también luchasteis conmigo en Fearnhamme, si no me equivoco.

—Y tanto que sí, mi señor —repuso el hombre, con una sonrisa de oreja a oreja.

—A las órdenes de Steapa, ¿no es así?

—En efecto, mi señor.

—En ese caso, decidle a Brunulf quién soy.

—Es...

—Sé quién es —lo interrumpió Brunulf, antes de dirigirme una leve inclinación de cabeza—. Es para mí un honor tener la ocasión de saludaros, mi señor. —Palabras corteses que, al parecer, bastaron para que el cura de más edad escupiese en la hierba. Brunulf prefirió pasar por alto la injuria—. ¿Puedo preguntaros qué trae a Uhtred de Bebbanburg a este remoto rincón?

—A punto estaba de haceros la misma pregunta —repliqué.

—Aquí no pintáis nada —dijo el cura que acababa de escupir. Era un hombre fornido, de hombros anchos, unos diez o quince años mayor que Brunulf, cara de pocos amigos, cabellos negros cortados al rape y un talante a todas luces autoritario.

La sotana negra que llevaba era de la mejor lana; de oro, la cruz que lucía al pecho. El otro cura era un hombre mucho más menudo y más joven, visiblemente intranquilo al verse delante de nosotros.

Me quedé mirando al cura de más edad y le pregunté:

—Y vos, ¿quién sois vos?

—Un hombre que se dedica a extender la obra de Dios.

—Sabéis mi nombre —le dije con voz tranquila—, pero ¿sabéis cómo me llaman también?

—Cagajón de Satán —bramó.

—No os digo que no —repuse—, pero también me conocen como el matarife de curas, y eso que mucho ha llovido desde la última vez que le rajé la barriga a un cura engreído; no me vendría nada mal un poco de práctica —añadí con una sonrisa.

Brunulf alzó una mano para evitar que la cosa pasara a mayores.

—Creo que el padre Herefrith solo pretende haceros ver que os habéis adentrado en nuestro territorio, lord Uhtred. —Estaba claro que Brunulf no buscaba pelea. El tono que empleaba era cortés.

—¿Cómo es posible que alguien se adentre en las tierras de su propio rey? —me extrañé.

—Estas tierras —añadió Brunulfson propiedad de Eduardo de Wessex.

Al oír aquello, me eché a reír. Semejante desfachatez constituía un ultraje tan solo comparable a la vana pretensión de Constantino de que todas las tierras al norte de la muralla que erigieran los romanos pertenecían a los escoceses.

—Estas tierras —repliqué— se encuentran a media jornada a caballo por encima de la frontera establecida.

—Obran en nuestro poder documentos que así lo demuestran —dijo el padre Herefrith con una voz tan grave que más parecía un gruñido hostil, lanzándome una mirada poco menos que asesina. A la vista de las cicatrices que lucía en una mejilla y de aquella mirada tan siniestra y desafiante, sin asomo de temor, supuse que, antes de ser cura, había sido guerrero. Aunque todo músculo, la clase de musculatura que solo desarrolla alguien que haya practicado con la espada durante años, era un hombretón. Reparé en que mantenía su montura alejada del resto del séquito de Brunulf, incluso de los otros curas, como si menospreciase a quienes con él iban.

—A ver esos documentos —reclamé con desdén.

—¡Documentos! —Y volvió a escupir—. No tenemos por qué enseñaros nada aparte de deciros que vos, un cagajón salido del culo del diablo como sois, estáis en un territorio que es propiedad del rey Eduardo.

—El padre Herefrith —terció Brunulf, desconcertado ante la feroz bravuconería de que hacía gala aquel cura de más años que él— es uno de los capellanes del rey Eduardo.

—Pues cualquiera diría que al padre Herefrith lo hubiera parido una cerda por el culo —repuse con toda tranquilidad. Herefrith se quedó mirándome. Tengo entendido

que, más allá del mar, hay una tribu de hombres que pueden matar con solo echar una mirada; pues bien, todo apuntaba a que aquel enorme cura hacía todo lo posible por emularlos. Volví la vista hacia otro lado para no llegar a las manos y reparé en que el otro estandarte, aquel que aquella ráfaga de viento ni siquiera había levantado, había desaparecido de lo alto de las murallas del fortín. Y me pregunté si no se estaría organizando una partida de guerreros que, bajo ese estandarte, buscarse cómo acabar con nosotros—. Vuestro regio capellán, ese que pariera una cerda —le dije a Brunulf sin perder de vista el fortín—, asegura que tiene documentos. ¡Veámoslos!

—Padre Stepan —trasladó Brunulf mi pregunta al cura más joven, aquel que parecía tan intranquilo.

—En el año de nuestro Señor de 875 —repuso el segundo cura con una voz tan aguda como insegura—, el rey Ælla de Northumbria cedió estas tierras a perpetuidad al rey Osvaldo de Anglia Oriental. Dado que el rey Eduardo es ahora señor de Anglia Oriental, él es el auténtico y legítimo heredero de tal legado.

Me quedé mirando a Brunulf, y me dio la sensación de que era un hombre honrado, un hombre que, en cualquier caso, no parecía muy convencido de lo que estaba diciendo el cura.

—En el año de Thor de 875 —repuse—, el rey Ælla estaba asediado por uno de sus adversarios y, por aquel entonces, Osvaldo aún no era rey de Anglia Oriental, sino tan solo una marioneta en manos de Ubba.

—No obstante... —empezó a decir el cura de más edad, callando la boca al ver que lo interrumpía.

—Ubba *el Terrible* —añadí, mirándole a los ojos—, el mismo con quien yo acabara a orillas del mar.

—No obstante —habló más alto que yo, como si quisiera desafiarme a que lo interrumpiera de nuevo—, así se otorgaron, como consta en los documentos redactados a tal efecto, con sus sellos correspondientes, y dicha cesión se llevó a cabo. —Eché una mirada al padre Stepan—. ¿Estoy en lo cierto o no?

—Lo estáis —casi chilló el padre Stepan.

Herefrith me lanzó una mirada asesina.

—Estáis, pues, en territorio del rey Eduardo, especie de cagarruta.

Brunulf se estremeció al oír tamaño insulto.

—¿Podéis enseñarme ese documento? —pregunté.

Hubo un momento de silencio, hasta que Brunulf, mirando al cura más joven, ordenó:

—¿Padre Stepan?

—¿Por qué hemos de mostrarle nada a este pecador? —airado, alzó la voz Herefrith, antes de espolear su montura y ponerse delante de sus acompañantes—. Es un asesino de curas, dejado de la mano de Dios, casado con una puta sajona, que esparce la peste del diablo allá por donde va.

Noté cómo, a mis espaldas, los míos se ponían tensos, y alcé una mano para

tranquilizarlos. Ignoré al padre Herefrith y me quedé mirando al cura más joven.

—Es fácil falsificar tales documentos —le dije—, de modo que ilustradme y explicadme las circunstancias de dicha cesión.

El padre Stepan echó una mirada al padre Herefrith como si le solicitara permiso para hablar. El cura de más edad miró para otro lado.

—¡Adelante! —insistí.

—En el año de nuestro Señor de 632 —empezó a decir el padre Stepan, hecho un manojo de nervios—, san Erpenvaldo, de la estirpe de los Wuffingas, se llegó hasta este río y, al ver que se había desbordado, rezó al Señor, golpeó el río con su báculo y las aguas se separaron.

—Un milagro —trató de hacerme ver Brunulf, un tanto avergonzado.

—Qué raro que nunca haya oído hablar de eso —comenté—. Porque me crie en Northumbria, y ya os imaginaréis que cualquier mozo de mi edad habría oído algo acerca de tan increíble suceso. Sí que sé algo de frailecillos que entonaban salmos, incluso de aquel santo lactante que curó la cojera que padecía su madre escupiéndole en el pecho izquierdo, pero ¿que un hombre pudiese cruzar un río sin recurrir a un puente? ¡Eso sí que es nuevo para mí!

—Hace seis meses —continuó el padre Stepan, como si no hubiera oído lo que acababa de decir—, se encontró el báculo de san Erpenvaldo en el lecho del río.

—¿Es posible que allí siguiera al cabo de doscientos años?

—Y muchos más —apuntó uno de los monjes, lo que le valió una fulminante mirada por parte del padre Herefrith.

—¿No lo habría arrastrado la corriente? —pregunté, poniendo cara de extrañeza.

—El rey Eduardo quiere convertir este sitio en un lugar de peregrinación —continuó el padre Stepan, ajeno a mis mofas por completo.

—Y no se le ocurre nada mejor que enviar guerreros —repuse con voz amenazante.

—Cuando se haya levantado la iglesia —dijo Brunulf, muy convencido—, las tropas se retirarán. Solo están aquí para proteger a los santos padres y ayudarles a construir el monasterio.

—Así es —se apresuró a añadir el padre Stepan.

Patrañas. Me imaginaba que la razón de su presencia allí no era construir iglesia alguna, sino mantener ocupado a Sigtryggr mientras Constantino se apoderaba del extremo norte de Northumbria, y quién sabe si hasta provocar una segunda guerra incitándole a asaltar la fortaleza. Pero, si eso era lo que iban buscando, ¿por qué se mostraban tan conciliadores? Claro que el padre Herefrith no había podido ocultar su hostilidad, pero más lo achacaba yo a que era un cura amargado e iracundo que nada sabía de modales. Porque Brunulf y todos los que con él venían se habían mostrado mesurados y habían tratado de tranquilizarme. Si estuviesen buscando la forma de iniciar una guerra, me habrían desafiado, pero no lo habían hecho, así que opté por darles un empujoncito.

—Aseguráis que estas tierras pertenecen al rey Eduardo —les dije—, pero, para llegar aquí, habéis tenido que pasar por tierras que solo al rey Sigtryggr pertenecen.

—Pues sí, eso hicimos —convino Brunulf, sin parpadear.

—En ese caso, tenéis que pagar los derechos de paso —continué—, porque me imagino que habréis traído herramientas. —Señalé con la cabeza las zanjas excavadas en forma de cruz—. ¿Palas, azadones quizá? Incluso vigas para erigir vuestro mágico santuario, si me apuráis.

Durante un instante, todos guardaron silencio. Vi cómo Brunulf echaba una mirada al padre Herefrith, quien respondió meneando levemente la cabeza.

—No me parece nada fuera de lo normal —contestó Brunulf, nervioso. Lo que, para un hombre que estuviese buscando guerra, o tratando de provocarla, me pareció una concesión sorprendente.

—Ya os diremos algo a ese respecto —dijo el padre Herefrith, con aspereza—. Dentro de dos días, tendréis nuestra respuesta.

Mi primer impulso fue decirle que no, exigirle que nos viéramos al día siguiente sin falta, pero en aquel repentino cambio de actitud por parte del cura había algo que me llamaba la atención. Hasta ese momento, se había mostrado hostil y cerrado a toda concesión; para entonces, en cambio, sin renunciar a su hostilidad, se había puesto del lado de Brunulf. Era el propio Herefrith quien había dado el visto bueno para que Brunulf simulara que estaba de acuerdo en satisfacer los derechos de paso, y también había sido Herefrith quien había insistido en dejar que pasaran dos días, de modo que me guardé para mis adentros mi primera reacción.

—Aquí nos veremos, pues, dentro de dos días —convine—, y aseguraos de traer el oro.

—No, aquí no —zanjó tajante el padre Herefrith.

—¿Ah, no? —repuse sin inmutarme.

—El hedor de vuestra presencia ofende la tierra que Dios ha bendecido —bramó, al tiempo que señalaba al norte—. ¿Veis aquel bosque a lo lejos? Un poco más allá, hay una piedra, una de esas piedras paganas —dijo, escupiendo tras decir estas tres últimas palabras—. Nos veremos junto a la piedra el próximo miércoles a media mañana. Que vengan con vos doce hombres, ni uno más.

De nuevo me contuve para no darle la respuesta que se merecía. En vez de eso, asentí con la cabeza.

—Doce de nosotros, a media mañana, dentro de dos días, junto a la piedra. No olvidéis traer con vos esos documentos falsificados y una considerable cantidad de oro.

—Os traeré la respuesta que merecéis, pagano —dijo, antes de darse media vuelta y alejarse al galope.

—Nos veremos, pues, dentro de un par de días, mi señor —dijo Brunulf, visiblemente molesto con las ínfulas del cura.

Asentí, y me los quedé mirando mientras, a lomo de sus monturas, volvían al

fortín. Finan también los observaba.

—Ese cura amargado no pagará nunca —dijo—; aunque su madre se estuviera muriendo de hambre, no pagaría ni por un miserable trozo de pan para ella.

—Pagará —le dije.

Pero no en oro. Bien sabía yo que el pago habría de ser en sangre. Al cabo de dos días.

CAPÍTULO IV

La piedra que con tanta insistencia nos señalara el padre Herefrith como lugar de encuentro era un tosco pedrusco tan alto como dos hombres que, perdido y desangelado, se alzaba en el extremo más elevado de un apacible y feraz valle al que, desde el fortín, podía llegarse fácilmente en cosa de una hora a caballo. Una más de esas llamativas piedras que los antiguos pobladores de aquellos lugares habían diseminado por toda Britania. Algunas en forma de círculo; otras, a modo de alineamiento; algunas de esas agrupaciones de piedras adoptaban la forma de mesas que se antojaban más propias de gigantes; otras muchas, en fin, como aquella que se encontraba al lado sur, el más alto de aquel valle, no eran sino estelas solitarias. Siguiendo una senda de ganado, habíamos cabalgado por las tierras que se extendían al norte del fortín y, cuando llegué a la piedra, eché mano del martillo que llevaba al cuello y me pregunté qué dios habría decidido que aquel pedrusco se alzase al borde de aquella cañada y por qué. Finan se santiguó. Egil, que se había criado en el valle del río Beina, nos dijo que su padre siempre se había referido a aquel sitio como la columna de Thor.

—Pero los sajones la conocen como la columna de Satán, mi señor.

—Me gusta más lo de columna de Thor —comenté.

—¿Había sajones por estos parajes? —se interesó mi hijo.

—Los había cuando mi padre decidió asentarse aquí, mi señor.

—¿Qué fue de ellos?

—Algunos perdieron la vida, otros huyeron y algunos tuvieron que quedarse como esclavos.

Los sajones, pues, se habían cobrado cumplida venganza, porque, al norte del altozano en donde se alzaba el pedrusco y junto a un vado del río Beina, se veía una hacienda reducida a cenizas. Hacía poco que la habían quemado, y Egil nos confirmó que había sido uno de los pocos lugares que habían arrasado los hombres de Brunulf.

—No sin antes forzar la salida de toda la gente que aquí vivía —dijo.

—¿Nadie resultó muerto?

Negó con la cabeza.

—Solo les dijeron que tenían que abandonar el lugar antes de que el sol se pusiera. Incluso nos comentaron que el hombre que venía al frente de los sajones parecía apesadumbrado.

—Extraña forma de iniciar una guerra —apuntó mi hijo—, ofreciendo disculpas.

—Quieren que nosotros seamos los primeros en hacer que corra la sangre.

Mi hijo dio un puntapié a una viga a medio quemar.

—En ese caso, ¿por qué prender fuego a este sitio?

—¿Para que tengamos más ganas de ir a por ellos? ¿Para avivar nuestra sed de venganza? —dije, porque no se me ocurría una explicación mejor; pero, de todas formas, ¿por qué Brunulf se había mostrado tan conciliador cuando salió a mi encuentro?

Los hombres de Brunulf habían quemado el caserío, el granero y los establos. A juzgar por el tamaño de los escombros ennegrecidos, aquella hacienda debía de haber marchado muy bien, y las gentes que allí vivían debían de haber pensado que estaban a seguro, puesto que no habían levantado empalizada alguna. Aquellas ruinas estaban a tan solo unas pocas yardas del río; en el vado, aún podían verse las pisadas de innumerables pezuñas de cabezas de ganado, en tanto que, río arriba de la hacienda, en la otra orilla, se veían los restos de una bien trabajada red de pesca. La red se había enmarañado de tal modo que, tras formar algo parecido a una presa, había anegado los pastos y, a su vez, facilitado la aparición de un lago de escasa profundidad. Unos cuantos caseríos permanecían intactos, lo que bastaba para que, aun apretujados, todos dispusiéramos de un lugar donde cobijarnos; con trozos de madera carbonizada, encendimos unas buenas fogatas en las que asamos unos costillares de cordero. Dispuse centinelas en los bosques que daban al sur, así como en un salcedo que había en la otra orilla del vado.

Mi hijo no las tenía todas consigo. En más de una ocasión, se había alejado de la hoguera para llegarse hasta el límite sur de la hacienda, donde, absorto, se quedaba contemplando aquel desangelado pedrusco que se recortaba a lo lejos. Se imaginaba que había hombres por allí, siluetas que se movían en la oscuridad, destellos de llamaradas que se reflejaban en las hojas de las espadas que portaban.

—No estéis preocupado —le dije cuando salió la luna—. No van a venir.

—Eso es lo que quieren hacernos creer —repuso—, pero ¿quién sabe lo que de verdad estarán pensando?

—Piensan que somos unos necios —contesté.

—Y quizá no les falte razón —musitó, mientras, a regañadientes, volvió y se sentó con nosotros. Eso sí, sin perder nunca de vista aquella oscuridad que se cernía por el sur, donde los resplandores que tiznaban las nubes nos daban a entender dónde estaban las hogueras que los hombres de Brunulf habían prendido en el fortín y en los campos de más allá.

—Son trescientos.

—¡Yo creo que muchos más! —le dije.

—¿Y si les da por atacarnos?

—Los centinelas nos avisarán. Ese es su cometido.

—Si se presentan a caballo —replicó—, no dispondremos de mucho tiempo.

—¿Qué haríais vos? —le pregunté.

—Me iría de aquí —repuso sin dudarlo—; me alejaría un par de millas hacia el norte.

Las llamas me permitían ver la preocupación que se dibujaba en su rostro. Mi hijo no era ningún cobarde, pero hasta el más arrojado de los hombres se habría dado cuenta del peligro al que nos exponíamos al encender aquellas hogueras que, tan cerca como estábamos de un enemigo que nos superaba en número en la proporción de dos a uno, revelaban nuestra posición. Me quedé mirando a Finan.

—¿Vos también pensáis que haríamos bien en irnos?

Esbozó una sonrisa artera.

—De lo que no cabe duda es de que estáis jugando con fuego.

—Si así fuera, ¿por qué creéis que lo hago?

Los hombres aguzaron el oído para oír la respuesta. Hasta Redbad, natural de Frisia, que había prestado juramento de fidelidad a mi hijo, y que, con un caramillo, tañía una dulce melodía, dejó de tocar y se me quedó mirando con cara de preocupación. Con unos ojos que parecían refulgir a la luz de la hoguera, Finan esbozó una sonrisa aviesa.

—¿Que por qué lo hacéis? —se preguntó—. Porque ya sabéis qué va a hacer el enemigo, por eso.

Asentí.

—¿Y qué creéis que hará?

Finan frunció el ceño, como si estuviese dando vueltas a la pregunta que acababa de formularle.

—Que esos malditos cabrones piensan tendernos una celada, ¿me equivoco?

Asentí de nuevo.

—Esos malditos cabrones piensan que son muy listos y que caeremos en sus manos dentro de un par de días. ¿Que por qué digo un par de días? Porque necesitan todo el día de mañana para atar bien todos los cabos. Puedo estar errado, pueden tenerlo todo a punto esta noche, pero no creo que sean capaces. Ese es el riesgo que corremos. Pero necesitamos que estén convencidos de que no albergamos sospecha alguna. Que somos como ovejas que van al matadero; por eso creo que debemos quedarnos aquí y hacernos pasar por ingenuos corderitos.

—¡Beeee! —remedó un balido uno de mis hombres, de forma que todos lo imitaron y se pusieron a balar hasta que, más que la hacienda donde estábamos, aquel sitio acabó por asemejarse a un día de mercado en Dunholm, cosa que a todos les hizo mucha gracia.

Mi hijo, que no se había sumado al júbilo general, aguardó a que cesara aquella algarabía.

—¿Una celada, decís? —preguntó.

—Paraos a meditarlo —le dije, antes de retirarme a descansar para pensarlo no menos detenidamente por mi cuenta.



Porque también podía estar equivocado. Tumbado en uno de aquellos cuchitriles infestado de pulgas mientras algunos de mis hombres cantaban y otros roncaban, llegué a la conclusión de que me había equivocado en cuanto al motivo que había llevado a los sajones del oeste a Horneceastre. No estaban allí como distracción de nuestras tropas frente a la invasión de Constantino, porque Eduardo no era tan necio como para ceder un pedazo de Northumbria a cambio de un nuevo monasterio en Lindisfarena. Él, que soñaba con ser algún día el rey de todos los territorios sajones, nunca permitiría que los pastos y las feraces colinas de Bebbanburg cayesen en manos de los escoceses. Además, ¿a cuento de qué dejar Bebbanburg, una de las mayores fortalezas de Britania, en manos de sus enemigos? Así que pensé que, casi con toda seguridad, se trataba de una desafortunada coincidencia. Constantino había marchado sobre el sur, en tanto que los sajones del oeste hacían lo propio hacia el norte, y quizás una cosa nada tuviera que ver con la otra. Pero tan solo hasta cierto punto. Con todo, lo preocupante no era eso. Lo preocupante era la presencia de Brunulf en aquel antiguo fortín a orillas de un río.

Y me paré a pensar en Brunulf y en el padre Herefrith. ¿Quién de los dos estaba de verdad al mando?

Pensé en los hombres que habían vuelto grupas en vez de salir a nuestro encuentro.

Empecé a hacerme preguntas a propósito del estandarte que había dejado de ondear en lo alto de las murallas del fortín.

Y cómo no, en aquello que más me había sorprendido: el tono cordial en que se había desarrollado el encuentro. Porque, por lo general, cuando dos bandos enfrentados parlamentan antes de entrar en acción, es la ocasión de proceder a un intercambio de insultos y bravatas que constituyen casi un ritual. En aquella ocasión, sin embargo, Brunulf había mantenido una actitud conciliadora, afable y hasta respetuosa. Si el propósito de su presencia en tierras de Northumbria no era otro que provocar un ataque que ofreciera a Wessex un motivo suficiente para romper la tregua, ¿por qué no se había mostrado más beligerante? No menos cierto era, sin embargo, que el padre Herefrith no había ocultado su hostilidad, pero había sido el único que había intentado sacarme de mis casillas. Era como si los que con él iban hubieran querido evitar un enfrentamiento; con todo, y así las cosas, ¿a cuento de qué aquella incursión?

Habían mentido, de eso no me cabía duda. No había ningún documento que atestiguarase la cesión de aquel territorio a Anglia Oriental. En cuanto al báculo de san Erpenvaldo, si es que el pobre desgraciado en vida hubiera empuñado alguno, habría desaparecido al cabo de tantos años; igual que tampoco tenían intención de soltar oro para satisfacer los derechos de paso. Ninguna de aquellas mentiras, sin embargo, equivalía a un desafío. El reto lo planteaba su presencia, su templada y apacible presencia. ¿Por qué Wessex nos buscaba las cosquillas? ¿Qué otra razón tenían para estar allí?

Y entonces lo entendí todo.

Fue como una revelación.

En mitad de la noche, mientras a través de la puerta de aquel cuchitril observaba el resplandor de las hogueras que se reflejaba en las nubes que había por el sur, lo entendí todo. Agobiante, porque no acababa de cobrar cuerpo, la idea me había estado rondando la cabeza durante todo el día, hasta que, de repente, cobró forma. Y supe cuál era la razón de su presencia en aquellas tierras.

Al igual que estaba bastante seguro en cuanto a la fecha en que tendría lugar la contienda: al cabo de dos días.

De modo que sabía cuál era la razón y creía saber cuándo habían de producirse los hechos, pero ¿dónde?

La pregunta no me permitió pegar ojo en toda la noche. Arrebujado en una capa de piel de nutria, me quedé tumbado junto a la puerta de una de aquellas casuchas, mientras a mis oídos llegaba un murmullo de conversaciones en voz baja alrededor de unas hogueras que ya languidecían. Las pilastras, las vigas y los hastiales del caserío arrasado nos habían proporcionado leña en condiciones, lo que me llevó a preguntarme si de verdad Brunulf habría traído troncos para levantar una iglesia. De ser así, estaba allí con el propósito de construir algo, al menos tal había sido el motivo que adujera para justificar su presencia por aquellos pagos, incluso se había tomado la molestia de excavar los cimientos de una iglesia, así que una de dos, o había traído los troncos necesarios para ello o se aprestaba a cortar árboles para, así, disponer de la madera que pudiera necesitar. La verdad es que no había visto bosques en condiciones por aquellas amables colinas, pero tampoco se me había pasado por alto el seto de venerables robles y castaños que nos había cortado el paso cuando, desde Hornecastre, a caballo nos dirigíamos al norte. Imponentes árboles que me habían llamado la atención y que me llevaban a hacerme la pregunta de por qué no los habrían talado para, así, disponer de más pastos o para vender la madera.

Tras haber dejado atrás a Brunulf, habíamos cabalgado hacia el norte siguiendo una abrupta cañada que bordeaba un cinturón de bosques que, como un obstáculo más, cerraba el paso en una pequeña loma casi invisible. Una loma que, a medio camino, se alzaba entre la hacienda arrasada y el antiguo fortín. De modo que si Brunulf quería llegarse hasta donde estábamos, a un paso de aquella enorme piedra, tendría que cruzar aquellos bosques y, solo de pensarlo, me despabilé por completo y ya no fui capaz de pegar ojo. ¡Eso era! ¡Tan sencillo como eso! Dando por sentado que no volvería a conciliar el sueño, no me hizo falta vestirme ni calzarme las botas, porque todos dormíamos o, cuando menos, lo intentábamos, vestidos de pies a cabeza, no fuera a ser que los sajones del oeste intentasen atacarnos en aquella hacienda. Me imaginaba que eso no iba a pasar porque entendía que otros eran los asuntos que los tenían ocupados; aun así, tales habían sido mis órdenes, porque pensaba que nunca estaba de más que los hombres se mantuviesen en alerta. Me ceñí a la cintura el tahalí del que pendía *Hálito de serpiente* y me adentré en la noche,

siguiendo el camino que llevaba al sur. Finan debió de darse cuenta de lo que hacía, porque, al cabo, estaba a mi lado.

—¿Acaso no podéis dormir?

—Vendrán a por nosotros el miércoles por la mañana.

—¿Tan seguro estáis?

—No del todo. Pero me atrevería a jugarle a Tintreg contra ese maltrecho rocín al que vos llamáis caballo a que estoy en lo cierto. A eso de media mañana, Brunulf se presentará para parlamentar con nosotros, momento que aprovecharán para caer sobre nosotros. El miércoles, el día de Odín —continué, sin dejar de sonreír en la oscuridad—, un buen presagio.

Habíamos dejado atrás la hacienda y subíamos una larga y suave pendiente cubierta de pastos. A mi derecha, el murmullo de las aguas del río. Aunque las nubes velaban la luna, entre algunos jirones deshilachados nos llegaba bastante luz para distinguir el camino y percatarnos de dónde empezaba aquel bosque que, a modo de imponente y oscura barrera, se alzaba entre nosotros y el fortín.

—Quieren que nos enfrentemos con ellos ahí —dije, señalando los árboles.

—¿En el bosque?

—Al otro extremo, si no me equivoco. No estoy seguro, pero creo que será ahí.

Finan dio unos cuantos pasos en silencio.

—Pero, si lo que buscan es que tengamos que vérnoslas con ellos más allá de esos árboles, ¿por qué nos han dicho que esperásemos a este otro lado?

—Porque eso es lo que quieren que hagamos, claro —repuse de forma enigmática—. Lo más importante es saber con cuántos hombres contarán.

—¡Con todos los que tengan! —dijo Finan.

—No, con todos no.

—Pareéis muy convencido —comentó, como si pusiese en duda mis palabras.

—¿Alguna vez me he equivocado?

—¡Santo Dios! ¿Pretendéis que os presente una lista de todas las veces que habéis metido la pata?

Me eché a reír.

—Fuisteis a ver al arzobispo Hrothweard. ¿Qué impresión os causó?

—Un buen hombre —contestó, de mejor talante.

—¿De verdad?

—Más amable no pudo ser. Me recordó al padre Pyrlig, solo que este no es tan gordo. Buena carta de presentación. El padre Pyrlig era un cura galés y un hombre con el que daba gusto pasar el rato, tanto si de echar un trago como si de pelear en un muro de escudos se trataba. Jamás habría dudado en poner mi vida en manos del padre Pyrlig, porque lo cierto es que me la había salvado en más de una ocasión.

—¿De qué hablasteis?

—Me dio la impresión de que el pobre parecía estar molesto con Constantino. Me hizo unas cuantas preguntas sobre el escocés.

—¿Molesto?

—No le va a resultar fácil reconstruir Lindisfarena sin contar con el visto bueno de Constantino.

—Seguro que Constantino se lo concede —repuse—. Es cristiano. O eso dice él.

—Ya, eso mismo le dije yo.

—¿Os dijo algo a propósito de Bebbanburg?

—Me preguntó si pensaba que Constantino podía hacerse con la fortaleza.

—¿Y qué le dijisteis?

—Que de ninguna manera. A no ser que sea capaz de matarlos de hambre.

—Y lo hará —repliqué—, allá por primavera. —Caminamos en silencio durante un rato—. ¿No se os hace raro —le pregunté, rompiendo el silencio— que Brunulf esté levantando una iglesia y que Hrothweard quiera reconstruir un monasterio? ¿Será una coincidencia?

—A todo el mundo parece darle por construir en estos tiempos.

—Y no os falta razón —convine—, pero me sigue pareciendo raro.

—¿Creéis que, de verdad, están levantando una iglesia aquí? —me preguntó. Negué con la cabeza.

—Alguna razón han de tener para estar aquí, y esa es tan buena como cualquier otra. Lo que de verdad vienen buscando es guerra.

—Y vos estáis dispuesto a servírsela en bandeja.

—¿Quién, yo?

—Si les plantáis cara —repuso Finan, cauteloso—, está claro que sí.

—Dejad que os cuente lo que tengo en mente —le dije—. El miércoles, nos deshacemos de esos cabrones; luego, nos dirigimos al sur y le cruzamos la cara al rey Eduardo para que nunca más se le ocurra volver a incurrir en semejante estupidez, y después, nos apoderamos de Bebbanburg.

—Así de fácil.

—Pues sí —repuse—, así de fácil.

Finan se echó a reír hasta que contempló mi rostro a la luz de la luna.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¿No estaréis pensando en plantar cara a Constantino y a vuestro primo? ¿Cómo demonios vamos a hacerlo?

—No lo sé —le dije—, pero este año volveré a Bebbanburg y recuperaré la fortaleza.

Apreté con fuerza el martillo que llevaba al cuello, mientras observaba cómo Finan ponía un dedo en la cruz que lucía. No tenía ni idea de cómo iba a recuperar la fortaleza; lo único de lo que estaba seguro era de que mis enemigos creían que habían conseguido alejarme de las tierras que pertenecieran a mi padre, y que dejaría que siguieran creyéndoselo hasta que mis espadas tiñeran de rojo aquellas tierras.

Habíamos llegado a aquella piedra que, desangelada y perdida, sobresalía a uno de los lados del camino, y la acaricié sin dejar de preguntarme si aún conservaría algo del poder oculto que, en su día, encerrase.

—Fue muy concreto —dije.

—¿Quién, el cura?

—Acerca del sitio donde debíamos encontrarnos. ¿Por qué no en el bosque —dejé caer— o más cerca del fortín?

—Ilustradme.

—Quiere que nos quedemos aquí —contesté, sin apartar la mano de aquella gigantesca columna de piedra— para que no podamos ver lo que pasa más allá de esos árboles.

Finan no salía de su asombro, pero no le di tiempo para que me hiciese pregunta alguna. En vez de eso, eché a andar hacia el sur, hacia los árboles y, con los dedos, emití un silbido. Escuché un breve silbido a modo de respuesta y, al cabo, Eadric apareció en el lindero del bosque. Era, con toda seguridad, el mejor de los ojeadores de que disponía; un hombre entrado en años, dotado de la insólita habilidad de un furtivo para, en silencio, ir de un lado a otro de intrincados bosques. Llevaba una trompa que habría hecho sonar si los sajones hubiesen abandonado el fortín, pero nos dijo que, desde la puesta de sol, todo había sido tranquilidad.

—Ni siquiera han enviado ojeadores, mi señor —me comentó, indignado a todas luces ante tan evidente falta de prudencia por parte del enemigo.

—Si no estoy equivocado... —comencé a decir.

—... y bien sabéis que nunca lo está —concluyó Finan.

—... Unos cuantos hombres saldrán del fortín mañana. Quiero que los sigáis de cerca.

Eadric se rascó la barba y esbozó una mueca.

—¿Y qué pasa si lo hacen por el otro lado?

—Es lo que tienen pensado hacer —le dije con aplomo—. ¿Seréis capaz de dar con un sitio desde el que podáis observar las murallas que dan al sur?

Se quedó pensando un momento. Aparte de unos pocos sotos y algún que otro lugar donde esconderse, casi todas las tierras que rodeaban el fortín eran llanas.

—Por fuerza habrá de ser en uno de los fosos —convino por fin.

—Necesito saber cuántos hombres abandonan el fortín —continué— y hacia dónde se dirigen. Tendréis que volver a contarnos lo que hayáis visto mañana, una vez haya oscurecido.

—En ese caso, tendré que buscarme un sitio esta noche —dijo con cautela, dándome a entender que si trataba de hacerlo a la luz del día podían verlo—, porque si mañana dan conmigo... —no llegó a concluir la frase.

—Decidles que sois un desertor, enseñadle la cruz que lleváis y decidles que estáis más que harto de cumplir las órdenes de un cabrón de pagano.

—No está mal; no vais desencaminado —dijo, consiguiendo que Finan se echase a reír.

Echamos a andar por la senda que se adentraba en el bosque, hasta que, al resplandor de las fogatas que todavía ardían en el patio, atisbamos las murallas del

fortín. Colina abajo, tan recta como una calzada romana, la cañada continuaba a lo largo de más de una milla. Con un séquito de once hombres, no otro sería el camino que habría de tomar Brunulf al cabo de dos días con la única intención de decirnos, eso sí, con muy buenas maneras, que se negaba a pagar el oro que le reclamaba Sigtryggr.

—Si a Brunulf aún le queda un poco de sentido común, y me inclino a pensar que así es, enviará ojeadores por delante para cerciorarse de que no vamos a tenderle una celada en el bosque. —La clave de todo el tinglado estaba en aquel bosque, una cerrada espesura de árboles añejos, troncos caídos, hiedra enmarañada y tupidos matorrales de espinos. Y una vez más me pregunté por qué nadie se habría tomado la molestia de adecentar aquel lugar, por qué ningún guardabosques se había preocupado de desbrozar la maleza o de podar los árboles, por qué nadie se había ocupado de hacer carbón o sacar provecho de la buena madera de tan venerables robles. Y me dio por pensar que lo más seguro era que habría algún litigio pendiente acerca de quién fuera el dueño de aquel sitio y, mientras no se dictara sentencia, nadie podía reclamar derecho alguno sobre aquel bosque—. Si disponemos aquí una emboscada —continué— y Brunulf envía ojeadores por delante, no tardará en darse cuenta.

—Así que nada de emboscada —apuntó Finan.

—No nos queda otra opción —repuse—. Tendrá que ser aquí.

—¡Vaya por Dios, lo que nos faltaba! —se lamentó Finan.

—Si me pidierais a mí que echara un vistazo, mi señor —rezongó Eadric—, no escrutaría cada palmo de este bosque. Demasiado extenso. Me limitaría a echar un vistazo a ambos lados del sendero.

—Y si yo fuera Brunulf —añadió Finan—, no tendría miedo de que nadie fuera a tenderme una emboscada en este preciso lugar.

—¿Ah, no? —me interesé—. ¿Y por qué no?

—¡Porque puede verse perfectamente desde el fortín y porque se dirige al sitio donde habíamos quedado con Brunulf! Si quisiéramos acabar con él, ¿por qué no esperar a que llegue a la piedra donde nos habían dicho? ¿Por qué acabar con él a ojos de todos los que defienden el fortín?

—Y no os falta razón —repliqué, y su forma de ver las cosas bastó para que me sintiera algo más tranquilo, lo que acabó de desconcertarlo—. Pero lo más seguro es que mañana envíe ojeadores por estos parajes —me dirigía a Eadric en aquel momento—, solo para cerciorarse de cómo andan las cosas por aquí un día antes del día de Odín, así que ordenad a los vuestros que abandonen este sitio antes del amanecer.

Me había expresado con rotundidad, pero lo cierto es que estaba sumido en un mar de dudas. ¿Enviaría Brunulf ojeadores un día antes del que tenía previsto para internarse en aquel bosque? Porque Eadric estaba en lo cierto, era un bosque muy extenso y, si rebuscar en aquella intrincada maleza podía llevar mucho tiempo, un

jinete al galope bien podría echar un vistazo por los linderos en un santiamén. El caso es que no era capaz de pensar en un sitio mejor para una emboscada.

—¿Y por qué tenéis que tenderle una celada precisamente en este lugar? ¡Lo único que vais a sacar en limpio es que tengamos que vérnoslas con trescientos sajones fuera de sí! Si esperáis a que llegue hasta la piedra —dijo, señalando con la cabeza en dirección a la hacienda—, podremos pasarlos a todos a cuchillo sin que ninguno de los del fortín se entere de nada. ¡Porque no lo verán!

—Cierto —repuse—, tenéis toda la razón del mundo.

—¿Entonces?

Me lo quedé mirando con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues que estoy tratando de meterme en la piel del enemigo al que nos vamos a enfrentar. Antes de emprender una batalla, procurad planteárosla desde su punto de vista.

—Pero...

—No tan alto —le dije a media voz—. Podríais despertar a trescientos sajones furibundos. —No era posible despertar a nadie desde tan lejos, pero me lo estaba pasando en grande descolocando a Finan—. Vayamos por ahí —propuse, llevándolos hacia el oeste hasta salir a campo abierto a un paso del lindero del bosque. Si hubiera sido de día, podrían habernos visto desde lo alto de las murallas del fortín, pero me imaginaba que las oscuras vestimentas que llevábamos no destacarían contra la negra oscuridad de aquel intrincado bosque. Una vez allí, el terreno descendía hacia el río siguiendo una pendiente engañosa, mucho más pronunciada de lo que pudiera parecer a primera vista. Si uno de los ojeadores a caballo que enviara Brunulf se aventuraba por aquel lugar, no tardaría en perder de vista el sendero y llegaría a la conclusión de que, en la parte baja de aquel bosque, no había nadie que pretendiera tender una celada a los hombres que se disponían a internarse en aquel lugar, por la sencilla razón de que no podrían avistar a su presa. Algo que me hizo recuperar la confianza en parte—. No necesitaremos más de cincuenta hombres a caballo —dije—. Caeremos sobre ellos aquí, en la parte baja del bosque, y dispondremos de ojeadores en la parte alta de esta pendiente que nos pondrán al tanto del momento en que Brunulf esté a punto de internarse en el bosque.

—Pero... —se aprestaba Finan a intervenir de nuevo.

—Con cincuenta tendremos de sobra —le interrumpí—, aunque, en realidad, todo dependerá de cuántos hombres abandonen el fortín mañana.

—¡Cincuenta hombres! —se escandalizó Finan—, para hacer frente a más de trescientos sajones —resumió, volviendo la cabeza hacia el sur—. ¡Trescientos, y a tan solo una milla de aquí!

—Pobres e ingenuos cabrones —repuse—, ¡no saben la que se les viene encima! —sonreí, al tiempo que daba media vuelta y volvía al sendero—. Tratemos de dar una cabezada.

Sin embargo, preocupado por si estaba equivocado, no fui capaz de pegar ojo.

Porque si lo estaba, bien podíamos dar Northumbria por perdida.



Al día siguiente, la rabia que llevaba dentro fue a más.

Al frente de los destinos de Mercia estaba la dama Etelfleda, la misma que había firmado la paz con Sigtryggr; a cambio de aquel tratado, mi yerno había cedido a Mercia magníficas tierras e imponentes fortines. La cesión de tales tierras había incomodado a algunos de los más poderosos *jarls* daneses del sur de Northumbria y, aunque era pronto para decir si, en caso de que se produjera una invasión, se negarían a guerrear, aquellos caudillos se habían negado hasta entonces a prestar juramento de fidelidad a mi yerno. Lo que sí sabía de primera mano era que enviados de los sajones del oeste habían sido testigos de la firma del tratado, que habían estado presentes en la iglesia de Ledecestre, donde se había dado carta de naturaleza a tales compromisos, y que, a su vez, habían sido portadores de una aprobación por escrito del rey Eduardo a aquella propuesta de paz que su hermana había negociado.

Pero que nadie se llame a engaño. Lo único que había podido arrancarles Sigtryggr era una paz momentánea. Los sajones del oeste habían conquistado Anglia Oriental y puesto bajo la égida de Wessex aquel otrora indómito territorio, en tanto que Etelfleda había restablecido las fronteras de Mercia hasta allá donde se alzarán antes de que los daneses arrasasen Britania. Tras tantos años de guerra, los ejércitos de Wessex, Mercia y Northumbria estaban casi exánimes, razón por la cual aquel tratado de paz fue muy bien recibido, puesto que daba tiempo a que los tres reinos adiestrasen a nuevos guerreros jóvenes, pusiesen en condiciones las murallas de las fortalezas, forjasen lanzas y espadas y, con aros de hierro, ribeteasen nuevos escudos de sauce. Igual que concedía un tiempo precioso a Wessex y Mercia para levantar nuevos y más numerosos ejércitos que, algún día, les permitirían invadir el norte del territorio y unir a todos los pueblos sajones en un nuevo reino que sería conocido como la Tierra de los Ingleses.

Pero, en aquel momento, Wessex estaba buscando la forma de poner fin a aquella paz, y eso me sacaba de mis casillas.

O, más bien, una facción de los sajones del oeste buscaba la forma de echar a perder aquella paz. De eso no me cabía duda porque aquellas personas que, en Wintanceaster, estaban de mi parte me mantenían puntualmente informado. En el ajo estaban dos curas, un tabernero, un miembro de la guardia real, el sumiller del rey Eduardo y una docena de personas más que, por medio de buhoneros que iban al norte, unas veces por escrito y otras mediante palabras susurradas, me enviaban mensajes que llegaban a mis oídos algunas semanas más tarde. Y a lo largo del último año, todos los mensajes me avisaban de lo mismo: de que Etelhelmo, suegro y consejero áulico de Eduardo, hacía cuanto estaba en su mano para que tuviera lugar

una pronta invasión de Northumbria. En Navidad, Frithestan, obispo de Wintanceaster y uno de los más fieles partidarios de Etelhelmo, había pronunciado un sermón envenenado lamentándose de que la parte norte del territorio aún estuviera en manos de los paganos y preguntándose cuál era la razón de que los guerreros cristianos de Wessex no cumplieren con la voluntad del dios crucificado y se decidieran a acabar con Sigtryggr y todos los daneses y hombres del norte que sentaban sus reales al sur de la frontera con los escoceses. En recompensa por el sermón, Elfleda, la esposa de Eduardo, le había regalado una estola primorosamente bordada, un manípulo ribeteado con granates y dos plumas de la cola de aquel gallo que tres veces cantara cuando alguien dijo algo que no fue del agrado del dios crucificado. Eduardo, por el contrario, no le había enviado nada, lo que venía a confirmar los rumores de que Eduardo y su esposa estaban enfrentados, no solo en lo tocante a la invasión de Northumbria, sino en casi todo. Eduardo no era de los que se echan para atrás; se había puesto al frente de sus ejércitos en Anglia Oriental, pero solicitaba tiempo para asentar su autoridad en los territorios que acababa de conquistar; tenía que nombrar obispos, levantar iglesias, entregar tierras a sus partidarios, edificar murallas para defender las ciudades que habían caído en sus manos.

—Cuando llegue el momento, cosa que aún no ha pasado —había prometido a los miembros del consejo—, recuperaremos el norte.

Pero Etelhelmo no estaba dispuesto a esperar.

Y no podía echárselo en cara. Antes de que mi yerno ocupase el trono de Eoferwic, yo mismo había apremiado a Etelfleda para que hiciera lo mismo, insistiéndole una y otra vez en que los daneses del norte estaban divididos, que eran vulnerables y que había llegado el momento de hacerse con aquel territorio. Pero, al igual que Eduardo, ella también necesitaba más tiempo, contar con la seguridad de disponer de mayores ejércitos, y no nos había quedado otra que esperar. En aquel momento, sin embargo, yo sí que me encontraba en una situación vulnerable. Mientras Constantino se apoderaba de casi toda la parte norte del territorio, Etelhelmo, el *ealdorman* más poderoso de Wessex, solo buscaba una excusa para invadirnos desde el sur. Y en cierto modo, no le faltaba razón; Northumbria era una fruta madura, pero solo había una razón para que Etelhelmo buscase la derrota de Sigtryggr, y no era otra que dejar claro a ojos de todo el mundo que su nieto sería el rey de una Tierra de los Ingleses unida.

Antes de ascender al trono, Eduardo, rey de Wessex y yerno de Etelhelmo, había contraído matrimonio en secreto con una muchacha de Cent. Y había tenido un hijo, Etelstano, aunque la madre había fallecido durante el parto. Con el tiempo, Eduardo contrajo matrimonio con Elfleda, hija de Etelhelmo, la dadora de plumas, y había tenido más hijos, uno de los cuales, Ælfweard, el segundo, estaba considerado como el Ætheling, el heredero de Wessex. Solo que, en mi opinión, no lo era. Etelstano era el hijo mayor y, por si fuera poco, legítimo, a pesar de los rumores que circulaban en

cuanto a su condición de bastardo, sin contar con que era un joven leal y valeroso que llamaba la atención. Al igual que yo, Etelfleda, la hermana de Eduardo, lo consideraba como el heredero de Eduardo, pero enfrente teníamos al *ealdorman* más poderoso y rico de Wessex. Por eso, no albergaba la menor duda de que Brunulf y sus hombres se habían adentrado en tierras de Northumbria para provocar aquella guerra que, con tanto ahínco, Etelhelmo iba buscando. Lo que demostraría, de paso, que los partidarios de la paz en Wessex estaban equivocados, en tanto que Etelhelmo estaba en lo cierto, con lo que se ganaría el reconocimiento, que nadie se atrevería a poner en cuestión, de haber sido el hombre que había conseguido unir a todos los sajones en un solo reino. Su nieto, pues, sería el sucesor de Eduardo a título de rey, y Etelstano, bien podría darse por tan irremisiblemente perdido como Northumbria.

Por eso tenía que poner freno a Brunulf y derrotar, de paso, a Etelhelmo.

Con cincuenta hombres.

¡Agazapados en un bosque!

Al amanecer.

Mucho antes de que las primeras luces asomasen por el este, ya nos encontrábamos en la parte baja de aquel bosque. Cuando llegamos, espantados, los pájaros armaron tal revuelo entre las hojas de los árboles que, por un momento, temí que los ojeadores de los sajones del oeste se dieran cuenta de que nosotros éramos la causa de tamaño escándalo, pero, si Brunulf disponía de ojeadores en el bosque, estos no parecieron darse por enterados. Antes de que se hubiera hecho de noche, había enviado una partida de jinetes para que echasen una ojeada por el bosque, misión que habían ejecutado sin mucho entusiasmo; como ya me había encargado de retirar a mis ojeadores, no encontraron nada que les llamase la atención, pero me preocupaba que hubiera podido apostar centinelas en el bosque durante la noche. A mi modo de ver, y tal y como habían ido las cosas, todo parecía indicar que no, porque solo aquellos pájaros desquiciados y los animales nocturnos se percataron de nuestra llegada. Echamos pie a tierra, nos abrimos paso por entre la espesa maleza y, una vez que llegamos cerca del lindero sur del bosque, nos agazapamos, en tanto que todo volvía a la normalidad.

Sabía que nos quedaba una larga espera por delante, porque Brunulf no abandonaría el fortín hasta que no se hiciera de día, pero había optado por apostarnos en el bosque antes del amanecer, no fuera a ser que, al ver bandadas de pájaros que levantaban el vuelo, los sajones se pusieran en alerta. Sin salir de su asombro en cuanto a lo que me proponía, Finan había dejado de atosigarme y, sentado en el suelo, reclinada la espalda contra el tronco de un roble tronchado cubierto de musgo, no dejaba de pasar una piedra por la hoja de una espada que ya estaba tan afilada como las tijeras de podar que empuñan las tres Nornas. Mi hijo jugaba a los dados con dos de sus hombres. Hice un aparte con Berg y le dije:

—Tengo que hablar con vos.

—¿He hecho algo mal? —me preguntó, preocupado.

—¡No! Es que quiero haceros un encargo.

Me lo llevé hasta un lugar apartado donde nadie pudiera oírnos. Me caía bien Berg Skallagrimmrson, y tenía una fe ciega en él. Era un joven hombre del norte, fuerte, leal y más que curtido en el manejo de las armas. Me estaba muy agradecido por haberle salvado la vida, pero su lealtad iba incluso más allá de su gratitud. Estaba orgulloso de ser uno de los míos, tanto que hasta se había intentado pintarrajear mi divisa, la de la cabeza de lobo, en la cara con tinta de agalla de roble. Le sacaba de quicio que la gente le preguntase cuál era la razón de aquellas cabezas de cerdo que llevaba pintadas en la mejilla, algo a lo que había dado muchas vueltas antes de hablar con él; con todo, era un joven meticulado, de toda confianza y, a su manera, despierto.

—Cuando todo esto haya concluido —le dije—, no me quedará otra que irme al sur.

—¿Al sur, mi señor?

—Sí, si todo sale bien. Pero ¿y si no es así? —Me encogí de hombros y eché mano del martillo que llevaba al cuello. Desde que habíamos salido de la hacienda, pendiente de cualquier presagio, no había dejado de observar y escuchar cuanto sucedía en derredor, pero no había reparado en nada que me permitiera atisbar cuál era la voluntad de los dioses. Tan solo que era el día de Odín, y eso, sin duda, era un buen presagio.

—¿Vamos a pelear, verdad? —me preguntó intranquilo, como si temiese que no iba a tener la oportunidad de blandir la espada.

—Peclaremos —repuse, confiado en que estaría en lo cierto—, pero solo habremos de vérnoslas con una treintena de enemigos.

—¿Solo treinta? —se sorprendió, sin ocultar su decepción.

—Quizás algunos más —le confié. Eadric había regresado la noche anterior y me había puesto al tanto de algo que ya me esperaba. Una partida de jinetes, veinticinco o treinta, según él, habían abandonado el fortín y se habían dirigido al sur. Eadric, escondido como estaba en un foso a escasa distancia de los sajones del oeste, no había podido ir tras aquellos jinetes y no sabía decirme con certeza si, una vez que ya no le fue posible verlos desde las murallas, se habían dirigido al este o al oeste. A mi forma de ver, seguramente al este, pero habría que esperar a que se hiciera de día para saber si estaba en lo cierto—. Pero serán auténticos desalmados que se revolverán con saña.

—¡Bien! —exclamó Berg, encantado.

—¡Y quiero hacer prisioneros!

—Como ordenéis, mi señor —repuso, con respeto.

—Prisioneros —repetí—. No quiero que vayáis matando alegremente a todo aquel que os salga al paso.

—No lo haré, os lo prometo —contestó, al tiempo que acariciaba el martillo que llevaba al cuello.

—Cuando todo haya concluido —añadí—, yo me iré al sur y vos os dirigiréis al norte. Y pondré en vuestras manos oro. ¡Un montón de oro!

No dijo nada; tan solo se me quedó mirando muy serio, con unos ojos como platos.

—Con vos irán ocho hombres —continué—, hombres del norte o daneses todos ellos, y os las compondréis para regresar a Eoferwic.

—¿Eoferwic? —repitió, como si no supiera a qué me refería.

—¡Jorvik! —le dije, recurriendo al nombre con que ellos conocían a aquella ciudad, y se le iluminó la cara—. Una vez en Jorvik, compraréis tres barcos.

—¡Barcos! —repitió, sin salir de su asombro.

—Ya sabéis, esas enormes cosas de madera que flotan en el agua.

—Sé lo que es un barco, mi señor —replicó, muy digno.

—¡Bien! Compraréis tres barcos, pues, capaces de albergar una tripulación de treinta o cuarenta hombres cada uno.

—¿Barcos de guerra, mi señor, o cargueros? —me preguntó.

—Barcos de guerra —repuse—, y pronto necesitaré disponer de ellos. Cosa de dos o tres semanas. Aún no puedo decíroslo con seguridad. Quizá me retrase un poco. Y cuando lleguéis a Eoferwic, no entréis en la ciudad. Comprad provisiones en la taberna de El Pato. ¿Os acordáis de esa taberna?

—Claro que me acuerdo, mi señor —asintió—. Está en las afueras, ¿no es así? Pero ¿no quedamos en que teníamos que ir a Eoferwic?

—Alguien podría reconocerlos. Esperadme en El Pato. Tendréis mucho que hacer, como empear los barcos que compréis, y si os dejáis ver por la ciudad alguien podría reconocerlos como uno de los hombres a mi servicio. —Muchos de los habitantes de la ciudad habían visto pasar a mis hombres y alguno podría acordarse de aquel alto hombre del norte, bien parecido y de largos cabellos, con remedos de cabezas de lobo en las mejillas, aunque lo cierto, por otra parte, es que confiaba en que lo reconociesen.

Berg era un magnífico joven con un solo defecto: carecía de doblez. No tenía ni pizca de malicia. Tan difícil le resultaba mentir de forma convincente como soñar con alcanzar la luna; si decía una mentira, se sonrojaba, no sabía cómo poner los pies y a la legua se veía lo apurado que estaba. Llevaba la honradez pintada en el rostro, más claramente incluso que aquellas cabezas de cerdo que se había pintarrajeado en las mejillas; era, en pocas palabras, un hombre de fiar. Si le dijera a Berg que mantuviese en secreto la misión que allí lo había llevado, lo haría y, además, me estaría agradecido. Y eso era lo que yo iba buscando precisamente.

—¿Sabréis guardarme un secreto? —le pregunté.

—¡Faltaría más, mi señor! —exclamó, echando mano del martillo que llevaba al cuello—. ¡Tenéis mi palabra!

Bajé la voz, lo que le obligó a agacharse para estar más cerca de mí.

—No estamos en condiciones de recuperar Bebbanburg.

—¿De verdad, mi señor? —parecía disgustado.

—Los escoceses ocupan la fortaleza —le dije— y, aunque ardo en deseos de enfrentarme con cualquiera que se me ponga por delante, no puedo plantar cara a todo un pueblo, y de sobra sabéis cómo son esos escoceses, una panda de malditos cabrones.

—Eso tengo entendido —repuso.

Bajé la voz todavía más.

—Tengo pensado ir a Frisia.

—¡A Frisia! —se sorprendió.

—¡Chitón! —le susurré, aunque no había nadie que pudiera oírnos.

—Los sajones invadirán Northumbria —añadí—, y los escoceses se apoderarán del norte del territorio, así que no podemos quedarnos aquí. No nos queda otra que pasar al otro lado del mar. Encontraremos un nuevo territorio. Un sitio donde establecernos de nuevo, solo que esta vez tendrá que ser en Frisia. ¡Pero nadie tiene que saber nada de todo esto!

Volvió a echar mano del martillo que llevaba al cuello.

—¡No diré nada, mi señor! Os lo prometo.

—Las únicas personas a las que podéis confiárselo —continué— son aquellas a las que compréis los barcos, porque es preciso que sepan que necesitamos barcos en tan buenas condiciones como para cruzar al otro lado del mar. Podéis decírselo también a Olla, el propietario de la taberna de El Pato, ¡pero a nadie más!

—¡A nadie, mi señor! ¡Lo juro!

Estaba seguro de que bastaría con decírselo a esas pocas personas para que el rumor no tardase en circular por todo Eoferwic, y por media Northumbria de paso, antes de que el sol se pusiese aquel día, y que, al cabo de una semana más o menos, mi primo estaría al tanto de que me disponía a abandonar Britania rumbo a Frisia.

Aunque mi primo se viera asediado en aquellos momentos, sabía que disponía de mensajeros que, de tapadillo, entraban y salían de la fortaleza. En las murallas que daban al mar, había una poterna, un portillo en la empalizada de madera que llevaba a lo alto del acantilado y que de nada servía a la hora de atacar Bebbanburg, porque era imposible llegarse hasta allí sin ser vistos; antes había que recorrer una playa desierta y trepar por una pendiente muy pronunciada que llegaba al pie de las murallas. Al amparo de la noche, cualquiera habría podido hacerlo, pero mi padre nunca había dejado de insistirnos en que, al caer la noche, nos cerciorásemos de que el portillo quedaba bien trancado desde el interior de la fortaleza, y estaba convencido de que mi primo no había echado en saco roto tal recomendación. Me maliciaba que se las habría arreglado, pues, para enviar hombres al exterior de la fortaleza, hombres que, una vez en la playa y envueltos en la niebla, podían salir de allí en algún bote de pesca, por eso estaba seguro de que acabaría por enterarse de que había comprado unos barcos. Quizá no acabara de creerse el cuento de que tenía pensado irme a Frisia, pero Berg sí que se lo creyó, y era tan inequívocamente sincero que, contado

por él, resultaría más que convincente. Lo peor que podía pasar era que a mi primo le asaltasen las dudas cuando se enterase, y eso era lo que yo iba buscando.

—Recordad bien lo que os he dicho —le insistí—. Contádselo solo a los hombres que os vendan los barcos, y también a Olla, por supuesto. —Sabía que el tabernero no podría por menos que dar alas a semejante rumor—. Olla es de fiar.

—Olla —dijo Berg, repitiendo el nombre del tabernero.

—En la taberna encontraréis todo lo que podáis necesitar —añadí—; excelente cerveza, buena comida y preciosas putas.

—¿Putas, mi señor?

—Sí, ya sabéis, chicas que...

—Sé lo que son, mi señor —dijo en un tono que daba a entender que era algo que no veía con muy buenos ojos.

—Además, Olla tiene una hija que, por cierto, anda buscando marido.

Se le iluminó la cara de nuevo.

—¿Bonita, mi señor?

—Se llama Hanna —repuse—: tan dulce como una paloma, suave como la mantequilla, dócil como un perro y tan bonita como un amanecer. —Al menos esto último era cierto. Volví la vista hacia el este y observé que, en el cielo, ya asomaban las primeras y difusas luces del nuevo día—. Y lo más importante —continué—: Olla sabe que sois uno de los míos, ¡pero nadie, nadie más debe saberlo! Si alguien os pregunta, decid que acabáis de llegar del sur de Northumbria, que tomasteis la decisión de abandonar vuestras tierras antes de que los sajones os las arrebataran. Que tenéis pensado abandonar Britania y asentaros en otro lugar.

Frunció el ceño.

—Entiendo lo que queréis decir, mi señor, pero... —calló un momento, incomodado ante la idea de tener que decir que huía del enemigo. Era un joven intrépido.

—¡Os encantará Frisia, ya lo veréis! —le dije para darle ánimos.

Antes de que pudiera decir nada más, Rorik, mi mozo, salió corriendo de entre los árboles tratando de esquivar las zarzas.

—¡Mi señor, mi señor!

—¡Hablad con voz más queda! —le advertí—. ¡Más bajo!

—¡Mi señor! —llegándose a mi lado—. Me envía Centwulf. ¡Unos jinetes acaban de abandonar el fortín!

—¿Cuántos hombres?

—Tres. Mi señor.

Ojeadores, pensé. Había dejado a Rorik en compañía de Centwulf y otros dos centinelas que había apostado un poco más arriba, en un sitio desde donde les bastaba con volver la vista al sur para divisar el fortín.

—Luego seguiremos hablando —le dije a Berg, antes de volver al lado de los cincuenta hombres que me esperaban y advertirles que no hiciesen ruido.

Los tres exploradores siguieron la senda que llevaba al bosque, pero ni se molestaron en echar un vistazo al este o al oeste. Parecían tomárselo con mucha calma. Centwulf, que no los había perdido de vista, me dijo que se dirigían al lindero norte del bosque, desde donde podrían ver a una docena de los míos que, junto a sus caballos, estaban al pie de la piedra que se alzaba a lo lejos; lo que vieron debió de satisfacerlos, porque volvieron grupas y siguieron cabalgando hacia el sur. Marchaban a paso lento, confiados en que ningún peligro les acechaba entre los árboles. Para entonces el sol ya estaba lo bastante alto por el este, y sus vívidos y relucientes tonos dorados ribeteaban las contadas nubes que había. Todo apuntaba a que iba a ser un buen día, al menos para nosotros. Eso, si estaba en lo cierto, claro.

Le ordené a Rorik que volviera al lado de los centinelas que seguían agazapados donde les había dicho y no pasó nada más. Una cierva que vagaba por los pastos de la parte alta del bosque se detuvo y olisqueó el aire; al cabo, algo oyó que la llevó a buscar abrigo de nuevo entre los árboles. Tentado estuve por un momento de acercarme hasta donde estaban apostados los centinelas y contemplar el fortín con mis propios ojos, pero opté por no moverme de donde estaba. No porque yo fuese a ver las murallas, antes habría de pasar lo que tuviera que pasar, y cuanto menos barullo armáramos, mejor. Los dorados ribetes de las nubes fueron perdiendo intensidad hasta convertirse en un blanco vaporoso. Con mi atuendo guerrero encima, estaba sudando. Llevaba un jubón de cuero bajo la cota de malla, unos calzones de lana arremetidos en las botas, también de cuero y reforzadas con recias bandas de hierro. Cuajados los antebrazos de brazaletes de plata y oro, como correspondía a un señor de la guerra. Una cadena de oro al cuello de la que, suspendido de un eslabón, colgaba un martillo de hueso. Ceñido a la cintura, el tahalí del que pendía *Hálito de serpiente*, en tanto que escudo, yelmo y lanza reposaban al pie de un árbol.

—A lo mejor le da por no venir —rezongó Finan a media mañana.

—Lo hará. Brunulf vendrá.

—Total, si no piensa pagarnos, ¿para qué tomarse la molestia?

—Porque si no se presenta —repliqué—, no puede haber guerra.

Finan se me quedó mirando como si pensara que había perdido la cabeza. A punto estaba de decir algo cuando, casi sin aliento, apareció Rorik de nuevo.

—Mi señor... —empezó a decir.

—¿Han salido ya del fortín? —lo interrumpí.

—Así es, mi señor.

—Os lo dije —dirigiéndome a Finan, antes de volverme a Rorik—. ¿Cuántos?

—Doce, mi señor.

—¿Enarbolan algún estandarte?

—Sí, mi señor, uno en el que ondea un gusano.

Se refería al estandarte del dragón de Wessex, que era lo que me esperaba. Le di a Rorik una palmadita en la cabeza, le ordené que se quedase a mi lado y di una voz a los míos para que estuvieran listos. Al igual que ellos, me hice con el yelmo, forrado

de apestoso y grasiento cuero. Era el más vistoso de los que tenía, aquel con un lobo de plata al acecho por cimera. Me lo calé hasta cubrirme las orejas por completo, cerré las baberas y Rorik se encargó de ajustarme los cordeles a la altura de la barbilla. Puso en mis manos una capa oscura, que me abroché al cuello; me calcé los guanteletes, tranquilicé al caballo y me serví de un tronco caído como poyo para ayudarme a montar. Me acomodé en la silla de Tintreg, y me hice con el pesado escudo con ribetes de hierro que me tendía Rorik. Pasé el brazo izquierdo por las correas y apreté con fuerza el asidero.

—Lanza —reclamé, antes de añadir—: Rorik...

—¿Mi señor?

—Manteneos en la retaguardia. Permaneced ajeno a la refriega.

—Como ordenéis, mi señor —se apresuró a decir.

—Estoy hablando en serio, demonio de muchacho. Sois mi portaestandarte, no uno de mis guerreros. De momento, todavía no.

Iba, pues, revestido de toda mi gloria como señor de la guerra. La mayoría de los días no llevaba capa alguna, tampoco brazaletes, y me cubría la cabeza con una sencilla caperuza, pero, a lo largo de los próximos instantes, el destino de tres pueblos iba a estar en mis manos, así que la ocasión lo merecía. Di una palmada amistosa a Tintreg en el pescuezo y le hice una seña a Finan, quien, como yo, revestido de plata y oro, lucía sus mejores avíos. Volví la vista atrás y comprobé que todos mis hombres, los cincuenta, ya estaban a lomos de sus monturas.

—No hagáis ruido —les dije—. ¡Adelante, a paso lento! ¡No hay razón para darse prisa!

A lomos de nuestras monturas, dejamos atrás el bosque y nos adentramos en los pastos. Dos liebres echaron a correr hacia el río. Nos encontrábamos todavía en la parte más baja de aquellos pagos, de modo que no podían vernos ni los del fortín ni Brunulf, quien, sin recelar de nada, marchaba al frente de sus hombres por aquella cañada que, más allá del bosque, llegaba hasta la piedra que nos habían indicado. Todo iba a depender de la señal que me enviara Centwulf, un hombre curtido y entrado en años.

—Vamos a esperarlos aquí —alcé la voz—. Vamos a esperar.

—¿Por qué no esperáis a que ya no puedan verlos desde el fortín? —me comentó Finan, con un deje de desesperación.

—Porque no fui yo quien eligió este sitio como lugar de enfrentamiento —repuse, confundiéndolo todavía más de lo que estaba, antes de volver a alzar la voz para que todos mis hombres pudieran oír la explicación que me disponía a dar—: Cuando nos dispongamos a entrar en acción —les dije, confiando en que mi voz no iría más allá de aquella hondonada de verdor donde nos ocultábamos—, veréis una docena de jinetes que cabalgan bajo el estandarte de Wessex. ¡Nuestra tarea consiste en proteger a esos hombres para que salgan de esta con vida! ¡Porque no tardaréis en ver cómo pronto caerán sobre ellos otros veinticinco o treinta hombres! ¡De entre esos, quiero

hacer prisioneros! Acabad solo con aquellos que no os dejen otra salida, ¡pero recordad que quiero hacer prisioneros! ¡Sobre todo entre aquellos que estén al mando! Identificad las mejores cotas de malla, los yelmos más vistosos, ¡y podéis estar seguros de que habéis dado con los cabrones que voy buscando!

—¡Santo cielo! —exclamó Finan—. Ahora lo entiendo todo.

—¡Quiero hacer prisioneros! —remaché.

Rorik se encaramó a la silla de su montura y enarboló el estandarte de la cabeza de lobo, en el momento en que Centwulf aparecía en el lindero del bosque agitando ambos brazos por encima de la cabeza. Eché mano del martillo que pendía de la cadena de oro que llevaba al cuello, y grité:

—¡Adelante! ¡A por ellos!

Tintreg debía de haberse aburrido mucho durante la espera, porque bastó un toque de espuelas para encabritarlo y que se pusiera al galope. Me aferré al corcel y, al cabo de un momento, todos estábamos subiendo la corta pendiente que teníamos delante, porque, a medida que nos acercábamos a la cima, más pequeñas se veían las puntas de nuestras lanzas.

—¿Cuándo caísteis en la cuenta de lo que tenían pensado hacer? —me preguntó Finan a voces.

—¡Hace dos noches!

—¡Podríais habérmelo dicho!

—¡Pensé que saltaba a la vista!

—¡Pedazo de cabrón retorcido! —dijo, sin ocultar su admiración.

Cuando llegamos a la cima del altozano, comprobé que los dioses estaban de mi parte.

Ya en la cañada, a un paso de nosotros, un cuarto de milla como mucho, Brunulf y los suyos. Sorprendidos al ver que otros jinetes se acercaban por el este, habían hecho un alto. Aquellos jinetes que veíamos a lo lejos empuñaban escudos y se acercaban espada en mano. Reparé en cómo Brunulf trataba de dar media vuelta para dirigirse al sur. Con él iban dos curas con sotanas negras; muerto de miedo, uno de ellos echó a correr hacia los árboles; en tanto Brunulf se desgañitaba gritándole que volviera con ellos, por señas, les indicaba el fortín a los suyos, pero ya era demasiado tarde.

Demasiado tarde porque aquellos jinetes que se veían a lo lejos, al galope, trataban de cortarles la retirada. Me fijé en que debían de ser unos treinta, y supuse que, cuando un día antes habían abandonado el fortín, sin duda lo habrían hecho bajo el estandarte del dragón de Wessex; en aquel momento, sin embargo, enarbolaban otro en el que ondeaba un hacha roja. Un estandarte enorme, por otra parte, en el que, aun de lejos, destacaba un hacha roja, divisa que, a no dudar, aquellos jinetes llevarían también pintada en los escudos que empuñaban.

Aquel era, pues, el estandarte de Sigtryggr, pero no se trataba de hombres a las órdenes de mi yerno. Eran sajones del oeste que trataban de hacerse pasar por

daneses, sajones del oeste con órdenes de acabar con sus compañeros de armas para, así, iniciar una guerra. Brunulf y su séquito iban a morir a la vista de aquellos que se habían quedado en el fortín, quienes no dudarían en avisar cuanto antes a Etelhelmo y a Eduardo de que los traicioneros hombres de Northumbria, los mismos que habían accedido a establecer una tregua, la habían roto y atacado y pasado a cuchillo a sus emisarios. Era un ardid que no estaba nada mal pensado, una estratagema sin duda urdida por el propio Etelhelmo. Que había querido desencadenar una guerra, pero que, al ver que Sigtryggr mantenía la cabeza fría a pesar de las provocaciones, que era capaz de hacer lo que fuera con tal de evitar un enfrentamiento, y de que, en consecuencia, no atacaría a los hombres de Eduardo, había tomado la decisión de que fueran sus propios guerreros quienes, bajo la divisa del hacha roja, llevaran a cabo aquella matanza.

Pero no había contado con que nosotros estuviésemos allí, ni con que yo estuviera de tan mal talante.

Tampoco con que mi primo siguiera siendo el señor de Bebbanburg.

Ni siquiera con que, a mis ojos, estuviera tratando de acabar con mi hija y su marido.

Cuando menos con que Constantino me hubiera humillado, obligándome a abandonar las tierras que un día fueran de mis antepasados.

Por no hablar de que no había visto a Eadith, mi mujer, desde hacía un mes.

Así que alguien iba a pagarlo muy caro.

CAPÍTULO V

Al principio, ni Brunulf ni ninguno de los que con él iban nos vieron llegar. No podían apartar los ojos de aquellos jinetes que se los venían encima por el este, jinetes que, empuñando escudos de Northumbria, blandían afiladas espadas, jinetes que se acercaban con intención de matar. La primera reacción de Brunulf fue regresar al fortín, pero, dispuestos a cortarles la retirada, la mitad de los recién llegados ya se dirigía al sur. Al poco, uno de sus hombres volvió la cabeza hacia el oeste, vio que íbamos a su encuentro y, a gritos, nos imploró ayuda; cuando Brunulf se volvió, ya estaba lo bastante cerca como para ver la angustia que se reflejaba en su rostro. Se había puesto en camino con la intención de mantener conversaciones de paz; en vez de eso, se había encontrado con que la muerte lo acechaba por dos flancos. Llevaba cota de malla, pero sin yelmo. Tampoco escudo. Los dos curas que con él iban no disponían de nada con lo que pudieran defenderse. A punto estuvo de desenvainar la espada, pero lo pensó mejor y confió en que, si no ofrecía resistencia, siempre le quedaba la posibilidad de rendirse.

—¡Estamos de vuestro lado! —dije a voces. Parecía lo bastante aturdido, o asustado, como para entender lo que le decía—. ¡Brunulf —añadí, vociferando su nombre de pila—, estamos de vuestra parte!

Berg y mi hijo espolearon sus monturas y ambos se situaron a mi altura, uno a cada lado; deduje que se habían puesto de acuerdo para protegerme. Obligué a Tintreg a dar un bandazo a la derecha, y el caballo de Berg se espantó.

—¡No me atosiguéis! —bramé.

—¡Andaos con ojo, mi señor! —me dijo a voces—. No olvidéis que sois... —A punto estuvo de añadir «viejo», pero se lo pensó dos veces y no concluyó la frase.

Los hombres que se acercaban bajo la divisa de Sigtryggr se dieron cuenta de nuestra presencia y, sin saber qué hacer, refrenaron el paso. Media docena, en cambio, iban a por Brunulf y los suyos; llegué a oír las voces de alguien que daba órdenes de atacar, en tanto que otro, a gritos, los instaba a retirarse; aquellas órdenes tan contradictorias fueron su perdición.

Cruzamos la cañada más al sur de donde se encontraban Brunulf y los suyos.

—¡Estamos de vuestra parte! —grité de nuevo, y observé cómo asentía dándose por enterado. Un momento después, los habíamos dejado atrás. Íbamos lanza en ristre y al galope, en tanto que nuestros adversarios, inferiores en número y desconcertados, solo blandían espadas. Sin saber con qué carta quedarse, algunos parecían paralizados, en tanto que otros volvían grupas y espoleaban sus monturas para alejarse hacia el este; hasta que a uno de ellos, muerto de miedo y aturdido, le dio por

azuzar su caballo y venir a por nosotros; todo lo que tenía que hacer era colocar la lanza en posición y dejar que esta cumpliera su cometido. Dejándome llevar por la ira, obligué a Tintreg a virar a la derecha y empuñé la recia asta de fresno de la lanza que, junto con el peso de corcel y jinete en pos de la afilada punta, rebotó en el reborde del escudo que empuñaba aquel hombre, le perforó la cota de malla, le desgarró el jubón de cuero y, rasgándole piel y músculos, acabó por hundirse en su barriga. Aun cuando mi adversario sangraba a borbotones, me deshice de la lanza, le eché mano del yelmo y jalé con todas mis fuerzas hasta descabalarlo. El pie izquierdo se le enredó en el estribo y, a pesar de los gritos que profería, lo arrastré dejando un reguero de sangre en la hierba que aún cubría el rocío matutino.

—Ya veis que no soy tan viejo —reconvine a Berg a voces, antes de desenvainar mi espada, *Hálito de serpiente*.

—¡Prisioneros! —gritaba Finan; me imaginé que aquella recomendación iba por mí, que de forma tan descarada había hecho caso omiso de las órdenes que yo mismo había impartido de hacer prisioneros.

Me enfrenté con otro hombre que se las compuso para alzar el escudo a tiempo de frenar en seco mi embestida. Me fijé en lo reluciente que estaba aquel hacha roja que tanto destacaba en los tablones de sauce, como recién pintada encima de una antigua divisa que, solo a medias, habían conseguido raspar. El hombre se abalanzó contra mí con escaso tino, porque la hoja de su espada fue a estrellarse contra el arzón trasero de mi silla de montar. Aquel rostro barbudo, cubierto con un yelmo muy ajustado, era la viva imagen de una rabia incontenible que, súbitamente, dio paso a un gesto de horror y mirada descompuesta al sentir cómo la lanza de Berg le atravesaba la espalda. Una embestida tan violenta que llegué a ver cómo, tras rasgarle la cota de malla, la punta de la lanza le asomaba a la altura del pecho. Tanto abrió la boca que pude ver hasta los dientes que le faltaban antes de que soltase una bocanada de sangre que le resbaló por los labios.

—Os pido disculpas, mi señor. Un prisionero menos —dijo Berg, al tiempo que empuñaba la espada—. Sé que puedo hacerlo mejor.

—¡Mi señor! —gritó Finan, señalándome al este con la espada. Al galope, media docena de hombres se disponían a huir del lugar.

—¡Esos son los que voy buscando! —dije a voces a Berg. Aquellos seis hombres montaban espléndidos corceles; uno de ellos, llevaba un precioso yelmo que remataba con un negro penacho de cola de caballo en lo alto del morrión; otro iba a lomos de una montura con arreos de oro, pero lo que de verdad los delataba como cabecillas de la partida era la presencia a su lado del portaestandarte, quien, al volver la vista atrás y comprobar que íbamos tras ellos, a la desesperada, se desprendió del enorme estandarte y de la pesada asta en que ondeaba la falsa enseña.

A mis espaldas, oí cómo el resto de la partida arrojaba los escudos al suelo y levantaba los brazos, dando a entender que no querían seguir adelante. Apiñados en torno a su estandarte, los hombres del séquito de Brunulf parecían estar a salvo, en

tanto que mi hijo, tras ordenarles que echasen el pie a tierra y depusiesen las espadas, se encargaba de agrupar a los prisioneros. Así que, por fin, habíamos hecho prisioneros, pero no habían caído en nuestras manos aquellos que más me interesaban. De modo que piqué espuelas de nuevo, Tintreg se puso al galope y la reyerta se convirtió en una carrera de caballos en la que aquellos seis hombres nos llevaban una notable ventaja. Pero tres de los míos iban a lomos de corceles mucho más pequeños y ligeros, como los que utilizaban nuestros ojeadores a la hora de cumplir su cometido, y, en consecuencia, mucho más rápidos que animales tan grandes como Tintreg. Y daba la casualidad de que dos de aquellos jinetes aún conservaban sus lanzas. Pronto, pues, se pusieron a la altura de los que huían, y uno de ellos, Swithun, haciendo un insólito quiebro a toda velocidad, arrojó la lanza que portaba, no contra el jinete, sino a las patas del caballo que marchaba en cabeza. Se oyó un súbito aullido de dolor, al que siguió un revoltijo de patas por el aire y, dando tumbos entre quejumbrosos relinchos, el caballo se fue al suelo; el jinete que lo montaba quedó atrapado bajo el corcel, que se debatía en la hierba; a continuación, un segundo caballo se fue de bruces contra el animal, que, a duras penas trataba de levantarse, y acabó también rodando por el suelo. Con los míos pisándoles los talones, a la desesperada, el resto de los jinetes trataban de refrenar sus monturas para no verse sumidos en aquel caos. El hombre que llevaba el yelmo que remataba un negro penacho de cola de caballo obligó a su corcel a saltar por encima de uno de los animales que yacían en el suelo y buscó la forma de escapar de allí, pero Berg se puso a su altura, echó mano al penacho, dio un tirón y, a un paso de irse al suelo, el jinete se vio tumbado de espaldas en la silla de montar. Berg lo amarró por un brazo, tiró de nuevo y lo derribó. Como consecuencia del tirón que le había propinado Berg, se le desencajó el yelmo, que rodó por el suelo, en tanto que el jinete se arrastraba como podía por la hierba. Pero aún conservaba su espada de larga hoja y, fuera de sí, se puso en pie y lanzó un tajo al caballo de Berg, que no llegó a alcanzar al joven hombre del norte, y tuvo que vérselas con el jinete que lo seguía.

Que no era otro que yo.

En ese momento entendí cuál había sido la razón de que, dos días antes, dos hombres se hubieran separado del séquito de Brunulf y hubieran vuelto al fortín antes que salir a nuestro encuentro. Debieron de haberme reconocido y caído en la cuenta de que también yo podría reconocerlos, y no solo eso, sino hasta percatarme del apestoso hedor de la traición, porque, ante mí y dispuesto a despanzurrar a Tintreg, blandiendo aquel enorme espadón, estaba Brice.

Tuve, en tiempos, un guerrero a mis órdenes que también se llamaba Brice, un cabroncete de talla menuda que sucumbió a manos de los daneses cuando recuperamos Ceaster. Por lo visto, era un nombre apropiado para hombres de escasa corpulencia como aquel, porque el Brice con quien me disponía a enfrentarme en aquel instante era otro tipejo y de la peor calaña. Pelirrojo y de barba canosa, era un guerrero que había librado numerosas batallas a las órdenes de su señor, Etelhelmo, el

hombre al que el poderoso terrateniente recurría siempre que hubiera un trabajo sucio que hacer. Se trataba del mismo Brice que, en su día, fuera enviado a Cirrenceastre para acabar con Etelstano y que, de no haber intervenido nosotros a tiempo, habría acabado con la vida del muchacho. El encargo que a Brice se le había encomendado en aquella ocasión no era otro que el de iniciar una guerra y, una vez más, allí estábamos nosotros, dispuestos a desbaratárselo. Entre alaridos, apuntó con la espada a la barriga de Tintreg. Con toda intención, obligué a mi corcel a volver grupas, poniendo a buen resguardo el brazo con el que empuñaba la espada; Brice vio los cielos abiertos y se abalanzó contra nosotros dispuesto a despanzurrar al caballo. Esquivé la embestida con el estribo izquierdo y, aunque la hoja llegó a atravesar el cuero, se topó con una de las bandas de hierro que reforzaban la bota. Por supuesto que me hizo daño, pero no tanto como el que el reborde de hierro de mi escudo debió de hacerle a él cuando se lo estrellé en el cráneo. Aquel testarazo bastó para derribarlo. Confiaba en no haber matado a aquel cabrón, porque tal placer me lo reservaba para más adelante.

—¿Queréis que sea yo quien acabe con él? —me preguntó Kettil, uno de los daneses que venían conmigo y que debía de haber visto cómo Brice se iba al suelo.

—¡No! ¡Es un prisionero! ¡Acabad más bien con el pobre animal! —aullé, al tiempo que señalaba al caballo que Swithun había conseguido derribar con la lanza y que, con una pata rota, a duras penas trataba de incorporarse. Kettil echó el pie a tierra, intercambió la espada que blandía por el hacha que llevaba Folcbald y ejecutó la orden que le había dado. Los seis hombres que trataban de huir habían caído en nuestras manos; los seis eran ya nuestros prisioneros.

Folcbald, uno de mis descomunales guerreros frisios, sujetaba en volandas a uno de ellos por el pescuezo o, más bien, por la cota de malla y, medio a rastras, lo traía por la hierba, que, de repente, se vio cubierta con la sangre del caballo que Kettil acababa de sacrificar.

—Este no deja de decir que es un cura —me dijo Folcbald, con cara de satisfacción. Lo dejó caer al suelo y reparé en que no era otro que el padre Herefrith, solo que con una cota de malla por encima de la sotana. Me dirigió una mirada asesina, pero no dijo nada.

Esbocé una sonrisa, decidí echar el pie a tierra y dejé las riendas de Tintreg en manos de Rorik, que había conseguido apoderarse del enorme estandarte con el hacha roja. Enfundé a *Hálito de serpiente* en su vaina y deposité el escudo en la hierba.

—¿Pero qué tenemos aquí? —pregunté con sorna dirigiéndome al padre Herefrith—. Nada menos que a uno de los capellanes del rey Eduardo. —No abrió la boca—. ¿O más bien sois el hechicero de cabecera del *ealdorman* Etelhelmo? Ese necio que veis ahí —señalé a Brice, que seguía tumbado boca abajo en la hierba— es un hombre de Etelhelmo. Además de un cretino, y un asno también. Bueno a la hora de matar y hacer daño, muy ducho en liquidar y apuñalar a sus semejantes, pero con menos sesera que una babosa. Lord Etelhelmo siempre envía con él a alguien que

tenga más luces, que es quien le señala a por quién debe ir y a quién debe dejar en paz. Por eso estáis aquí.

El padre Herefrith se me quedó mirando fijamente, echándome la misma mirada asesina que la primera vez que nos habíamos visto. Esbocé una sonrisa de nuevo.

—Y de lord Etelhelmo recibisteis el encargo de que teníais que desencadenar una guerra. Pero antes, necesitaba estar seguro de que hombres del rey Sigtryggr os habían atacado. Por eso me injuriasteis hace dos días. Queríais que os propinase un puñetazo. ¡Con eso habría bastado! Porque entonces ya podríais volver con los vuestros y quejaros a vuestro lord Etelhelmo diciéndole que os había pegado y, por tanto, roto la tregua. ¡Que os había atacado! ¿Acaso no era eso lo que buscabais? —Sin abrir la boca, se mantuvo impávido. Unas moscas se posaron en la cabeza del caballo muerto—. Pero la jugada no os salió como pensabais —continué—, y no os quedó otra que haceros pasar por hombres del rey Sigtryggr. Por eso llevabais el hacha roja pintada en los escudos. ¿De verdad pensasteis que podríais engañar a alguien? Aun así, lo hicisteis, y también os ha salido mal. —Alcé la mano derecha y, sin desprenderme del guantelete, le pasé un dedo por la cicatriz que tenía en la cara; se apartó—. No os hicieron esa cicatriz mientras echabais un sermón —dejé caer—, ¿o acaso uno de vuestros niños cantores os plantó cara? —Dio un paso atrás para apartarse de mi mano enguantada, pero mantuvo la boca cerrada; de la cintura le colgaba una vaina vacía, lo que me dio a entender que había quebrantado las normas de su iglesia al ceñirse una espada—. ¿De verdad sois cura —le pregunté— o solo fingís serlo?

—Lo soy —rezongó.

—Pero no siempre lo fuisteis, ¿verdad que no? En tiempos, fuisteis un guerrero.

—¡Y lo soy! —me espetó.

—¿Acaso sois uno de los hombres de Etelhelmo? —le pregunté, muy interesado por oír la respuesta que me fuera a dar.

—Serví a las órdenes de lord Etelhelmo —dijo—, hasta que Dios me persuadió de que le sería de mayor ayuda como servidor de su iglesia.

—¡Pues menudo hatajo de mentiras os contó vuestro dios! —exclamé, al tiempo que le señalaba una espada de preciosa factura que andaba por el suelo—. En tiempos, pues, fuisteis un guerrero —le dije—; haceos con esa espada y pelead conmigo. —No dijo nada, ni se inmutó siquiera—. ¿Acaso no es mi muerte lo que vuestro dios desea? Porque, según vos, soy un cagajón salido del culo del demonio, una cagarruta del diablo, ¿o no fue eso lo que me llamasteis? ¡Y también matarife de curas! Algo de lo que estoy muy orgulloso. —Di un paso hacia donde él estaba y me dirigió una mirada cargada de desprecio—. Y no se me pasa por alto que también dijisteis que estaba casado con una puta sajona, y esa es la razón, cura, por la que voy a daros satisfacción en lo que habíais venido a buscar: Voy a serviros en bandeja un motivo de provocación. Esto, por mi mujer sajona —dije, y le propiné un puñetazo en la mejilla que acababa de rozar con el dedo enguantado que lo dejó más que

temblando. Con la cara cubierta de sangre, de costado se fue al suelo y cayó en la hierba—. Lo malo es que la provocación llega demasiado tarde en vuestro caso —añadí—. ¿No vais a pelear conmigo? ¡No olvidéis que es la única guerra en la que vais a veros!

Se puso en pie y se encaró conmigo, pero le propiné otro puñetazo, en la boca en esta ocasión, tan fuerte que me hice daño en los nudillos y oí el crujido de los dientes que le había saltado. Se fue al suelo por segunda vez y le propiné una patada en el mentón.

—Esto por Eadith —le dije.

Finan, que, sin echar el pie a tierra, había observado todo, profirió un vagido como si quisiera darme a entender cuánto le había dolido, a él, que no al padre Herefrith, aquella patada.

—Eso no ha estado bien —dijo, poniendo cara de asco por segunda vez al ver cómo, con la boca ensangrentada, el cura escupía una muela—. A lo mejor tenía que echar un sermón el domingo que viene.

—Ni se me pasó por la cabeza.

—Además, tenemos compañía —añadió, volviendo la cabeza hacia el sur.

Una columna de hombres abandonaba el fortín y se acercaba a donde estábamos. Al galope, Brunulf iba a su encuentro, así que dejé al padre Herefrith en manos de Folcbald, volví a montar a lomos de Tintreg y me fui tras él.



Hubo un momento de confusión cuando unos cuantos jóvenes aguerridos del fortín llegaron en busca de enemigos de los que dar buena cuenta, pero Brunulf les advirtió a tiempo de que depusiesen las armas antes de volver grupas y venir a mi encuentro. Se lo veía intranquilo, aturdido, horrorizado. Retuve a Tintreg y esperé a que Brunulf se llegase a mi lado; luego, miré a lo alto.

—Me alegro de que no nos haya caído un chaparrón —comenté cuando estuvo a mi altura.

—Lord Uhtred... —balbució, como si no supiera qué decir.

—De joven, la lluvia era lo de menos —continué—, pero a medida que me hago mayor... Todavía sois demasiado joven para saber de lo que hablo. —Dirigí la mirada hacia el padre Stepan, el cura joven que acompañaba a Brunulf en el momento en que aquella tierra de pastos había dejado de serlo para convertirse en un osario—. Me imagino —añadí, sin apartar la vista del padre Stepan— que veníais para decirme que no pensabais pagar los derechos de paso que os reclama el rey Sigtryggr.

El padre Stepan se quedó mirando a Brice, que apenas si se tenía en pie. La sangre de la herida que tenía en la cabeza le había teñido de rojo las demacradas mejillas y la canosa barba que las cubría. Es lo que tienen las heridas en la cabeza:

siempre son muy escandalosas. Stepan se santiguó antes de confirmarme lo que yo pensaba:

—Así es, mi señor.

—Nunca confié en que lo hicierais —repuse, volviéndome a Brunulf—. Ya tenéis un motivo por el que deberíais estarme agradecido.

—Lo sé, mi señor, lo sé —contestó. Estaba pálido. Empezaba a darse cuenta de lo cerca que había estado de perder la vida aquel día. Echó un vistazo por encima de mis hombros, me volví en la silla y vi que, a empujones, traían al padre Herefrith hasta donde estábamos. El cura venía con la boca ensangrentada.

—¿A las órdenes de quién están los hombres que vienen con vos? —le pregunté.

—Son hombres que sirven a las órdenes del rey Eduardo —repuso, sin dejar de mirar al padre Herefrith.

—¿Fue el propio Eduardo quien os envió aquí?

—Pues, veréis... —balbució. Me dio la impresión de que no sabía qué decir.

—¡Miradme a los ojos! —bramé, sobresaltándolo—. ¿Fue el propio Eduardo quien os envió aquí?

—Así es, mi señor.

—¿Os dijo que os enviaba para desencadenar una guerra?

—Nos dijo que hiciéramos todo lo que el *ealdorman* Etelhelmo nos ordenase.

—¿Os lo dijo el propio Eduardo?

Brunulf negó con la cabeza.

—Pero la orden venía de Wintanceaster.

—¿Y quién os la entregó? ¿El padre Herefrith? —aventuré.

—Así es, mi señor.

—¿Una orden por escrito?

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Aún obra en vuestro poder?

—El padre Herefrith... —empezó a decir.

—¿Se deshizo de ella, quizá?

Brunulf echó una mirada al padre Stepan en busca de ayuda, pero este no le facilitó la respuesta.

—No lo sé, mi señor. Me la enseñó, y luego... —se encogió de hombros.

—Luego se deshizo de ella —concluí la frase por él—. Y ayer, Herefrith, Brice y los suyos abandonaron el fuerte en dirección sur. ¿Qué explicación os dieron?

—Que iban al sur en busca de refuerzos, mi señor.

—Pero ¿os dijeron que confiarais en mí, que no quebrantaría la tregua, que os estaría esperando al pie de la piedra?

—Así es, mi señor, pero también me dijeron que, una vez que estuvierais al tanto de que no pensábamos retirarnos, pondríais asedio al fortín y que tenían que ir al sur en busca de refuerzos.

En aquel momento, sin saber qué hacer, unos doscientos de los hombres que

estaban al mando de Brunulf, la mayoría de ellos a caballo, ocupaban aquellos pastos. Todos se habían quedado a espaldas de Brunulf; algunos no dejaban de mirar los escudos con la divisa del hacha roja que se veían por el suelo; otros reconocieron de inmediato mi enseña, la de la cabeza de lobo. Para ellos, éramos el enemigo, y caí en la cuenta de que empezaban a cuchichear. Les ordené que guardasen silencio.

—¡Os enviaron aquí como ovejas camino del matadero! —les dije a voces—. Algunos sajones buscaban una excusa para iniciar una guerra, ¡y vosotros ibais a ser quienes se la proporcionaseis! Estos hombres se disponían a traicionaros —continué, señalando a Brice y al padre Herefrith—. ¿De verdad que es cura? —le pregunté al padre Stepan.

—¡Claro que sí, mi señor!

—¡Los enviaron aquí para acabar con vuestro comandante, para acabar con él y con cuantos sajones del oeste les fuera posible! ¡Luego, solo tendrían que decir que había sido yo! Pero... —callé un momento y me fijé en aquellas caras de preocupación, y caí en la cuenta de que muchos de aquellos hombres debían de haber luchado bajo mis órdenes en algún momento—. Pero —continué— sigue vigente el tratado de paz que, en su día, firmaran Northumbria y Mercia, y vuestro rey Eduardo no desea romperlo. ¡No habéis hecho nada malo! Con mentiras, os enviaron aquí. Algunos de vosotros habéis luchado a mis órdenes en algún momento, ¡y de sobra sabéis que no miento! —Algo que no era del todo verdad, porque, antes de entrar en batalla, siempre les decíamos que la victoria estaba en nuestras manos cuando nos temíamos una derrota, pero, en aquel momento, se fiaban de mí, porque les estaba diciendo lo que querían oír, y advertí murmullos de aprobación—. Así que —añadí—, ahora volveréis al sur. Nadie os atacará por el camino. Nadie os privará de vuestras armas ¡y podréis ir en paz! Eso sí, ¡habréis de hacerlo hoy mismo! —Me volví a Brunulf, quien asintió con la cabeza. Hice un aparte con él—. Les diréis a los vuestros que se dirijan al sur, que vayan hacia el Gewasc —le comenté— y que se queden allí durante tres días. ¿Sabéis dónde cae eso?

—Sí, mi señor.

Había pensado en quedarnos con sus caballos para que tardaran más en llegar, pero eran superiores en número a nosotros en razón de tres a uno, y, si cualquiera de ellos nos hubiera plantado cara, no habría estado en condiciones de decirles lo que iban a oír a continuación.

—Y vos vendréis conmigo —le dije a Brunulf. Al darme cuenta de que se disponía a protestar, me encaré con él y, de forma tajante, le dije—: Me debéis la vida, así que bien me he ganado tres o cuatro días de esa vida como muestra de agradecimiento. Vos y el padre Stepan vendréis conmigo.

Avergonzado, pero agradecido, no le quedó otra que esbozar una sonrisa de circunstancias.

—Como digáis, mi señor —convino.

—¿Quién es vuestro lugarteniente?

—Headda —señalándome a un hombre entrado en años.

—Él será quien se haga cargo de los prisioneros —ordené, al tiempo que señalaba a los que aún quedaban con vida de los hombres de Brice—, y también quien se encargue de llevarlos hasta el Gewasc. Decidle que estaréis de vuelta en cosa de una semana más o menos.

—¿Por qué el Gewasc?

—Porque queda lejos de Ledecestre —repuse—, y no quiero que lord Etelhelmo sepa nada de lo que ha pasado aquí. No al menos hasta que yo se lo diga.

—¿Pensáis, pues, que lord Etelhelmo está en Ledecestre en estos momentos? —me preguntó intranquilo.

—Por lo que tengo entendido —repliqué—, el rey Sigtryggr se disponía a ir a Ledecestre para entablar conversaciones con la Dama Etelfleda. Así que supongo que Etelhelmo no andará lejos. Quiere cerciorarse de que las negociaciones se vean abocadas al fracaso.

De modo que nos pusimos en camino hacia Ledecestre.

Una vez concluido aquel asunto, podría volver a lo mío.

A Bebbanburg.



Headda se puso al frente de la humillada tropa que estaba a las órdenes de Brunulf y se dirigieron al sur, en tanto que nosotros volvíamos al este, a Lindcolne, donde ocasión tuve de apartar a mi hija de sus obligaciones durante un rato para hablar a solas con ella.

—Podéis volver a Eoferwic —le dije—, porque no habrá guerra. No este año, cuando menos.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo habéis conseguido?

—Matando a unos cuantos sajones —le dije y, antes de que me descuartizase, le expliqué lo que había pasado—. Así que este año no se producirá la temida invasión.

—¿Y qué me decís del que viene? —me preguntó.

—Es muy probable —repuse, apesadumbrado. Estábamos en la terraza del edificio que los romanos habían levantado en un alto desde donde se dominaba toda la ciudad, observando unas nubes de tormenta que se dirigían al norte. A lo lejos, se veían espesas y grises cortinas de lluvia—. Siento tener que marcharme así —le dije—, pero he de dar con Etelhelmo antes de que haga más daño.

—¿Qué haréis si hay guerra? —me preguntó, dándome a entender que cómo pensaba resolver el dilema que me planteaba el cariño que sentía por ella y el juramento de fidelidad que había prestado a Etelfleda.

—Pues que pelearé —repuse, dando por zanjado el asunto—, y espero vivir lo suficiente como para asentarme en Frisia.

—¡En Frisia!

—¡Bebbanburg no entra dentro de mis posibles! —le dije. No sabía si Stiorra me creería o no, pero tampoco me vendría mal que contribuyese a propalar el rumor.

Nos dirigíamos al sur por la espléndida calzada romana que llevaba a Ledecestre cuando, al cabo de unas pocas millas, nos topamos con un buhonero que iba camino del norte; él fue quien me dijo que unos señores sajones de alto rango habían hecho un alto en Godmundcestre. El buhonero en cuestión era danés, un hombre de aspecto tétrico que decía llamarse Arvid y comerciaba con mineral de hierro.

—Se avecina una guerra, mi señor —me había dicho.

—¿Y cuándo ha dejado de haberla?

—Los sajones cuentan con un ejército en Huntandun. ¡Su rey está allí!

—¿Eduardo?

—¿Es así como se llama? Con él, está su hermana.

—¿Y el rey Sigtryggr?

Arvid no hizo nada por ocultar su desprecio.

—¿Qué queréis que haga? No dispone de los hombres que le hacen falta. Lo más que puede hacer es hincarse de rodillas e implorar piedad.

—Es un luchador nato.

—¡Menudo luchador! —comentó Arvid con sorna—. Hizo las paces con una mujer. Y ahora se ve en las mismas, solo que con su hermano. ¡El *jarl* Thurferth ya ha firmado la paz por su cuenta! Les cedió Huntandun y ha abrazado la cruz. —El *jarl* Thurferth era uno de los caudillos daneses que se habían negado a prestar juramento de fidelidad a Sigtryggr. Dueño, a su vez, de enormes extensiones de tierras de labranza allí donde se alzaba la marca fronteriza que separaba los territorios en manos de los daneses de aquellos que pertenecían a los sajones y, si los ejércitos de los sajones del oeste habían decidido iniciar una guerra contra el norte, aquellas haciendas serían las primeras en caer, y si Arvid estaba en lo cierto, lo que me estaba diciendo era que Thurferth había conservado sus dominios a cambio de ceder la ciudadela de Huntandun, que había recibido el bautismo y que había prestado juramento de fidelidad a Eduardo. Thurferth nunca había destacado como señor de la guerra, pero, si se había pasado con armas y bagajes al servicio de Eduardo, estaba claro que otros *jarls* daneses del sur de Northumbria podrían seguir su ejemplo, lo que debilitaba el flanco sur de Sigtryggr y lo hacía más vulnerable. Lo único a lo que podía aferrarse era al endeble tratado de paz que había firmado con Etelfleda, tratado que el *ealdorman* Etelhelmo se había propuesto echar por tierra.

De modo que, a marchas forzadas, nos dirigimos al sur, pero ya no con la idea de hacer un alto en Ledecestre, sino de seguir la ancha calzada romana que llevaba a Lundene. La ciudadela de Huntandun se alzaba en uno de los pasos del río Use y, desde que yo recordaba, había sido un baluarte defensivo en la frontera sur de Northumbria. En aquel momento ya no era nuestra, puesto que había pasado a manos de las tropas de Eduardo. Eché mano del martillo que llevaba al cuello y me pregunté

por qué los antiguos dioses se rendían de forma tan rastrera ante el dios crucificado. ¿Acaso no les importaba? Con su religión intolerante a cuestas, los sajones estaban cada vez más cerca de ocupar Eoferwic y de recuperar Northumbria. No tardaría en llegar el día, pensé para mis adentros, en que la antigua religión desapareciese de la faz de la tierra y los curas del crucificado demoliesen los templos paganos. A lo largo de mi vida, había visto a los sajones reducidos prácticamente a la nada, luchando denodadamente por salir adelante en un hediondo pantano, pero también había sido testigo de cómo se habían recuperado hasta aquel momento, en que empezaban a darse cuenta de que tenían al alcance de la mano aquel tentador y maravilloso sueño de forjar una nación, que sería conocida como la Tierra de los Ingleses. De modo que la tregua que había firmado Sigtryggr estaba tocando a su fin y Wessex se disponía a atacarnos. Y después, ¿qué? No estábamos en condiciones de defender Eoferwic. Imponentes, las murallas de la ciudad estaban en buenas condiciones, pero si, con ánimo de afrontar cuantas bajas pudiera sufrir, un ejército se atrevía a cercarla, podrían atacarnos por media docena de sitios a la vez, que acabarían por sortearlas y, espada en mano, pasarían a cuchillo a una población aterrorizada. Los cristianos lo celebrarían a lo grande, en tanto que nosotros, los que venerábamos a los antiguos dioses, acabaríamos por vernos expulsados de allí.

Si queríamos sobrevivir al ataque de los cristianos, muy alto tendría que ser el precio que hubieran de pagar por la victoria. Por eso soñaba con recuperar Bebbanburg, porque el coste de semejante hazaña habría de ser exorbitante. Seguro que Constantino aún no lo había conseguido. Había puesto todas sus esperanzas en acabar con mi primo matándolo de hambre, pero eso podía llevarle meses. Si intentaba un asalto en toda regla, sus guerreros escoceses solo dispondrían de un angosto acceso y, en ese sendero, perderían la vida. Sus cuerpos sin vida se amontonarían a los pies de las murallas, insoportable sería el hedor a sangre en aquel foso, bandadas de cuervos se darían un festín con sus tripas, quejumbrosas viudas llorarían en las colinas de aquella parte del territorio que estaba en manos de Constantino y, como advertencia para futuros atacantes, esparcidos, yacerían los huesos desblanquiñados de los guerreros de Alba.

¿Y Frisia? Que no otra podía ser la pregunta que se me venía una y otra vez a la mente. ¿Hasta dónde se habría adentrado el dios crucificado en aquellos parajes? Según tenía entendido, algunos pueblos del otro lado del mar aún veneraban a Thor y a Odín, y más de una vez me había visto tentado de asentarme allí, fundar mi propio reino y convertirme en un señor del mar, a un paso de aquel mar gris. Pero ¿dejar de lado Bebbanburg? ¿Renunciar a un sueño? Eso nunca.

Antes de salir de Lindcolne me había despedido de Berg y de quienes, con él, se dirigían al norte, a Eoferwic. Puse en manos de aquel joven del norte una bolsa repleta de oro y, una vez más, le dije lo que tenía que hacer. Antes, les pedí a todos que raspasen las cabezas de lobo que lucían en los escudos para que nadie supiese que eran de los míos.

—¿Y qué voy a hacer con las que llevo en las mejillas? —me había preguntado Berg, muy preocupado—. ¡Llevo vuestra enseña pintarrajeada en la cara, mi señor!

—No creo que nadie vaya a fijarse en eso —le dije, para salir del paso sin tomarle el pelo y decirle que aquellas manchas de tinta más parecían cerdos beodos que cabezas de lobos feroces—. Corramos el riesgo.

—Como digáis, mi señor —repuso, todavía preocupado.

—Dejad que el pelo se os venga a la cara —le propuse.

—¡Buena idea! Pero... —poniendo otra vez cara de no saber qué hacer.

—Pero ¿qué?

—¿Y qué pensará la muchacha, la hija de Olla, quiero decir? ¿Y si se le hace raro lo del pelo?

Nada tan raro como los cerdos que lucía en las mejillas, pensé, pero una vez más me ahorré el comentario.

—Con tal de que no oláis espantosamente mal, poco habrá de importarle. Porque eso sí que las saca de quicio, aunque no os lo creáis. Hora es ya de que os pongáis en camino —le dije—, así que ¡en marcha! Comprad esos tres barcos que os he dicho y quedaos en Eoferwic hasta que tengáis noticias mías.

El joven se puso, pues, en camino hacia el norte, en tanto que nosotros, con Brunulf, el padre Herefrith y Brice, estos dos últimos atados de cuello y manos con sendas sogas cuyos cabos estaban en manos de dos de mis hombres, nos poníamos en marcha hacia el sur. Brice no hizo más que lanzarnos miradas asesinas casi todo el camino, en tanto que el padre Herefrith, al darse cuenta de que muchos de los míos eran cristianos, no dejaba de jurar que, si no lo soltaban, la ira del dios crucificado se abatiría sobre ellos.

—¡Muertos vendrán vuestros hijos al mundo! —no dejó de gritarles durante el primer día de viaje—. ¡Vuestras mujeres se marchitarán como carne echada a perder! Dios Todopoderoso renegará de vosotros. ¡Cubiertos de purulentos diviesos os veréis, de vuestras tripas solo saldrá inmundicia líquida, se os menguará la polla!

Y así continuó, sin dejar de proferir amenazas, hasta que opté por aminorar el paso y situarme a su altura. Sin apartar los ojos del camino, hizo como que no me veía. Gerbruht, un buen cristiano, era quien sujetaba la soga que el cura llevaba alrededor del cuello.

—Este sí que no tiene pelos en la lengua, mi señor —me dijo.

—No sabéis la envidia que me da.

—¿De veras?

—No olvidéis que la mayoría de nosotros tenemos que bajarnos los calzones para cagar.

Gerbruht se echó a reír con ganas. Herefrith parecía cada vez más enojado.

—¿Cuántos dientes os he dejado en su sitio? —le pregunté, si bien y como era de esperar, no obtuve respuesta—. Gerbruht, ¿no tendréis a mano unas tenazas?

—Faltaría más, mi señor —al tiempo que daba una palmada en una de las

alforjas. Muchos de mis hombres las llevaban por si algún caballo perdía parte de la herradura.

—¿Y aguja, incluso un poco de hilo de bramante? —insistí.

—De eso, no, mi señor —me dijo—, pero Godric siempre lleva. Lo mismo que Kettil.

—¡Bueno es saberlo! —repuse mirando a Herefrith—. Porque, si no mantenéis cerrada vuestra hedionda boca —le advertí—, le diré a Gerbruht que me preste las tenazas y os arrancaré los pocos dientes que aún os quedan antes de coséroslo —concluí con una sonrisa. No hubo más amenazas.

El padre Stepan parecía atemorizado, cosa que no me extrañaba a la vista de la rudeza con que me había expresado; sin embargo, cuando el deslenguado padre Herefrith ya no podía oírnos, me sorprendió diciéndome:

—A santa Apolonia le cosieron la boca, mi señor.

—¿Estáis diciéndome que, gracias a mí, este cabrón va a acabar siendo uno de vuestros santos?

—No sé qué habrá de verdad en esa historia, mi señor —añadió—; hay quien dice que solo le arrancaron los dientes. Pero, en caso de que os aflija un dolor de muelas, mi señor, a ella es a quien debéis encomendaros.

—Lo tendré en cuenta.

—Pero ella no decía tantas barbaridades como el padre Herefrith, y no, no creo que vaya para santo —comentó, al tiempo que se santiguaba—. Nuestro Dios no es cruel, mi señor.

—Pues a mí sí me lo parece —repuse de mal talante.

—Que alguno de sus ministros lo sea no quiere decir que Él también lo sea.

No estaba de humor para disputas teológicas, mas no por eso dejé de preguntarle:

—Decidme, padre, ¿es cierto que el padre Herefrith es uno de los capellanes del rey Eduardo?

—No, mi señor; es uno de los capellanes de la reina Elflada, aunque —dijo, encogiéndose de hombros—, bien mirado, quizá no sean sino dos caras de una misma moneda.

Al oír semejante respuesta di un respingo. Los sajones del oeste nunca habían distinguido con el tratamiento de reina a la mujer del rey. No sé por qué, pero, de repente, entendí cuál era la razón de que la hija de Etelhelmo se hubiera arrogado tal título: por recomendación de su padre.

—No, no es lo mismo —repliqué—, sobre todo si son ciertos los rumores que corren a propósito de Eduardo y Elflada.

—¿Rumores, mi señor?

—Que si siempre andan a la greña, que si ni siquiera se hablan.

—No sabría decirlos, mi señor —repuso, poniéndose colorado, dándome a entender que no le gustaban las habladurías—. En todos los matrimonios hay sus más y sus menos, ¿no es así, mi señor?

—Y también sus buenos momentos —añadí.

—Gracias a Dios.

Sonreí al darme cuenta del cariño con que lo decía.

—¿Así que estáis casado?

—Lo estuve, mi señor, aunque solo durante unas pocas semanas. Mi mujer, toda dulzura como era, murió durante la epidemia del sudor.

A tan solo un día de marcha, hicimos un alto al norte de Huntandun; mandé llamar a Eadric y Cenwulf, dos sajones que eran de los míos, y les pedí que se nos adelantasen portando dos de los escudos que habíamos arrebatado a los hombres de Brice. No eran de aquellos de que se habían servido para tender la celada a Brunulf, sino otros dos que, con la enseña de un ciervo rampante, habíamos encontrado en el fortín. La misma enseña que ondeara en el estandarte que habían retirado de las murallas el día en que, por primera vez, me acerqué hasta Hornecastre, la divisa de Etelhelmo. Aquel día, al darse cuenta de quién era yo, Brice y su acompañante habían regresado al fortín y habían retirado el estandarte. Porque, aun necio como un asno, Brice había tenido el suficiente sentido común como para imaginar que, si hubiera llegado a verla divisa de Etelhelmo allí ondeando, me habría dado cuenta de lo que tramaban.

—Llegaos a la taberna más concurrida de Huntandun y echad un trago —dije a Eadric, al tiempo que le entregaba unas cuantas monedas.

—¿Tan solo algo de beber, mi señor? —se interesó con una sonrisa maliciosa.

—Si os ponen algún impedimento para entrar en la ciudad —repuse—, decidles que sois hombres de Etelhelmo.

—¿Y si nos preguntan cualquier cosa?

Puse en sus manos la cadena de oro que llevaba al cuello, no sin antes haberme hecho con el martillo que pendía de ella.

—Decidles que metan las narices en sus asuntos. —Aquella cadena bastaría para que lo considerasen como un hombre revestido de autoridad, muy por encima de los guardias que estarían custodiando las puertas de Huntandun.

—Una vez en la taberna, ¿lo único que tenemos que hacer es pedir algo de beber, mi señor? —volvió Eadric a la carga de nuevo.

—No solo —repuse, inclinándome y susurrándole al oído lo que quería que hicieran; Eadric, que no tenía un pelo de tonto, rompió a reír.

Al día siguiente, seguimos sus pasos y nos dirigimos al sur.



Nunca llegamos a entrar en Huntandun, ni falta que nos hizo. Unas cuantas millas al norte de la ciudad, un buen número de caballos pastaba en unos campos al este de la calzada; un poco más allá, las sucias lonas blancas de unas tiendas de campaña en las

que, gracias a un viento racheado, ondeaban llamativas banderolas. Allí estaban el dragón de Wessex, el insólito estandarte del ganso de Etelfleda y, cómo no, el ciervo rampante de Etelhelmo. Eso, sin contar el variopinto montón de pendones de imágenes de santos, otro no menor de cruces y un hervidero nada desdeñable de estandartes de cruces y de santos; casi oculto, en medio de aquella barahúnda de lienzos, el estandarte del hacha roja de Sigtryggr. Aquel era, pues, el lugar donde se hallaban reunidos los señores de alto rango; no en la recién conquistada Huntandun, no, sino en un imponente caserío que se alzaba en medio de todas aquellas tiendas de campaña. Al vernos, un más que agobiado intendente nos hizo señas para que nos dirigiéramos a un prado.

—¿Quiénes sois? —nos preguntó a voces.

—Hombres de Sigtryggr —repuse. No llevábamos mi estandarte, sino aquel del hacha roja del que Brice y Herefrith se habían servido en su intentona de jugársela a Brunulf.

Malhumorado, el intendente lanzó un escupitajo.

—No esperábamos más daneses por aquí —dijo, sin molestarse en disimular su enfado.

—Como de costumbre —repliqué—. Por eso siempre acabamos sacándoos las tripas.

Atónito, se me quedó mirando, así que le dirigí mi mejor sonrisa. Dio un paso atrás y nos indicó una pradera que quedaba a un paso de donde estábamos.

—Podéis dejar vuestros caballos ahí —nos dijo, ya sin tanto aplomo—. Y nadie puede llevar armas, nadie.

—¿Ni siquiera los sajones? —me interesé.

—Solo aquellos que pertenecen a la guardia del rey —repuso—; nadie más.

Ordené que casi todos los hombres que venían conmigo se quedasen guardando los caballos y, cómo no, las armas, espadas, lanzas, hachas y machetes de que nos habíamos desprendido y, seguido por mi hijo, Finan, Brunulf y nuestros dos prisioneros, me dirigí al caserío. Un humo espeso salía de las fogatas que, entre las tiendas, habían prendido con intención de preparar algo que llevarse a la boca. En una de ellas, la misma que unos pequeños avivaban con leña recién cortada, ensartado en un enorme espetón al que daban vueltas dos esclavos medio desnudos, estaban asando un buey entero. Un hombre de proporciones descomunales, del tamaño de Gerbruht más o menos, llevaba rodando un barril hasta una de las tiendas que le quedaban más cerca.

—Cerveza —gritaba—. ¡Abrid paso a la cerveza! —Al ver que el barril se me venía encima, trató de detenerlo como pudo—. ¡Quieto ahí! —gritó—. ¡Lo siento, mi señor, lo siento!

Por poco no lo cuento; luego, vi a Eadric y a Cenwulf, que me esperaban a un paso del gigantesco granero del caserío. Mucho más tranquilo al verme por allí, Eadric me recibió con una sonrisa maliciosa, al tiempo que se pavoneaba con la

cadena de oro que le había prestado.

—Tienen al rey Sigtryggr amarrado a un caballete de tortura, mi señor —me dijo—, y ahora lo están cortando de a poquitos, trocito a trocito.

—Pues sí que nos ha lucido el pelo —al tiempo que volvía a ponerme la cadena de oro al cuello—. ¿De modo que todo ha salido bien?

En su rostro, de nuevo, aquella sonrisa maliciosa.

—A pedir de boca, mi señor. Incluso me atrevería a decir que demasiado bien.

—¿Demasiado bien?

—Pretenden marchar contra el norte mañana. Lo único en lo que no acaban de ponerse de acuerdo es en quién tendrá el placer de acabar con vos y cómo hacerlo.

Solté una carcajada.

—Pues se van a quedar con un palmo de narices.

Había enviado a Eadric y a Centwulf a Huntandun para que hiciesen correr el rumor de que el ardid de Etelhelmo había salido como era de esperar. Mano a mano, entre los dos, se habían dedicado a difundir la especie de cómo había llevado a cabo mi traición: cómo, pasando incluso por alto una embajada de paz, había atacado a Brunulf y a sus hombres, cómo había pasado a cuchillo a curas y hombres de armas. Y estaba claro que, aun cuando Etelhelmo aún estaría preguntándose cómo se habría sabido y por qué no tenía noticia alguna de los hombres que, con intención de iniciar una guerra, había enviado al norte, el rumor había surtido el efecto deseado. Con todo, tenía motivos más que sobrados para estar satisfecho. Estaba a punto de conseguir lo que quería.

Al menos, de momento.

La reunión tenía lugar en aquel inmenso granero, un recinto mucho mayor que cualquiera de los vastos salones de que, para ocasiones especiales, disponemos en nuestras mansiones.

—¿Quién es el dueño de este granero? —pregunté a uno de los guardias que custodiaba uno de los dos portones. Lanza en mano, lucía la divisa de Wessex, así que sin duda era uno de los hombres de la guardia del rey Eduardo.

—El *jarl* Thurferth —me dijo, tras habernos inspeccionado para asegurarse de que no portábamos armas—; ahora es nuestro.

El guardia no hizo ademán siquiera de impedirnos el paso. Me había dirigido a él en su propia lengua y, por raída y astrosa que le pareciera mi capa, bajo ella acertó a verla cadena de oro que me distinguía como noble señor. Por si fuera poco, era un hombre entrado en años que peinaba canas, así que dio por sentados tanto mi rango como el derecho que me asistía a estar presente, si bien no dejó de fruncir el ceño al ver a Brice y a Herefrith con las manos atadas.

—Ladrones. —Esa fue toda la explicación que salió de mi boca—. Ladrones dispuestos a someterse a la justicia del rey —añadí, al tiempo que echaba una mirada a Gerbruht—: Si a cualquiera de estos dos cabrones le da por abrir la boca —le dije—, contáis con mi beneplácito para arrancarles las pelotas a mordiscos.

Sonrió, dejando al descubierto unos dientes espantosamente sucios.

—Será un placer, mi señor.

Entramos por la puerta de atrás del granero. Una vez dentro, me calé la capucha de aquella andrajosa capa y me cubrí la cara. En el recinto, no menos de ciento cincuenta hombres que, para alguien recién llegado del exterior como nosotros y dado que la única luz que allí había era la que entraba por los dos grandes portones, se nos antojaron poco más que siluetas borrosas. Nos quedamos, pues, a espaldas de aquella multitud y de cara a un tosco estrado que habían levantado al otro extremo del granero. En la alta pared que se alzaba tras aquella tarima improvisada, cuatro estandartes colgados: la enseña del dragón de Wessex, el ganso de Eteflada, un pendón blanco con una cruz roja y, mucho más pequeño que los otros, el estandarte del hacha roja de Sigtryggr. Al pie de los pendones, en lo alto del estrado, seis sillas de brazos, forradas de tela para que resultasen más dignas. Con rostro apesadumbrado, cabizbajo y sin apartar del suelo el único ojo que le quedaba, Sigtryggr ocupaba la silla situada más a la izquierda. Otro hombre del norte, o eso pensé al ver los largos cabellos que lucía y las manchas que llevaba pintarrajeadas en las mejillas, ocupaba la silla que estaba al otro extremo, a la derecha. Di por sentado que debía de ser el *jarl* Thurferth, quien, sin rechistar, había puesto sus propiedades a disposición de los sajones del oeste. Se le veía desasosegado. El rey Eduardo de Wessex se sentaba en una de las tres sillas que, con ayuda de unos tablones adicionales, parecían sobresalir un poco por encima de las otras. En aquel rostro afilado, no sin sorpresa advertí que empezaban a salirle canas a la altura de las sienes. A su izquierda, en una silla algo más baja, su hermana, Eteflada; al verla, el corazón me dio un vuelco: los labios apretados como si tratase de contener un dolor, apercaminada su tez pálida, ajado aquel rostro otrora hermoso. Como Sigtryggr, no apartaba los ojos del suelo. La tercera de aquellas sillas que sobresalían entre las demás la ocupaba un muchacho con pinta de tener malas pulgas, cara de torta, mirada aviesa y una diadema de oro que ceñía unos alborotados cabellos castaños. No tendría más de trece o catorce años; despatarrado en aquella silla, con desdén observaba a la multitud que se arremolinaba a sus pies. Nunca lo había visto, pero me imaginé que debía de ser Ælfweard, el hijo de Eduardo, y nieto, por tanto, del *ealdorman* Etehelmo.

Etehelmo estaba sentado al lado del muchacho. A pesar del gesto adusto que, sin duda, adoptara para la ocasión, allí estaba el grandullón, el campechano, el bueno de Etehelmo. Aferrado a uno de los brazos del sillón, ligeramente inclinado hacia delante, escuchaba con atención el discurso que pronunciaba el obispo Wulfheard. Y no, no era un discurso, era un sermón; de pie, en la penumbra que se abría a espaldas de aquellos seis tronos improvisados, una hilera de curas y un puñado de guerreros con sus cotas de malla jaleaban las palabras del obispo. De los ocupantes de aquellas sillas forradas, Etehelmo era el único que los coreaba, golpeando a veces con la mano el brazo del sillón, incluso asintiendo de vez en cuando, aunque siempre con

gesto apesadumbrado, como si aquello que estaba oyendo lo entristeciera. Cuando lo cierto era que nada podía haberlo hecho más feliz.

—¡Todo reino dividido acabará desolado! —vociferaba el obispo—. ¡Eso fue lo que nos dejó dicho Cristo! ¿Y quién de los aquí presentes puede albergar alguna duda de que las tierras al norte de estas no sean tierras sajonas, ganadas gracias a la sangre sajona derramada?

—Me atrevería a decir que lleva así desde hace casi una hora, o más —me dijo Eadric, enfurruñado.

—En tal caso, acaba de empezar —repuse. Un hombre que estaba de pie delante de nosotros se volvió y me instó a callar la boca; le solté un bufido y nos dejó en paz.

Me quedé mirando a Wulfheard, uno de mis enemigos de toda la vida. Obispo de Hereford, siempre estaba allá dondequiera que el rey de Wessex estableciese su residencia, porque, si bien en sus prédicas solo hablaba de poderes celestiales, terrenal era el único poder que de verdad le interesaba. Soñaba con tener riquezas, propiedades e influencia y, en gran medida, lo había conseguido porque contaba con una mente sutil, despierta y despiadada al servicio de su ambición. Su aspecto era impresionante cuando menos: alto, de gesto adusto, nariz ganchuda, ojos oscuros y hundidos bajo unas espesas cejas que ya blanqueaban con el paso de los años. Un personaje formidable, cuya única debilidad no era otra que se las pirraba por las putas. Algo que no podía echarle en cara. A mí también me gustan. Lo único que, al contrario que yo, Wulfheard era de esos que pretenden pasar por intachables.

El obispo hizo una pausa para tomar un trago de cerveza o de vino, ocasión que los seis ocupantes de las sillas aprovecharon para revolverse en sus asientos como si, ya entumecidos, solo pensarán en estirar las piernas y los brazos. Eduardo se inclinó a un lado y le susurró algo al oído a su hermana, que asintió con gesto de cansancio, en tanto que su sobrino, Ælfweard, aquel muchacho malencarado, bostezaba.

—¡No me cabe duda —arrancó el obispo de nuevo, sobresaltando al mozo— que si la Dama Etelfleda firmó la paz con el rey Sigtryggr lo hizo movida por cristianos y caritativos motivos, guiada por la ferviente esperanza de que la luz de Cristo iluminase su alma pagana y la acercase al conocimiento de la gracia de nuestro Salvador!

—Cierto, qué gran verdad —dijo Etelhelmo.

—Será lameculos —rezongué yo.

—Pero ¿cómo iba a saber ella, cómo íbamos a saber cualquiera de los que aquí estamos, de las aviesas intenciones que escondía el alma de lord Uhtred, del odio que nos profesa a nosotros los hijos de Dios? —El obispo hizo una pausa y emitió un hondo sollozo—. ¡Muerto Brunulf, ese gran guerrero de Cristo! —Se oyeron lamentos de los curas que estaban a sus espaldas, en tanto que Etelhelmo meneaba la cabeza—. ¡Al igual que el padre Herefrith —gritó aún más si cabe—, ese hombre de Dios martirizado!

Los guardias del portón bien podían haberse figurado que no portábamos armas,

pero yo me había guardado un cuchillo con el que me encargué de traspasar los ropajes de Herefrith hasta pinchárselo en el culo.

—Una sola palabra, ¿me habéis oído? —le susurré al oído—, una sola palabra y seréis hombre muerto. —El cura se estremeció.

—Esos hombres buenos —continuó el obispo sin dejar de sollozar—, ¡muertos a manos de un pagano! ¡Asesinados por un salvaje! ¡Ya es hora! —alzó aún más la voz—. ¡Ya es más que hora de que expulsemos a ese salvaje pagano de nuestros dominios!

—Amén —dijo Etelhelmo, asintiendo con la cabeza—, amén.

—Gracias a Dios —gritó uno de los curas.

—¡Prestad atención —siguió gritando el obispo—, prestad atención a las palabras del profeta Ezequiel!

—¿No lo dirá en serio? —musitó Finan.

—«¡Y haré de ellos una sola nación —bramó el obispo—, y un solo rey será el rey de todos ellos, y no volverán a ser dos naciones!». ¿Lo habéis oído todos? ¡Dios nos ha prometido hacer de la nuestra una sola nación, no dos, en la que haya un solo rey, no dos! —Miró a Sigtryggr con rabia contenida—. Vos, mi rey —bramó, pronunciando con desprecio estas dos últimas palabras—, hoy nos diréis adiós. La tregua que habíais firmado concluye mañana y, mañana, ¡las tropas del rey Eduardo invadirán el norte! ¡Un ejército de Dios se dirigirá al norte, un ejército que marchará en nombre de la verdad y la fe, un ejército que vengará las muertes de Brunulf y del padre Herefrith, un ejército, conducido por el propio Cristo resucitado, a las órdenes de nuestro rey y de lord Etelhelmo!

Aunque casi de forma imperceptible y ofendido, a mi juicio, al verse tratado como igual de Etelhelmo a la hora de ponerse al frente del ejército de Wessex, el rey Eduardo frunció el ceño, pero no se atrevió a enmendar al obispo.

—Y no menos poderoso, ¡lo mismo hará el ejército de Mercia, a las órdenes del príncipe Etelstano! —añadió el clérigo.

Lo que me llevó a pensar que hora era también de que yo frunciese el ceño. ¿Cómo que Etelstano iba a ser quien se pusiese al frente del ejército de Mercia? No me parecía mal la idea, pero también sabía que Etelhelmo no tenía otro propósito que el de acabar con Etelstano para, así, facilitar el acceso de su nieto al trono. ¿Y resulta que Etelstano se disponía a invadir Northumbria al lado un hombre que solo aspiraba a verlo muerto? Me pregunté entonces cuál sería la razón de que, al igual que su hermanastro Ælfweard, Etelstano no ocupase uno de aquellos seis improvisados tronos; al cabo de un rato, acerté a verlo entre los guerreros que, con los curas, permanecían al fondo del estrado. Y aquello sí que me llamó la atención. Etelstano era el primogénito y, aun así, no recibía los mismos honores que el malencarado y vanidoso Ælfweard.

—Un ejército sajón unido —aullaba Wulfheard, jubiloso—, el ejército de la tierra de los ingleses, ¡un ejército de Cristo! —cada vez alzaba más la voz—. ¡Un ejército

que sabrá cómo vengar a nuestros mártires muertos para imperecedera gloria de nuestra Iglesia! ¡Un ejército capaz de levantar una nación sajona bajo un único rey sajón!

—¿Preparado? —le pregunté a Finan, que se limitó a sonreír maliciosamente.

—El pagano Uhtred ha hecho que la ira de Dios recaiga sobre él —decía casi a gritos el obispo en aquel instante, echando poco menos que espumarajos por la boca, mientras alzaba los brazos hacia las vigas del granero—. La paz, ¡quebrantada por la miserable traición de Uhtred, por su insaciable sed de sangre, por su deslealtad a todo aquello que consideramos como nuestro, por su sanguinario ataque contra nuestro honor, nuestra veneración y nuestra devoción a Dios, contra nuestros anhelos de paz!, esa paz ha concluido.

Los presentes prorrumpieron en aclamaciones, en tanto que Sigtryggr y Etelfleda parecían consternados, Eduardo fruncía el ceño y Etelhelmo meneaba la cabeza como si se sintiera conmovido por haber conseguido aquello que tanto había buscado.

El obispo esperó a que la multitud guardase silencio.

—¿Y qué espera Dios de nosotros? —se preguntó a voces—. ¿Qué quiere de nosotros?

—Quiere que dejéis de escupir inmundicias, infame putero —grité, rompiendo el silencio que había seguido a sus palabras, antes de abirme paso entre la multitud.

CAPÍTULO VI

Antes de que, seguido muy de cerca por Finan, me abriera paso entre aquel gentío, me había retirado la capucha y arremangado la capa sobre los hombros. A medida que se iban dando cuenta de quién era yo, empezaron a oírse gritos ahogados que, mudados en murmullos, desembocaron al cabo en airadas protestas. Claro que no por parte de todos los presentes. Porque, entre aquellos hombres, no habían de faltar quienes, viendo que aquello prometía, esbozaban una sonrisa, incluso quienes a voces se atrevían a darme la bienvenida. Incapaz de salir de su asombro, el obispo Wulfheard se me quedó mirando, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero, al darse cuenta de que se había quedado sin palabras, desesperado, se volvió al rey Eduardo con la esperanza de que este hiciese valer su autoridad, cuando el caso es que, al verme, Eduardo se había quedado no menos estupefacto, y no pudo decir nada. Etelfleda, poniendo unos ojos como platos, esbozó una sonrisa casi franca. Las voces de protesta iban a más, a medida que muchos de los presentes no dudaban en pedir a gritos que me echasen de allí, hasta que un hombre joven, con indudable vocación de héroe, se interpuso en mi camino. Llevaba una capa de color granate que se ajustaba a la altura de la garganta con un broche de plata en el que destacaba el emblema del ciervo rampante. Todos los hombres de la guardia de Etelhelmo vestían esa capa color granate; en el momento en que el mozo alzó una mano para que no diese un paso más, dispuestos a emular al osado joven, un grupo de compañeros suyos se abrió paso entre la multitud.

—Vos... —comenzó a decir.

Nunca concluyó lo que fuera a decir, porque le propiné un puñetazo. No pretendía darle tan fuerte, pero estaba encolerizado, y fue tal la rabia con que arremetí contra él que, sin aliento, se dobló en dos; de un empujón lo quité de en medio y, dando tumbos, fue a dar con sus huesos en la pisoteada paja que recubría el suelo del granero. Antes de que llegáramos a la altura de aquel estrado improvisado, uno de los hombres de la guardia de Eduardo, lanza en mano, nos plantó cara dispuesto a impedirnos el paso; Finan se me adelantó e, impertérrito, se colocó delante de la hoja.

—Intentadlo, muchacho —dijo en voz baja—; os lo ruego, tened la bondad de intentarlo.

—¡Atrás! —ordenó Eduardo, que acababa de recuperar la voz, y el guardia dio un paso atrás.

—¡Lleváoslo de aquí! —ordenó a voces Etelhelmo a los hombres de su guardia para que me sacasen de allí, pero dos de los hombres de la guardia de Eduardo, los únicos que podían ir armados en presencia del rey, le entendieron mal y acabaron por

llevarse del granero al mozo de la capa color granate. Las voces que profirieran Eduardo y Etelhelmo bastaron para que se hiciera el silencio en el granero; no hubo de pasar mucho tiempo empero, antes de que volvieran a oírse murmullos al ver que, como si nada, me encaramaba al estrado. Finan se quedó al pie de la tarima, plantando cara a quienquiera que, de entre aquella multitud, quisiera vérselas conmigo. Sigtryggr, como todos los allí reunidos, sin salir de su asombro, no dejaba de mirarme. Le guiñé un ojo antes de doblar la rodilla ante Etelfleda que, aun tan delicada, enferma y pálida como estaba, no era capaz de apartar los ojos de mí.

—Señora —dije, al tiempo que veía cómo me tendía una mano delicada que no dudé en besar; luego, al alzar la vista, observé que, a pesar de las lágrimas que le corrían por las mejillas, me sonreía.

—Uhtred —pronunció mi nombre suavemente. Eso fue todo.

—El mismo que os prestó juramento de fidelidad, señora —repuse, antes de volverme a mirar a su hermano para, respetuosamente, inclinar la cabeza—. Mi rey —añadí.

Eduardo, que ceñía la corona de esmeraldas de su padre, alzó una mano para que la muchedumbre guardara silencio. Envarado, solo se le ocurrió decirme:

—Me sorprende veros por aquí, lord Uhtred.

—Os traigo nuevas, mi rey —le dije.

—Bienvenidas sean, sobre todo si son buenas.

—Creo que no tardaréis en daros cuenta de lo buenas que son, mi rey —repuse, al tiempo que me ponía en pie.

—Oigámoslas, pues —ordenó el rey. La multitud guardaba un silencio sepulcral. Algunos de los que habían preferido escabullirse del aburrido sermón de Wulfheard se agolpaban a las puertas del granero y, a empellones, trataban de abrirse paso para volver al interior.

—Al contrario que el obispo, no soy hombre de muchas palabras, mi rey —dije, mientras me acercaba despacio a Wulfheard—. Las putas de La gavilla de trigo, allá en Wintanceaster, me aseguran que es de los que no paran de hablar, ni siquiera mientras se las tira.

—Vos, inmundo... —empezó a decir el obispo.

—Aunque también dicen que es tan rápido que nunca les endilga un largo sermón. Tan solo una bendición apenas farfullada. En el nombre del Padre, del Hijo y del... ¡Oh, oh, ooooh!

Algunos de los presentes se echaron a reír, pero, al ver el gesto encolerizado de Eduardo, dejaron de hacerlo. De joven, no había sido muy dado a la religión, aunque, tras haber llegado a esa edad en que los hombres se dan cuenta de que no les queda mucho para tener que vérselas con la muerte, se sentía poseído por el temor al dios crucificado. No así Etelfleda, mayor que él y profundamente religiosa, quien rompió a reír a carcajadas. De pronto, las risas se mudaran en toses. A punto estuvo Eduardo de alzar la voz para hacerse oír, pero me adelanté a él.

—¿Así que —dirigiéndome a la multitud en aquel momento y dando la espalda a un ofendido Wulfheard— Brunulf está muerto?

—Porque vos acabasteis con él, pedazo de cabrón —gritó uno de los hombres, con más agallas que los que con él estaban.

Me lo quedé mirando.

—Si es así como pensáis, tened a bien subir aquí ahora mismo: el rey nos proporcionará espadas y ocasión tendréis de hacer valer vuestras palabras. —Me quedé esperando su respuesta, pero, al ver que no se movía de donde estaba, hice una seña a mi hijo.

Este se hizo a un lado para que Brunulf se abriera paso entre la multitud. A empujones, hubo de sortear a muchos de los que allí se apiñaban, aunque, a medida que se daban cuenta de quién era, lo iban dejando pasar.

—¿Así que —repetí— Brunulf está muerto? ¿Alguno de los que aquí estáis lo vio morir? ¿Alguno de vosotros llegó a ver su cadáver? —Nadie decía ni palabra, aunque, a medida que se acercaba al estrado, empezaron a oírse voces ahogadas y cuchicheos. Cuando llegó, le tendí una mano para ayudarlo a subir a la tarima—. Mi rey —dirigiéndome a Eduardo—, ¿cuento con vuestro beneplácito para presentaros a Brunulf, vuestro hombre?

Nadie dijo nada. Eduardo se quedó mirando a Etelhelmo, quien, de repente, parecía haber descubierto algo en las vigas del techo que reclamaba toda su atención, antes de volverse a Brunulf, de rodillas ante él en aquel momento.

—¿Os parece que hiede como un muerto, mi rey? —me interesé.

Eduardo contrajo el rostro en una mueca que bien podía haber pasado por una sonrisa.

—Pues no.

Me volví a la multitud que allí se agolpaba.

—¡No es un cadáver! ¡Por lo visto, no acabé con él! Brunulf, ¿estáis muerto?

—No, mi señor.

El silencio que reinaba en el granero era tal que no se oía ni el vuelo de mosca.

—¿Fuisteis víctima de un ataque en Northumbria? —le pregunté.

—Eso fue lo que pasó, mi señor.

Eduardo le hizo una seña a Brunulf para que se pusiera de pie; por mi parte, le hice un gesto para que se acercara a donde yo estaba.

—¿Quién os atacó? —le pregunté.

Guardó silencio durante un instante, antes de decir:

—Hombres que portaban la enseña del rey Sigtryggr.

—¿Os referís a esa? —le pregunté, señalando el estandarte del hacha roja de Sigtryggr que colgaba en lo alto del estrado.

—Sí, mi señor, esa es, en efecto.

Un bramido recorrió el granero antes de que fuera acallado por los hombres que querían saber qué más tenía que decir Brunulf. Al oír que los hombres que habían

atacado a Brunulf portaban su estandarte, Sigtryggr frunció el ceño, pero no abrió la boca. Etelhelmo se aclaró la garganta; incómodo, se enderezó en la silla que ocupaba, y volvió a clavar la vista en las vigas del techo.

—¿Fuisteis capaz de hacer frente a quienes os atacaron? —volví a la carga.

—Vos lo hicisteis, mi señor.

—¿Y cuántos de vuestros hombres perdieron la vida?

—Ninguno, mi señor.

—¿Ninguno? —insistí, alzando la voz.

—Ninguno, mi señor.

—¿Algún herido?

—Ninguno, mi señor —al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Y cuántos de aquellos hombres que portaban el estandarte del hacha roja perdieron la vida?

—Catorce, mi señor.

—¿Y de entre los demás, hicisteis prisioneros?

—Vos hicisteis prisioneros, mi señor.

Incapaz de articular palabra, de moverse siquiera, Etelhelmo no me quitaba los ojos de encima.

—¿Eran hombres del rey Sigtryggr? —le pregunté.

—No, mi señor.

—Entonces, ¿al servicio de quién estaban esos hombres?

Brunulf calló la boca de nuevo un instante y se quedó mirando a Etelhelmo.

—Eran hombres de lord Etelhelmo.

—¡Más alto! —le rogué.

—¡Eran hombres de lord Etelhelmo!

Y entonces sí que se armó un buen revuelo. Algunos de aquellos hombres, muchos de ellos ataviados con la capa color granate y el broche de plata con el ciervo rampante de la guardia de Etelhelmo, comenzaron a despotricar tildando a Brunulf de mentiroso, en tanto que un número no menor les apremiaban para que se callasen la boca y dejaran hablar a Brunulf. Dejé que siguieran armando bulla y me dirigí a la silla que ocupaba Etelhelmo; me incliné hasta ponerme a su altura. Su nieto, el príncipe Ælfweard, se estiró cuanto pudo para oír lo que me disponía a decirle a su abuelo, pero hablé en voz tan queda que se quedó como estaba.

—Tengo aquí a Brice —le dije—, y también al padre Herefrith. Ambos están cagados de miedo por lo que les pueda hacer, así que no mentirán para que vuestro ardid quede impune. ¿Me he expresado con claridad, mi señor?

Asintió de forma casi imperceptible, pero no abrió la boca. A voces, los hombres que llenaban el granero reclamaban que se les pusiera al tanto de todo, pero no les hice caso.

—En consecuencia, mi señor —continué, sin dejar de susurrarle al oído—, diréis que han desobedecido vuestras órdenes y daréis vuestro asentimiento a todo lo que

me dispongo a decir. A todo. ¿Trato hecho, mi señor?

—Seréis cabrón —musitó.

—¿Trato hecho? —volví a la carga; al cabo de un instante, asintió levemente con la cabeza. Le di una palmadita en la mejilla.

Y eso fue lo que hicimos, ni más ni menos. Acordamos que Brice había ido más allá de las órdenes que había recibido, que había tratado de iniciar una guerra por su cuenta, que, entre el padre Herefrith y él, sin contar con nadie y contraviniendo las órdenes que recibieran de Etelhelmo, habían tomado la decisión de atacar a los hombres de Brunulf. Porque lo único que les había ordenado Etelhelmo, tal y como declaró, era que erigiesen un templo en honor de san Erpenvaldo, de la estirpe de los Wuffingas, y que al suegro del rey ni siquiera se le había pasado por la cabeza que semejante arrebatado de devoción fuese a desencadenar violencia alguna. Y acordamos que Brice sería entregado a los hombres de la guardia de Eduardo para someterse a la justicia del rey, en tanto que el padre Herefrith se sometería a la justicia eclesiástica.

Y también acordamos que la tregua que habían firmado Etelfleda y Sigtryggr, que aún estaba vigente, se prolongaría hasta el Día de Todos los Santos del año siguiente. Me habría gustado que se alargase por tres años, pero Eduardo se empeñó en que había de ser por un período de tiempo más corto y no encontré forma de persuadirlo para que cambiase de opinión como había hecho con Etelhelmo; así que no me quedó otra que aceptar tal condición. El Día de Todos los Santos era una festividad que se celebraba casi al final de la temporada en que solíamos guerrear, demasiado cerca ya del invierno como para iniciar nuevas campañas, de modo que, a mi modo de ver, había conseguido casi dos años más de paz para Sigtryggr.

Por último, insistí en tomar rehenes para asegurarme de que los enemigos de Northumbria cumplieran la palabra dada. Una medida que no cayó muy en gracia, que digamos. Algunos de los hombres comenzaron a gritar que si Wessex o Mercia habían de ceder rehenes, Northumbria debería hacer lo mismo, pero bastó una mirada por mi parte para que Etelhelmo diese el visto bueno a lo que yo proponía.

—Northumbria —aseveró de mala gana— no ha quebrantado la tregua. Nuestros hombres fueron los causantes del desaguisado. —Casi podía advertirse un gesto de dolor en su rostro mientras hablaba—. El transgresor —concluyó, agachando la cabeza— ha de pagar un precio por semejante fechoría.

—¿Y qué rehenes nos proponéis? —se interesó el rey Eduardo.

—Me basta con uno, mi rey —repuse—, tan solo uno. Quiero al heredero de vuestro trono —callé un momento y vi cómo el miedo se apoderaba del rostro de Etelhelmo, que creyó que me refería a su nieto, a Ælfweard, que parecía no menos asustado, pero entonces les lancé un cabo y evité que se lo hiciesen encima—. Quiero al príncipe Etelstano.

A quien quería como a un hijo.

Con quien podría contar durante más de un año.

Lo mismo que con el ejército de Sigtryggr.



Brice fue ejecutado aquel mismo día.

Nunca me había caído bien. Era un hombre necio, brutal, imprudente; al menos, esa era la idea que me había formado de él, hasta la tarde de su ejecución, cuando, atado de manos, fue conducido a la explanada que se abría ante la tienda de Eduardo; porque, en aquel momento, me dejó impresionado.

A pesar de que iba a ser ejecutado por haber cumplido a rajatabla las órdenes que recibiera de Etelhelmo, en ningún momento intentó echarle la culpa al *ealdorman*. Porque, si bien podía haber dicho la verdad, había prestado juramento de fidelidad al *ealdorman* y mantuvo la palabra dada hasta el final.

De rodillas ante un cura, confesó sus pecados, recibió la absolución y los últimos sacramentos. Ni una protesta, ni un lamento. Cuando el cura hubo acabado, se puso en pie y se volvió hacia la tienda del rey; solo entonces dio muestras de flaqueza.

Había confiado en que uno de los guardias del rey fuese el encargado de arrebatarse la vida, un guerrero curtido que hubiera cumplido con su deber en un santiamén, incluso ocasión había tenido de ver a un hombre descomunal que lo estaba esperando en el sitio donde había de ser ejecutado. Aquel hombre descomunal se llamaba Waormund, y era un gigantón capaz de tumbar a un buey de un mandoble. Uno de esos hombres con los que siempre es bueno contar en el centro de un muro de escudos para infundir miedo al enemigo. Pero, mientras recibía la absolución, había sido Ælfweard, el hijo de Eduardo, quien había ocupado el puesto de Waormund, y, al ver a aquel jovenzuelo, Brice se echó a temblar. Se puso de rodillas de nuevo.

—Mi príncipe —le dijo—, os lo suplico: ya que voy a morir, tened a bien desatarme las manos.

—Moriréis como yo estime oportuno —dijo Ælfweard, con voz chillona; aún no le había cambiado—, y es mi voluntad que muráis atado de manos.

—Soltadle las manos —le dije a voces. Era uno de los doscientos hombres, o más, que nos disponíamos a asistir a la ejecución; la mayoría de los allí presentes empezó a murmurar, una forma como otra cualquiera de mostrarme su apoyo.

—Guardad silencio —me ordenó Ælfweard.

Me acerqué a él. Regordete como su madre y con cara de malas pulgas. Cabellos rizados de color castaño, mejillas sonrosadas, ojos azules y gesto altanero. Portaba una espada demasiado grande para él; al ver que me acercaba, comenzó a blandirla, pero le bastó con mirarme a los ojos para verse obligado a bajarla. Quería darse humos de bravucón, pero no se me pasó por alto el miedo que se reflejaba en aquellos ojos un poco saltones.

—Waormund —ordenó—, decidle a lord Uhtred que meta las narices en sus asuntos.

Con andares pesados, Waormund se acercó a donde yo estaba. Un gigantón, sin

lugar a dudas: no solo me sacaba la cabeza, sino que, de la ceja derecha a la parte inferior de la mandíbula izquierda, lucía un costurón que le surcaba un ceñudo rostro impenetrable. Barba hirsuta de color castaño, ojos inexpresivos, como si fueran de piedra, y una boca de labios finos, que parecían dibujar una perenne mueca.

—Dejad que el príncipe Ælfweard cumpla la tarea que se le ha encomendado —bramó.

—Cuando vea cómo le desatáis las manos —dije.

—¡Echadlo de aquí! —gritó Ælfweard.

—Ya le habéis oído... —insistió Waormund.

—Vos no estáis a mi servicio —le interrumpí—, pero yo soy un señor y vos, no; me debéis respeto y obediencia y, si veo que no recibo lo que me es debido, acabaré con vos. He acabado con necios mucho más imponentes —bravuconeeé. A pesar de que no estaba muy seguro de que fuera cierto lo que decía, no le vendría mal oírlo a aquel gigantón—, pero a ninguno tan estúpido como vos. Vos y yo nos quedaremos donde estamos mientras le desato las manos.

—No podéis... —empezó a decir Waormund, y lo abofeteé; le propiné tal tortazo que, aturdido, igual que una vaquilla asustada, no se movió de donde estaba.

—No me digáis lo que puedo o no puedo hacer, miserable patán —le grité—. Os he dicho que os quedéis ahí, y eso haréis —me aparté de él, me llegué hasta donde estaba Brice y, al pasar, le hice a Finan una seña casi imperceptible. Luego, me coloqué a espaldas de Brice, saqué el cuchillo que habían dado por sentado que no llevaba encima y corté la correa de cuero con que lo habían atado. Me quedé mirando más allá de donde nos encontrábamos y observé un leve movimiento en la lona escarlata que colgaba a la entrada de la tienda del rey.

—Gracias, mi señor —dijo Brice, frotándose las muñecas, que, hasta entonces, había llevado atadas—. Un hombre debe morir con las manos libres.

—¿Para poder rezar?

—Porque no merezco morir como un vulgar ladrón, mi señor. Soy un guerrero.

—Así es, lo sois —afirmé, al tiempo que, de espaldas a Waormund y al príncipe Ælfweard, me colocaba delante de él, ocasión que Finan aprovechó para situarse a sus espaldas—. Un guerrero que ha sabido cumplir con el juramento de fidelidad que había prestado —añadí.

Eché un vistazo a la multitud de hombres que había a su alrededor.

—Ni siquiera ha venido a verlo —refiriéndose a Etelhelmo.

—Siente vergüenza de sí mismo —repuse.

—Ha hecho cuanto estaba en su mano para que mi ejecución fuera así, que no en la horca. Además, se ocupará de mi mujer y de mis hijos.

—Me encargaré de que lo haga.

—Pero ha dado su consentimiento a que ese muchacho acabe conmigo —se lamentó—, y lo único que ese chico tiene en mente es llevar a cabo una carnicería. Le gusta hacer sufrir a la gente.

—También a vos.

Asintió.

—Ya he pedido perdón por mis pecados, mi señor —dijo, mientras, por encima de mí, alzaba los ojos a un cielo despejado, ojos en los que, por un momento, me pareció que asomaban unas lágrimas—. ¿Creéis que hay un cielo más allá, mi señor?

—Creo que hay un salón de celebraciones, el Valhalla, donde van los guerreros cuando mueren. Un salón de banquetes y francachelas donde todos serán amigos.

Brice asintió de nuevo.

—Pero, para acabar allí, mi señor, un guerrero debe morir portando un arma en las manos.

—¿Por eso queríais que os desataran las manos?

No dijo nada, pero, en su mirada, advertí la confusión en que estaba sumido. Se había criado como cristiano, al menos eso pensaba, pero las peripecias de los antiguos dioses aún se recordaban por las noches al amor del hogar, y el miedo al comecadáveres que se alimentaba de los muertos que iban a parar al Niflheim, el infierno helado, no había caído en el olvido por más que los curas se empeñaran en predicar lo contrario. Todavía tenía el cuchillo en las manos, así que lo tomé por la hoja y le tendí la empuñadura a Brice.

—No es una espada —le dije—, pero es un arma. Sujetadla con fuerza. —Cerré la mano alrededor de los nudillos de Brice, tanto para que no lo soltase como para, por si acaso, evitar que me lo clavase en la barriga. Ni lo intentó siquiera.

—Gracias, mi señor —me dijo.

Y Finan llevó a cabo su cometido. Mientras yo hablaba con Brice, se había hecho con un machete que ocultaba bajo el jubón y, tan pronto como vio que el condenado se hacía con el cuchillo, descargó la hoja del machete contra la cerviz del reo. Brice murió al instante, sin darse cuenta siquiera de lo que pasaba, y no dejó de empuñar el cuchillo mientras su cuerpo se desplomaba; solo tras asegurarme de que estaba bien muerto, aflojé aquellos dedos que aún sujetaban el cuchillo.

—Vos... —comenzó a protestar Ælfweard con aquella vocecita altisonante para, de inmediato, guardar silencio al ver cómo, más rápido que lo que el ojo humano alcanza a ver, Finan volteaba el machete lanzando tajos al aire para borrar la sangre que teñía la hoja.

Tal fue el final de Brice y, aun a pesar del gran necio que había sido, tendrá un sitio en las bancadas del salón de celebraciones del Valhalla, donde nos volveremos a ver.

Ya me disponía a alejarme de allí cuando alguien me tocó el codo y, pensando que eran Waormund o Ælfweard que se disponían a atacarme, me volví de inmediato. Tan solo era un criado que, tras hacerme una reverencia, me dijo que el rey me rogaba que tuviese a bien pasarme por su tienda.

—Os ruego que tengáis, pues, la bondad de seguirme, mi señor.

Sin importarme lo mucho o poco que pudiera apetecerme, no sé de ninguna forma

de decir que no a la invitación de un rey; seguí, pues, al criado y, tras dejar atrás la hilera de guardias que custodiaban la regia tienda, retiré la lona de color escarlata de la entrada. Hacía fresco en el interior de la tienda; olía a hierba recién trillada. Mesas, sillas y cofres por doquier, aparte de una amplia cama en la que estaba sentada una chica de cabellos oscuros y ojos grandes que no dejaba de mirarnos. El rey despidió al criado, pero nada le dijo a la muchacha, sino que se acercó a una mesa donde había unas rebanadas de pan, un trozo de queso, documentos, un libro, plumas de escribir, unos cuencos de cuerno y dos copas de plata. En medio de aquel batiburrillo, la corona de esmeraldas de Wessex. Eduardo se sirvió un tazón de vino y me echó una mirada para saber si a mí también me apetecía.

—Si lo tenéis a bien, mi señor —le dije.

Llenó, pues, otro tazón, y me lo tendió; luego, se sentó, al tiempo que me señalaba una silla más modesta.

—¿De modo que Brice era pagano?

—Pagano y cristiano, a mi modo de ver.

—Y no merecía la muerte. —No era una pregunta, sino una aseveración.

—No, mi señor.

—Pero así tenía que ser —añadió. No dije nada. Eduardo sorbió un poco de vino y se sacudió una mota de suciedad que atisbó en la túnica azul que llevaba—. No sabía que mi hijo hubiera recibido el encargo de acabar con él. Me alegro de que hayáis intervenido.

—Se merecía un final rápido.

—En efecto —convino—; sí, desde luego. —No había visto a Eduardo desde hacía unos cuantos años, y pensé que, aun siendo mucho más joven que yo, parecía más viejo. Me imagino que andaría por los cuarenta y pocos por aquel entonces, pero tan grises como las de su cuidada barba eran las canas que le cubrían las sienes, por no hablar de las arrugas que le surcaban el rostro. Un rostro que, en aquel momento, por cierto, se me antojó clavado al de su padre. Me acordé de cuando aún no era sino un joven príncipe inseguro, de aquellos años en los que circulaban rumores acerca de su desmedida afición al vino y a las mujeres, aunque bien saben los dioses que esas cosas bien podrían decirse de todos los señores, pero también estaba al tanto de sus desvelos por el reino, de que era un hombre piadoso, sin pasar por alto que había sido testigo de su valía como guerrero durante la conquista de Anglia Oriental. Si no casi imposible, el colosal reto de hacer frente a la reputación de Alfredo tenía que haberle costado lo suyo; pero, a medida que habían ido pasando los años desde la desaparición de su padre, Eduardo había ido madurando en autoridad y prudencia—. ¿Os dais cuenta de que llegará el día en que no nos quede otra que atacar Northumbria? —me preguntó a bocajarro.

—Y tanto que sí, mi señor.

—Dad por hecho que respetaremos la tregua. Porque lo cierto es que me viene al pelo. Necesitamos tiempo para imponer nuestras leyes en los territorios que hemos

recuperado. —Me estaba hablando de lo que tenía pensado hacer aquel año: recompensar con haciendas a sus fieles y asegurarse de que disponía de guerreros bien entrenados a la hora de marchar contra el norte bajo el estandarte del dragón de Wessex. Frunció el ceño cuando, de improviso, un cura se presentó en la tienda con un fajo de documentos bajo el brazo—. Ahora no, ahora no. Dejémoslo para más tarde —dijo de malas maneras, despidiendo al cura—. ¿A quién os debéis por juramento de fidelidad, lord Uhtred?

—A vuestra hermana.

—¿Aún lo mantenéis? —me preguntó, sorprendido.

—Faltaría más, mi señor.

Frunció el ceño.

—¿Y aun así os pondréis del lado de Sigtryggr?

—Vuestra hermana no me ha dado a entender lo contrario, mi señor.

—¿Y si lo hiciera?

Traté de esquivar la pregunta.

—Nada tenéis que temer de mí, mi rey. Soy viejo, ya me duelen las articulaciones.

Eduardo me obsequió con una sonrisa desvaída.

—Mi padre, que siempre intentó meteros en vereda, decía que era tarea poco menos que imposible. No por eso, sin embargo, dejaba de decirme que nunca os subestimase. Decía que, aunque parecierais un necio, siempre actuabais con cabeza.

—¡Quién lo diría! Y yo que pensaba que era al revés, mi señor.

Esbozó una sonrisa de agradecimiento y volvió a hacerme la misma pregunta que había tratado de esquivar.

—¿Qué pensáis hacer, pues, si mi hermana solicita vuestros servicios?

—Mi señor, lo único que quiero es recuperar Bebbanburg. —Era una respuesta que sabía que no le satisfaría, así que me apresuré a añadir—. Aunque ahora, con Constantino allí, se me antoja poco menos que imposible. Por eso estoy considerando la idea de quitarme de en medio para asentarme en Frisia.

Frunció el ceño una vez más.

—Os había hecho una pregunta —recalcó, en un tono que se me antojó idéntico al de su padre—: ¿Qué haríais si mi hermana os demandase que cumplierais vuestra palabra?

—Nunca alzaría mi espada contra vuestra hermana, mi señor, jamás lo haría.

No era la respuesta que esperaba oír, pero no pasó de ahí.

—¿Estáis al tanto de cómo andan las cosas por Bebbanburg?

—Lo único que sé es que Constantino tiene rodeada la fortaleza, nada más.

—Trata de someter a vuestro primo y a los suyos matándolos de hambre —me dijo—. Ha dejado a más de cuatrocientos guerreros al mando de un hombre llamado Domnall, un hombre de guerra muy capaz.

Ni siquiera me molesté en preguntarle cómo sabía eso. Estaba seguro de que

Eduardo había heredado la vasta red de informadores y espías de su padre, y de que, gracias a un ejército de clérigos, que no dejaban de enviarse misivas entre sí, y a una nutrida red de informadores que, sin duda, se extendía hasta Escocia y Northumbria, no había rey mejor informado que él en toda Britania.

—La fortaleza dispone de una puerta que da al mar —le dije— y cuenta con barcos que lo abastecen.

—Eso era antes —me dijo Eduardo en confianza—. En estos momentos, esas costas están muy vigiladas por un hombre del norte y sus barcos. Un hombre a quien contrató vuestro primo, por cierto.

—¿Einar *el Blanco*?

Asintió.

—Constantino lo ha comprado.

Lo que no dejó de sorprenderme.

—Pero si Constantino me dijo que había atacado a Einar.

—¿Por qué enfrentarse con alguien cuando es más fácil comprarlo? En estos momentos, los barcos de Einar patrullan esas costas —admitió Eduardo soltando un suspiro—. Pero Constantino no tiene un pelo de tonto, así que no sé hasta qué punto Einar vaya a serle de alguna utilidad. Quiere ser conocido como Einar *el Blanco*, pero también lo llaman Einar *el Desventurado* —esbozando una sonrisa triste—. ¿Acaso no fuisteis vos quien, hace unos cuantos años, me dijo que el destino es inexorable?

—*Wýrd bið ful āræd* —repuse.

—Quizás el destino de Einar no sea otro que el de ser un desventurado. Deberíais confiar en algo así.

—¿A cuento de qué lo de desventurado, mi señor? —me interesé.

—Me han dicho que tres de los barcos que estaban bajo su mando ya han naufragado.

—En ese caso, quizá sea más bien afortunado, puesto que sigue vivo. —Quizás estéis en lo cierto —murmuró, esbozando una leve sonrisa—, pero, por lo que me han contado, creo que el apelativo le viene como anillo al dedo. —Confiando en que estuviera en lo cierto, acaricié el martillo que llevaba colgado al cuello y, en silencio, recé para que Einar hiciera honor a tal apodo. Al observar aquel gesto por mi parte, Eduardo frunció el ceño—. Pero, con o sin los barcos de Einar —me apresuré a añadir—, recuperar Bebbanburg es un empeño casi imposible. Por eso estoy pensando en Frisia.

—¡Frisia! —exclamó Eduardo con desdén; no se había creído ni una palabra de lo que le estaba diciendo, y mucho me temía que tal hubiera sido la reacción de mi primo al enterarse—. Sitiar Bebbanburg no es tarea fácil, no, pero sí que es posible recuperar la fortaleza si antes se mata de hambre a sus defensores, y vuestro primo dispone de más de doscientos hombres detrás de esas murallas, de muchos más. ¡Que le exigen cantidades ingentes de víveres! Con la mitad, le habría bastado para defender la fortaleza, pero es un hombre precavido y, más tarde o más temprano,

acabará por sucumbir al hambre. Por si fuera poco, ha perdido uno de sus graneros en un incendio. ¿Estabais al tanto de eso?

—Pues no, mi señor —respondí, encantado al saber de la mala suerte que perseguía a mi primo, pero aterrado al caer en la cuenta de en qué medida aquel fuego podría ser una ayuda para Constantino.

—Vuestro primo ha expulsado de la fortaleza a todas aquellas personas que no le eran de ninguna ayuda —continuó Eduardo—, pero sigue manteniendo a demasiados hombres tras sus murallas para defenderla. Se morirán de hambre y todos seremos testigos de lo fácil que resulta derrotar a una guarnición muerta de hambre. —Aun arriesgándome a que Eduardo se molestase de nuevo, me llevé de nuevo la mano al martillo—. Pero, en estos momentos —continuó Eduardo, encolerizándose de repente—, no me interesa que Constantino se haga con el señorío de Bebbanburg. ¡Mantiene la descabellada pretensión de que suyas son todas las tierras al norte de la muralla! ¡Incluso me envió una embajada, un obispo, para proponerme el establecimiento de una nueva frontera! Pero Bebbanburg es un señorío sajón, ¡siempre lo ha sido! Y, como tal, debería seguir siéndolo, y lo será: una parte más de la tierra de los ingleses. Así que no insistáis en eso de que os sentís viejo, que sois un hombre débil, que os duelen las articulaciones, ¡porque vos expulsaréis a Constantino del señorío que fundaran vuestros antepasados!

No me quedaba otra que encogerme de hombros.

—Deseo recuperar Bebbanburg más que vos, mi rey, pero conozco bien la fortaleza. Pero ¿y si dispusiera de un millar de hombres? —me pregunté, encogiéndome de hombros de nuevo—. Ya tengo Dunholm, que es casi tan formidable como Bebbanburg. Ya me había acostumbrado a soñar con Bebbanburg y a hacerme a la idea de acabar mis días en Dunholm, pero cuando vuestros ejércitos invadan Northumbria, mi señor, creo que Frisia será un lugar mucho más seguro para mí —y todo esto lo dije en voz bien alta, no para que me oyera Eduardo, sino para que lo escuchara la muchacha que, con unos ojos como platos, seguía toda la conversación desde la cama. Porque quizás el rey no acabase de creerse aquel cuento mío a propósito de Frisia, pero aquella muchacha sin duda extendería el rumor de que no tenía intención de atacar Bebbanburg.

—Si no recuperáis Bebbanburg —replicó Eduardo sin andarse por las ramas—, seré yo quien lo haga, y pondré a quien me plazca, un hombre de mi confianza desde luego, en vuestro lugar.

—Mejor vos que los escoceses, mi señor.

Rezongando, se puso en pie, dándome a entender que la audiencia había concluido, así que me limité a hacer lo mismo.

—Habéis reclamado a Etelstano como rehén —me dijo mientras nos dirigíamos a la entrada de la tienda—. ¿Se puede saber por qué?

—Porque es como un hijo para mí —repuse—, y porque así me aseguraré de que siga con vida.

De sobra sabía Eduardo a qué me refería y cuál era la amenaza que se cernía sobre Etelstano. Asintió.

—Me parece bien —dijo en voz baja—. Mi hermana lo ha protegido durante los últimos años. Confío en que vos hagáis lo mismo durante un año.

—Vos también podríais velar por él, mi señor —apunté.

Calló la boca un momento y bajó aún más la voz.

—El *ealdorman* Etelhelmo es el más poderoso de los señores de mi reino. Cuenta con un gran número de hombres y con el respaldo de muchos partidarios que solo a él deben sus haciendas y sus riquezas. Plantarle cara abiertamente entraña el riesgo de llevarnos a una guerra civil.

—Pero, con tal de que Etelstano no acceda al trono, él será quien comience esa guerra —repuse.

—Esa será una situación que habrá de afrontar el propio Etelstano —aseveró el rey con la mirada perdida—, así que adiestradlo bien, lord Uhtred, adiestradlo bien, porque mi hermana ya no está en condiciones de protegerlo.

—¿Ah, no?

—Se muere —me dijo.

El corazón me dio un vuelco.

Justo en el momento en que un desencajado Ælfweard hacía su entrada en la tienda tras levantar la lona escarlata de la entrada.

—Padre, ese hombre, Uhtred... —empezó a decir antes de callar precipitadamente. Estaba claro que no tenía ni idea de que yo estaba en el interior de la tienda.

—¿Qué tenéis que decir a propósito de Uhtred? —se interesó Eduardo.

Respetuoso, Ælfweard se inclinó ante su padre.

—Había recibido el encargo de ejecutar al prisionero. Él me lo impidió.

—¿Y bien? —continuó Eduardo.

—Pues que habría de recibir un castigo —apuntó el muchacho.

—Adelante, pues —dijo Eduardo, y se dio media vuelta.

Ælfweard frunció el ceño. Se me quedó mirando, clavó los ojos en su padre y volvió la vista a mí. Si hubiera tenido dos dedos de frente, se habría echado a un lado, pero se sentía herido en su amor propio.

—¿No os inclináis ante una persona de la realeza, lord Uhtred? —me preguntó con aquella voz chillona.

—Solo me inclino ante aquellos que considero dignos de mi respeto —repliqué.

—Olvidáis el tratamiento de «mi señor» —puntualizó.

—No, muchacho, estáis muy equivocado.

Se quedó sin palabras. Masculló la palabra «muchacho», pero no dijo nada; tan solo me echó una mirada cargada de enojo. Di un paso adelante, obligándolo a retroceder.

—Siempre me dirigí a vuestro padre como «muchacho» hasta el día en que, a mi

lado, juntos sorteamos las murallas de Beamfleot. Muchos fueron los daneses con los que acabamos aquel día, lanceros, espadachines, feroces guerreros todos. Porque peleamos como valientes, muchacho, y llevamos a cabo una gran carnicería; y desde ese día, vuestro padre se ganó a mis ojos el título de «señor» y se hizo acreedor de todo el respeto que aún le profeso. Pero vos no sois más que un muchacho sin destetar todavía, y nada más seguiréis siendo a mis ojos hasta que me demostréis que sois un hombre. Y ahora, apartaos de mi camino, muchacho.

Y eso hizo. Y su padre no dijo nada. Y yo salí de la regia tienda.



—No es mal chico —me dijo Etelfleda.

—Es un consentido, un malcriado, un chaval insufrible.

—Lo mismo dice la gente de vos.

Solté un bufido, y aquel gesto bastó para que esbozara una sonrisa.

—¿Y qué hay de vos? —me interesé—. Vuestro hermano dice que estáis enferma.

Vaciló un momento. Me di cuenta de que trataba de negar algo que a la vista estaba, pero, al cabo, dándose por vencida, dejó escapar un suspiro y me dijo:

—Me estoy muriendo.

—¡No! —me rebelé, pero sus ojos decían lo contrario. Contemplé aquel rostro de tez casi translúcida, consumido, en los huesos; aquellos ojos más oscuros que nunca; a pesar de que el sufrimiento y los años habían devastado su serena belleza, capaz era aún de sonreír y parecer hermosa. Había ido a verla a su tienda, aquella en la que ondeaba su estandarte, un ganso blanco con una cruz en el pico y una espada en su palmeada pata. Bastante me había mofado del dichoso estandarte. El ganso era el símbolo de santa Werburga, una monja de Mercia que, obrando un milagro, había espantado a una bandada de gansos que devastaba un campo de maíz; que aquello que estaba al alcance de cualquier niño de diez años pudiera ser considerado un milagro era algo que jamás me cabría en la cabeza, pero bien sabía yo de la devoción de Etelfleda por Werburga, tanta como la que yo sentía por aquella mujer. Arrimé una silla, me acomodé a su lado y tomé una de sus delicadas manos entre las mías—. Sé de un curandero... —se me ocurrió decirle.

—Bastantes curanderos he visto ya —me dijo con un hilo de voz—, más de los que os imagináis. Elfrida me envió a un hombre sabio, que me ha sido de gran ayuda. —Elfrida era su hermana pequeña, casada con el señor de Flandes—. El padre Casper prepara una pócima que me alivia mucho el dolor, pero tuvo que volverse a Flandes porque Elfrida tampoco anda muy allá —emitió un suspiro y se santiguó—. Hay días en que me encuentro mucho mejor.

—¿Qué os pasa?

—Tengo un dolor aquí —señalándose el pecho—, pero muy adentro. El padre

Casper les dejó dicho a las hermanas cómo debían de preparar la pócima, y eso me ayuda mucho. Al igual que la oración.

—Pues, en ese caso, rezad más —le dije. En la penumbra de la parte trasera de la tienda, había dos monjas; supuse que eran quienes cuidaban de Etelfleda. Aunque ninguna de las dos podía oír lo que decíamos, ambas me miraban con recelo.

—Rezo día noche; no hago otra cosa —me aseguró con una sonrisa desmayada—. ¡También rezo por vos!

—Os lo agradezco.

—Teniendo a Etelhelmo por enemigo, cuantas más oraciones, mejor.

—Solo le he puesto las cosas un poco más difíciles —repuse—. Vos estabais delante.

—Buscará la forma de resarcirse.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué va a hacer? ¿Atacar Dunholm, acaso? Pues que se prepare.

Me dio una palmadita en la mano.

—No seáis tan engreído.

—Como digáis, mi señora —repuse, con una sonrisa—. A propósito, ¿por qué vuestro hermano no se lo quita de encima?

—Porque eso supondría una guerra —me dijo, con la mirada perdida—. ¡Etelhelmo es un hombre que goza de gran estima! ¡Es generoso! No hay obispo ni abad de Wessex que no saque tajada de su fortuna; es amigo de la mitad de los nobles señores del reino. ¡No deja de dar banquetes! Y no apetece el trono para sí.

—No, claro; solo para su nieto, esa especie de regüeldo.

—Es lo único que le interesa —continuó Etelfleda—, que su nieto Ælfweard sea el próximo rey. Y mi hermano sabe que el Witan, el consejo de los sajones del oeste, votará a su favor. Se ha tomado incluso la molestia de comprarlos.

—¿Y qué hay de Etelstano? —me interesé, aunque sabía la respuesta de antemano.

—Hicisteis bien en reclamarlo como rehén. Con vos, estará más seguro que aquí.

—Por eso lo hice —dije, antes de preguntarle con gesto de preocupación—. ¿Creéis que Etelhelmo se atrevería a acabar con él?

—No tendría inconveniente en disponer su muerte, que nadie se enteraría. ¿Acaso nunca leéis las escrituras?

—¡Todos los días! —repliqué con sorna—. No pasa un solo día sin que eche un vistazo a Jeremías o me deleite con Ezequiel.

Divertida ante semejante atrevimiento, esbozó una sonrisa.

—Dejaos de barbaridades y decidle a un cura que os cuente la historia de Urías.

—¿Urías?

—Basta con que os acordéis de ese nombre —insistió—. Urías el hitita, segundo libro de Samuel.

—Hablando de curas —me interesé—, ¿qué opinión os merece Hrothweard?

—Pues que es el arzobispo de York, como ya sabéis —repuso.

—Y también un sajón del oeste.

—Así es, ¡y un buen hombre!

—¿Y ese buen hombre también se ha aprovechado de los dineros de Etelhelmo?

—Claro que no; es un hombre bueno y santo —replicó; dudó un momento, sin embargo, y frunció el ceño—. Ahora que lo decís, hubo un tiempo en que fue abad de un monasterio y creo recordar —hizo un esfuerzo por recordar— que su abadía recibió una generosa hacienda como donativo. Veinte fanegas en Wiltunscir. Demasiado lejos de su abadía.

—Así que tierras en lugar de oro.

Aún mantenía aquel gesto serio.

—Ya sabéis que hay hombres que no dejan de donar tierras a la iglesia.

—Y Etelhelmo es el *ealdorman* de...

—Wiltunscir —concluyó la frase por mí, con un suspiro—. Ahora se dedica a comprar a los señores de Mercia; les llueve el oro a espuertas. Quiere que el Witan de Mercia designe a Ælfweard como mi sucesor cuando yo falte.

—¡No es posible! —exclamé, estremecido ante la posibilidad de tamaña enormidad. ¡Cómo iba a ser rey de Mercia aquel incapaz y malencarado muchacho!

—Dejó caer la posibilidad de que Ælfweard y Ælfwynn contrajeran matrimonio —me dijo. Ælfwynn era su hija, una muchacha divertida, preciosa y coqueta. A mí me caía bien, seguramente mejor que a su madre, razón por la que no dejó de sorprenderme lo que me dijo a continuación—. Me opuse a ese matrimonio, porque creo que Ælfwynn ha de ser mi sucesora.

—¿Cómo decís? —le pregunté, sin ocultar mi sorpresa.

—Es una princesa de Mercia —repuso con aplomo—, y si yo soy capaz de llevar las riendas del país, ¿por qué no ha de serlo ella? ¿Por qué ha de ser siempre un hombre quien esté al mando?

—De sobra sabéis que siento adoración por ella —le dije—, pero carece de vuestro buen juicio.

—En ese caso, que contraiga matrimonio con Cynlæf Haraldson —añadió—; él sabrá cómo aconsejarla. Es un hombre joven y valeroso.

Callé la boca. Cynlæf Haraldson era un apuesto y joven guerrero sajón del oeste, pero no de alta cuna, lo que me daba a entender que no aportaría a Ælfwynn el respaldo de una noble casa; tampoco se le conocía por haber llevado a cabo grandes hazañas, lo que me llevaba a pensar que tampoco tenía muy buena mano a la hora de granjearse seguidores. A mi modo de ver, era un joven superficial, pero no podía decirle algo así a Etelfleda, a quien siempre le había encantado tanto por su físico como por sus modales y su gentileza.

—Cynlæf la protegerá —concluyó—, al igual que vos.

—Bien sabéis del aprecio que siento por ella —repuse, aun a sabiendas de que tal contestación habría de sonarle a evasiva. Lo que Etelfleda quería oírme decir era que

apoyaría a Ælfwynn como la había apoyado a ella, que le prestaría un juramento de fidelidad. Por suerte, un agitado Rorik, el mozo, me sacó del apuro al levantar de un manotazo la lona que cerraba el paso al interior de la tienda y decirme:

—Mi señor. —Instante en que recordó que debía hacer una reverencia a Etefleda.

—¿Qué pasa?

—El rey Sigtryggr se apresta a ponerse en camino, mi señor. Me pedisteis que os avisara.

—Me voy con él al norte —le dije a Etefleda.

—Id, pues —me concedió.

Me puse en pie y me incliné ante ella.

—Protegeré a Ælfwynn —le dije, y habría de darse por satisfecha con eso. Tales palabras no querían decir que fuera a prestarle un juramento de fidelidad a su hija, y Etefleda se dio cuenta; aun así, sonrió y me tendió la mano.

—Os quedo muy agradecida —me dijo.

Me incliné y le besé la mano, antes de estrecharla contra mí.

—De corazón os deseo que os pongáis bien —le dije—, que os curéis. Sois el mejor gobernante que haya tenido Mercia, así que poneos bien y seguid llevando las riendas.

—Haré cuanto esté en mi mano.

Luego, escandalicé a las monjas; inclinándome aún más, le estampé un beso en la boca. No se opuso. Habíamos sido amantes, y seguía queriéndola; todavía hoy la quiero. Mientras nos besábamos, me pareció advertir un tenue gemido.

—En cuanto haya recuperado Bebbanburg —le prometí—, me tendréis aquí, a vuestro lado.

—¿Pero no íbamos a quedar en Frisia? —se interesó, picarona. De modo que el rumor había tenido eco.

Bajé la voz.

—Ahora tengo pensado ir a Bebbanburg. Pero no se lo digáis a nadie.

—Mi querido lord Uhtred —me dijo con delicadeza—, todo el mundo está al tanto de que tenéis pensado ir a Bebbanburg. A lo mejor hasta voy a haceros una visita.

—Deberíais, mi señora, deberíais. Seréis tratada como os corresponde, como la reina que sois —dije, y le besé la mano de nuevo—. Hasta que volvamos a vernos en el norte, mi señora —concluí, antes de desprenderme de mala gana de sus dedos y seguir a Rorik, que ya salía de la tienda.

Nunca volví a verla.



Los hombres que habían acompañado a Sigtryggr y los míos, todos, nos pusimos en

camino hacia el norte. Lucía un sol espléndido, hacía bueno y solo se oía un retumbar de los cascos y el golpeteo acompasado de los arreos.

—Qué poco me gustan los sajones —comentó Sigtryggr. Callé la boca. A mi derecha, un campo cuajado de trigo casi en sazón, un recordatorio de lo ricas que eran aquellas tierras. Una nube de polvo se alzaba a nuestro paso—. Por lo menos, habéis logrado que dispongamos de un año más —añadió—. Os lo agradezco.

Observé un halcón que volaba alto en aquel aire templado; aparte de algún que otro ligero estremecimiento cuando atisbaba cualquier posible presa, planeaba casi sin mover las alas. Me quedé observándolo a la espera de que se abalanzase sobre algo, pero no se movió de donde estaba, sorteando el aire allá en lo alto. ¿Un presagio quizá? Un presagio de paz, en todo caso, no lo que yo iba buscando. Espada en mano, solo me guiaba un propósito: recuperar Bebbanburg.

—¡Si hasta huelen diferente! —insistía Sigtryggr, todavía enojado—. ¡Si es que huelen a sajón! ¡Apestan a nabos podridos! Eso es, ¡a nabos podridos! ¡Menuda panda de nabos orondos y engreídos!

Me volví en la silla de montar y me quedé mirando a Etelstano, que, al lado de mi hijo, por suerte cabalgaba unos pasos por detrás de nosotros y no oía cómo despotricaba Sigtryggr.

—Príncipe Etelstano —le pregunté a voces—, ¿a qué huelen, según vos, los daneses o los hombres del norte?

—Los daneses, a requesón; sin duda, mi señor —contestó de buen humor—. Los hombres del norte apestan a pescado podrido.

Sigtryggr soltó un bufido.

—Espero que los sajones no respeten la tregua, príncipe Etelstano —dijo en voz alta—, y así darme el gustazo de acabar con vos —de sobra sabía que yo no se lo permitiría, pero disfrutaba profiriendo esa clase de amenazas.

Parecía mucho mayor de lo que en realidad era. Aún me acordaba de aquel joven guerrero retozón que, brincando por las murallas de Ceaster, trataba de acabar conmigo. Un auténtico señor de la guerra. Le había arrebatado un ojo, pero él se había quedado con mi hija; en aquel momento, sin embargo, nos llevábamos bien; empero, unos pocos meses al frente de los destinos de Northumbria, y ya no solo le habían salido arrugas en la cara, sino que daba la impresión de que había perdido la alegría de vivir.

—¡Y ese cabrón de Thurferth no les anda a la zaga! —continuó—. Mucho dárselas de danés, ¡y no deja de lamerles el culo a los cristianos! ¡Os juro que lo clavaré a una cruz! —exclamó con un enojo que, en este caso, estaba justificado. Los señores daneses que estaban al frente de las ciudadelas que se extendían por el sur de Northumbria bien podían haberle facilitado un formidable ejército, pero habían dado muestras más que sobradas de que más pesaba el miedo que su lealtad. Me maliciaba que la mayoría de ellos seguirían el ejemplo de Thurferth y acabarían por prestar fidelidad a los sajones del oeste y a su dios crucificado—. Seguro que acabarán por

unirse a los sajones —concluyó Sigtryggr, cada vez más irritado.

—Es probable.

—¿Y qué voy a hacer? —No era una pregunta en realidad, sino un grito de desesperación.

—Os vendréis a vivir a Bebbanburg —le propuse tranquilamente.

Seguimos cabalgando en silencio durante cosa de media milla por un camino que descendía hasta un vado poco profundo donde hicimos un alto para que bebiesen los caballos. Me adelanté unos cuantos pasos, llevando a Tintreg por el centro de aquella senda polvorienta, y me detuve a escuchar el silencio que nos rodeaba. Sigtryggr se llegó a mi lado.

—No puedo enfrentarme con los escoceses y los sajones a un tiempo —me confesó, malhumorado; no quería que pensase que era un cobarde—. No al mismo tiempo, desde luego.

—Los sajones respetarán la tregua —le dije, y estaba seguro de que estaba en lo cierto.

—Pero, si no es al año que viene, lo harán al otro; los ejércitos de Mercia y Wessex tratarán de recuperar el norte de su territorio. Puedo hacerles frente. Dispongo de los hombres suficientes. Al menos, estoy en condiciones de conseguir que lamenten el día en que se les ocurrió la idea de invadir Northumbria. Pero ¿qué me decís de los vuestros? Juntos, lograríamos que su inmunda sangre empapase la tierra.

—Nunca me enfrentaré con Etelfleda —repuse—. Le he prestado un juramento de fidelidad.

—Pero bien podéis acabar con esos malnacidos sajones del oeste —dijo con rabia—; ya me ocuparé yo de darles su merecido a los de Mercia. Pero no puedo enfrentarme con ellos, si no cuento con los hombres que me hacen falta.

—Cierto.

—En cuanto a lo de obligar a Constantino a que vuelva a sus chozas con los suyos, creo que sería capaz de hacerlo, pero ¿a qué precio?

—Uno muy alto —le dije—; esos escoceses se revuelven como turones.

—Así que... —empezó a decir.

—Entiendo lo que queréis decirme —le interrumpí—. Que no podéis perder a los mejores de los vuestros luchando contra los escoceses, no al menos hasta que hayáis derrotado a los sajones.

—Veo que, por fin, os dais cuenta.

—Pues claro que sí —le dije. Y tenía toda la razón del mundo. Sigtryggr estaba al frente de un pequeño ejército. Si lo enviaba al norte para expulsar a los escoceses del señorío de Bebbanburg, iniciaría una guerra con Constantino, quien, con gusto, se avendría a diezmar el ejército de Northumbria. Porque Sigtryggr bien podía estar en condiciones de salir airoso de las primeras contiendas, de devolver al norte a los cuatrocientos hombres que estaban a las órdenes de Dunnall, pero, al cabo, tendría

que vérselas con los ululantes demonios del Niflheim que se le vendrían encima desde las colinas de Escocia y las batallas serían cada vez más cruentas. Incluso si se alzase con la victoria, Sigtryggr perdería a muchos de los hombres que necesitaba para contener la embestida de los sajones.

Volvió la vista al norte, donde el calor del día reverberaba en las suaves colinas, en los espesos bosques.

—¿Dejaréis para más adelante, pues, esa idea vuestra de recuperar Bebbanburg? —me preguntó—. ¿Esperaréis a que nos hayamos librado de los sajones?

—No puedo.

Sigtryggr pareció venirse abajo.

—Sin contar con las tropas del cabrón de Thurferth ni con las de esos viscosos sapos del sur —se lamentó—, a duras penas llego a reunir ochocientos hombres. No puedo perder a un centenar de ellos enfrentándome con Constantino.

—Yo solo os reclamaré ciento cincuenta hombres, doscientos a lo sumo —repuse—, y si las cosas salen como espero, ni uno solo sufrirá un rasguño. Y no, no puedo esperar porque, para la primavera, Constantino habrá doblegado por el hambre al cabrón de mi primo y ocupará el sitio que solo a mí me corresponde en Bebbanburg; por eso, he de intentarlo ahora, y creo que, con vuestra ayuda, seré capaz de conseguirlo —llevándome la mano al martillo.

Pero...

Y tuve que interrumpirlo de nuevo.

Para explicarle cómo pensaba recuperar aquella fortaleza inexpugnable y que ninguno de sus hombres habría de resultar herido.

O en eso confiaba yo, sin dejar de apretar el martillo. *Wýrd bið ful ãræd.*

TERCERA PARTE

EL OBISPO CHIFLADO

CAPÍTULO VII

—Nos vamos a Frisia —le dije a Eadith.

Extrañada, se me quedó mirando.

Camino del norte, me había llegado hasta Eoferwic, donde hice un alto de una noche para celebrar nuestra vuelta con Sigtryggr, con mi hija y, por extraño que parezca, con el nuevo arzobispo, Hrothweard, quien, por cierto, era un hombre cabal, o esa sensación me dio. Se molestó incluso cuando le conté lo que nos había pasado en Hornecastre.

—Cualquiera diría que tuvisteis a Dios de vuestra parte, lord Uhtred —me comentó afablemente—; conseguisteis arrancar la paz de entre las fauces de la guerra.

—¿A qué dios os referís? —me interesé.

Se echó a reír; luego, se interesó por lo que, en mi opinión, fuera a pasar con Bebbanburg, y le di la misma respuesta que ya había escuchado por boca de Finan: que, a estas alturas, Constantino ya habría caído en la cuenta de que un ataque por las bravas contra la fortaleza le habría supuesto innumerables bajas a los pies de aquellas murallas, pérdidas que se quedarían casi en nada si, antes, el hambre le allanaba el camino. Explicación a la que Hrothweard respondió meneando la cabeza con tristeza.

—Así que, en caso de que se reconstruya, escoceses habrán de ser los monjes que albergue el monasterio de San Cuthberto.

—¿No me iréis a decir que eso es lo único que os preocupa? —me interesé.

Se lo pensó un momento antes de darme una respuesta.

—Ya sé que no debería ser así —dijo al cabo—. Estoy seguro de que, al fin y al cabo, serán hombres de acendrada fe.

—Pero vos os quedaréis sin los dineros de los peregrinos —apunté.

Apunte que, sin duda, le hizo gracia, porque se le iluminó la cara y, señalándome con un muslo de pato en la mano, me dijo:

—Siempre sacáis a relucir lo peor de nosotros, lord Uhtred.

—Pero ¿a que no voy muy desencaminado?

Meneó la cabeza de nuevo.

—Lindisfarena es un lugar sagrado. Una isla consagrada a la oración. Pues claro que me gustaría ser quien nombrase al nuevo abad si tal fuera la voluntad de Dios, pero solo para asegurarme de que es digno de la isla y que no ha de suponer una vergüenza para la iglesia de Dios. Porque, lord Uhtred, en contra de lo que podáis pensar, un avaricioso nunca sería digno de ostentar tal cargo.

—Tengo entendido que el obispo Jeremías sueña con ser el próximo abad —apunté con malicia.

Horthweard se echó a reír.

—¡Pobre hombre! ¿Cómo lo llama la gente? Ah, sí, el obispo chiflado —rio para sus adentros—. Hay quienes no dejan de insistirme en que lo excomulgue, pero ¿qué se iba a arreglar con eso? Estoy convencido de que anda muy errado, pero, en contra de lo que algunos puedan pensar —dijo, dirigiéndome una mirada chispeante—, venera al único dios. Creo, por tanto, que es inofensivo. Que anda dolorosamente errado, sin duda, pero también que es inofensivo.

Aquel hombre me caía bien. Llevaba su fe con alegría, como el padre Pyrlig, pero su piedad, su afabilidad y su honradez estaban fuera de toda duda.

—Os guste o no, rezaré por vos —me dijo al despedimos.

Ni me molesté en ir a ver a Berg durante aquella breve escapada, y eso que mi hija me contó que había comprado tres barcos y que andaba poniéndolos a punto para zarpar en los embarcaderos que quedaban a un paso de la taberna de El Pato. Cuando por fin estuve de vuelta en Dunholm, le comenté a Eadith lo de los barcos y que albergaba la intención de zarpar rumbo a Frisia, al otro lado del mar. Ya era de noche cuando, en la casa que había construido en lo alto de la puerta principal de la ciudad, manteníamos aquella conversación. De día, desde allí teníamos unas preciosas vistas de las tierras que quedaban al sur de la ciudad, pero, en aquel momento, bien entrada ya la noche, lo único que se veían eran los resplandores de las fogatas que ardían en el pequeño poblado que se extendía a los pies de la ciudadela y el parpadeo de las innumerables estrellas que brillaban en el firmamento. Aquella casa había sido un capricho mío. Se alzaba sobre un pasadizo de entrada a la ciudadela que, construido con ese único propósito, disponía de dos estancias, una a cada lado del pasadizo; en una se alojaban nuestros criados; la otra hacía las veces de garita para los guardias de la puerta. Al pie de la estancia de los criados arrancaba un tramo de escaleras que conducía a nuestros aposentos privados. ¡Qué ufano estaba de aquellas escaleras! ¡Eran tan poco corrientes! Claro que en todas las antiguas ciudades romanas que aún conservaban las primitivas murallas había escalones que permitían llegar a la parte alta de las mismas, pero rara vez los había visto en el interior de nuestras casas. Muchas de ellas disponían de un piso alto, pero, para llegar a esos altillos, que era donde dormíamos, no nos quedaba otra que echar mano de escalas, cuando no de rampas; siempre me había dejado boquiabierto que los romanos construyesen escaleras en el interior de sus casas, y tal era la razón de que se me hubiesen antojado aquellas, aunque debo admitir que las de Dunholm eran de madera, no de piedras sillares. La idea de levantar nuestra vivienda justo encima de la entrada del pasadizo nos obligó a construir un matacán que sobrevolaba la calzada de acceso a la ciudadela y, como había dispuesto que allí hubiera centinelas, no me quedaba otra que hablar en voz baja, aunque no tanto como para evitar que terceras personas pudiesen oír la conversación que manteníamos.

—¿A Frisia? —se sorprendió Eadith.

—Hay unas islas a un paso de la costa. Nos haremos con una de ellas,

levantaremos una fortaleza y, allí, estableceremos nuestro hogar —le dije, sin dejar de observar la cara de incredulidad y disgusto que ponía—. Frisia es territorio cristiano —añadí, para que se sintiera más tranquila, porque Eadith era cristiana y, a pesar de mis desvelos, no había conseguido que volviese a venerar a mis antiguos dioses—. Lo que quiero decir es que casi todas las gentes de por allá lo son —continué—, así que apenas si notaréis el cambio. Por otra parte, hablan una lengua tan parecida a la nuestra... ¡que lo entenderéis todo!

—Pero... —trató de decir, echando una mirada a nuestro aposento, donde los tímidos resplandores de unas pequeñas velas de junco iluminaban los tapices que recubrían las paredes, la enorme alfombra de lana y el montón de pieles que hacía las veces de cama.

—Me he granjeado un considerable número de enemigos —dije, con la mirada perdida—. Etelfleda se está muriendo, así que no está en condiciones de ponerse de mi parte; si poca gracia les hacía a los sajones del oeste, ahora resulta que Etelhelmo no puede ni verme; mi primo se aferra a Bebbanburg con la tenacidad de un sapo y, en cuanto a Constantino, nada podría complacerle tanto como aplastarme como a un piojo.

—Pero Sigtryggr... —volvió a la carga.

—Está acabado —le dije sin dudarlo—. Si no es el año que viene, será al próximo, pero los sajones vendrán a por nosotros. Quizá pueda hacerles frente durante un par de meses, pero ¿y después? Porque no van a cejar en su empeño, y Constantino no hará ascos a una oportunidad semejante: tratará de aprovecharse de tal circunstancia para hacerse con más y más tierras al norte de Northumbria.

—¿Qué va a ser de Sigtryggr, él que tan confiado estaba en que vos ibais a echarle una mano? —se lamentó.

—Y eso es lo que voy a hacer —repuse—. Nos haremos con un nuevo territorio en Frisia, ¡donde siempre será bienvenido!

—¿Ya le habéis puesto al tanto de vuestros planes?

—¡Cómo no habría de hacerlo! —le dije. En ese momento, oí un ruido de algo que arrastraban por el suelo bajo el ventanal que daba a la calzada. Me sonó como el asta de una lanza al chocar contra el pavimento del adarve que coronaba el portón de la entrada, lo que me llevó a pensar que alguien más escuchaba lo que hablábamos.

Eadith volvió a echar un vistazo a nuestro aposento, tan acogedor.

—Había llegado a encariñarme con Dunholm —dijo con voz quejumbrosa.

—Tengo pensado dejarle esta ciudadela a Sihtric. Conoce bien Dunholm. Nació aquí, aquí creció y, en tiempos, su padre fue el señor de esta ciudad. —Sihtric era hijo natural del *jarl* Kjartan *el Cruel*, el peor enemigo que había tenido durante toda mi niñez. Pero no tenía ninguno de los sanguinarios defectos de su padre, sino que era un buen guerrero y, tras haber sido uno de mis criados, había llegado a ser uno de los hombres en los que más confiaba—. Unos pocos podrán quedarse con él, si así lo desean; casi todos serán hombres entrados en años, aunque siempre podrá reclutar y

preparar a otros. Todos cristianos, claro, porque, una vez que los cristianos recuperen este territorio, ya no habrá lugar para los paganos.

—¿Y qué va a ser de Bebbanburg? —me preguntó.

—Hace un año —le dije con tristeza— aún pensaba que tendría alguna posibilidad de recuperar el señorío. Pero, en estos momentos, ¿con mi primo al frente de la ciudadela y Constantino soñando con apoderarse de ella? Podría derrotar a mi primo, pero no estoy en condiciones de derrotar a los escoceses de paso. Ya tengo mis años, amor mío, y no voy a pasarme guerreando el resto de mi vida —guardé silencio un momento y presté atención a las almenas—. Pero no se lo digáis a nadie; guardáoslo para vos de momento.

Y al día siguiente, como era de esperar, todos los habitantes de Dunholm estaban al tanto de lo que tenía pensado hacer.

Que nos íbamos a Frisia.



El caso es que confiaba plenamente en Eadith. Pero, dado que tiempo atrás había sido mi rival, no faltaban quienes pensarán que era una necedad por mi parte; en aquel momento, sin embargo, no solo era mi amiga, sino también mi mujer, y ¿cómo puede haber amor si no hay confianza? Así que, más entrada la noche, tras cerciorarme de que ya nadie nos oía, le conté la verdad. La conversación anterior la había mantenido solo para el solaz de quienquiera que pudiera estar oyéndonos desde el adarve que discurría al pie de nuestro aposento, y estaba seguro de que tal conversación acabaría por llegar a oídos de mi primo.

Si bien me imaginaba que su primera reacción habría sido de desconfianza, la repetición de tales rumores y la fiabilidad de quienes se los transmitían bastarían para que acabase por concederles crédito. No por eso habría de bajar la guardia, pero una duda se iría abriendo paso en su ánimo, y con eso me daba por satisfecho. Si estaba equivocado y, de verdad, hacía mal en fiarme de Eadith, aquello habría bastado para disipar todas sus dudas, puesto que ya sabría de seguro que iba a por él.

Eadith no me traicionó, pero nunca llegué a saber los nombres de todos aquellos que sí lo hicieron.

Solo tras haberles proporcionado información errónea para que se la hiciesen llegar a mis enemigos, logré identificar a unos pocos, y todos acabaron colgados del primer árbol. Estoy convencido, sin embargo, de que hubo muchos más, pero a esos nunca llegué a identificarlos. Y eso que indagué, y tanto que indagué. Indagué a todos aquellos que, de la noche a la mañana, parecían disponer de mucho más oro o plata de lo normal, o cuyas mujeres presumían de elegantes vestidos de lino con preciosos bordados; a todos aquellos que, al cruzarse conmigo, bajaban los ojos, y también a aquellos que remoloneaban demasiado cerca de donde estuviera hablando con Finan

o con mi hijo. No perdía de vista tampoco a aquellos que prestaban una atención desmesurada a Eadith, ni a aquellos que ponían todo su empeño en hacerse amigos íntimos de Rorik, mi mozo.

Pero nunca llegué a identificar a todos los que me traicionaron, como tampoco mis enemigos supieron nunca quiénes fueran todos los que los vendieron.

Al igual que mis enemigos gastaban oro a espuertas para pagar a aquellos que me espiaban, yo tampoco me quedaba corto a la hora de pagar a mis espías. Contaba con hombres que estaban al servicio de Eduardo en Wintanceaster, así como con un copero, un escribano y un herrero que estaban a las órdenes de Etelhelmo. Pero no tenía a nadie entre aquellos que estaban al servicio de mi primo. Había tratado de dar con un hombre, o una mujer, que me pudieran poner al tanto de cómo andaban las cosas en el interior de la ciudadela, pero todos mis intentos habían fracasado. No obstante, por personas que recorrían la costa oriental y por otras que venían de Frisia, al otro lado del mar, sí que estaba muy al tanto de las andanzas de mi primo. En esas mismas tabernas portuarias, trataba de recabar noticias de Escocia, porque tampoco contaba con ningún espía en la corte de Constantino.

Estaba convencido de que mi primo contaba con alguien que le tenía al tanto de todas mis idas y venidas. ¿Uno de mis hombres? ¿Un cura de Eoferwic quizá? ¿Alguno de los mercachifles de Dunholm? No tenía ni idea, pero sabía que contaba con esos hombres, igual que disponía de gente que le ponía al tanto de todo lo que se comentaba, lo mismo que yo. Los cristianos tenían la curiosa costumbre de confesar todo lo malo que hacían a sus brujos, y muchos de esos curas estaban dispuestos a vender aquello de lo que se habían enterado por ese medio; de ahí que mi primo nunca descuidase las donaciones a iglesias y clérigos. Con todo, no me imaginaba a Cuthberto, el cura ciego que venía conmigo, aceptando dinero de manos de mi primo. Era un cura leal, que me deleitaba con retazos de algunas de las cosas que oía en aquellas confesiones.

—¿Acaso os cabe en la cabeza, mi señor? ¡La mujer de Swithun y de Vidarr! Y eso que, según tengo entendido, es un adefesio.

—No es solo fea, sino también mala persona.

—Pobre muchacho; muy desesperado tiene que estar.

No todos los hombres y mujeres que me mantenían informado eran espías. Curas, monjes y monjas no dejaban de escribirse entre ellos, y eran muchos los que con gusto me informaban de aquello de lo que se habían enterado por noticias que les habían llegado de alguna abadía lejana; lo mismo pasaba con los buhoneros, siempre deseosos de comentar cualquier habladuría. Por desgracia, para cuando tales informaciones llegaban a Northumbria, muchas de ellas eran erróneas y pocas veces se correspondían con lo que de verdad estaba pasando en aquel momento.

Pero, después de lo acontecido en Horneceastre y aunque ellos no lo supieran, también tenía de mi parte a los espías de Etelstano. Es probable que, desde su punto de vista, pensarán que una forma de ayudar al joven príncipe a pasar el amargo trago

de tener que estar en mis manos como rehén era mantenerlo al tanto de todo. Porque era cristiano, por supuesto, y, no en vano, lo acompañaban tres curas, así como seis criados, cuatro de los cuales eran sin duda guerreros, que se hacían pasar por tales.

—¿Os fiais de ellos? —le pregunté un día que habíamos salido a cazar ciervos por las colinas que se extendían al norte de Dunholm. Hacía una semana que había vuelto de Eoferwic y, para dar mayor credibilidad a los rumores de que tenía pensado irme a Frisia, había encargado a mis criados que comenzasen a embalar nuestros enseres.

—A ojos ciegos —dijo Etelstano—. Son guerreros de Mercia, elegidos todos por la dama Etelfleda.

—¿Y qué hay de los curas?

—No me fío ni un pelo de Swithred. En cuanto a los otros dos, ¿qué queréis que os diga? —se encogió de hombros—. Son jóvenes y rebosan de nobles ideales. Yo mismo les pedí que me acompañasen; nadie me los ha impuesto.

Al oír aquella respuesta, sonreí para mis adentros. Etelstano debía de tener veintidós o veintitrés años por entonces, los mismos que aquellos dos curas jóvenes.

—¿Y decís que el padre Swithred os ha venido impuesto? —me interesé.

—Por mi padre. Quizá solo para estar al tanto de todo.

—De modo que todas las misivas que le envía antes han de pasar por las manos de los escribanos reales, que bien podrían estar al servicio de Etelhelmo.

—Me temo que sí —repuso.

Swithred era un hombre mayor, cuarenta o cincuenta años, calvo como un huevo, ojos tan oscuros como penetrantes, siempre con cara de malas pulgas. Le importunaba sobremanera verse rodeado de paganos y no se molestaba en disimularlo.

—¿Os habéis fijado en que casi la mitad de mis hombres son cristianos? —le dejé caer cuando íbamos camino del norte.

—Ningún cristiano puede estar a las órdenes de un caudillo pagano —replicó de mal talante, antes de añadir a regañadientes—, mi señor.

—¿Queréis decir que, por estar a mis órdenes, dejan de ser cristianos?

—Lo único que digo es que están pidiendo a gritos que alguien los libere de esa servidumbre.

—Pero si tienen una iglesia en Dunholm —le dije—, con su cura y todo. ¿Acaso podrían decir lo mismo los paganos de Wessex o Mercia?

—¡Por supuesto que no! —replicó. Montaba un alto corcel gris, un precioso animal, y lo hacía bien—. ¿Puedo haceros una pregunta? —continuó, antes de tomarse un momento como pensándose mejor.

—Adelante —le dije.

—¿Qué medidas pensáis tomar para que el príncipe Etelstano se encuentre a gusto?

Se refería, claro está, a qué disposiciones pensaba tomar para que él se sintiera a

sus anchas, pero me hice el tonto y simulé que creía que se interesaba solo por el bienestar del príncipe.

—Es un rehén —repuse—. Así que lo más probable es que lo confinemos en un establo o en una pocilga, con unos grillos en los tobillos y, en cuanto al sustento, nuestras sobras y agua.

Etelstano, que había escuchado la conversación, se echó a reír.

—No le hagáis caso, padre.

—Y que se le ocurra a un solo sajón del oeste traspasar la frontera —había añadido—, que le rebanaré el gizonte, ¡al igual que a vos!

—Eso no tiene ni pizca de gracia, mi señor —replicó el padre Swithred, torciendo el gesto.

—Será tratado como lo que es, como un príncipe —le aseguré—, con honor, con toda clase de atenciones, con respeto.

Y así fue. Participaba en nuestros festines, venía de caza con nosotros y veneraba a su dios en la pequeña iglesia que había en Dunholm. A medida que iba madurando, se volvía más y más devoto. Aún disfrutaba a fondo de la vida, siempre tan deseoso de hacer cosas como encantado de reír de buena gana, pero, al igual que le pasara a su abuelo Alfredo, también le había dado por rezar todos los días. Con ayuda de los dos curas jóvenes que habían ido a Dunholm con él, leía textos cristianos.

—¿Cómo es que habéis cambiado tanto? —le pregunté un día, mientras, al acecho, con nuestros arcos de caza, hacíamos un alto en los linderos de un bosque cualquiera. A mí nunca se me dio muy bien la caza con arco, pero dos certeras flechas habían bastado para que Etelstano ya se hubiera cobrado dos buenas piezas.

—Vos me hicisteis cambiar —repuso.

—¿Yo?

—Vos fuisteis quien me disteis a entender que podría llegar a ser rey, y si he de serlo, mi señor, habré de contar con la bendición de Dios.

Al oír que algo se agitaba entre las hojas del bosque, alcé el arco y disparé una flecha, pero no acertamos a ver animal alguno y el ruido se fue apagando.

—¿Qué hay de malo en contar con Thor y Odín de vuestro lado?

Esbozó una sonrisa.

—Soy cristiano, mi señor. Y aspiro a serlo de los buenos —rezongué, pero no dije nada—. Si obro mal —añadió—, Dios no me lo premiará.

—Pues los dioses bien que se han ocupado de mí —repuse de mal humor.

—¿Por eso os destierran a Frisia?

—No está tan mal.

—Pero no es Bebbanburg.

—Cuando seáis rey —le dije, sin apartar los ojos de los árboles—, os daréis cuenta de que hay ambiciones que pueden hacerse realidad y otras que no. Lo importante es saber distinguir las.

—¿Así que no pensáis ir al norte, a Bebbanburg? —me preguntó.

—Ya os he dicho que tengo pensado ir a Frisia.

—Y cuando lleguéis —hizo una pausa intencionada antes de añadir—, a Frisia, quiero decir, ¿habrá guerra también allí?

—Siempre hay que pelear, mi príncipe.

—¿Y esa guerra —otra vez esa dichosa pausa—, la de Frisia insisto, será despiadada?

—Como todas.

—Entonces, ¿me daréis vuestra licencia para pelear a vuestro lado?

—¡Pues claro que no! —se me escapó casi sin pensarlo—. Esa guerra nada tendrá que ver con vos. Los enemigos con los que habré de enfrentarme no son vuestros enemigos. Además, estáis aquí como rehén, y mi obligación es manteneros con vida.

Con el arco a medio tensar, al acecho de la presa, observaba el lindero de árboles; la flecha aún apuntaba al suelo.

—Son tantas las cosas por las que estoy en deuda con vos, mi señor —dijo—. Me habéis protegido, eso bien lo sé, y una forma de compensároslo sería poniéndome de vuestra parte.

—¿Y si perdéis la vida en una de esas refriegas? —repuse, sin miramientos—. Pues que, en ese caso, le habré hecho un favor a Etelhelmo.

Reconociendo que era verdad lo que decía, asintió.

—Lord Etelhelmo quería que fuese yo quien se pusiera al frente de las tropas que envió a Hornecastre, y así se lo hizo saber a mi padre. Pero mi padre decidió enviar a Brunulf en mi lugar.

—Urías el hitita —se me ocurrió decir.

—¡Hay que ver lo culto que sois!

—Gracias a la dama Etelfleda.

—Mi perspicaz tía —reconoció, apartando las manos de la cuerda del arco para santiguarse y, seguramente, rezar en silencio por su recuperación—. Así es. Etelhelmo pensaba que podría amañar la forma de que resultase muerto en la refriega.

Urías el hitita era un soldado que estaba a las órdenes del rey David, a quien los cristianos, sin embargo, tenían poco menos que por un héroe. Le había pedido al padre Cuthberto, el cura ciego y también buen amigo mío, que me contara la historia de Urías y se había echado a reír por lo bajinis.

—Urías o, como decimos nosotros, Urías el hitita, mi señor, fue un hombre de quien no se puede decir que la vida le sonriera.

—¿Con mala sombra, queréis decir?

—Estaba casado con una preciosa mujer —me había explicado Cuthberto, poniendo cara de circunstancias—, una de esas mujeres que, ¡cuando la veis, os resulta imposible mirar para otro lado!

—Algunas he conocido a lo largo de mi vida —le había comentado.

—Y con todas acabasteis por casaros, mi señor —me había dicho Cuthberto, con una sonrisa maliciosa—. A David le apetecía holgar con la mujer de Urías, de modo

que envió un mensaje al jefe de su batallón para que lo pusiera en primera línea de batalla.

—¿Y resultó muerto?

—¡Y tanto que sí, mi señor! ¡El pobre cabrón acabó hecho trizas!

—De modo que David...

—¡Oh, sí! Pues claro que holgó con la preciosa joven, mi señor, desde el amanecer hasta el anochecer y, sin duda, hasta el día siguiente. ¡Los hay con suerte!

Así que tal era el destino que Etelhelmo había dispuesto para Etelstano. Había pretendido abandonarlo a su suerte en Northumbria con la esperanza de que nosotros acabáramos con él.

—Si pensáis que voy a poner en riesgo vuestra vida en el curso de una refriega —le dije—, ya podéis quitároslo de la cabeza. Os mantendréis los más alejado posible de cualquier escaramuza.

—En Frisia —apuntó Etelstano, con retintín.

—Pues claro, ¿dónde, si no? —repliqué.

—En tal caso, ¿cuándo tenéis pensado zarpar? —me preguntó.

Pregunta para la que no tenía respuesta. Continuaba a la espera de noticias. Confiaba en que mis espías o los informantes de Etelstano me pusieran al tanto de los planes de mis adversarios. No faltaban quienes no dejaban de hacerse cruces al ver que no hacía nada por recuperar Bebbanburg o, en caso de que hubieran prestado oídos a los rumores que circulaban, quienes no dejaban de preguntarse cuál podría ser el motivo de que no zarpase para Frisia de una vez por todas, en vez de andar holgazaneando por Dunholm, saliendo de caza, ejercitándome con la espada o de francachela.

Hasta que Eadith, extrañada, un día me preguntó:

—Pero ¿se puede saber a qué estáis esperando?

Portando halcones en los puños y seguidos por una docena de hombres que no me dejaban ni a sol ni a sombra en cuanto salía de la ciudadela, cabalgábamos por las colinas que se extienden al oeste de Dunholm. Ninguno de los que venían con nosotros podía oírlo que hablábamos.

—Dispongo de menos de doscientos hombres para recuperar Bebbanburg —le expliqué—, los mismos con los que, tirando por lo bajo, cuenta mi primo tras esas murallas.

—Pero vos sois Uhtred —repuso, tratando de infundirme ánimos.

Esbocé una sonrisa.

—Y de sobra sabe Uhtred lo que son las murallas de Bebbanburg —le dije— como para ir a jugarse la vida a sus pies.

—O sea que pensáis quedaros de brazos cruzados.

—Mi primo está cada vez más fuera de sí. Uno de sus graneros ha sido pasto de las llamas. Así que andará tratando de cerrar un trato con alguien que esté dispuesto a echarle una mano, alguien que pueda proporcionarle víveres. Lo malo es que los

barcos de Einar vigilan la costa, así que quien pretenda llevar comida al norte necesitará una flota, porque le va a costar lo suyo abrirse paso hasta la Puerta que da al Mar.

Durante una buena temporada, y por más que mi hija me asegurara que el arzobispo ni estaba reuniendo provisiones ni andaba en tratos con patrón de embarcación alguna, no dejé de albergar mis sospechas en cuanto a Hrothweard, recelos que acabaron por disiparse tras haber hablado con él.

—Y cuando esa flota zarpe... —empezó a decir Eadith, hasta que, de repente, cayó en la cuenta de lo que me proponía—. ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Vuestro primo está a la espera de la llegada de unos barcos!

—Eso creo.

—¡Y, de lejos, todos los barcos se dan un aire, claro! —Era una mujer despierta, tan despierta como hermosa.

—Pero no puedo hacerme a la mar —continué—, no mientras siga sin saber dónde se encuentra esa flota, quién está al frente de ella y cuándo tiene pensado zarpar.

Había que mantenerse, pues, a la espera de noticias. Estaba bastante al día de cuanto acontecía en el señorío de Bebbanburg; no en vano había enviado ojeadores para que me mantuvieran al tanto de los movimientos de los hombres de Constantino, y todos me habían dicho lo mismo: que Domnall, el jefe de sus tropas, confiaba en que la fortaleza acabaría por caer en sus manos gracias al hambre que estaban pasando sus defensores. Por otra parte, un puñado de guerreros escoceses había ocupado dos de los fortines de la muralla romana; eran guarniciones de escaso tamaño, porque Constantino también tenía otros quebraderos de cabeza, como la presencia de agresivos hombres del norte en el extremo septentrional de su territorio o, por el oeste, el siempre levantisco reino de Strath Clota. Y en ambos casos, necesitaba tropas para contenerlos; de modo que las guarniciones de la muralla, aparte de advertirle en caso de que nos decidiéramos a llevar nuestro ejército al norte, estaban allí solo para dejar constancia de que no renunciaba a su reclamación sobre el señorío de Bebbanburg. Tras haberse enterado de que Sigtryggr y los sajones del oeste habían llegado a un acuerdo para prolongar la tregua entre ambos reinos durante algo más de un año, no las tendría todas consigo; de modo que mi mayor temor, en aquel momento, era que ordenase un ataque contra las murallas de Bebbanburg, anticipándose así a cualquier intento, por mi parte o por parte de Sigtryggr, de verse obligado a renunciar a aquellas tierras, si bien, al mismo tiempo, sus espías lo habrían tranquilizado al informarle de que Sigtryggr, con vistas al inevitable ataque que habría de producirse cuando la tregua tocase a su fin, no hacía otra cosa que reforzar las murallas de Lindcolne y de Eoferwic. Nada, pues, podía llevarle a sospechar que alguien fuera a atacar a sus hombres, en tanto que el sentido común, por otra parte, habría bastado para convencerlo de que Sigtryggr no querría perder a ninguno de los suyos enzarzándose en una guerra con Escocia, cuando no le quedaba tanto para

verse envuelto en un conflicto de mayor enjundia contra los sajones del sur. Así que Constantino, persuadido de que la fortaleza acabaría por caer en sus manos gracias al sometimiento por el hambre de sus pobladores, prefería mantenerse a la espera. Quién sabe si incluso no habría acabado por creerse el cuento de que pensaba irme a Frisia. Seguro que no descartaba la posibilidad de iniciar un ataque contra las murallas de Bebbanburg, pero bien sabía de las letales consecuencias de tal ataque y, por las noticias que le llegaban del sur, más se inclinaría a pensar que no tenía necesidad alguna de sacrificar a montones de los suyos para hacerse con una presa que, a fin de cuentas, el hambre acabaría por poner en sus manos.

Así que toda Britania contenía la respiración a la espera de noticias. Eran tiempos en que los rumores campaban a sus anchas, bulos ideados para confundir que, no obstante, a veces se revelaban como ciertos. Un mercader de pieles curtidas me había asegurado que el baldío de la localidad de Maeldunesburh, lugar de residencia de Etelhelmo en Wiltunscir, le había dicho que el *ealdorman* tenía pensado invadir Northumbria con o sin la ayuda del rey Eduardo. Un cura de la lejana localidad de Contwaraburg había enviado una misiva en la que aseguraba que Eduardo estaba concluyendo una alianza con Constantino para invadir Northumbria y repartirse el reino entre ambos. «Por la Sagrada Sangre de Cristo, os juro que es cierto cuanto digo y que tales enfrentamientos comenzarán el día de la festividad de San Guntier de Bretaña», festividad que ya había pasado para cuando dicha carta llegara a Eoferwic y cayera en manos del arzobispo Hrothweard; con todo, uno de sus escribanos la copió y se la entregó a mi hija, quien, a su vez, me la hizo llegar a mí.

Al final, las noticias que tanto esperaba me llegaron gracias a Merewalh, el jefe de la guardia personal de Etelfleda. Merewalh, amigo desde hacía años, era un leal partidario de Etelfleda, quien le había encargado que me avisara de que alguien estaba enviando provisiones al puerto de Dumnoc, en Anglia Oriental, localidad donde, por otra parte, se estaba reuniendo una flota. «De todo esto se ha enterado en confianza por el padre Cuthwulf, capellán de lord Etelhelmo, y os ruega encarecidamente que no reveléis su nombre; por otra parte, también le dice que, si Dios quiere, la flota de lord Etelhelmo se hará a la mar tras la festividad de Santa Eanswida».

Y aquella información sí que tenía sentido. La festividad de Santa Eanswida tenía lugar al finalizar la cosecha, cuando había alimento más que de sobra y, si alguien tenía la intención de abastecer a una fortaleza asediada con suficientes provisiones como para que resistiese un año más, los últimos días del verano eran el momento propicio para hacer acopio de víveres. Y de todos los hombres que, en Britania, no podían ni verme, de todos aquellos que, de una u otra forma, buscaban cómo vengarse de mí, Etelhelmo era el más peligroso. Siempre había pensado que él era el candidato idóneo para echar una mano a mi primo, pero no tuve tal certeza hasta que no cayó en mis manos la carta de Merewalh.

De modo que, tras dejar a Sihtric y a dieciocho de los míos en Dunholm, el resto

de mis hombres y yo, junto con nuestras mujeres, niños, criados y esclavos, partimos para Eoferwic. A todos ellos les dije que nos íbamos a Frisia, antes de que, con tres de los míos, los cuatro nos acercáramos a Dumnoc.



Elegí como compañeros de viaje a tres que eran sajones y cristianos, porque me maliciaba que en Dumnoc, una localidad de Anglia Oriental recién conquistada por los sajones del oeste, no habrían de ser buenos los vientos que soplasen ni para los hombres del norte ni para los paganos. Así que me llevé conmigo a Cerdic, uno de mis hombres de más edad, no muy despierto pero leal hasta los tuétanos, y a Oswi, mucho más joven que él, que llevaba a mi lado desde chico. Para entonces, ya no solo era un hombre dotado de gran agilidad, sino también un magnífico guerrero. El tercero era Swithun, un sajón del oeste de aspecto angelical, de sonrisa pronta y risa franca, pero taimado y con unos dedos tan largos como los de un ladrón.

Los cuatro conseguimos subir a bordo de un barco sajón del oeste que había atracado en Eoferwic para dejar un cargamento de objetos de cristal y que, desde Northumbria, con el pantoque atestado de pieles sin curtir y lingotes de plata, se disponía a zarpar para Lundene. El patrón de la embarcación, Renwald, se quedó encantado tanto con el oro que le pagamos como al ver los largos cuchillos que llevábamos, por más que pensara que no nos sacarían de apuros en caso de una refriega.

—Vosotros tres, sin embargo, sí que podéis sernos de gran ayuda —dijo.

Swithun le dirigió una sonrisa cargada de intención.

—El abuelo se defiende bien —le dijo—. Ya sé que, de buenas a primeras, no parece gran cosa, pero es un vejestorio de armas tomar, ¿o no es así, abuelo? —se dirigió a voces a mí—. ¿Acaso no seguís siendo el viejo y canalla bribón de siempre?

Desde que me había enterado de la que se preparaba en Dumnoc, no había vuelto a recortarme la barba ni a atusarme los cabellos. Llevaba las vestimentas más sucias y harapientas que habían podido caer en mis manos y, antes de llegar a Eoferwic, había ensayado cómo andar encorvado. Tanto Finan como mi hijo me habían dicho que era un insensato, que no tenía por qué ir a Dumnoc, que cualquiera de ellos dos estaba en condiciones de hacer lo mismo que yo tenía pensado, pero el sueño de mi vida dependía de aquello que pudiera descubrir en aquella localidad portuaria de Anglia Oriental y, aparte de mí mismo, no me fiaba de nadie capaz de ir hasta allí y enterarse de la que se estaba tramando.

—No os lo toméis a mal —añadió Renwald—, pero si nos atacase algo tan solo un poco más grande que un bote de pesca, vuestros cuchillos no nos iban a servir de mucho. —Y es que, por decisión mía, no portábamos espadas ni machetes, tan solo cuchillos, no fuera a ser que a los pobladores de Dumnoc les diera por pensar que

éramos guerreros.

—¿Hay piratas por estas aguas? —mascullé.

—¿Qué dice?

—¡Habla más alto, abuelo! —me dijo Swithun a voces.

—¿Que si hay piratas por estas aguas? —grité con todas mis fuerzas, cerciorándome de que se me cayera la baba por aquel penacho blanco que me cubría la barbilla.

—Quiere saber si hay piratas por estos parajes —le aclaró Swithun a Renwald.

—Nunca se puede decir que no los haya —repuso Renwald—, pero, en los tiempos que corren, suelen ir en pequeñas embarcaciones. Gracias a Dios, desde que el rey Eduardo se apoderó de toda Anglia Oriental, no he vuelto a ver ni uno de esos alargados barcos daneses.

—Alabado sea por siempre —contesté con unción, al tiempo que me santiguaba. Durante aquel viaje y habida cuenta de lo importante que era para mí, no solo me hacía pasar por un cristiano más, sino que, en lugar del martillo, llevaba un crucifijo al cuello. Igual que simulaba que Swithun era mi nieto, farsa que él se había aprestado a secundar con inmoderado entusiasmo.

Como es natural, Renwald quería saber de dónde veníamos y cuál era el motivo de nuestro viaje, y Swithun, sin rebozo alguno, le endilgó toda una historia acerca de cómo nos habían expulsado de la propiedad que teníamos al norte de la muralla.

—Fueron los escoceses —concluyó, escupiendo por encima de la regala de la nave.

—Algo había oído de que esos carroñeros se habían aventurado al sur de su territorio. ¿Así que erais aparceros del señorío de Bebbanburg?

—El abuelo fue aparcerero del difunto lord Uhtred —repuso Swithun, refiriéndose a mi padre—. Siempre ha vivido en esas tierras, pero su suegro era dueño de una propiedad en Anglia Oriental y allá vamos, confiados en que aún siga siéndolo.

A Renwald se le hacía muy cuesta arriba imaginarse que cualquier sajón hubiese tenido agallas de quedarse en aquellos parajes que, en los últimos años, habían estado en manos de los daneses.

—¡Aunque nunca se sabe! —dijo—. Los hubo que resistieron hasta el final.

—Y quiero que me entierren allí —mascullé.

—¿Qué ha dicho?

—Que quiere que lo entierren con los de su familia —le explicó Swithun, antes de añadir—: ¡Pobre y viejo necio!

—¡Y vaya si lo entiendo! —replicó Renwald—. El día del juicio, más vale que uno resucite entre los suyos antes que verse rodeado de desconocidos.

—Amén —dije entre dientes.

La historia que le contó Swithun bastó para convencerlo. No porque albergase recelos en cuanto a nosotros, sino solo por satisfacer su curiosidad. Íbamos río Use abajo, dejándonos llevar por la corriente, recurriendo a los remos solo muy de vez en

cuando para enderezar el rumbo de la nave, que, por cierto, se llamaba *Rensnægl*.

—Porque es más lenta que una tortuga —o eso fue lo que, como si quisiera restarle importancia, con sorna nos dijo Renwald—; no es rápida, pero aguanta con todo lo que le echen. —Seis hombres componían la tripulación, demasiados tratándose de un mercante, pero muchas veces transportaban cargas valiosas y siempre había sido de la opinión de que nunca le vendrían mal unas cuantas manos de más como precaución frente a esos pequeños botes que podían salirles al paso en cualquier momento. Se acodó sobre el timón para llevar el barco al centro del río, allí donde la corriente era más fuerte—. Pronto tendrán succulentas presas a su alcance —dejó caer, frunciendo el ceño.

—¿Succulentas presas, decís? —se interesó Cerdic.

—Hay mucha gente que se apresta a zarpar —dijo, alzando los ojos al cielo para cerciorarse de en qué dirección soplaba el viento—. A punto están de concluir los días de los paganos en Britania —añadió.

—Alabado sea Dios —musité.

—¡Hasta el mismísimo Uhtred de Bebbanburg! —exclamó Renwald, sin poder ocultar su sorpresa—. Nadie pensó que jamás pudiera abandonar estas tierras, pero se ha hecho con unos barcos en Eoferwic, y allí se ha llevado a todos sus hombres con sus familias.

—Me habían dicho que había comprado esos barcos con intención de ir a Bebbanburg —terció Swithun.

—Ningún caudillo va a la guerra con las familias de los suyos —repuso Renwald con desdén—. ¡Se va, y bien lejos de aquí! A Frisia, por lo que me han contado. —Y señaló un punto más adelante—. Ahí está la confluencia con el río Humbre —nos aclaró—. ¡De aquí al mar, será un paseo!

Así que había sido mi decisión de abandonar Dunholm, junto con las familias y los hijos de los míos, el ganado y nuestros enseres lo que había dado alas al rumor de que teníamos pensado instalarnos en Frisia. Mis hombres habían llegado a Eoferwic con quince carretas tiradas por bueyes, cargadas hasta arriba de catres y espetones, marmitas y arados, guadañas y piedras de amolar; con todo lo que habíamos podido llevarnos, en pocas palabras. Y, como es natural, Renwald tenía toda la razón del mundo al decir que ningún hombre se dispone a ir a la guerra en barcos atestados de mujeres y niños, cuando menos con todos sus enseres, de modo que estaba seguro de que mi primo no tardaría en estar al tanto de que, junto con todas mis pertenencias, atrás había dejado la seguridad que me brindaba Dunholm. Pero aún querría saber más, claro está; como que contábamos con barcos suficientes para trasladar a todas las personas, animales y enseres que pensábamos llevarnos a Frisia.

Con ese fin, antes de salir de Eoferwic, le había entregado a mi hijo unas cuantas monedas de oro de mi de por sí ya mermado peculio y le había dicho que comprara o apalabrara tantos cargueros como pudieran hacernos falta.

—Disponed suficientes cajones y pesebres de madera en los barcos como para

doscientos caballos —le había dicho—, y procurad que todos los arreglos se lleven a cabo en Grimesbi.

—¿En Grimesbi? —se extrañó mi hijo.

Río abajo desde Eoferwic, Grimesbi era un puerto pesquero situado en la desembocadura del Humbre. Un lugar desolado, que los vientos zarandeaban a su antojo, mucho menos agradable que Eoferwic, pero también mucho más cerca del mar. Todavía no tenía ni idea de cómo iba a recuperar Bebbanburg; lo único que sabía con certeza era que mi primo estaba apalabrando una flota dispuesta a zarpar para sacarle de apuros y, si el mensaje de Merewalh estaba en lo cierto, dicha flota por fuerza tenía que estar reuniéndose en Dumnoc. Lo único que me faltaba por saber era cuándo pensaban zarpar y cuántos barcos la componían. El cura que había quebrantado la discreción impuesta por Etelhelmo había dicho que esa flota no se haría a la mar hasta pasada la festividad de Santa Eanswida, y aún faltaban varias semanas para eso, así que disponía de tiempo de sobra para fisgonear por aquella ciudad portuaria de Anglia Oriental y pensar en cómo sustituir los barcos de Etelhelmo por los míos. Porque esos barcos, los míos, estarían en Grimesbi, cerca del mar, dispuestos a zarpar para hacer realidad las pesadillas de mi primo.

Porque me imaginaba que, a esas alturas, mi primo ya estaría al tanto de los nuevos barcos y de la presencia de nuestras familias, incluso me maliciaba que ya empezaba a creerse lo de que nos íbamos a Frisia. Para sus adentros, debía de estar pensando que no me veía en condiciones de emprender una guerra para recuperar Bebbanburg y, de paso, hacerle frente a Constantino; en pocas palabras, que había renunciado a mi sueño. Con todo, aún seguiría interesado por saber dónde andaba y, quizá, le hubiese llamado la atención el hecho de que no me hubiese desplazado a Grimesbi con el resto de los míos, pero Sigtryggr y mi hija ya se habían encargado de decirles a cuantos hubieran querido escucharles que estaba enfermo y obligado a guardar cama en su palacio.

Cuando los rumores vuelan, cuando todo lo que se oye no son sino verdades a medias, es la hora del aprendiz de brujo.

Y yo iba camino de Dumnoc.



Localidad en la que ya había estado bastante tiempo atrás, y donde me había quedado atrapado en la taberna más frecuentada del lugar, El Ganso, un sitio del que, solo a duras penas, había conseguido escapar tras provocar un incendio que había aterrorizado al pueblo entero para dispersar a aquellos de mis enemigos que habían rodeado el edificio. Al final, el fuego se propagó y casi toda la ciudad acabó envuelta en llamas. Lo único que había quedado en pie eran unas pocas casas situadas a las afueras, y la elevada y destartalada atalaya desde donde los lugareños observaban los

incierto titubeos de aquellos barcos enemigos que se aventuraban entre los traicioneros bancos de arena que, diseminados por doquier, acechaban en la desembocadura del río. Cuando nos acercábamos a aquellos peligrosos bajíos, había confiado en que Renwald se mostrara más cauteloso, pero ni siquiera lo dudó: con tino, llevó el *Rensnægl* por entre las varas blancas de mimbre que acotaban el canal.

—Han tenido a bien retirar los postes de pega.

—¿Acaso antes los había? —se interesó Cerdic.

—Durante muchos años, se dedicaron a colocar unas varas blancas de mimbre para confundir a los navegantes, pero ahora esos postes indican por dónde discurre el canal. ¡Remad, muchachos! —Sus hombres empuñaban con brío los remos, poniendo todo de su parte tanto para dejar atrás sin percances tanto los bajíos más próximos al mar como un tiempo que empezaba a refrescar. El viento soplaba con fuerza, arrastrando unas olas de amenazantes y blancas crestas que iban a romper contra los bancos de arena. Ocultando el sol y preñados de augurios de mal tiempo, negros nubarrones oscurecían el cielo por el oeste—. En cierta ocasión, mi padre —seguía contándonos Renwald— vio en lo alto de ese banco de arena —señaló con la cabeza al sur, allí donde unas encrespadas olas con furia rompían contra un insospechado bajío— un barco de cincuenta remos con una cabeza de dragón en la proa. Aprovechando la marea alta, una de esas mareas de primavera, aquellos pobres cabrones intentaban llegar a tierra siguiendo los falsos postes, y remarón y remarón como almas que lleva el diablo. Dos semanas estuvieron tratando de volver a poner a flote la nave, pero no lo consiguieron. Todos perecieron ahogados o por falta de sustento mientras, sin mover un dedo, las gentes del pueblo contemplaban el espectáculo. Nueve o diez consiguieron llegar a nado hasta la costa, y el bailío dejó que las lugareñas acabasen con ellos. —Se acodó con fuerza en el timón, el *Rensnægl* viró bruscamente y enfiló el canal principal—. Naturalmente, de eso hace ya mucho tiempo, antes de que los daneses se apoderasen de este lugar.

—Pero ahora vuelve a ser una localidad sajona —dije.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Renwald.

—¡Habla más alto, abuelo! —gritó Swithun—. ¡Ya está bien de tanto musitar!

—¡Que ahora vuelve a ser una localidad sajona! —dije a voces.

—Y Dios quiera que lo siga siendo —repuso Renwald.

Los remeros seguían a lo suyo y con ganas. La marea estaba bajando y un fuerte viento del suroeste arremetía contra la proa del *Rensnægl*. Aquellas pequeñas olas nada bueno auguraban y no me dieron ninguna envidia los hombres que, en aquel momento y a merced de aquel viento que iba en aumento, se encontrasen a mar abierto. La noche se presentaba fría y desapacible. Renwald debía de estar pensando lo mismo que yo, porque alzó los ojos hacia aquellas nubes que, presurosas, se alejaban de los negros nubarrones que se abrían paso por el oeste.

—Supongo que tendremos que quedarnos aquí uno o dos días por lo menos, hasta que esto pase. No hemos ido a tocar tierra en un mal sitio.

La ciudad estaba casi como yo la recordaba antes de haberle prendido fuego. En lo más alto, una iglesia con su torre que remataba una cruz. En tiempos, Guthrum, un danés que se había convertido al cristianismo, había ocupado el trono de Anglia Oriental. La humareda de una veintena de fogatas cubría la playa de guijarros, donde, colgando de unos altos secaderos, ahumaban arenques o hervían marmitas de agua del mar para quedarse con la sal. Las casas más cercanas al mar se aupaban en unos achaparrados pegollos de madera; la verdosa pátina de limo que recubría los gruesos troncos daba idea de la altura que habían alcanzado algunas de las mareas más vivas: poco les había faltado para llegar a las plantas bajas de las casas. Un largo embarcadero y dos muelles atestados de barcos no dejaban ver la orilla del río.

—¡Esto parece Lundene! —exclamó Renwald, extrañado.

—A la vista del mal tiempo que se nos viene encima, nada como ponerse a buen abrigo —apunté.

—Hace un par de meses, la mayoría de esos barcos ya estaban aquí —repuso—: venían con víveres para las tropas del rey Eduardo, pero pensaba que hacía tiempo que habrían regresado a Wessex. ¡Ahí! —exclamó, al ver un hueco libre en el largo embarcadero que discurría al pie de la orilla sur, al tiempo que se apoyaba con fuerza sobre la caña del timón de espadilla, haciendo que, lentamente, el *Rensnægl* virase hacia aquel sitio, cuando, desde uno de los muelles, un hombre empezó a decirnos a voces:

—¡Ahí no! ¡Ahí no! —gritaba—. ¡Fuera de ahí, maldita sea! ¡Fuera de ahí!

Al final, atracamos junto a un mercante frisio que estaba amarrado en el muelle occidental, en tanto que el hombre que nos había dicho que nos fuéramos del hueco que habíamos visto en el embarcadero subía a bordo para exigirnos los derechos de amarre. Graznando como si fueran a desgañitarse en aquel aire tan frío, una bandada de gaviotas revoloteaba por encima de nuestras cabezas.

—Ese hueco está reservado para el barco del rey —le explicó aquel hombre, mientras contaba la plata que Renwald acababa de poner en sus manos.

—¿Acaso tiene pensado venir? —se interesó Renwald.

—Nos han dicho que dejemos ese embarcadero libre por si se le ocurría pasarse por aquí. Aún no lo hemos visto, pero quién sabe. Lo mismo podría presentarse un ángel y darle un azote en el culo a mi mujer, algo que tampoco ha pasado por ahora. Ahora que habéis satisfecho los derechos de amarre, vamos con los fletes, ¿os parece? ¿Qué carga transportáis?

Dejé que Renwald se las apañase como buenamente pudiese con aquel hombre, en tanto que yo bajaba a tierra con los tres que venían conmigo. Casi como una réplica de la de antaño, la taberna de El Ganso seguía ocupando el más vasto de los edificios que daban al puerto. Yo era quien había prendido fuego a la antigua taberna, pero la nueva se daba el mismo aire y, gracias al sol y al salitre, hasta las vigas habían adquirido el mismo tono plateado. Lo mismo que el pato enojado del cartel que, balanceándose de un lado a otro a merced del viento, no dejaba de chirriar. Nada más

entrar, dimos en una estancia abarrotada donde, a ambos lados de un barril que hacía las veces de mesa, aún había dos bancadas libres junto a uno de los ventanales que, abiertas como estaban las contraventanas, daban al embarcadero. Un puñado de hombres medio borrachos armaba un escándalo considerable, y eso que aún faltaban dos horas para la puesta de sol.

—¿Quiénes son esos? —se interesó Cerdic.

—Hombres de lord Etelhelmo —repuse. Había reconocido a un par de ellos, en tanto que otros vestían la capa de color granate de los hombres de la guardia personal del *ealdorman*. De no haber tomado la precaución de calarme hasta los ojos la astrosa caperuza que llevaba, de revolverme los pelos para que se me vinieran a la cara y de esforzarme en simular que caminaba encorvado y medio cojo, seguro que ellos también me habrían reconocido. Por si acaso, miré de sentarme en la penumbra que proyectaba una de las contraventanas. En cuanto nos acodamos, me encargue de cerrarlas y asegurar las aldabillas, pero algunos de los presentes empezaron a gritar y a decirnos que las abriéramos de nuevo. Con la humareda que salía del hogar apenas si se podía respirar allí dentro, y la brisa que entraba por aquel ventanal contribuía a aligerar el ambiente.

—¿Y qué hacen aquí? —insistió Cerdic.

—Tras haber concluido la conquista de Anglia Oriental —expliqué—, están a la espera de los barcos que hayan de llevarlos de vuelta a casa. —Algo que, en mi opinión, no podía estar más lejos de la realidad, pero que, sin duda, debía de ser la versión que circulaba por la pequeña localidad, y Cerdic se dio por satisfecho.

—¿Traéis dinero? —nos increpó una voz desabrida.

Swithun puso unas cuantas piezas de plata encima del barril que hacía las veces de mesa.

—¿Y vos, tenéis cerveza? —le preguntó al hombre en el mismo tono, mientras yo agachaba la cabeza.

—Cerveza, comida y putas, muchachos. ¿Qué os apetece más?

Las putas ejercían su oficio en un altillo al que se accedía por una escala que colgaba en el centro de la estancia. Al pie de la misma, una mesa que ocupaban unos cuantos hombres con ganas de camorra, y que, cada vez que una chica subía o bajaba por la escala, se ponían a aporrear la mesa y a cubrirla de lindezas.

—Escuchadme bien —les dije en un susurro a los tres que venían conmigo—, esos cabrones solo buscan pelea. Que no os provoquen.

—¿Y si nos preguntan quiénes somos? —me preguntó Oswi, hecho un manojo de nervios.

—Pues decidles que somos criados al servicio del arzobispo de Eoferwic, que vamos camino de Lundene para comprar unas piezas de seda —dije, pensando que, una vez en tierra, más fácil sería que dieran por bueno aquel cuento que el que le habíamos endilgado a Renwald, porque, sin duda, empezarían a hacerme preguntas acerca de la familia de mi mujer, preguntas para las que carecía de respuestas que

pudieran resultar convincentes. Más valía, pues, que nos presentáramos como forasteros, y a Oswi le sobraban motivos para estar nervioso. Por otra parte, aquellos hombres, si no del todo, estaban a un paso de emborracharse por completo, de modo que no habría de pasar mucho tiempo antes de que estallase una trifulca, y lo único que se me pasó por la cabeza fue que quizá se lo pensarán dos veces antes de ir a por unos pobres servidores de la Iglesia.

Con una descomunal ovación, recibieron a uno que bajaba por la escala. Un hombre descomunal, de espaldas anchas y cabellos rubios cortados al rape. De un salto, se llegó hasta ellos y se deshizo en reverencias a un lado y otro de la mesa.

—Ese es Hrothard —les dije.

—¿Lo conocéis, mi señor? —se interesó Cerdic, que no salía de su asombro.

—No os dirijáis a mí utilizando ese tratamiento —bramé por lo bajo—, y sí, lo conozco. Es uno de los sicarios de Etelhelmo. —Me había extrañado que Hrothard no estuviera al lado de Brice en Horneceastre. Lo conocía porque había sido el segundo de Brice cuando ambos habían intentado acabar con el joven Etelstano en Cirrenceastre, tendiéndole una emboscada que me había encargado de desbaratar. Hrothard era muy parecido a Brice: un sayón despiadado que, sin pena ni remordimientos, se limitaba a hacer lo que le ordenara su señor. En aquel momento, con una sonrisa de oreja a oreja, les decía a sus compinches:

—¡Me he tirado a dos de esas preciosidades, muchachos! ¡Pero os he dejado en reserva una danesita que es una perita en dulce! —Estas palabras bastaron para que le dedicaran una ovación no menos ruidosa que la anterior.

—Cuando las aguas vuelvan a su cauce —le dije a Swithun, antes de callar la boca al ver que una ajetreada muchacha se disponía a ponernos unos cuencos y una jarra de cerveza encima de la mesa; esperé hasta que se marchó, abriéndose paso como pudo entre las manos que, desde las bancadas, trataban de toquetearla—, como os decía, cuando todo esto se calme, subiréis por esa escala. —Swithun esbozó una sonrisa maliciosa, sin abrir la boca—. Poneos al día de lo que puedan saber las chicas. Pero hacedlo con tiento. Que no piensen que estáis interesado; tan solo dejad que hablen.

Porque no otra era la razón de nuestra presencia allí: saber lo que se estaba tramando en aquella remota ciudad portuaria del extremo oriental de Britania. Me imaginaba que ninguna de las putas de aquella taberna estaría muy al tanto, pero cualquier información, por nimia que pareciera, podría serme de utilidad. Solo con haberme llegado hasta allí, ya me había puesto al tanto de bastantes cosas. Como que la ciudad estaba infestada de guerreros que, a estas alturas, ya deberían haber vuelto a casa. O que las varas blancas de mimbre que habían dispuesto en aquella desembocadura tan traicionera, en lugar de estar desperdigadas para confundir y que las embarcaciones enemigas acabasen por naufragar en los bajíos como antaño, de verdad indicaban por dónde discurría el canal, lo que, a su vez, me llevaba a pensar que los nuevos amos de la ciudad esperaban la presencia de más barcos y que no

querían perderlos. Y quien mandaba en aquella ciudad, y de eso no me cabía duda, no era otro que Etelhelmo, y Etelhelmo solo buscaba cómo vengarse de mí.

Y sabía en qué habría de consistir tal venganza.

Lo que seguía sin saber era cómo pensaba llevarla a cabo.

—Santo cielo —exclamó Cerdic—, ¿acaso estáis viendo lo mismo que yo? —Se había asomado al ventanal y, fuere lo que fuere lo que hubiera visto, el caso es que había bastado para llamar la atención del resto de los presentes, que se abalanzaron hacia la puerta y se quedaron mirando al río.

Porque acababa de llegar un barco.

Nunca había visto nada igual. ¡Un barco blanco! Como si la luz del sol hubiera desblanquiñado los tablones del casco o, más bien, como si los hubieran blanqueado. Un blanco que viraba a verde oscuro a la altura de la línea de flotación, como si un mar bravío se hubiera encargado de restregárselos. Era un barco elegante y alargado; nada más verlo, pensé que se trataba de un barco danés que hubiera caído en manos de los sajones, puesto que, reluciente, una cruz de plata coronaba la altiva proa. Replegada, en cubierta yacía la vela que, a simple vista, también parecía de lienzo blanco. En lo alto del palo, un estandarte que, enrollado sobre sí mismo e incapaz de ondear, más parecía un sudario, pero que, en el preciso instante en que el timonel hizo virar la nave para atracar en aquel hueco reservado, pareció liberarse de sus ataduras para, con altivez, desplegarse hacia el este dejando al descubierto un blanco ciervo rampante sobre fondo negro.

—Lord Etelhelmo —musitó Swithun.

—¡Silencio! —bramó Hrothard tras haberse llegado hasta la puerta y haber visto el barco, dirigiéndose a aquellos hombres que, medio borrachos, se agolpaban a la entrada de la taberna para dar la bienvenida al barco blanco—. ¡Presentad vuestros respetos!

Tratando de ver algo por encima de las cabezas de los hombres que habían salido al muelle para no perderse la llegada de aquel barco, me encaramé a la bancada que ocupábamos. Algunos, tan solo unos pocos que llevaban sombrero, se lo quitaron al ver que el barco se disponía a atracar. Un barco precioso, en mi opinión. Sigiloso, apenas si removi6 el agua mientras se deslizaba hasta ponerse al abrigo de los muelles. De líneas perfectas, los tablones del casco estaban tan perfectamente curvados por los artesanos que lo hubieran construido que más parecía flotar sobre el agua que surcarla. Un último golpe de remo antes de retirar los remos de los escálamos de aquel costado de la nave y dejarlos en cubierta, que ya un timonel avezado la situaba en el hueco que le habían reservado. Lanzaron unos cabos a tierra, unos hombres se hicieron cargo de las maromas y, con delicadeza, concluyó la maniobra de atraque.

—El *Ælfswon* —dijo un hombre, contemplándolo admirado.

O sea, «el cisne resplandeciente»; bonito nombre, pensé. Desfallecidos, los remeros se dejaron caer sobre los bancales. Debía de haberles costado lo suyo mover

aquel cisne resplandeciente contra aquel viento que iba en aumento y las nada tranquilizadoras olas que se hacinaban en la bocana del puerto. Con sus capas de color granate, acerté a ver a un grupo de guerreros con yelmos y cotas de malla. De un salto, se plantaron en el muelle, en tanto que, desde el barco, otros hombres les alcanzaban los escudos. Eran seis. ¿Estaría Etelhelmo entre ellos?

Dos esclavos enanos dispusieron una pasarela de madera para salvar la estrecha hendidura que separaba el barco del muelle. En el centro de la nave, un montón de cajones y barriles ocultaban casi por completo a un grupo de personas que esperaba para bajar a tierra; de improviso, aparecieron dos curas que bajaron por la pasarela; tras ellos, un grupo de mujeres, todas con caperuzas caladas hasta los ojos. De pie, en mitad del muelle, mujeres y curas parecían permanecer a la espera de la llegada de alguien más.

Un hombre alto, con un yelmo que remataban unas negras crines de caballo y ataviado con una capa también negra, se llegó al pie de la pasarela. No era Etelhelmo; aquel hombre era más alto. Reparé en el destello del oro que llevaba al cuello mientras aguardaba la llegada del último de los pasajeros que se disponía a bajar a tierra: una muchacha vestida toda de blanco, con la cabeza al descubierto, sus largos cabellos rubios a merced de aquel viento que soplaba cada vez más fuerte. Esbelta, alta, parecía estar muy nerviosa, hasta el punto de que, al llegar al centro de la pasarela, por un momento dio la impresión de que fuera a perder el equilibrio. Pensé que acabaría en el agua, pero, justo entonces, el hombre alto del yelmo adornado con crines de caballo alzó una mano, la sujetó del brazo y, con paso firme, la condujo a tierra.

Los hombres que estaban a la puerta de la taberna empezaron a aplaudir y a patear el suelo para dar la bienvenida a los recién llegados. Al oír semejante tumulto, la muchacha pareció sorprenderse y se volvió para echarnos un vistazo, y, al ver aquel rostro, tuve que contener la respiración. Joven, de ojos azules, piel muy blanca, sin rastro de cicatriz alguna y boca grande, una mujer preciosa que, sin embargo, parecía muy desgraciada. Le eché unos trece o catorce años; supuse que no estaba casada, porque, de haberlo estado, se habría recogido los cabellos. Dos de las mujeres se apresuraron a echar una capa ribeteada en piel sobre los hombros de tan delicado ser; una de ellas le caló la caperuza ocultando aquellos largos cabellos rubios. Tras lo cual, el hombre alto la tomó por el codo y se la llevó del muelle; tras ellos, las mujeres y los curas, rodeados por los seis guerreros lanza en mano. Con la cabeza cubierta, la joven pasó como una exhalación por delante de la taberna.

—Por todos los santos, ¿quién es esa mujer? —se interesó Swithun.

—Quién si no Ælswyth —repuso uno de los hombres que estaban fuera de la taberna y que, por casualidad, había oído la pregunta.

Sacándole al menos la cabeza, el hombre alto del yelmo de crines negras no se separaba de la joven. Nos echó una mirada y, sin pensármelo dos veces, procuré agazaparme en la penumbra. No llegó a verme, pero yo sí que lo reconocí.

—¿Y quién es Ælswyth, si puede saberse? —volvía a la carga Swithun, sin poder apartar los ojos de la mujer encapuchada. Porque, como todos los que allí estaban, se había quedado sin palabras.

—¿De dónde habéis salido? —se interesó aquel hombre.

—De Northumbria.

—Es la menor de las hijas de lord Etelhelmo. Y más vale que vosotros, ratas norteñas, os vayáis acostumbrando a su presencia.

—No me costaría nada —aseveró Swithun con unción.

—Porque va a establecerse en vuestro asqueroso país, chaval.

Y el hombre que acompañaba a Ælswyth no era otro que Waldhere, el jefe de la guarnición de mi primo.

Y mi primo no tenía esposa.

Tal era la exquisita venganza que había ideado Etelhelmo. Se disponía a ir a Bebbanburg.

CAPÍTULO VIII

En compañía de seis desconocidos, pasamos la noche sobre un montón de inmunda paja que encontramos en un hediondo establo vacío de las cuadras de la taberna de El Ganso. Una esquirla de plata bastó para que los cuatro nos desayunáramos con un trozo de pan duro como una piedra, queso fresco y cerveza aguada. Oí un ruido parecido al de un trueno y miré a lo alto, pero, a pesar de que el viento aún soplaba con fuerza y de aquellas nubes bajas y grises que cubrían el cielo, ni llovía ni parecía que se avecinara tormenta alguna. Hasta que caí en la cuenta de que tal estruendo se debía al ruido de unos barriles vacíos que, rodando, llevaban por la calle que discurría al otro lado del patio de la taberna. Me llegué hasta la puerta y reparé en unos hombres que venían empujando media docena de enormes toneles desde el puerto; a esos los seguía otro, al cuidado de una reata de mulas de carga con las alforjas llenas de sal.

Le hice una seña a Swithun para que se acercara y le puse en la mano unas monedas.

—No os mováis de aquí en todo el día —le dije, señalándole la taberna—. No os metáis en líos. No os emborrachéis. No os pongáis gallitos. Y aguzad las orejas.

—Como ordenéis, mi... —y se detuvo a tiempo antes de concluir «señor».

Siempre que alguien podía oírnos, disfrutaba de lo lindo con eso de llamarme «abuelo», pero, a solas, le resultaba casi imposible no dirigirse a mí como su señor. Aunque en el patio habría una veintena de hombres —unos, remojándose la cara con agua que sacaban de un abrevadero de madera para las caballerías, en tanto que otros se llegaban a unas letrinas que había al pie de la cerca que daba al este—, en aquel momento, estábamos los dos solos. Las letrinas en cuestión no eran sino un hondo foso cubierto con una especie de banco de madera, bajo el cual, por lo visto, discurría un riachuelo. Olía a demonios.

—Dejad que hablen las chicas, ¡y prestad atención a todo lo que digan!

—Así lo haré, mi... —de nuevo sin acabar la frase, antes de bajarla vista y contemplar los chelines de plata que le había dado, como si se hubiese quedado sorprendido ante tamaña muestra de generosidad por mi parte—. ¿No tendréis inconveniente en que...? —Y pareció dudar de nuevo.

—A menos que antes las paguéis, no van a deciros nada —tercié—, y no pensaréis pagar solo por hablar, ¿verdad que no?

—No, mi...

—Pues a lo vuestro —me imaginaba que ninguna de las chicas estaría despierta a esas horas, pero eso no impidió que, impaciente, Swithun se aprestara a entrar en la

taberna.

Oswi se puso mohíno.

—Pues vaya; yo también podría haberme...

—Esta tarde —le interrumpí—. Vos seréis quien lo sustituya esta tarde. Para entonces, Swithun ya no podrá ni tenerse en pie. Pero, alejémonos de este apestoso lugar.

Sentía curiosidad por saber a dónde llevaban aquellos barriles, pero no tardé mucho en descubrirlo, porque, apenas si había dado treinta pasos desde la puerta trasera del patio de la taberna, cuando empecé a oír estremecedores chillidos. En una calle ancha que, en dirección este, llevaba a las afueras de la ciudad, una cuadrilla de hombres se dedicaba a matar cerdos. Dos blandían hachas, los otros llevaban cuchillos y serruchos. Sabiendo lo que les esperaba, los gorrinos chillaban como lo que eran, mientras las hachas iban y venían, y chorros y chorros de sangre salpicaban las paredes de las casas y anegaban las rodadas que surcaban la calle. A la vista de semejante carnicería, fuera de sí, unos perros ladraban, en tanto que unos cuantos cuervos permanecían apostados en lo alto de las techumbres más próximas, mientras, con cuencos, jarras y barreños, unas cuantas mujeres trataban de afanar cuanto sangre podían para mezclarla con avena. Con escasa pericia, los improvisados carniceros cortaban paletillas, costillares, lomos y jamones, manos y riñones, desechando las otras partes de aquellos animales, antes de arrojarlos a otros que iban amontonando piezas de carne y capas de sal en aquellos enormes barriles. Al ver que se desentendían de cabezas, tripas, corazones y pulmones, los perros se peleaban por las vísceras, mientras las mujeres trataban de atrapar lo que pudieran, en tanto que seguían trayendo más y más cerdos chillones a los que abrían la cabeza a hachazos. Semejante desperdicio de cabezas y corazones permitía hacerse una idea cabal de las prisas que llevaban aquellos hombres.

—Eso no está nada bien —musitó Cerdic.

—¿Desperdiciar las cabezas así? —le pregunté.

—Los cerdos son listos, mi señor... —dijo, con rabia contenida—. Os ruego que me disculpéis. Mi padre criaba cerdos. Siempre decía que eran unos animales muy listos. ¡Saben lo que les espera! Al cerdo hay que pillarlo por sorpresa. Eso es lo que hay que hacer.

—¡Pero si no son más que cerdos! —dijo Oswi, con desdén.

—No está bien. Esos animales se dan cuenta de lo que pasa.

Y allí los dejé, discutiendo. Traté de recordar lo que había dicho el padre Cuthwulf, el cura que espiaba para Etelfleda: según él, aquella flota se haría a la mar pasada la festividad de Santa Eanswida, y aún faltaban unas cuantas semanas para eso. Pero, al igual que yo difundía bulos para confundir a mis enemigos, lo mismo podría estar haciendo Etelhelmo. Si aquella alocada carnicería había de tener algún sentido, lo más probable era que la flota se dispusiera a zarpar mucho antes de la festividad de la santa. ¿En los próximos días quizá? ¿Y por qué no ese mismo día? De

no ser así, ¿qué pintaba Ælswyth allí? Porque a su padre no le haría ninguna gracia que la muchacha tuviera que quedarse unas cuantas semanas en aquella inhóspita ciudad de Anglia Oriental, ni que sus tropas permanecieran ociosas tanto tiempo.

—Vamos a dar una vuelta por el puerto —dije a Oswi y a Cerdic.

Entre los montones de leña que había en la taberna, había encontrado un tosco palo y, apoyándome en él, renqueante, eché a andar hasta dejar atrás El Ganso. Caminaba con la espalda encorvada, lo que me obligaba a ir más despacio, confiado en que a nadie le diera por sospechar que aquel achacoso y zarrapastroso viejo que apenas si se tenía en pie fuera a ser Uhtred, el señor de la guerra. Consentí incluso en que Cerdic me ayudara tomándome por el brazo a la altura del codo mientras salvábamos la irregular brecha que se abría entre la tierra firme y el muelle. Cuando Cerdic me soltó, tanteando el suelo con aquel rudimentario bastón, hice como que me iba para todas partes. Allí, el viento, silbando entre los aparejos de los barcos amarrados y levantando olas de blancas crestas en las aguas del río, soplaba con más fuerza.

Tanto el alargado embarcadero como los dos muelles que, aguas adentro, lo prolongaban, discurrían en paralelo a la orilla del río; eran tantas las naves que se hacinaban en aquellas dos endeble estructuras que la mayoría de los barcos estaban amarrados de dos en dos, cuando no de tres en tres, con los dos navíos de ambos lados fiándolo todo a que la nave de en medio los mantuviese amarrados al embarcadero o al muelle. Una docena de hombres que, a mi entender, habían pasado la noche en el barco, se afanaban a bordo del *Ælfswon*, que permanecía atracado en el centro del alargado embarcadero. Porque en la ciudad ya no cabía un alfiler. Todas las tabernas estaban abarrotadas, y si Etelhelmo, o quienquiera que estuviese al mando de las tropas, no hacía algo y pronto, no tardarían en producirse disturbios. Porque, si ociosos los hombres no dudan en hacer de las suyas, ¿qué se puede esperar de hombres ociosos sobrados de cerveza, putas y armas?

No tardé en darme cuenta de que la mayoría de aquellas embarcaciones no eran sino cargueros de amplios pantoques y proas menos altivas que propias de barcos de guerra. Algunos incluso parecían abandonados. Llegué a ver un barco que, con los tablones ennegrecidos por dejadez, hacía aguas por todas partes. No vi vela alguna plegada en la cubierta, pero sí un obenque que, hecho trizas, ondeaba bajo aquel viento endiablado; aun así, otro barco permanecía amarrado a su costado. Otros, en cambio, entre los que llegué a contar catorce dispuestos para hacerse a la mar y en los que nunca faltaban tres o cuatro hombres a bordo, ya estaban cargados de barriles y cajones cuidadosamente arrumados en mitad de la cubierta. Un poco más allá, estaban los barcos de guerra, más esbeltos, alargados y agresivos. Como el *Ælfswon*, la mayoría llevaba una cruz en lo alto de la proa. Con los cascos restregados a conciencia, con el *Ælfswon*, conté hasta ocho; en todos ellos había hombres a bordo. Me detuve junto a uno de ellos y me quedé mirando la espuma que formaba el agua en derredor, lo que me llevó a pensar que hacía poco que lo habían varado para retirar

todas las algas que recubrieran el casco. Un casco bien limpio permite que un barco navegue más deprisa, y la velocidad permite ganar batallas en el mar.

—¿Qué estáis mirando, tullido? —me gritó un hombre.

—Que Dios os bendiga —repuse—, que Dios os bendiga.

—Perdeos por ahí y buscaos otro sitio donde morir —rezongó el otro, no sin santiguarse después. Un tullido trae mala suerte. Ningún marinero querría hacerse a la mar llevando un tullido a bordo; incluso que un tullido ande merodeando cerca de un barco también puede acarrear mal fario.

Obedecí a la primera de sus órdenes y, cojeando, me alejé de aquella parte del muelle. Había contado dieciséis pares de bancales, es decir, treinta y dos remeros. Tanto el *Ælfswon* como los dos barcos que permanecían amarrados a su proa y a su popa eran más grandes, unos cincuenta hombres en cada uno de ellos, lo que me dio a entender que los ocho barcos de guerra de que disponía Etelhelmo podían transportar unos cuatrocientos guerreros, eso sin contar con aquellos que fueran a bordo de los cargueros. Así que disponía de todo un ejército.

Y no tenía dudas en cuanto a dónde se dirigía semejante ejército: a Bebbanburg. Mi primo era viudo, y Etelhelmo iba con la intención de proporcionarle una esposa. A mi primo lo estaban matando de hambre, y Etelhelmo se disponía a llevarle provisiones. Mi primo disponía de los hombres necesarios para defender las murallas de Bebbanburg, no así para recuperar el señorío, y allí estaba Etelhelmo con los suyos, dispuesto a proporcionárselos.

¿Y Etelhelmo? ¿Qué pensaba conseguir a cambio? Convertirse en el señor del norte de Northumbria y ser recordado como aquel que expulsara a los escoceses de tierras sajonas. Dispondría, además, de una fortaleza inexpugnable desde la que iniciar una invasión por el norte contra el reino de Sigtryggr, un ataque que obligaría a mi yerno a dividir sus fuerzas cuando Eduardo tomara la decisión de atacar por el sur. Y se haría con una fortaleza tan formidable que hasta podría desafiar abiertamente al mismísimo Eduardo de Wessex. Obligarlo incluso a desheredar a Etelstano, si no quería que la parte norte del territorio se volviese en su contra. Y algo que acabaría por resarcirlo del todo: habría dado con el modo de vengarse de mí.

—A los buenos días —me dijo una voz amiga; me volví y vi a Renwald, que estaba meando al borde del embarcadero—, ¡a pesar del mal tiempo! —Tanto él como los de su tripulación habían pasado la noche a bordo del *Rensnægl*, que aún seguía amarrado al costado de aquel mercante frisio. Para protegerse del viento, habían dispuesto una lona a modo de toldo en la popa.

—¿Pensáis quedaros por aquí un par de días? —le pregunté.

—¿Y esa cojera? —se interesó, frunciendo el ceño.

—No es nada; me duele un poco la cadera.

Alzó la vista y contempló aquellas nubes bajas.

—Seguiremos aquí hasta que esto pase. Aunque me da la sensación de que tenemos lluvia y viento para rato. Cuando amaine, nos haremos a la mar. ¿Disteis con

vuestra familia?

—No estoy muy seguro de que aún anden por aquí.

—Hago votos porque así sea —dijo afablemente.

—Si tuviera que regresar al norte —me interesé—, ¿nos llevaríais? Os pagaré lo que sea.

—¡No me queda otra que volver a Lundene! —repuso, riendo entre dientes—. Pero aquí encontraréis montones de barcos que tengan pensado ir al norte —dijo, al tiempo que observaba las nubes de nuevo—. Es probable que mejore a partir de hoy, así que zarparemos mañana. Esperaremos a que el tiempo se asiente un poco, y mañana, con la marea, nos haremos a la mar.

—Os pagaré bien —le insistí. Empezaba a temerme que iba a tener que volver al río Humbre antes delo que tenía pensado, y sabía que Renwald era de fiar.

Ni siquiera contestó a la oferta que acababa de hacerle porque no podía apartar los ojos del mar.

—¡Santo Dios! —exclamó; me volví, y vi un barco que se disponía a adentrarse en el río—. No quiero ni imaginarme la noche que han debido de pasar esos pobres miserables —añadió Renwald, al tiempo que se santiguaba.

Si el cielo estaba oscuro, no menos lo parecía aquel barco bajo y alargado, un barco de guerra que, con la vela firmemente sujeta al palo, remontaba el río a golpe de remo. Una cochambrosa nave en la que, entre jirones de vela y obenques deshilachados que el viento zarandeaba a su antojo, ondeaba un largo gallardete que pendía de la altiva proa que una cruz se encargaba de rematar. Entre la espuma de las pequeñas olas que iban a romper contra su casco, sus agotados remeros plantaban cara al viento, la corriente y la marea tratando de llegar a los muelles.

El timonel la llevaba directamente hacia el *Ælfswon*, y cuál no sería mi sorpresa cuando reparé en que, en vez de advertirles de que corrigiesen el rumbo, la tripulación del precioso barco parecía estar al tanto de su llegada y preparaba unos cabos para amarrarla. Lanzaron, pues, los cabos, retiraron los remos de los escálamos y acercaron el navío recién llegado hasta arrimarlo al costado de aquel bajel alargado de blanco casco.

—Vaya, un privilegiado —comentó Renwald con envidia, antes de decirme que no con la cabeza—. ¡Creedme que lo siento, pero tengo que volver a Lundene sin falta! Seguro que encontráis algún barco que vaya al norte.

—Esperemos que así sea —contesté, antes de volver sobre mis pasos por ver quién venía o qué traía aquel barco.

—¡Que la bendición de Dios —gritó una voz estridente, lo bastante alto como para que se oyera a pesar de los aullidos del viento y de los graznidos de las gaviotas — y la mía propia recaigan sobre todos vosotros, en el nombre del Padre, del Hijo y del otro!

Jeremías había arribado a Dumnoc.

Jeremías, el obispo chiflado, que ni era obispo ni quizá nunca hubiera estado tan

loco como se decía, era uno de mis aparceros, uno más de los que estaban obligados a entregar parte de sus rentas al señor de Dunholm. Aquel que se había meado en los quince chelines que acabara de presentarme. En realidad, no era otro que Dagfinnr Gundarson, pero el *jarl* Dagfinnr se había trocado en el obispo Jeremías de Gyruum y, en aquel momento, en tanto que su cochambroso barco permanecía arrimado al prístino *Ælfswon*, báculo en mano, allí lo teníamos, con sus vistosos ornamentos episcopales; el báculo de un obispo no era sino un cayado como los que llevan los pastores, solo que el mango que lo coronaba, la voluta en el caso del báculo de Jeremías, era de plata.

—¡Que Dios os dé salud! —gritó de nuevo, con sus largos y blancos cabellos ondeando al viento—. ¡Que os colme de hijos sanos y mujeres fértiles! ¡Que os depare buenas cosechas y frutos en sazón! ¡Que multiplique vuestros rebaños y vuestro ganado! —aullaba, al tiempo que alzaba los brazos hacia aquel cielo plomizo—. ¡Nada más te pido, Señor, tan solo que te dignes bendecir a estas gentes y que, en Tu misericordia, tengas a bien acabar con todos sus enemigos!

Y empezó a llover.

Me sorprendía que la lluvia hubiera tardado tanto en hacer su aparición; comenzó de repente con un súbito chaparrón que, enseguida, dio paso a un aguacero inclemente. En medio de tanto parloteo, debió de haberse fijado en mí. Claro que no podía saber quién era yo, porque la caperuzza me cubría la cabeza por completo y, desde el embarcadero en que él estaba hasta el muelle donde estábamos nosotros, solo podía verme a través de aquella cortina de agua; pero fue a reparar en un tullido encorvado que ya, al instante, me estaba señalando con el báculo.

—¡Sánalo, Señor! ¡Derrama tu misericordia sobre ese tullido! —Su voz se imponía incluso al estruendo de la tromba que estaba cayendo—. ¡Dale fuerzas, Señor! ¡Líbralo de la maldición que lo aflige! ¡Te lo pido en el nombre del Padre, del Hijo y del otro!

—*Guds Moder* —musité.

—¿Cómo decís, mi señor? —se interesó Cerdic.

—Tal es el nombre de ese barco —le dije—, *Madre de Dios*, y apead el tratamiento de una vez.

—Os presento mis disculpas, mi señor.

Me habían dicho que el *Guds Moder* era poco menos que un despojo, un barco medio hundido de raídos aparejos que hacía aguas por todas partes, un barco que jamás habría resistido el envite del rizo de una ola, pero, de no haberlo reparado a fondo, un barco en tales condiciones no podría haber plantado cara a aquel mal tiempo. Eso era lo que quería Jeremías: que su barco pareciese cochambroso y descuidado. El viento zarandeaba los deshilachados obenques que pendían del mástil, pero ocasión tuve de ver que bajo aquella astrosa apariencia se ocultaba un barco brioso y en muy buen estado, todo un barco de guerra. Tras desentenderse de mí, Jeremías, seguido por cuatro de los suyos, todos con yelmo y cotas de malla, pasó al

otro lado de la cubierta del *Ælfswon*. Bajó al muelle y, aunque no podía oír lo que decía, lo cruzó sin dejar de implorar bendiciones, mientras seguía con su monserga. Fuimos tras él.

Caía una lluvia inmisericorde que, a raudales, resbalaba por las techumbres de las casas hasta inundar las callejas. Algo que a Jeremías parecía traerle sin cuidado, puesto que, sin descuidar su prédica, siguió adelante. Hasta que dos de los guerreros de Etelhelmo le salieron al paso con intención de llevárselo más allá de la taberna de El Ganso, donde, de todos modos, insistió en hacer un alto para, a través de la puerta abierta, gritar a los que estaban dentro:

—¡No frecuentéis putas ni borrachuzos, dicen las Escrituras! ¡Arrepentíos, miserables hijos de Belcebú! ¡Vosotros, aficionados a la cerveza que gustáis de la compañía de rameras, arrepentíos! —De hito en hito, los hombres de la taberna se quedaron mirando a aquel personaje que, calado hasta los huesos y revestido de sus vistosos ornamentos episcopales, los arengaba—. ¿En quiénes recaen los lloros, en quiénes los infortunios? ¡En aquellos que buscan consuelo en el vino! Tal es la palabra de Dios, ¡miserables profanadores de la palabra escrita! ¡En mujerzuelas posaréis vuestros ojos! ¡Eso dicen las Escrituras! ¡Hacedme caso! En mujerzuelas puse mis ojos, ¡pero la gracia de Dios me salvó! ¡Y me santificó! ¡Me libró de ellas!

—Loco cabrón —comentó Cerdic.

No estaría yo tan seguro. Porque aquel necio cabrón había salido indemne del terror que Brida, aquella mujer que con tanta saña odiaba a los cristianos, desencadenara en Northumbria contra su dios. Disponía de un fortín en Gyruum, pero nunca se vio en la necesidad de tener que recurrir a semejante refugio. A no ser que Brida sospechara que la religión de Jeremías era una tomadura de pelo o, a falta de mejor explicación, se hubiera sentido identificada con aquel sujeto, tan lunático como ella.

Tratando de librar al vociferante profeta de la lluvia y con intención de llevárselo a un lugar más acogedor, uno de los guardias de Etelhelmo tomó a Jeremías por el codo sin que el pretendido clérigo opusiera resistencia. Fuimos tras ellos hasta más allá de la calle donde había tenido lugar la matanza de cerdos, cuya sangre arrastraba la lluvia que caía por las paredes de las casas, hasta que nos vimos a las afueras de la ciudad, donde, en lo alto de un pequeño promontorio, se alzaba una espléndida mansión. Un precioso caserío de recia techumbre a dos aguas, lo suficientemente amplio, a simple vista, como para dar cabida a doscientos hombres en su interior. A un paso tan solo, se alzaban unos establos, un cobertizo y un granero, todos alrededor de un patio donde dos hombres con las capas de color granate de la guardia de Etelhelmo guardaban la puerta por la que se entraba al caserío. Dentro llevaron a Jeremías. Por miedo a que alguien pudiera reconocerme, no estimé prudente ir más allá, ni tampoco quise correr el riesgo de tratar de colarme en aquel recinto, pero, al ver cómo se llevaban a un grupo de mendigos hasta una especie de cobertizo que había en uno de los extremos del granero, decidí unirme a ellos. Antes, le dije a Oswi

que se diera una vuelta por la taberna, y le ordené a Cerdic que se quedase conmigo.

Y nos dispusimos a esperar. Encorvados, nos sentamos entre un grupo de mendigos apiñados, donde había gentes con muñones en vez de piernas, ciegos y otros que farfullaban cosas sin sentido. Con la cara cubierta de úlceras purulentas, una de las mujeres que estaban con nosotros trató de llegarse a rastras hasta la puerta del caserío, una intentona que le valió que uno de los guardias la apartase de un puntapié.

—¡Se os ha dicho que esperéis ahí —bramó el lancero—, y lo menos que podíais hacer era agradecersele a su señoría!

¿Su señoría? ¿Acaso Etelhelmo estaba allí? De ser así, pensé, haberme llegado hasta Dumnoc había sido un grave error, no porque tuviera miedo de que alguien pudiera reconocerme, sino porque, si de verdad Etelhelmo estaba en la ciudad, eso quería decir que su flota estaba en condiciones de hacerse a la mar y que ya no tenía ninguna posibilidad de unirme a mis barcos y a los míos antes de que él llegara a Bebbanburg. Preocupado y temblando de frío, me senté y me dispuse a esperar.

Dejó de llover pasado el mediodía. El viento seguía soplando con intensidad, pero ya no con tanta fuerza. Dos lebreles salieron del caserío, anduvieron olisqueando por el barro y los charcos hasta que, al cabo de un rato, levantaron la pata contra un poste. Una muchacha llevó unas jarras de cerveza a los dos guardias de la puerta y se entretuvo un poco en charlar y reír con ellos. Por encima de los tejados de la ciudad, ennegrecidos tras la lluvia, alcancé a ver un barco de pesca que, en alas de aquel viento frío, a toda vela, se hacía a la mar. Los rayos de un sol mortecino se reflejaban en las lejanas olas. El tiempo mejoraba, y eso quería decir que la flota de Etelhelmo estaba en condiciones de zarpar.

—¡De rodillas, cagarrutas! —nos gritó un guardia cuando menos lo esperábamos—. Los que las tengáis, claro está. De no ser así, ¡postraos lo mejor que podáis! ¡En fila!

Un nutrido grupo de gente abandonaba el caserío. Vi cómo salían unos guardias con yelmos y capas de color granate seguidos por dos curas, cuando, de pronto, allí estaba Etelhelmo, tan campechano y afable como siempre, rodeando con gesto protector a su hija con un brazo, en tanto que la joven trataba de evitar que el bajo de la túnica de color pálido que llevaba acabase lleno de barro. Si bien aún parecía desdichada, su infortunio no llegaba al punto de ocultar su delicada belleza. De tez muy blanca, nada afeaba aquel rostro, cuya esbelta figura hacía que pareciera un ser frágil a pesar de lo alta que era. Al otro lado de la joven, Waldhere, el hombre de armas de mi primo, quien, sin yelmo y con cota de malla, se cubría las anchas espaldas con una capa negra. Tras él, Hrothard, el sicario de Etelhelmo, riendo como un bobalicón alguna gracia que acabara de soltar el *ealdorman*. Jeremías, con sus vistosos ornamentos episcopales, cerraba el cortejo. Me hice con un puñado de barro y me embadurné bien la cara; luego, me aseguré de que la caperuza me cubriera hasta los ojos.

—Obligación nuestra es hacer obras de caridad —oí que decía Etelhelmo a medida que se acercaban a donde estábamos—. Si aspiramos a que Dios nos eche una mano, hemos de ayudar a aquellos de sus hijos menos afortunados que nosotros. Cuando os convirtáis en señora del norte, cariño mío, nunca olvidéis mostraros caritativa.

—No lo olvidaré, padre —repuso Ælswyth, de mala gana.

No me atrevía a levantar los ojos del suelo. Solo alcanzaba a ver las botas de piel curtida entreverada de filamentos de plata y manchadas de barro de Etelhelmo y los no menos sucios pero delicados chapines con exquisitos bordados de la joven.

—Que Dios os bendiga —dijo Etelhelmo, al tiempo que depositaba un chelín de plata en las manos del mendigo que estaba a mi lado. Sin atreverme a levantar la cabeza, alcé las manos—. Y a vos, ¿qué mal os aqueja a vos? —me preguntó Etelhelmo, allí plantado, delante de mí.

No dije nada.

—Contestad a la pregunta de su señoría —rezongó Hrothard.

—Es que..., es que..., es que... —tartamudeó Cerdic, que estaba a mi lado.

—¿Qué le pasa? —se interesó el sayón.

—Pues que es to..., to..., tonto, mi señor. —Y un chelín vino a parar a mis manos, antes de que a Cerdic le cayera otro.

—¿Y a vos? —le preguntó Etelhelmo—. ¿Qué os pasa a vos?

—Que soy to..., tonto ta..., ta..., también, mi señor.

—Que Dios os bendiga a los dos —dijo Etelhelmo, antes de seguir adelante.

—¡Tocad esto! —nos dijo Jeremías, que venía detrás del padre y la hija, haciendo bailar ante nuestros ojos un mugriento pingajo de tela gris—. ¡Es un regalo de lord Etelhelmo, y muy milagroso, pero que muy milagroso, hijos míos! ¡Es el auténtico ceñidor que llevaba la madre de Cristo cuando crucificaron a su hijo! ¡Contempladlo! ¡Todavía se aprecian las manchas de su preciosa sangre! ¡Tocadlo, hijos míos, y os veréis sanos! —Me dio un empujón con una bota—. ¡Tocad este trozo de tela que portara la madre de Dios y la razón volverá a habitaros, igual que los pájaros retornan a sus nidos! ¡Tocadlo, y os veréis sanos! ¡Este trozo de tela ciñó el sagrado vientre que llevó a nuestro Señor!

Alcé la mano en la que guardaba el chelín y, con los nudillos, rocé aquel trozo de tela; nada más hacer ese gesto, Jeremías se inclinó y se apoderó de la desastrada barba que llevaba, obligándome a levantar la cabeza. Se encorvó un poco más y se me quedó mirando fijamente a los ojos.

—Os curaréis, necio —dijo con vehemencia—. ¡Al sentir mi mano, los demonios que os habitan emprenderán la huida! ¡Tened fe, que os curaréis! —Y, mientras eso decía, reparé en que, a pesar de aquellos ojos desorbitados de color castaño, de aquellas mejillas estragadas, de aquella nariz corva como el pico de un halcón, de aquellos alborotados y blancos cabellos, no pudo por menos que hacer un repentino gesto de extrañeza. Frunció el ceño.

—Gracias, mi señor —musité, y volví a agachar la cabeza. Transcurrió un instante que se me antojó una eternidad y, por fin, siguió adelante.

—Tocadlo —oí que le ordenaba a Cerdic, y respiré aliviado. Tan solo una vez había visto a Jeremías y, en aquella ocasión, yo iba revestido de todo mi esplendor como señor de la guerra; no sé cómo, pero el caso es que se quedó con la impresión de que había creído advertir algo que le sonaba de antes en aquel mendigo loco y cubierto de barro al que había obligado a levantar la cara y mirarlo de frente.

—¡Y ahora, fuera de aquí! ¡Cojeando, arrastrándoos, como podáis, pero en marcha, y aire! —nos increpó un guardia a voces, mientras los notables volvían al interior del caserío.

—No os apresuréis —le susurré a Cerdic. Me hice con el palo, encorvé la espalda y, lentamente, eché a andar por la suave pendiente que llevaba a las primeras casas de la ciudad. Jamás en mi vida me había sentido tan expuesto como me había visto en aquel momento. Recordé la noche en que había ido a Cippanhamm, porque a Alfredo le había dado por disfrazarse de arpista para ir a espiar y ver qué hacían los daneses de Guthrum, que se habían apoderado de aquella ciudad. Una noche en la que pasamos un miedo aterrador, una noche de espanto, ni más ni menos como me sentía en aquel momento mientras, cojeando, me dirigía a Dumnoc con intención de pasarme por El Ganso. Acomodado en una mesa, Swithun estaba tomando algo; al vernos entrar por la puerta, se acercó a nosotros y me dijo que Oswi estaba en el altillo.

—Subió por esa escala como ardilla en busca de bellotas.

—Pues decidle que hora es de que baje —le dije—, porque nos vamos.

—¿Ahora mismo?

—¡Que baje! Me da igual lo que esté haciendo. Apartadlo de la pobre chica a la que le haya caído encima y que baje ahora mismo.

Tantas prisas no se debían tan solo al miedo a que me hubieran reconocido, sino a que, después de todo lo que había visto en Dumnoc, tenía la impresión de que la flota de Etelhelmo estaba a punto de hacerse a la mar. Para entonces, Finan y mi hijo ya habrían de haber llevado a los nuestros y los barcos a Grimesbi; tenía, pues, que llegar a aquel puerto lo más pronto posible; antes, no obstante, tendría que dar con un barco que me llevara al norte. Con el chelín que me había dado Etelhelmo, pedí que nos sirvieran una jarra de cerveza, que nos tomamos entre Cerdic y yo mientras esperábamos a que bajase Swithun, pero, tan pronto como Oswi y él se unieron a nosotros, salimos pitando de la taberna a toda prisa, y me los llevé al muelle que quedaba más al oeste, donde estaba amarrado el barco de Renwald. Reparé en unos hombres que se afanaban en sus botes de pesca antes de hacerse a la mar. Atrás quedaba la tormenta; en su lugar, se dejaba sentir una intensa brisa del suroeste que apenas encrespaba las olas, incluso se atisbaban escuetos retazos de sol en los verdes prados que se veían a lo lejos.

—¡Mi señor! —me advirtió Swithun, con voz de preocupación.

Me volví a tiempo de ver a unos guerreros de la guardia personal de Etelhelmo que, con aquellas capas de color granate, se acercaban por la calle que llevaba al caserío. Al frente de la partida, venía Hrothard, señalándoles los edificios, ordenándoles que entrasen en los comercios, en las tabernas, incluso en la gigantesca iglesia. Tres de aquellos hombres echaron a correr hacia la entrada de El Ganso y allí se quedaron, cerrando el paso para que nadie pudiera salir de la taberna sin pasar por ellos.

—¡Por aquí! —dije sin saber qué hacer. En el muelle, había una hilera de pequeños cobertizos; forcé una de las puertas y me encontré en un lugar atestado de maromas enrolladas, rollos de lona, montones de redes plegadas, un barril de pez para calafatear y sacos de ese carbón blando y bituminoso que solía mezclarse con la pez—. ¡Deprisa, tenemos que escondernos!

Nos abrimos paso por entre todos aquellos cachivaches marineros y nos guarecimos en la parte trasera del cobertizo, no sin antes cubrir con redes y trozos de lona el agujero que habíamos abierto a nuestro paso. Lo último que hice, antes de deslizarme por encima de aquel batiburrillo de cosas y esconderme, fue dar una patada al barril de pez, de forma que la espesa sustancia se desparramase y, poco a poco, cubriera el suelo del cobertizo hasta la puerta. Porque había tratado de atrancarla o de calzarla, pero no encontré nada a mano, así que me limité a arrimar cuanto pude otro de aquellos barriles hasta la entrada. Luego, nos agazapamos en nuestro escondrijo, nos cubrimos con uno de los rollos de lona y poco faltó para que el olor de la pez y el carbón no acabasen con nosotros.

Cuajada como estaba de enormes orificios entre aquellos tablones siempre expuestos a las inclemencias del tiempo, la pared del cobertizo era endeble. Algo podía ver a través de uno de aquellos resquicios, y así fue cómo reparé en los hombres que se llegaban hasta el embarcadero con intención de registrar los barcos. Dos de ellos estaban a un paso de nosotros.

—Nunca darán con él —dijo uno de ellos.

—Desde luego por aquí no anda —repuso el otro—. Ese necio cabrón de danés ha debido de soñarlo. Anda que, fiarse de un loco..., porque ese tiene de obispo lo mismo que yo.

—Es un hechicero. La gente le tiene miedo.

—Pues a mí no me asusta.

—Y tanto que sí, como al que más.

Hrothard les dio una voz para saber si habían registrado los cobertizos.

—Más vale que vayamos y echemos un vistazo —dijo uno de ellos, con pocas ganas.

Al cabo de un momento, oí cómo, a golpes, abrían la puerta. Uno de ellos soltó una maldición.

—No pienso meterme ahí dentro.

—¡No está aquí! —gritó el otro, antes de añadir en voz baja—: Anda ya muy

lejos de aquí, necios cabrones.

—¡Santo cielo! —me susurró Swithun al oído.

Vi unos hombres que, con correas, venían con una trailla de lebreles que, aun sin dar con nada, olisqueaban todas las entradas, todas las callejas. Y cómo no, los cobertizos del muelle también. Pero el olor de la pez lo impregnaba todo, y los perros pasaron de largo. Nos engurruñamos más si cabe, casi sin atrevernos a respirar, pero, a medida que caía la tarde, aquellos afanes indagatorios fueron a menos, hasta que, por fin, concluyó la búsqueda. No así las tareas de estiba, porque siguió llegando carga que iban arrumando en los barcos; luego, se produjo otro pequeño alboroto cuando Jeremías se disponía a zarpar y lord Etelhelmo decidió acompañarlo hasta el embarcadero para desearle buena singladura. No pude oír ni palabra de lo que decían, pero, a rastras, me coloqué encima de aquel montón de redes y, con ayuda del cuchillo que llevaba, hice palanca hasta abrir un orificio entre dos tablones a tiempo de ver cómo el *Guds Moder*, a golpe de remo, enfilaba el río antes de hacerse a la mar. El sol ya se estaba ocultando, era casi la hora de la pleamar y pequeñas olas lamían el suelo de tablones del embarcadero. Regresé a nuestro escondrijo y, a través de otra rendija en la pared, pude ver cómo Etelhelmo, seguido por seis de sus guardias, volvía a la ciudad.

—No tienen pensado zarpar hoy —dije.

—Quizá mañana —apuntó Swithun.

—Es probable —repuse, y caí en la cuenta del retraso que llevaba. Incluso si la suerte me sonreía y daba con un barco que estuviera dispuesto a ir al norte al amanecer, nunca llegaría a tiempo a Grimesbi. Para entonces, la flota de Etelhelmo ya estaría más allá de la desembocadura del río Humbre y habría recalado en Bebbanburg mucho antes de que yo pudiera poner en marcha a mis hombres, nos llegaríamos a los barcos y nos hiciéramos a la mar en busca de ellos.

Sentí la amarga punzada del fracaso y, de forma instintiva, me llevé la mano al martillo, pero lo único que llegué a tocar fue una cruz. Y una vez más, maldije mi suerte, porque necesitaba un milagro.



Sin saber cómo salir de aquella, me incliné por no hacer nada.

Nos quedamos en el cobertizo. Hacía ya rato que no se oían voces ni alboroto alguno. Me imaginaba que Etelhelmo no habría acabado de creerse del todo que yo pudiera andar por Dumnoc, pero las sospechas de Jeremías no le habían dejado otra salida que llevar a cabo aquel registro del que nada, aparte del saqueo que sus hombres hubieran llevado a cabo en las casas que registraran, habían sacado en limpio. Mientras, Swithun me puso al día de todo lo que le había contado su parlanchina puta.

—Me dijo que había casi cuatrocientos guerreros en la ciudad, mi señor.

—¿Y cómo se había enterado?

—Pues porque se lo dijo uno de ellos —se sorprendió, como no podía ser de otra manera, dada la franqueza con que me hablaba.

—¿Y qué más?

—Que habían llevado los caballos de vuelta a Wiltunscir, mi señor.

Y me venía bien estar al tanto de eso, aparte de que todo iba cobrando sentido. Si Etelhelmo hubiera pretendido llevarse todos los caballos a Bebbanburg, habría necesitado seis o siete barcos más, sin contar el tiempo que le habría llevado acondicionar los pantoques. Y no necesitaba caballos para ir a Bebbanburg. Le bastaba con recalar con sus tropas a un paso de la fortaleza, llevarlas hasta la Puerta que daba al Mar y anunciar su presencia haciendo ondear el estandarte del ciervo rampante para que pudieran verlo desde lo alto de las murallas de la fortaleza. Si Constantino ya se había mostrado reacio a perder hombres a los pies de aquellas murallas, en cuanto tuviera noticia de que mi primo había recibido provisiones y un nuevo contingente de guerreros como refuerzo de la guarnición, casi seguro que decidiría poner fin al asedio.

Y no podía hacer nada para detener a Etelhelmo.

Recuerdo algunos de los consejos que, sin dejar de gruñir, nos daba mi padre. Mi hermano aún vivía, y aquel, en concreto, tuvo lugar durante una de esas raras ocasiones en que, sin nadie que nos acompañase, los tres ocupábamos la mesa que presidía el salón de nuestra mansión. A mi padre yo nunca le había caído muy bien, aunque debo decir que, por aquel entonces, eran muy pocas las personas que le caían bien; de modo que aquellos consejos iban dirigidos sobre todo a mi hermano, y no a mí.

—Tendréis que tomar decisiones —había dicho—, y más de una vez os equivocaréis. Como todo el mundo —frunciendo el ceño, echó un vistazo a las tinieblas nocturnas en que estaba envuelto el salón, donde un arpista tañía su instrumento—. Dejaos de músicas —le gritó.

El arpista dejó de tocar. Bajo la mesa, un perro emitió un gemido; solo por un pelo, no se ganó un puntapié.

—Con todo, más vale tomar la decisión equivocada —había continuado mi padre— que no tomar ninguna.

—Entendido, padre —había contestado mi hermano con respeto. El mismo que, pocas semanas antes, sin embargo, había tomado una decisión que más le habría valido no tomar, porque, de resultas, perdió la vida, y así fue cómo me convertí en el heredero de Bebbanburg. Al recordar en aquel momento el consejo que nos diera mi padre, me preguntaba qué decisiones podía tomar. Ninguna, hasta donde a mí se me alcanzaba. Me imaginaba que la flota de Etelhelmo se haría a la mar al día siguiente, y que solo me quedaba volver a Grimesbi y esperar a que se difundiera la noticia de que mi primo había encontrado una nueva esposa y que se había hecho más fuerte

que nunca.

Así que necesitaba un milagro.

Swithun, Oswi y Cerdic dormían. Aunque no se veían guardias por allí, cada vez que a uno de ellos le daba por roncar, le propinaba un puntapié para despertarlo. Eché un paño de lona sobre la hedionda pez que se había desparramado por el suelo, abrí la puerta del cobertizo y me dispuse a contemplar la negrura de la noche. ¿Por qué se habría ido Jeremías? Porque no había duda de que estaba confabulado con Etelhelmo. Así las cosas, ¿por qué no haber ido a Bebbanburg con él? Una pregunta que me traía de cabeza y para la que no tenía respuesta.

Me senté a la entrada del cobertizo. Se oía el susurro del viento, el chirrido de los aparejos, el chapoteo del agua contra los cascos de los barcos, el crujido de los botes de pesca mecidos por el viento. Observé leves destellos en un par de embarcaciones. No podía quedarme allí. Sabía que, al amanecer, habría mucho ajeteo en el puerto: hombres acomodándose en los barcos y más carga que arrumar. Necesitábamos salir de allí como fuera, pero tan desesperado estaba que no era capaz de tomar una decisión. Hasta que se me ocurrió pensar en Renwald. Seguro que zarpaba de Dumnoc con la marea y ponía rumbo a Lundene, pero quizá, a la vista del oro que pensaba ofrecerle, podría convencerlo para poner rumbo norte, hacia la desembocadura del río Humbre. Una vez allí, tras haber agotado todo mi repertorio de excusas y haber dado por concluidos todos mis sueños en cuanto a Bebbanburg, retornaría a Dunholm.

Dos hombres venían andando por el embarcadero. Sin hacer ningún ruido, me quedé donde estaba; ninguno de los dos volvió los ojos hacia allí. Uno de ellos se tiró un pedo y los dos se echaron a reír. Acerté a oír el canto de un pájaro y caí en la cuenta de que no tardaría en amanecer; al cabo, vislumbré el primer y leve atisbo, tan delgado como el filo de la hoja de una espada, de luz gris por el este. Tenía que irme de aquel lugar. Si me quedaba en aquel cobertizo, acabarían por dar con nosotros. Empezaron a aparecer los primeros hombres por el embarcadero; no tardarían en llegar muchos más.

Pero antes sucedió algo.

El milagro.



El milagro llegó al alba.

Llegó de aquel mar frío y gris.

Cinco barcos, cinco oscuras y amenazantes siluetas al despuntar el día.

Llegaron con la marea que subía, hileras de remos que subían y bajaban como alas, velas oscuras enrolladas en lo alto de los mástiles.

Con cabezas de dragón y de otros animales como mascarones de proa, los

primeros destellos del amanecer refulgían sobre los yelmos, las puntas de las lanzas y las hachas.

Llegaron raudos y eran portadores de llamas. Fuego y barcos, dos elementos que no casan nada bien. Más temía un incendio en el mar que a la furia desatada en forma de tormenta de Ran, la diosa del mar; pero aquellos barcos se atrevían a llevar antorchas encendidas a bordo, teas que resplandecían con viveza y dejaban estelas de humo sobre el surco que, en el agua, abrían las naves.

El quinto de aquellos barcos, el último de los que se acercaban, no traía cabeza de animal alguno en la proa; en su lugar, una cruz remataba el altivo tajamar; por un momento, pensé que debía de tratarse del *Guds Moder*, el barco de Jeremías, pero no tardé en caer en la cuenta de que aquella embarcación era mucho más larga y pesada, que el mástil estaba más desplazado. Mientras la observaba, reparé en las llamas que ardían en su interior; algunos de sus tripulantes encendían antorchas.

—¡Despertad! —les grité a los míos—. ¡Venid a ver esto! ¡Aprisa!

Disponía de unos instantes tan solo, nada más. Quizá ni siquiera me diera tiempo, pero no tenía otra que salir de allí por piernas, y me llevé a los tres que venían conmigo por el embarcadero hasta adentrarnos en el muelle que quedaba más al oeste. Los pocos hombres que a aquellas horas andaban por el embarcadero ni siquiera se fijaron en nosotros; solo tenían ojos para aquella flota que se les acercaba, en tanto que el centinela, que permanecía de guardia en la adusta torre de vigilancia, debía de haberse quedado dormido. Hasta que, por lo visto, se despertó y, nada más ver aquellos cinco barcos, empezó a tañer la campana. Demasiado tarde. Lo único que tenía que hacer el vigía era atisbar barcos, pero cuando aún estaban en el mar, no cuando tan solo estaban a unas pocas yardas y a punto de comenzar a sembrar el fuego, el caos y la muerte en Dumnoc.

Sin dudar, me llegué al barco frisio, que estaba desierto, crucé la cubierta y, de un salto, me planté en el *Rensnægl*.

—¡Despertad! —le dije a voces a Renwald, que, si bien solo a medias, ya estaba despierto. Tanto los miembros de su tripulación como él habían pasado la noche bajo aquel toldillo que habían dispuesto en la popa. Se nos quedó mirando a los cuatro—. ¡Poneos manos a la obra! ¡Tenéis que salir de aquí! —bramé.

—¡Santo cielo! —exclamó, mirando por encima de mí hacia el extremo más alejado del muelle, donde uno de aquellos cinco barcos había embestido contra una embarcación allí amarrada, destrozándole el casco. Volaron las primeras teas. A golpe de remo, dos de los barcos atacantes se dirigieron al centro del puerto, al amplio embarcadero que se extendía entre los dos muelles, y fueron a chocar contra los barcos que estaban amarrados en ambos extremos, allí de donde partían los muelles que lo prolongaban, y vi hombres que, con cotas de malla, lanzas y escudos, tras saltar a tierra, formaban dos muros de escudos para cerrar el paso a ambos muelles. Los perros de la ciudad aullaban sin parar, al igual que, sin cesar, redoblaba la campana de la iglesia; en su torre, el vigía seguía tocando a rebato—. Por todos los

santos, ¿qué está pasando? —me preguntó Renwald.

—Dice llamarse Einar *el Blanco* —le dije—, y ha venido para quemar la flota de Etelhelmo.

—¿Einar? —Renwald no entendía nada.

—Un hombre del norte —repuse—. A sueldo del rey Constantino de Escocia —expliqué, aunque eso era algo de lo que no estaba muy seguro, a pesar de que Eduardo de Wessex me había dicho que, atraído por el oro que le ofrecieran los escoceses, Einar había cambiado de bando; así que no se me ocurrió pensar en otro que fuera capaz de llegarse a Dumnoc y destruir la flota allí reunida para aliviar el asedio a que estaba sometida la fortaleza de Bebbanburg—. ¡Tenéis que zarpar! —le ordené a Renwald.

Se dio media vuelta y se quedó mirando a los hombres del norte que habían formado aquel muro de escudos a la entrada del muelle. Bien podría estar compuesto de treinta hombres, más que suficientes para defender la estrecha pasarela. Tiñendo el mundo de grises y sombras, la luz del nuevo día se abría paso.

—¡Vuestra espada! —le exigí a Renwald.

—¡No podemos plantarles cara! —apuntó, horrorizado.

Solo quería la espada para cortar los cabos que nos mantenían amarrados a tierra. Los hombres de Einar ya venían haciéndolo por nosotros. Un grupo de hombres del norte venía corriendo por el muelle tronchando y cortando los amarres de los botes. Querían provocar el caos. Quemarían o destrozarían los barcos de mayor envergadura, aquellos que tenían pensado ir a echar una mano a Bebbanburg, pero iban también con intención de destruir la flota mercante y pesquera asentada en Dumnoc. En cuanto veían a alguien a bordo de un barco amarrado o atisbaban carga alguna en una de aquellas embarcaciones, los abordaban sin contemplaciones y los saqueaban. Por eso, y antes de que pudieran vernos, quería cortar las amarras del *Rensnægl*.

—No busco enfrentarme con ellos —bramé, antes de echar a correr a la popa, donde sabía que Renwald guardaba las armas. Me arrastré bajo el toldillo, eché a dos de la tripulación que allí se escondían, me hice con una espada larga y la saqué de la vaina.

—¡Mi señor! —me dijo a voces Swithun.

Me volví a tiempo de ver a dos hombres del norte que ya se habían dado cuenta de que no solo había gente a bordo del *Rensnægl*, sino que también llevaba cargamento. Debieron de olerse que podían hacerse con un buen botín, porque habían saltado al barco que estaba amarrado junto al nuestro y ya se disponían a saltar al *Rensnægl*.

—¡No! —gritó Renwald, tratando de impedirme que siguiera adelante. Lo aparté de un empujón, tropezó y fue a caer sobre la carga; me volví en el preciso instante en que uno de aquellos guerreros, con cota de malla, acababa de saltar a la cubierta de nuestra embarcación. No llevaba escudo; tan solo empuñaba una espada desnuda y se

cubría con un yelmo con carrilleras, de modo que solo llegué a verle las barbas que le sobresalían y unos ojos que, de tan ávidos, parecían más grandes de lo normal. Nada más vernos, pensó que seríamos presa fácil. Vio la espada que llevaba en la mano y, creyendo que solo iba a vérselas con un anciano marinero sajón, una nadería al fin y al cabo a ojos de un guerrero del norte, se abalanzó sobre mí pensando que me traspasaría la barriga y que, con solo desplazar un poco la hoja, mis tripas acabarían desparramadas por la cubierta del *Rensnægl*.

Esquivar la embestida fue un juego de niños. La espada de Renwald era vieja, herrumbrosa y, casi con toda seguridad, carente de filo, pero también muy pesada, de forma que lo esquivé; su embestida se fue muy a la izquierda de donde yo estaba, y, antes de que estuviera en condiciones de repetir el ataque, le propiné un golpe en la cara con el pomo. Le acerté de lleno en el reborde del yelmo, con tanta fuerza que, dando tumbos, se vio obligado a retroceder. Todavía trataba de volver a por mí cuando le hundí la hoja de la espada de Renwald en la barriga. A pesar de que la hoja carecía de filo, la punta le traspasó la cota de malla, rasgó el jubón de cuero que llevaba debajo y le abrió un boquete en la vejiga. Profirió un grito ahogado y se abalanzó sobre mí con intención de arañarme la cara y sacarme los ojos con la mano que aún tenía libre; a la vista del impulso con que se me venía encima, lo así por la barba con la mano que aún me quedaba libre y, de un empujón, lo atraje a mi lado. Me separé de él sin dejar de tirar con fuerza y, trastabillando, se fue más allá de donde yo estaba, lo que me ayudó a recuperar mi espada; luego, tropezó con la hilada superior de la cubierta del *Rensnægl* y se precipitó al agua por la borda.

En cuanto al segundo de aquellos hombres, que tan confiado estaba en ver cómo su compañero pasaba a cuchillo a aquella tripulación de miserables sajones, todo sucedió tan deprisa que ni siquiera pudo echarle una mano. Con intención de vengar su muerte, se abalanzó sobre nosotros; ni por un momento se le pasó por la cabeza ir a por Swithun, Oswi o Cerdic, que, desarmados, permanecían en la proa del barco, sino que, vociferando, de un salto se plantó encima de la carga que llevaba el *Rensnægl* y se encaró conmigo. Lo que vio fue a un hombre ya entrado en canas que, cubierto de harapos, empuñaba una vieja y herrumbrosa espada, y debió de pensar que solo de chiripa había sobrevivido al primer ataque, de modo que dio un salto de nuevo y, dirigiendo contra mí una embestida sesgada, trató de rebanarme el gaznate. Era joven, de cabellos rubios, enrabetado y con unos cuervos pintarrajeados en las mejillas. Pero también un necio, un joven y necio cabezota. Éramos diez los hombres que estábamos a bordo del *Rensnægl*, había visto cómo acababa con su compañero con la destreza de un guerrero curtido, pero lo único que veía en realidad era una tripulación de sajones, en tanto que él era un guerrero del norte, un lobo de las tierras del septentrión y solo pensaba en que, gracias a él, íbamos a enterarnos de cómo trataban los hombres del norte a los sajones insolentes. Blandiendo la espada, se abalanzó sobre mí. Cargó con toda su alma, de forma salvaje, lanzándome una embestida letal que bien habría podido rebanarme el gaznate, pero tan descuidada

como la primera de las que me había lanzado su compañero. Con el rabillo del ojo, lo vi venir, momento en que me volví para plantarle cara, y sentí que renacía en mí el placer de guerrear, esa satisfacción que nos invade al ver que nuestro adversario mete la pata, la seguridad de que otro valiente está a punto de sumarse a las atestadas bancadas del salón de festines del Valhalla. El tiempo pareció detenerse mientras aquella espada se abalanzaba sobre mí. Vi la cara que ponía el muchacho en su empeño por transmitir a la hoja de la espada toda la rabia que llevaba dentro y, en ese instante, me agaché.

Me agaché, y la espada me pasó por encima de la cabeza. Me incorporé y coloqué la herrumbrosa espada que llevaba en la mano mirando al cielo, y aquel hombre del norte, con el impulso que llevaba, fue a empalarse en la vieja espada de Renwald, Perforándole la barbilla, la punta de la espada le atravesó la boca y, por detrás de la nariz, fue a hundírsele en la bóveda del cráneo. Con la cabeza así ensartada, de una pieza, se quedó sin fuerzas y soltó la espada, que, rebotando, fue a parar a la cubierta del *Rensnægl*. Solté el arma de Renwald, lo aparté de mí y me apoderé de tan excelente espada. Me fui al cabo de popa y, a la tercera, conseguí cortarlo, antes de lanzársela a Cerdic y gritarle:

—¡Cortad la maroma de proa! ¡Hay que aprovechar la marea! ¡Deprisa!

Cerdic se hizo con la espada y, con todas sus fuerzas, cortó las dos maromas de dos tajos; una vez libre, a merced de la corriente, el *Rensnægl* se alejó del muelle de inmediato. Un tercer hombre del norte que había visto lo que había pasado vio a uno de sus compañeros que, tendido cuan largo era sobre la carga que llevábamos, aún se retorció con aquella espada clavada en la cabeza. De un salto, el hombre se plantó en el barco al que estábamos amarrados y comenzó a lanzarnos maldiciones, pero ya la marea subía con fuerza y estábamos fuera de su alcance.

Durante cosa de un instante, a punto estuvimos de encallar. Porque Swithun, tras haberle echado el ojo a la preciosa vaina recubierta de plata que llevaba el agonizante hombre del norte, se afanaba en desabrocharle el tahalí.

—¡Dejadlo! —bramé—. ¡Haceos con un remo! ¡Cerdic, haceos con otro! ¡Deprisa!

Cerdic, aquel hombre de natural tan pausado, no dudó en hacerse con un remo y alejar al *Rensnægl* del banco de arena que nos acechaba por la izquierda. Saqué la herrumbrosa espada de la cabeza del agonizante y corté los cabos que sostenían el toldillo que cubría la popa del barco, impidiendo el acceso al atillo del timonel.

—¡Tomad el timón! —le dije a voces a Renwald—. ¡Decid a los vuestros que se pongan a los remos! ¡Y desplegad la vela!

Coloqué la herrumbrosa espada de Renwald en manos del moribundo, que, sin dejar de emitir gañidos e incapaz de mover las piernas ni los brazos, desazonado, con ojos enloquecidos, miraba a uno y otro lado. Me hice con la excelente espada, que, tras haberla dejado caer, seguía en la cubierta del *Rensnægl*, me aseguré de que aquel desdichado joven empuñase la vieja espada de Renwald y puse fin a su sufrimiento.

Al instante, brotó un chorro de sangre que se desparramó sobre el cargamento de pieles y, en ese momento, observé un fogonazo a mi derecha. Uno de los barcos de Etelhelmo se había incendiado y, al tiempo que se extendían por la cubierta, las llamas ya lamían las velas embreadas. Los hombres de la tripulación de Renwald, paralizados durante el ataque de los hombres del norte, se apresuraron a colocar los remos en los escálamos del *Rensnægl*.

—¡Remad! —les gritaba Renwald. Aun aturdido como estaba por el pánico de la carnicería que había presenciado al amanecer, era un marino lo bastante avezado como para darse cuenta del peligro que corríamos de encallar. Me deshice de la espada que llevaba en la mano y solté la driza amarrada a la base del mástil, que cayó hasta casi rozar la cubierta donde Oswi, encaramándose en el vientre del hombre del norte muerto, con el cuchillo cortó las correas que, con fuerza, sujetaban la vela. Cayó entonces la lona de color marrón oscuro y tiré hacia atrás del palo, en tanto que uno de los hombres de la tripulación de Renwald se hacía con la vela por estribor y la tensaba. Otro de los hombres la tensó ala amura de babor y, dando un respiro, observé que la nave estaba en condiciones. El viento, que soplabá del suroeste, nos empujaba, pero la fuerza de la corriente nos impedía avanzar, así que hubimos de echar mano de remos y velamen para avanzar. Renwald se las había arreglado para poner el timón en la posición correcta y manejaba la barra, de forma que, poco a poco, el *Rensnægl* viró y, lentamente, se fue abriendo camino, hasta que con tino se fue alejando de aquellos tentadores arenales hasta situarse en el centro del río.

Mientras, en el puerto de Dumnoc, tenía lugar una carnicería.

CAPÍTULO IX

Aunque poco faltaba ya para la pleamar, momento en que la corriente del río nos ayudaría a llegar al mar, el *Rensnægl*, haciendo honor a su nombre, con toda la fiereza de que era capaz, a duras penas y con desesperante lentitud, surcaba el río, plantando cara a la marea que subía; hasta entonces, sin embargo, solo con denodado esfuerzo, conseguíamos avanzar un poco. Entretanto, los barcos amarrados en ambos muelles seguían ardiendo; la matanza continuaba. Libres de ataduras, algunas embarcaciones vagaban sin rumbo a contracorriente. El sol ya estaba alto en el horizonte para entonces, y vi cómo unos cuantos hombres formaban un muro de escudos en la explanada que se extendía ante El Ganso. Si bien ya era demasiado tarde para salvar de las llamas a la mayoría de aquellos barcos, no tardarían en desbaratar los endebles muros de escudos que los hombres del norte habían formado para cerrar el paso a los muelles. Solo las contadas naves que estaban amarradas al embarcadero que discurría pegado a la orilla del río, entre las que se encontraba el *Ælfswon*, la embarcación de Etelhelmo, se libraban del fuego. Una multitud de hombres se apiñaba en aquella nave; algunos iban provistos de largos remos que no dudarían en utilizar como perchas, en caso de que cualquiera de los barcos incendiados amenazase con arrimarse al bajel del casco blanqueado.

—Si queremos alejarnos de esos malnacidos —me advirtió Renwald a voces—, más vale que pongamos rumbo río arriba —e hizo un gesto, dándome a entender que si aprovechábamos la corriente y nos dejábamos llevar tierra adentro hasta donde el caudal del río disminuía, ninguno de los barcos que llevaban a cabo aquel ataque se atrevería a seguirnos, puesto que habrían de hacer frente al doble de caudal de agua que el *Rensnægl*. Y no andaba desacertado, como bien cabía esperar, pero le dije que no con la cabeza.

—Rumbo al mar —le contesté—; una vez allí, nos llevaréis al norte, a Grimesbi.

—Nuestro destino es Lundene —repuso Renwald.

Me hice con la magnífica espada que portara el joven hombre del norte, y, con la hoja todavía cubierta de sangre, dirigí la punta contra Renwald.

—Nos llevaréis a Grimesbi —dije, hablando muy despacio y con toda claridad.

Se me quedó mirando. Hasta entonces, me había tomado por un anciano decrepito que se había hecho a la mar con tal de llegar a Anglia Oriental y dar con la tumba de sus familiares. Pero ya no andaba encorvado, sino muy derecho. No farfullaba, sino que lo increpaba con aspereza y, por si fuera poco, acababa de ver que, en lo que él tardaba en destripar un arenque, yo había acabado con dos hombres.

—¿Quién sois? —me preguntó.

—Me llamo Uhtred de Bebbanburg.

Por un momento, pareció quedarse sin palabras; luego, volvió la vista hacia los hombres de su tripulación, que, tras soltar los remos, me miraban boquiabiertos.

—Muchachos —les dijo Renwald, no sin aclararse la garganta antes de dirigirse a ellos—, rumbo a Grimesbi. ¡A remar!

—Os recompensaré, y con largueza —le prometí—. Como muestra de buena voluntad, podéis quedaros con esta espada. —Adecenté el filo en las pieles que formaban parte de la carga que llevábamos y, de un empujón, la envié bajo el altillo del timonel.

El *Rensnægl* cruzó el río hasta situarse cerca de la orilla norte, donde la corriente no era tan fuerte, pero, a pesar de los seis remeros y de la enorme vela desplegada, avanzaba con desesperante lentitud; rumbo al mar, sí, pero a paso de tortuga, en tanto que, en la otra orilla, Einar *el Blanco* hacía honor a su otro apodo: el Desafortunado.

Quizá no hubiera sido tan mala idea enviar hombres a tierra para impedir el paso a ambos muelles, en tanto que el resto de los suyos daban buena cuenta de la flota de Etelhelmo, pero, superados en número, los dos muros de escudos que habían formado los hombres del norte se veían sometidos a un despiadado ataque por parte de rabiosos sajones del oeste que, salidos de todas las calles y callejas de la ciudad, habían formado sus propios muros de escudos. Para mí que aquellos hombres del norte tenían que estar agotados. Habían llegado al amanecer, de modo que debían de haberse pasado la noche en vela, remando sin tregua contra aquel viento que tenían de cara. El muro de escudos que quedaba más al este parecía defenderse bastante bien, pero reparé en que el otro se había venido abajo, y que, acercándose lo más posible a los barcos de Einar para tratar de ponerse a salvo, los hombres que habían salido con vida huían saltando de barco en barco por aquellos que aún permanecían amarrados. Empero, ni siquiera aquel barco estaba completamente a salvo. El empuje de la marea lo arrimaba al muelle, y algunos de aquellos furibundos sajones perseguían a quienes trataban de escapar, llegando a saltar incluso a su proa. Y pude ver espadas que se alzaban y caían sin piedad; hombres que se arrojaban por la borda y acababan dando con sus huesos en los bajíos, hombres que se dejaban la vida. Aquel barco estaba perdido.

Lo mismo que gran parte de la flota de Etelhelmo. Al final de los muelles, a medida que las llamas se propagaban por los barcos, el humo se espesaba de tal modo que hasta el cielo del amanecer pareció oscurecerse. En manos de unos cuantos hombres del norte, algunos de aquellos pequeños mercantes conseguían alejarse de la quema y seguían nuestro rumbo, río abajo; tras ellos, tres de los barcos de guerra de Etelhelmo ardían por los cuatro costados. Su barco, el *Ælfswon*, al igual que los otros dos gigantescos barcos de guerra de los sajones del oeste que permanecían amarrados en el largo embarcadero, parecía no haber sufrido ningún daño, pero la mayor parte de su flota era pasto de las llamas, se había ido a pique o había caído en manos de los hombres del norte. La tripulación del barco de mayor envergadura de los que estaban

a las órdenes de Einar, aquel del casco oscuro con la cruz en la proa, seguía lanzando teas ardientes contra los barcos más pequeños de la flota de Etelhelmo, pero, en cuanto vieron que los hombres del muro de escudos que aún resistía emprendían la retirada, empezó a alejarse. Otro de los barcos de Einar se arrimó cuanto pudo al muelle que quedaba más al este, y vi cómo unos cuantos hombres del norte saltaban a la cubierta y se hacían con los remos con tal de ponerse a salvo de aquella horda de sajones sedientos de venganza. El más grande de aquellos barcos, el de la cruz, fue el último en abandonar el infernal caos; al dejar atrás la espesa humareda, enarboló un estandarte en lo más alto del palo, que, si bien remiso a ondear de buenas a primeras, se desplegó por completo en cuanto el viento le dio de lleno en la lona, dejando ver una mano roja que empuñaba una cruz.

—¿A quién pertenece ese estandarte? —pregunté.

—Es un barco escocés —me dijo Renwald—; lleva el estandarte de Domnall.

—¿El hombre que está al frente de las tropas de Constantino?

—Un hombre con suerte —apuntó Renwald, tras volver la vista atrás y contemplar aquel caos de barcos destrozados y cascos en llamas.

Cinco eran los barcos que habían arribado a Dumnoc al amanecer; seguidos por una docena de mercantes que habían caído en sus manos, solo cuatro regresaban a puerto. Einar, si es que aún seguía con vida, debió de pensar que el *Rensnægl* era uno más de aquellos mercantes, porque, al llegar a la desembocadura del río, cuando los barcos de guerra de mayor envergadura nos rebasaron, nadie de los que iban a bordo hizo nada por detenernos. Al revés: uno de aquellos hombres nos dirigió un saludo desde el altillo del timonel del oscuro barco de Domnall, saludo que no dudamos en devolver, justo antes de que el *Rensnægl* saliera a mar abierto y, tras retirar los remos de los escálamos, dejáramos que su enorme vela nos llevara rumbo norte bordeando la costa.

—Se llama *Trianaid* —dijo Renwald, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al barco escocés.

—¿El *Trianaid*? —le pregunté, extrañado.

—Quiere decir *Trinidad* —repuso—. Solía verlo por el estuario del río Forth; nunca antes lo había visto tan al sur.

—Y yo que pensaba que todos los barcos de Constantino estaban viéndoselas con los hombres del norte muy al norte de aquí, en las islas.

—Así es; allí andan en su mayoría; pero siempre procura que el *Trianaid* ande cerca de dondequiera que esté él.

—Así que ahora está en Bebbanburg —comenté decepcionado.

—Así es, mi señor, así es.

El único consuelo que me quedaba era pensar que el *Trianaid*, como la flota de Einar, no habría de estar pasándoselo bien precisamente en Bebbanburg. No podrían recalar en el puerto de la fortaleza, al que solo se podía llegar por el estrecho canal que quedaba justamente al pie de las murallas que daban al norte, y eso tras haber

dejado atrás la Puerta que daba al Mar, fuertemente custodiada. Porque un aluvión de lanzas y rocas se habría abatido sobre cualquier nave que se aventurara por aquel canal, lo que me daba a entender que los barcos de Einar por fuerza habrían de recalar en el poco profundo fondeadero que había entre Lindisfarena y tierra firme, una rada angosta, de difícil acceso y, por si fuera poco, muy peligrosa en caso de que se desatara un temporal. Y se me vino a la cabeza que, siendo niño, un mercante escocés había fondeado allí en busca de abrigo; por la noche, la tempestad fue a más y, cuando nos despertamos, descubrimos que el barco estaba varado en la orilla. Recuerdo que mi padre se puso muy contento al darse cuenta de que tanto el barco como la carga que llevaba habían pasado a ser suyos. En aquella ocasión, conté con su beneplácito para acompañar a nuestros guerreros, quienes, aprovechando la marea baja y al galope por la arena, no tardaron en rodear el barco que había encallado. Los cinco tripulantes se rindieron de inmediato, pero mi hermano mayor ordenó que les dieran muerte.

—¡Escoceses! —me dijo—. ¡Alimañas! Ya sabéis lo que hay que hacer con esa clase de sabandijas.

—¡Pero si son cristianos! —traté de hacerle ver. Tendría yo siete u ocho años por entonces, y, con tal de librarme de los endebles vapuleos del padre Beocca, todavía trataba de ser un buen pequeño cristiano.

—Son escoceses, necio —me había replicado mi hermano—. ¡Hay que acabar con esos cabrones! ¿Os apetece acabar con uno de ellos?

—¡Pues claro que no!

—¡Lamentable alfeñique! —añadió con desdén, antes de desenvainar la espada con ánimo de librar al mundo de tales alimañas.

Al final, lo único que encontramos de algún valor en aquel barco varado fueron unas cuantas pieles de oveja, una de las cuales me vino al pelo como manta para la cama durante dos años. Recordaba aquella anécdota mientras Renwald, tras dejar el timón en manos de uno de los de la tripulación, se hacía con la espada de aquel joven hombre del norte de debajo del altillo. Contempló el pomo con detenimiento, haciéndose lenguas al ver la espiral de plata que unía la espiga con el pomo.

—Preciosa arma, mi señor —fijo.

—Francesa, probablemente —repuse—; os será mucho más útil que ese trozo de hierro herrumbroso que dabais en llamar espada.

Esbozando una sonrisa, me preguntó:

—¿Me la puedo quedar?

—Quedáosla, vendedla, haced con ella lo que queráis. Pero mantened la hoja bien engrasada. Sería una pena que una espada tan buena se echase a perder.

Volvió a colocarla debajo del altillo del timón.

—De modo que tenéis pensado ir a Bebbanburg, ¿no es así, mi señor?

Negué con la cabeza.

—Vamos a establecernos en Frisia.

—Ya. Por eso, antes os disteis una vuelta por Dumnoc —apuntó él con astucia.

—Tenía cosas que hacer allí —repuse con aspereza—: ahora, nos aprestamos a ir a Frisia.

—Como digáis, mi señor —dijo, sin creerse una sola palabra.

Aunque el *Rensnægl* no era lo que se dice un barco raudo, viento en popa, avanzaba pesadamente, en tanto que la flota de Einar nos sacaba cada vez más ventaja. A través de los destellos que del mar arrancaba un sol que asomaba por entre unas nubes deshilachadas que asomaban por el norte y el este, contemplaba las velas de sus barcos. De forma instintiva, me llevé la mano al martillo para darle las gracias a Thor por aquel milagro, cuando mis dedos se toparon con una cruz, y me pregunté si aquel símbolo no habría tenido algo que ver con que la suerte me hubiera sonreído. Porque ese era uno de los argumentos de más peso al que recurrían los cristianos: que la suerte les sonreía. Sus hechiceros argüían que un rey cristiano ganaba más batallas, percibía mayores rentas y engendraba más hijos que cualquier gobernante pagano. Confiaba en que no estuvieran en lo cierto, pero, por si acaso, musité una plegaria de agradecimiento al dios cristiano, que había permitido que la suerte me hubiera sonreído en las últimas horas.

—Etelhelmo no zarpará hoy —apunté.

—Necesitará algo más que un par de días para reponerse de la sorpresa que se ha llevado esta mañana —convino Renwald—. Ha perdido unos cuantos barcos de los buenos.

—Y no estará muy contento —repuse, encantado. El milagro que tan a la desesperada necesitaba se había producido. Einar me había proporcionado aquello que más falta me hacía: tiempo. Etelhelmo tenía pensado llevar víveres y refuerzos a Bebbanburg, pero la mayor parte de tales provisiones, al igual que muchos de sus barcos, se habían perdido.

Y la suerte me sonrió de nuevo.

Justo al norte de Dumnoc se halla la desembocadura del río Wavenhe, donde, en chozas de madera de deriva, vivían unas pocas familias de pescadores. Una ancha franja de olas agitadas indicaba la confluencia del río con el mar, señal que, a los ojos de un marino avezado, no habría de pasar desapercibida a la hora de advertirle de que más allá, y aunque no sin dificultad, encontraría un lugar acogedor donde fondear. Tierra adentro, resplandeciente bajo el sol, un impresionante lago; más allá, porque conocía el lugar, una maraña de lagos menores, ríos, arroyos, bancos de arena, marjales y tremedales que daban cobijo a pájaros, anguilas, peces, ranas y gentes cubiertas de barro. Aunque había oído hablar de marinos que se habían atrevido a aventurarse por aquellos bajíos y habían salido con bien, nunca me había adentrado en el Wavenhe, pero reparé en que, en el momento en que la flota de Einar llegaba a la altura de la desembocadura del río, un barco salía de aquel fondeadero.

Tenía entendido que Jeremías, el obispo chiflado, era un marino avezado y, por fuerza, tenía que serlo, porque, tras haber zarpado de Dumnoc a última hora de la

tarde y haberse adentrado en el Wavenhe en plena noche, el *Guds Moder* abandonaba el río por entre aquellos bajíos con la seguridad de quien conoce bien el camino. Aunque lejos de nosotros, en su vela henchida se distinguía una cruz. Apareció de repente, adentrándose velozmente en aquel mar abierto con sus obenques destrozados ondeando al viento. Con sus cabellos grises al aire, llegué a atisbar a Jeremías. Él era el timonel.

No había dejado de darle vueltas a la pregunta de por qué Jeremías habría abandonado Dumnoc antes de tiempo en vez de esperar a que la flota de Etelhelmo se hiciese a la mar. Acababa de encontrar la respuesta. Tras haber sido testigo del cálido recibimiento que le dispensara Etelhelmo, como es natural, había dado por sentado que estaba confabulado con el *ealdorman*. Había escuchado, por otra parte, las alabanzas que Jeremías dispensaba a aquel regalo que le había hecho Etelhelmo, aquel ceñidor mugriento que, por lo visto, había pertenecido a la madre de Cristo y que, seguramente, no sería sino un jirón de tela sucia arrancado de la túnica de cualquier esclava de las cocinas. Que Etelhelmo y Jeremías hubieran establecido una alianza tenía sentido. Porque Jeremías bien podía estar loco, pero todavía disponía de un fondeadero y un fortín en la desembocadura del río Tinan, y tanto como insistiera Constantino en sus aspiraciones en cuanto al señorío de Bebbanburg, no menor era la insistencia de Jeremías en que suyo era el puerto más al norte de Northumbria. Por si fuera poco, disponía de barcos y hombres y, sobre todo, conocía la costa de Northumbria como la palma de su mano. Tenía mis dudas en cuanto a que ninguno de los marinos sajones supiera qué les aguardaba tras aquellos bajíos y aquellas rocas; no así Jeremías; y si Etelhelmo tenía pensado llegarse a la fortaleza, a la hora de buscarse un guía, bien haría en ponerse en manos de Jeremías. Hasta que no vi aquel barco de casco oscuro que salía del río Wavenhe para unirse a la flota de Einar, hasta que no vi cómo saludaba a la tripulación del *Trianaid* y el *Guds Moder* viraba al norte para unirse a los enemigos del *ealdorman*, ni siquiera había puesto en duda aquello que había dado por sentado: que Jeremías había establecido una alianza con Etelhelmo.

—Era el ojeador que habían enviado a Dumnoc —comenté.

—Y yo que pensaba que era un aliado de lord Etelhelmo —añadió Renwald, que se había quedado tan sorprendido como yo.

—Lo mismo pensaba yo —admití. Cuando todo indicaba que, al parecer, Jeremías había establecido una alianza con los escoceses. Mientras observaba aquel barco, pensé que, en realidad, poco importaba con quién se hubiera aliado, porque, en cualquier caso, era otro enemigo más.

Los escoceses y los sajones del oeste eran enemigos míos.

Lo mismo que los hombres que defendían Bebbanburg.

Jeremías y Einar *el Blanco* también estaban en mi contra.

Más me valía que me siguiera sonriendo la suerte.

Y continuamos rumbo norte.



Con las mismas casas que tan a las claras reflejaban las inclemencias del clima de aquel lugar, el mismo y conocido olor a salitre, fogatas y pescado, las mismas gentes curtidas a orillas de aquel mar, siempre peleando por salir adelante gracias a sus largas y frías olas, aunque más pequeña que Dumnoc, Grimesbi era una localidad que contaba con embarcaderos, muelles y un fondeadero de escasa profundidad; más allá, del foso que la rodeaba, tan solo un inhóspito pantano. Por otra parte, estaba enclavada en Northumbria, lo que quiere decir que, en aquellos días, el bailío era un danés, un hombre adusto y taimado que dijo llamarse Erik cuando se dirigió a mí con comedida cortesía.

—¿De modo que os vais, mi señor? —me preguntó.

—Pues sí, a Frisia —repuse.

—Eso tenía entendido —dijo, mientras se sacaba algo de su descomunal nariz antes de arrojarlo, fuere lo que fuere, al suelo de la taberna—. Tengo que exigiros derechos por todo lo que pretendáis llevaros de este puerto —añadió—. Caballos, enseres, mercancías, por todo menos por las provisiones que llevéis y la gente que vaya con vos.

—¿Y esos derechos van a parar a manos del rey Sigtryggr?

—Así es, mi señor —respondió con cautela; porque de sobra sabía él que yo sabía que solo entregaba una parte de lo que recaudaba al rey, seguramente una parte ínfima, rayana en la deslealtad—. Tanto esos como los derechos de amarre los envío a Jorvik.

—Claro, claro —dije, poniendo una moneda de oro encima de la mesa—. Estimo que, si por una vez no pagase, a lo mejor Sigtryggr no me lo tendría en cuenta, ¿no creéis?

Abrió unos ojos como platos. La última vez que había recalado en Grimesbi, había tenido que pagar un penique diario por los derechos de amarre; la moneda que estaba encima de la mesa bastaría para costear la estancia de toda una flota durante un año.

—Creo que no, mi señor —dijo Erik. La moneda desapareció.

Puse una moneda de plata donde, antes, había dejado la de oro.

—Voy a hacerme a la mar con tres de mis barcos —le dije—. Estaré fuera durante un par de semanas, quizá más. Pero no tengo intención de llevarme a las mujeres y a los niños conmigo. Ellos se quedarán aquí.

—Las mujeres traen mala suerte a la hora de hacerse a la mar, mi señor —dijo, mirando de soslayo la moneda, a la espera de saber qué iba a pedirle a cambio.

—Pero necesitan que alguien las proteja —añadí—. Podría dejar unos cuantos guerreros, pero necesito a todos mis hombres para ir a Frisia y hacernos con algunas tierras en aquellos parajes. —Asintió como dándome a entender que daba por bueno

lo que le estaba diciendo; quizá fuera así, quizá no, quién sabe—. Prefiero no llevar mujeres y niños a bordo —continué—, más que nada por si hemos de enfrentarnos con algún señor de Frisia al que se le pueda meter en la cabeza pelear por un trozo de tierra.

—Os doy la razón, mi señor.

—Pero las mujeres han de estar a salvo —insistí.

—Dispongo de una docena de hombres muy capaces de mantener el orden —repuso.

—Entonces, ¿estarán todos a salvo y nadie los molestará hasta que vuelva o envíe a alguien en busca de las familias? —le pregunté.

—Tenéis mi palabra, mi señor.

—Sigtryggr enviará hombres para protegerlos —añadí; así se lo había solicitado en un mensaje y estaba seguro de que mandaría a algunos de sus guerreros—, pero esos hombres no llegarán aquí hasta dentro de un par de días más o menos —intentó hacerse con la moneda, pero puse la mano encima—. Si alguien molesta a mis mujeres —le dije en tono de advertencia—, volveremos a vernos las caras.

—Os doy mi palabra de que estarán a salvo, mi señor —retiré la mano, y desapareció la segunda de las monedas. Ambos escupimos en las palmas de la mano y nos las estrechamos para dar por concluido el acuerdo.

Mi hijo había llevado seis barcos a Grimesbi, ciudad que parecía tomada por los míos. Río abajo, desde Eoferwic, mujeres, niños y enseres pesados habían arribado en barco; mis hombres se habían llegado a caballo. Todas las tabernas de la localidad estaban abarrotadas; algunas familias se las habían compuesto para vivir a bordo de los tres barcos de guerra que permanecían amarrados en el más largo de los embarcaderos. A un paso de ellos, al costado de un muelle, estaban atracados los tres enormes cargueros que mi hijo había comprado.

—No hay sitio para doscientos caballos —me dijo apesadumbrado—; con suerte, podremos llevarnos unos sesenta animales. No había más barcos en venta.

—Cumplirán su cometido —le dije.

Berg estaba acondicionando los barcos para transportar los caballos.

—Mucha gente se ha mostrado interesada en saber a cuento de qué venían tantos preparativos —me comentó—; tal y como me ordenasteis, a todos les he dicho lo mismo: que no tenía ni idea. Pero todos parecen estar al tanto de que nos disponemos a zarpar rumbo a Frisia.

—Eso está bien, pero que muy bien —repuse—. Ya no tendréis que guardaros el secreto para vos. —Berg estaba construyendo unos cajones en los pantoques de los barcos, cubículos más que necesarios si queríamos que los asustados caballos se mantuviesen tranquilos durante la travesía. Como Berg era el encargado, ningún pero se podía poner al trabajo que estaba llevando a cabo, así que no me sentí con ánimos para decirle que, seguramente, no íbamos a necesitar aquellos barcos. Que solo formaban parte de la engañifa, que no eran sino otra forma de intentar convencer a

todo el mundo de que había dejado de lado la idea de recuperar Bebbanburg, que pensaba llevarme a mi gente y mi ganado a un nuevo territorio. Claro que, para mis adentros, no dejaba de darle vueltas al asunto de que siempre podría volver a venderlos, aunque por menos de lo que me habían costado. En medio de un tremendo estruendo de sierras y martillos, una docena de hombres se afanaba en el barco que quedaba más cerca de donde yo estaba, rematando aquellos imponentes cajones—. Dejadlo ya —dije a Berg—, y retirad las cabezas de animales de las proas de los tres barcos de guerra.

—¿Que las retire, mi señor? —me preguntó, incapaz de salir de su asombro. Dos de los barcos de guerra portaban unas preciosas cabezas de dragón recién talladas; el tercero, el más grande de todos, lucía una imponente cabeza de lobo. El propio Berg las había tallado por complacerme, y yo le estaba pidiendo que las retirase de las proas.

—Retiradlas —le dije—, y sustituidlas por cruces cristianas.

—¿Cruces? —repitió boquiabierto.

—Y bien grandes —le dije—. ¿Qué hace toda esa gente viviendo en los barcos? Tendrán que abandonarlos hoy mismo. Que se busquen acomodo en los cargueros. Mañana al amanecer, nos haremos a la mar.

—¿De verdad? —exclamó, encantado.

—Tan solo una cosa más —le dije—. ¿Dónde están los caballos?

—Los hemos repartido por toda la ciudad, mi señor.

—El vuestro es uno de color gris, ¿no es así?

—¡Hræzla! ¡Magnífico caballo!

—Cortadle la cola —le dije—, y traedme las crines.

Se me quedó mirando como si me hubiera vuelto loco.

—¿Me estáis pidiendo la cola de Hræzla?

—Eso, en primer lugar —repuse—; luego, poneos con las cruces. Mi hijo se encargará de las provisiones. —De hecho, ya se había ocupado de que unos hombres las llevarsen al embarcadero. Le había dicho que necesitábamos comida y cerveza suficiente para ciento sesenta y nueve hombres durante un par de semanas.

Porque ese era el número de guerreros que tenía pensado llevarme al norte. Ciento sesenta y nueve guerreros para hacer frente a las tropas de mi primo, a las fuerzas de Etehelmo y a los hombres del rey de Escocia. Hombres todos muy capaces, todos curtidos en mil batallas, a excepción de algunos jóvenes bisoños que aún no habían participado en un muro de escudos y que nada sabían del terror que se siente al tener que vérselas con un adversario tan de cerca que hasta podemos oler la peste a cerveza que exhala su aliento.

Había pagado, y con generosa largueza, a Renwald. Como pocas monedas me quedaban, puse en sus manos uno de mis brazaletes de señor de la guerra, una preciosa pieza de plata con unas runas grabadas.

—Me hice con ella durante una escaramuza al norte de Lundene —le dije—, por

eso lleva grabado el nombre del hombre al que di muerte —al tiempo que le señalaba las runas—, Hagga. No debería haber muerto. No, al menos, aquel día.

—¿Por qué lo decís?

—Andaban por allí cumpliendo una misión como ojeadores. Eran seis; nosotros, ocho. Habíamos salido a practicar la cetrería. Pero Hagga decidió plantarnos cara. —Hagga, nunca se me olvidará aquel hombre joven, a lomos de un buen corcel, con un precioso yelmo que le quedaba un poco grande. Un yelmo con baberas y un rostro vociferante tallado por cimera. Al ver que ninguno de nosotros llevábamos cota de malla y que dos mujeres formaban parte de la partida, me imagino que le habría dado por pensar que seríamos presa fácil; así que, ni corto ni perezoso, empezó a insultarnos, a desafiarnos, y se encontró con lo que iba buscando, solo que poco duró la diversión. Le propiné un tremendo testarazo en el yelmo con *Hálito de serpiente* y, como aquel yelmo le venía un poco grande, se le dio la vuelta, tapándole los ojos casi por completo. Sin dejar de lanzar patéticos gritos, así fue cómo perdió la vida.

Tras echar un vistazo al *Rensnægl*, atracado en uno de los muelles de Grimesbi, le dije a Renwald:

—Compraos un barco más rápido.

Negó con la cabeza.

—Me hace un buen servicio, mi señor. Es como yo, lento pero seguro.

—Un barco de fiar, vamos —repuse—. Cuando todo esto acabe —añadí—, dad por hecho que, en mí, siempre tendréis un amigo.

—¿Incluso en Frisia, mi señor? —me preguntó, sin poder disimular una sonrisa.

—Incluso en Frisia —contesté, sonriendo de igual manera.

—Os tendré en cuenta en mis oraciones, mi señor.

—Por esto último —le dije cordialmente— y por todo lo que habéis hecho por mí, mis más rendidas gracias.

A la puesta del sol, me fui a dar un paseo con Finan por el sendero que discurría a orillas del foso de aguas fecales que, a las afueras, rodeaba la ciudad. Ya le había contado casi todo lo que nos había pasado en Dumnoc, pero él seguía insistiendo y no dejaba de hacerme más y más preguntas. Antes, sin embargo, me interesé por Etelstano: quería estar seguro de que el joven príncipe estaba a salvo en la mansión de Sigtryggr.

—Quería sumarse a nosotros —me dijo Fina.

—¿Cómo no?

—Le hice ver que me era imposible acceder a sus deseos. ¡A quién se le ocurre! ¿Os imagináis el lío que se habría armado si le hubiera pasado algo siendo como es un rehén en nuestras manos? ¡Santo cielo!

—De sobra sabe que no cuenta con mi permiso para hacerlo —dije.

—Pues no dejaba de insistir.

—¿Y que hubiera resultado muerto? Entonces, mía habría sido la culpa, habrían dado por quebrantada la tregua y la mierda nos llegaría hasta el cuello.

—¿Pretendéis que crea que no es así?

—Quizá, pero solo hasta las axilas —convine.

—¿Así de mal, eh? —dimos unos cuantos pasos en silencio—. De modo que —continuó— lord Etelhelmo estaba en Dumnoc.

—Tirando la casa por la ventana —le dije; luego, le conté algo más de las peripecias que habíamos vivido y, para terminar, le expliqué cómo había pensado recuperar Bebbanburg.

Escuchó sin decir palabra hasta que hube concluido y, entonces, me preguntó:

—Así que el rey Eduardo os dijo que había cuatrocientos escoceses en Bebbanburg.

—A las órdenes de un tal Domnall.

—Con fama de despiadado a la hora de pelear.

—Al igual que vos.

Esbozó una sonrisa.

—¿Así que cuatrocientos escoceses?

—Eso dijo Eduardo. Pero esa cifra podría incluir las guarniciones que Constantino dejó en las empalizadas al pie de las murallas, así que calculo que cuenta con doscientos cincuenta hombres por lo menos en Bebbanburg.

—¿Y de cuántos decís que dispone vuestro primo?

—No estoy muy seguro, pero calculo que podría tener unos trescientos más o menos. Eduardo pensaba que, en el interior de la fortaleza, debía de haber doscientos hombres.

—¿Y Einar?

—Perdió un barco y a algunos de sus hombres en Dumnoc, pero todavía cuenta con cuatro tripulaciones.

—Pongamos que otros ciento veinte.

—Tirando por lo bajo —repuse.

—¿Y cuántos tiene pensado llevar Etelhelmo hasta allí?

—Si aún sigue con la idea —repuse—, a tantos como pueda. ¿Trescientos? Quizá más.

—¿Y Jeremías?

—Cincuenta, sesenta quizá. Pero no estará en Bebbanburg.

—¿Ah, no? —No parecía estar tan seguro. Frunció el ceño, se hizo con una piedra y la lanzó al ras de aquella agua verdosa y estancada—. ¿Qué os lleva a pensar que Jeremías, en compañía de Einar, no esté ya camino de Bebbanburg en este preciso instante?

—No lo sé.

—O sea que es una suposición.

—Jeremías está jugando con todos —repuse—, así que hará lo imposible por no ponerse de lado de ninguna de las partes en liza. Si finalmente decide ir a Bebbanburg, una de dos: o fondea su nave entre los barcos de Einar, en cuyo caso mi

primo estará al tanto de que lo ha traicionado, o se dirige al puerto de Bebbanburg y se pondrá en evidencia a ojos de Constantino. Jeremías es de los que siempre quieren estar del lado de los que ganan, por eso procura estar a bien con todos. Es posible que esté loco, pero no es un necio, desde luego. Hacedme caso: creo que se habrá retirado a Gyruum a la espera de ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Asintió, dando por bueno mi razonamiento.

—Aun así —añadió—, si llegamos a entrar en la fortaleza, tendremos que vérnoslas al menos con trescientos guerreros.

—Unos doscientos, según mis cuentas.

—Y desde una posición inferior, luchando cuesta arriba.

—Sí, al menos durante un rato.

—Más otros cuatrocientos o quinientos hombres en el exterior del recinto tratando de acabar con nosotros por la espalda.

—Eso parece.

—Por no hablar de la poca gracia que les hará a los cabrones de los escoceses.

—Nunca están contentos con nada.

—En eso lleváis razón —dijo, mientras lanzaba otra piedra y observaba cómo cortaba el agua hasta hundirse en la oscura espuma que la cubría—. ¿Y ni siquiera contaréis con la ayuda de Sigtryggr?

—Me echará una mano —repuse—, pero no estará a nuestro lado cuando asaltemos las murallas. Necesita contar con todos sus hombres para cuando la tregua toque a su fin.

Finan dio unos cuantos pasos hacia un árbol muerto que, macilento y ennegrecido, se alzaba a orillas del estanque. No se veía ningún otro árbol por los alrededores, y aquel debía de llevar muerto tanto tiempo que, rasgado el tronco en dos, unos enormes hongos crecían al abrigo de aquella hendidura; las únicas ramas que aún conservaba no eran sino un par de retorcidos y desfallecidos muñones. Desoladas ramas de las que, colgados o clavados, pendían docenas de trozos de tela.

—Un árbol al que la gente acude para orar —dijo Finan—. ¿Acaso algún santo eligió este lugar para vivir?

—Un dios eligió vivir aquí.

Riéndome la gracia, se me quedó mirando.

—¿Un dios? ¿Me estáis diciendo que un dios eligió este perdido rincón del mundo para vivir?

—Odín levantó un caserío en estos parajes.

—Santo cielo, hay que ver qué raros son vuestros dioses. A no ser que a vuestro venerado Odín le encantaran los pantanos —dijo, sacándose un cuchillo del tahalí—. ¿Creéis que vuestros dioses atienden nuestros ruegos?

—Si yo fuera uno de ellos, no lo haría. ¿Os imagináis tener que andar escuchando todo el día los lamentos de todas esas mujeres, de todos esos niños chillones, de tantos hombres como se sienten desgraciados?

—Por fortuna sois un magnífico guerrero —dijo—, que no un dios. —Cortó una tira del jubón que llevaba puesto, dio con un resquicio en una de las ramas y allí lo introdujo. Vi cómo cerraba los ojos y musitaba una plegaria; si dicha plegaria iba dirigida a Odín o al dios de los cristianos, no se lo pregunté—. El asunto es, mi señor —dijo, sin apartar la vista de aquel trozo de cuero—, que no se me ocurre un modo mejor de recuperar la fortaleza.

—Dado que no estoy en condiciones de reunir un millar de hombres, a mí tampoco. Pero el caso es que no tengo con qué. Estoy sin blanca.

Se echó a reír.

—Vaya, vaya; de modo que derrochando de burdel en burdel, como el obispo Wulfheard. —Se puso de puntillas y tocó el trozo de cuero que acababa de cortar—. Hagámoslo, mi señor. Pongámonos a ello.



Di con Eadith en la pequeña iglesia de Grimesbi. Porque, si bien la ciudad era danesa y paganos la mayor parte de sus pobladores, su prosperidad dependía de los barcos y mercaderes que hasta allí se acercaban, y ninguna ciudad portuaria podía pensar en prosperar si le daba la espalda al comercio. Si a eso de una milla de distancia, los marinos cristianos atisbaban la cruz que remataba la techumbre de la iglesia, ya de antemano sabían que serían bien recibidos en aquel lugar. Además, como jamás me he cansado de repetir a aquellos de los míos que eran cristianos, nosotros, los paganos, rara vez perseguimos a los cristianos. Porque somos de esos que creemos que hay muchos dioses y damos por buena la religión de cualquiera, algo que consideramos que entra dentro de lo personal, en tanto que los cristianos, con su empecinamiento en la idea de un solo dios, consideran que obligación suya es matar, mutilar, esclavizar o denostar a quienquiera que no esté de acuerdo con su forma de pensar. Cosa que, como no se cansan de decirme, hacen por nuestro bien.

Eadith no había ido a la iglesia para rezar, sino para utilizar el suelo de la nave que, carente de mobiliario alguno, le permitía disponer de un espacio diáfano donde extender un rollo entero de tela. Una tela de color azul claro.

—Lo siento en cuanto al color. No me lo tengáis en cuenta —me dijo, a cuatro patas por encima de la tela en compañía de otras dos mujeres—. La han debido de teñir con azul añil —añadió—. Les pedí algo más oscuro, pero solo lo tenían de lana.

—La lana resultaría muy pesada —apunté.

—Pues esta bien cara que me salió —comentó preocupada.

—Y el blanco no destacaría lo suficiente —añadió Ethne, la mujer de Finan.

—Pues utilizad el negro.

—¡No tenemos tela negra! —insistió Eadith.

—Pero él sí —repuse, mirando al cura, que, frunciendo el ceño, permanecía de

pie junto al altar.

—¿Ah, sí? —se interesó Eadith.

—La lleva puesta —repuse—. ¡Cortadle a trozos la sotana!

—¡No, por Dios! —dijo el cura, retrocediendo hasta un rincón. Era un hombre bajito, calvo, de rostro enjuto y ojos saltones.

—¿Y si lo pintáis? —apuntó Finan—. Podéis utilizar pez —repuso, al tiempo que dirigía un saludo al cura—. No sacaréis dos ciervos de esa miserable sotana, y necesitáis uno por cada cara. En el puerto, habrá pez para dar y tomar.

—¡Qué gran idea! —se apresuró a decir el cura—. ¡Pez!

—No se secará a tiempo —dijo Ethne—. Un lado, quizá, pero habrá que darle la vuelta y pintarlo por el otro lado.

—¿Y si usáis carbón? —apuntó el cura, hecho un manojo de nervios.

—Pez —decidí—, y solo por una cara. Luego, cosedlo a la vela del *Hanna*. —El *Hanna* era uno de los tres barcos que Berg había comprado. Antes había llevado el nombre de *San Cuthberto*, pero como Berg no podía soportar aquel nombre cristiano, se lo había cambiado por el de *Hanna*—. ¿*Hanna*? —le había preguntado.

—Así es, mi señor —dijo, sonrojándose.

—¿Como la hija de Olla?

—En efecto, mi señor.

—¿Esa chica que pretendía vender a su hermano como esclavo?

—La misma, mi señor, sí.

Me lo había quedado mirando, mientras él se ponía cada vez más colorado.

—¿Acaso no sabéis —le comenté— que trae mala suerte cambiar el nombre a un barco?

—Claro que sí, mi señor. Pero basta con que una virgen mee en el pantoque para ahuyentar el mal de ojo. Mi padre siempre decía: buscad una muchacha virgen y decidle que mee en... —susurró con un hilo de voz, mientras señalaba al rebautizado *Hanna*—, y todo estará en orden, ¿no es así? Los dioses lo pasarán por alto.

—¿Y disteis con una muchacha virgen en Eoferwic? —le pregunté extrañado.

Se sonrojó de nuevo.

—Así es, mi señor, sí.

—¿*Hanna*?

Se me había quedado mirando con aquellos conmovedores ojos de cachorro asustado por miedo a que me hubiera parecido mal.

—Es tan bonita, mi señor —se le escapó—. Quién sabe si cuando todo esto haya acabado... —dijo, demasiado azorado como para acabar la frase.

—Cuando todo esto haya acabado —concluí yo—, y nos hayamos alzado con la victoria, quizá podáis regresar a Eoferwic.

—¿Y si las cosas no nos salen bien? —me preguntó, apesadumbrado.

—Si eso no pasa, Berg —le había dicho—, todos estaremos muertos.

—En ese caso, mi señor —me dijo con una sonrisa—, habrá que derrotarlos, ¿no

es así?

Y para eso necesitaba las crines de la cola del caballo de Berg, una pieza de tela de color azul claro, un poco de pez y contar con el favor de los dioses.

—Con eso nos apañaremos —le dije a Eadith aquella misma noche. Incapaz de conciliar el sueño, me había llegado hasta el puerto y contemplaba el trémulo reflejo de una luna creciente en el estuario que se abría más allá del fondeadero; en el muelle, mis tres barcos, el *Hanna*, el *Eadith* y el *Stiorra*, se balanceaban a compás de la brisa nocturna. Porque así era cómo Berg había decidido llamar a aquellos tres barcos, todos con nombres de mujeres, dos que tenían que ver conmigo y uno que le importaba a él. Me imagino que, si hubiera sido yo quien hubiera elegido los nombres, habría optado por el de Gisela, la madre de mis hijos, y por el de Eteflada, la mujer a la que había prestado un juramento de fidelidad que nunca había quebrantado; pero la elección que había hecho Berg no me parecía mal. Sonreí al recordar lo nervioso que se había puesto el joven, así como al pensar en aquella muchacha de doce o trece años, que capaz era de enternecer a un guerrero de su talla. Porque, ¿qué edad podría tener aquel joven por entonces, me pregunté, dieciocho, diecinueve años? Sabía lo que era estar en un muro de escudos, se había enfrentado con hombres duchos con la espada y con lanceros, había matado y disfrutado mientras lo hacía, pero habían bastado una bonita cara y unos cabellos castaños enmarañados para hacerlo zozobrar como si fuera un muchacho de quince años que libra su primer combate.

—¿En qué estáis pensando? —me preguntó Eadith, llegándose a mi lado. Pasó su brazo por debajo del mío y reclinó la cabeza en mi hombro.

—En el poder de las mujeres —repuse.

Me apretó el brazo, sin decir nada.

Estaba a la caza de algún presagio, pero no vi nada que ni por asomo lo pareciese. No solo no vi ningún pájaro volando, sino que hasta los perros de la ciudad guardaban silencio. Sabía cuál era la razón de que estuviera desvelado: la inquietud por cómo nos irían las cosas, por si pudiera estar equivocado.

—¿Ya es más de medianoche? —le pregunté a Eadith.

—No lo sé. Creo que no. ¡Qué más da!

—Debería dormir un poco.

—¿Zarparéis mañana al amanecer?

—Antes, si fuera posible.

—¿Cuánto durará la travesía?

Sonreí.

—¿Con viento de popa? Un par de días. ¿Sin ayuda del viento? Tres.

—O sea que dentro de dos o tres días... —empezó a decir, antes de quedarse sin palabras.

—Tendrá lugar el primer combate, sí —concluí la frase por ella.

—¡Dios mío! —Y tengo para mí que lo dijo como si de una plegaria se tratase—.

¿Y el segundo?

—Un par de días más tarde, quién sabe.

—Os alzaréis con la victoria —dijo—. Sois Uhtred, y vos siempre salís con bien.

—No nos queda otra —dije. Atentos al crujido de los botes, al soplo del viento y al chapoteo de las olas, los dos nos quedamos callados durante un rato—. Si veis que no regreso —empecé a decir, mientras ella trataba de hacerme callar—, si no vuelvo —insistí—, llevaréis a los nuestros a Eoferwic. Sigtryggr velará por todos vosotros.

—¿Acaso no tenía pensado llevar a cabo una incursión por el norte?

—A estas alturas, ya debería de haberse puesto en marcha, pero si las cosas se tuercen, no tardará en volver a Eoferwic.

—Veréis cómo todo sale bien —dijo muy convencida—. He donado el anillo de esmeraldas a la iglesia y he rezado.

—¿Que habéis hecho qué? —le pregunté, casi sin palabras.

—Que he donado el anillo de esmeraldas a la iglesia —repitió. Tenía unas preciosas esmeraldas engarzadas en un anillo de oro, un regalo que le había hecho Etelredo, uno de mis adversarios, que también había sido amante suyo. Aunque nunca se lo ponía, sabía que aún lo tenía, no por razones sentimentales, sino porque su valor le hacía sentirse más segura en un mundo tan peligroso.

—Gracias —le dije.

—No le dije nada al cura —añadió—; tan solo le pedí que rezara por nosotros.

—En vez de eso, se lo gastará en levantar una nueva casa —dije, con socarronería.

—Con tal de que rece, como si quiere construirse una mansión: lo mismo me da —se estremeció al contemplar el alargado resplandor de la luna en el agua—. Tenemos listo el estandarte, así que adiós a la cola de aquel caballo.

—Gracias, una vez más.

—¡Regresaréis! —me dijo, muy convencida.

Lo que me llevó a pensar que siempre había querido morir en Bebbanburg, pero no en aquel momento, todavía no.

—Lo más probable es que envíe a alguien que venga a buscaros —repuse—. Dejad que pasen un par de semanas o tres, y dedicaos a atisbar los barcos que se aproximen.

—No dejaré de rezar por vos.

Me volví y, juntos, abandonamos el puerto. Tenía que dormir. Tenía que irme a la cama porque, al día siguiente, zarparíamos rumbo a la batalla.



Al amanecer de aquel día de verano, el estuario estaba en calma. Del color de la pizarra, entre reflejos plateados, las aguas se mecían lentamente, como si

respondieran al acompasado respirar de la diosa del mar mientras dormía. En el embarcadero, en cambio, todo era confusión, mientras los hombres se encargaban de arrojar los escudos, las cotas de malla y las armas a aquellos tres barcos cargados de provisiones, barriles de cerveza, toneles de arenques y de carne de cerdo en salazón, tinas de pan duro dos veces horneado, y docenas de toneles vacíos, a la vez que montones de sacos rellenos de paja que iban a parar a los angostos pantoques de las naves. Los tres barcos llevaban sendas cruces en las proas, adustas y altivas cruces de madera recién talada. Mi hijo iba al frente del *Stiorra*; Finan, del *Hanna*, y yo, al mando del *Eadith*.

—¡Basta ya de despedidas —grité a lo largo del embarcadero—, o no haremos otra cosa en todo el día! —El sol ya estaba casi alto en el horizonte, esparciendo sus dorados reflejos sobre aquellas aguas de color pizarra y tonos plateados.

Finan no era hombre de mar, así que le pedí a Berg que fuera con él, porque el joven, como buen hombre del norte, sabía cómo manejar un barco y capear una tormenta. Me hubiera gustado contar con Finan a bordo del *Eadith*, porque, desde el primer día que nos vimos, nunca nos habíamos separado, pero, durante las próximas jornadas, lucharíamos en tres grupos, y era mejor que él permaneciese con los suyos.

—Espero que el mar esté tranquilo.

—Y yo confío que tengamos un fuerte viento del sur —repuse—, así que ya podéis ir rezando.

Se llevó la mano a la cruz que llevaba colgada al pecho.

—¡Cielo santo! Llevamos años soñando con este momento.

Sin pensármelo dos veces, le di un abrazo.

—Gracias por haberos quedado a mi lado.

—¿A vuestro lado?

—Podríais haberos vuelto a Irlanda.

Esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Y perderme el final de esta aventura? Cielo santo, ¿cómo me lo iba a perder?

—Esto no es el final —le dije—. Le prometí a Etelfleda que velaría por su hija.

—¡Dios, qué necio sois! —sin dejar de reír.

—Y lo de Etelstano aún no ha concluido.

—Así que, después de esto, no vamos a quedarnos mano sobre mano —replicó—, porque ya estaba empezando a aburrirme.

—Adelante —le dije—. En marcha.

Estreché a Eadith entre mis brazos. Lloraba de forma callada. Al igual que yo, otros hombres se despedían de sus mujeres y de sus hijos. Estrujé entre mis manos los rojos cabellos de Eadith.

—Alguien vendrá a buscaros en mi nombre —le prometí.

Hora era de hacerse a la mar. Ya retiraban las maromas y los hombres se ponían a los remos para apartar los barcos del embarcadero. Se oyó un gran estruendo cuando calzaron los remos en los escálamos o, en el caso de mi barco, los introdujeron entre

los toletes. Hice una seña a los remeros que ocupaban las tres primeras bancadas de babor y, alzando la voz, les ordené que diesen un par de remadas hasta que la proa del *Eadith* apuntase a mar abierto. Vi a Renwald, que observaba la maniobra desde el *Rensnægl*, y lo saludé con la mano, saludo que no dudó en devolverme. Con voces casi inaudibles entre los graznidos de las gaviotas, Eadith me dijo adiós, y el barco que llevaba su nombre se meció suavemente a medida que el casco viraba. Acaricié el martillo que llevaba al cuello y pedí a los dioses que miraran por nosotros; luego, me hice con el timón.

—¡Todos a una! —grité, y las palas de los remos se movieron hacia delante y permanecieron en esa posición por encima de las serenas aguas del puerto—. ¡Adelante!

Y, quebrando con sus altivas proas las tranquilas aguas, los tres barcos se dirigieron al estuario. Con largas y pausadas remadas, sin prisa, solo la necesaria para guiar las naves por entre las varas que señalaban el canal, antes de poner rumbo este, hacia el sol naciente. Ningún barco a la vista.

Atrás dejamos el Raven's Beak, larga y traicionera lengua de arena que guarda la desembocadura del río Humbre, y viramos hacia el norte; el soplo de una suave brisa del sudoeste me llevó a confiar en que pronto podríamos desplegar las velas. Los hombres cansados de remar no luchan en tan buenas condiciones como aquellos que están descansados.

Tres éramos los barcos que se hacían a la mar aquel amanecer de verano; tres barcos en busca de guerra.

CAPÍTULO X

La travesía resultó más larga de lo que había pensado y, desde luego, mucho más de lo que me esperaba. Habíamos zarpado de Grimesbi con un mar en calma, pero, a eso del mediodía, aquel suave viento del sudoeste había rolado al noroeste hasta convertirse en poco menos que un vendaval. Mal empezábamos. Luego, a lo largo de la tarde, nos vimos rodeados de encrespadas olas portadoras de remos y enormes trozos de madera, restos sin duda de algún barco que había naufragado, y la advertencia más clara que nunca hubiera recibido por parte de los dioses. ¿Acaso las cruces que coronaban las proas de nuestros barcos habían enojado a Ran, la diosa del mar? Como no tenía ningún animal a mano que pudiera sacrificarle para aplacar su cólera, dejé el timón del *Eadith* en manos de Gerbruht y me abrí una vena del brazo derecho, aquel con el que empuño la espada, y dejé que la sangre cayese al mar, al tiempo que le decía a la diosa que la razón de aquellas cruces en las proas de nuestros barcos no era otra que alcanzar una victoria que mucho habría de complacer a los dioses.

Bien pensé que no se había dado por satisfecha, porque, aquella noche, nos costó lo nuestro dar con un sitio donde resguardarnos. Remábamos muy cerca de la costa, tanto como para oír la furia con que unas olas implacables rompían en la orilla; a medida que oscurecía, me asaltó el temor de que nos viéramos obligados a virar de nuevo al este, poner rumbo a mar abierto y plantar cara a la tempestad en plena noche, pero, antes de que oscureciese del todo, Ran tuvo a bien mostrarnos una ensenada y, no sin mucha cautela, nuestros tres barcos recalaron en un fondeadero al abrigo del viento. Ni una luz en tierra firme, nada de fogatas ni de olor a humo, tan solo interminables marismas y marjales. A lo largo de aquella agitada noche, y coincidiendo con la bajamar, el casco del *Eadith* quedó encallado en arena o lodo. En alas de un inclemente viento del norte, que también nos dejaba lluvia, el aire que soplaba era gélido.

El segundo día fue casi tan malo como el primero, solo que aquella tarde, de repente y al igual que la víspera, el viento roló de nuevo, a popa esta vez, con tanta fuerza que el mar se embravecía por momentos; al menos, soplaba en la dirección apetecida. De forma que desplegamos las velas y aprovechamos la ocasión. Las tres proas cortaban las olas, y los hombres, si bien pudieron descansar de los remos durante un rato, pronto tuvieron que ponerse a achicar agua sin parar. Aunque sin perder de vista las costas de Northumbria, todo el día nos mantuvimos lo bastante alejados de tierra firme como para que quienquiera que atisbase nuestras velas en mitad de aquel vendaval pensase que nos dirigíamos a Escocia, o más allá, rumbo a

las tierras de los hombres del norte, de modo que, al declinar el día, ya nos encontrábamos más al oeste. Pocos barcos vimos, tan solo algunos botes de pesca que faenaban cerca de la costa.

Había confiado en llegar a mi destino al tercer día de habernos hecho a la mar, pero el mal tiempo nos había retrasado, y aquella tercera noche, cuando, según mis cálculos, ya deberíamos haber librado nuestra primera escaramuza, encontramos un lugar donde cobijarnos en la desembocadura del río Wiire. En la orilla norte del río, se alzaba un espléndido caserío de piedra que antaño, antes de que llegaran los daneses, había sido la iglesia de una abadía, y no pude por menos que acordarme del día en que los sanguinarios guerreros de Ragnar habían pasado a cuchillo a los monjes y, tras apoderarse del tesoro, habían prendido fuego al monasterio. De piedra como era, la iglesia no había ardido; no así la techumbre, que había desaparecido por completo, de modo que solo quedaban en pie unas paredes ennegrecidas y el pie del campanario. A medida que, a golpe de remo, nos adentrábamos en la desembocadura del río, reparé no solo en la nueva techumbre de la iglesia, sino en que salía humo por el agujero del caballete. Y en que aquel viento racheado arrastraba también el humo que salía de un puñado de casuchas que se agazapaban en derredor; tampoco se me pasaron por alto los ocho pequeños botes de pesca que, amarrados a la orilla del río o varados en la playa de guijarros, allí había, no menos visibles, por otra parte, que el humo de las fogatas donde secaban arenques. Al vernos llegar, dos pequeños, a quienes habían encomendado la tarea de impedir que las gaviotas se acercasen a los secaderos, echaron a correr, pero no tardaron en volver a lo suyo tras oír las apremiantes voces de un hombre que, sin moverse de donde estaba, se nos quedó mirando. Igual que algunos de los pobladores del pequeño poblado. Las cruces de las proas les habrían dado a entender que no éramos daneses ni hombres del norte; aun así, no parecían tenerlas todas consigo. Les hice un gesto de saludo con la mano, pero ninguno de ellos respondió.

Luego, justo antes de que el sol se ocultase por completo, un bote, con dos hombres a los remos y otro al timón, dejó atrás la playa. Como el *Eadith* era el barco que más cerca estaba de la orilla, el bote venía a nuestro encuentro. A aquellos de los míos que eran paganos, les había ordenado que escondiesen los martillos que llevaban al cuello; a aquellos con las caras pintarrajeadas, les había dicho que se hiciesen los dormidos bajo los bancales. Aunque llevaba una cruz al cuello, no las tenía todas conmigo, no fuera a ser que alguien me reconociera, así que me engurruñé en el angosto espacio que había bajo el altillo del timonel a popa y me cubrí la cabeza con la caperuza de una capa, en tanto que el joven Swithun, que con tanto desparpajo se había desenvuelto durante nuestra estancia en Dumnoc, se disponía a recibir a nuestros visitantes. Mías eran la cadena de oro que llevaba al cuello y la preciosa capa de lana con ribetes de piel de nutria que lucía para la ocasión.

—Que la paz de Dios sea con los de este barco —fue el saludo que nos dedicó el hombre del bote. Aunque vestido de cura, no me pareció uno de esos ordenados por

la Iglesia—. ¡Voy a subir a bordo! —gritó a su minúscula tripulación cuando el bote se llegó al costado de nuestra nave y, sin que nadie le hubiese invitado a hacerlo, trepó por la amura del *Eadith*—. Alabado sea el nombre de Cristo, ¿se puede saber quiénes sois?

Dado que el río Wiire marcaba el límite más al sur de las tierras de Jeremías, lo más probable era que cualquier cura de por aquellos contornos hubiera sido ordenado como tal por el obispo chiflado, quien aseguraba no haber recibido la autoridad de que estaba investido de Contwaraburg o de Roma, sino del propio dios crucificado. El cura en cuestión era un hombre bajo, con una buena mata de cabellos rizados de color castaño y una barba en la que bien habría podido anidar una garza, que exhibía una ancha sonrisa que dejaba al descubierto los tres dientes que le quedaban. Sin esperar a que nadie respondiese a su pregunta, nos pidió que satisficiéramos los derechos correspondientes.

—Si tenéis pensado quedaros hasta el amanecer, ¡habréis de pagar los derechos correspondientes! Y creedme que lo lamento. No se trata de normas impuestas por nosotros, sino de la ley de Dios.

El cura hablaba en danés, y Swithun, que no se defendía muy bien en aquella lengua, puso cara de no entender lo que le decía.

—¿Me estáis reclamando algo? —le preguntó en inglés, hablando muy despacio y en un tono algo más alto de lo normal.

—¡Dinero! ¡Monedas! ¡Plata! —repuso el cura, simulando contar unas imaginarias monedas que sostuviera en la palma de la mano con un dedo mugriento.

—¿Cuánto? —se interesó Swithun, vocalizando muy despacio.

—¡No me habéis dicho quiénes sois! —se quejó el cura, en tanto que yo le iba traduciendo desde mi escondrijo.

—¿Acaso dicha tarifa depende de lo que os responda? —le preguntó Swithun, mientras yo me disponía a traducirle la respuesta del cura de nuevo.

El cura esbozó una sonrisa maliciosa.

—¡Y tanto que sí! ¡Si no sois más que unos pobres miserables de Anglia Oriental que, con una carga de zurullos de perro y cagadas de ganso, habéis salido de una ciénaga infestada de moscas, os saldrá más barato que si sois un maldito sajón del oeste que transportáis cotas de malla hechas en Frankia y vino de Neustria! ¿Acaso sois un sajón del oeste?

—Lo es —repuse yo—, ¿y vos sois?

—El padre Yngvild; vuestro señor tiene que pagarme un chelín por cada barco. Tres chelines por esta noche —añadió con una sonrisa, a sabiendas de lo abultado de tamaña exigencia.

—Tres peniques —le ofreció Swithun, que había seguido bastante bien la conversación.

Se lo traduje y, frunciendo el ceño, Yngvild se me quedó mirando.

—¿Quién es ese? —le preguntó a Swithun. No podía verme porque, todavía

embozado, no me había movido de donde estaba.

—Mi arpista —repuso Swithun, mientras yo lo traducía—; es tan feo que no queremos ni verlo.

—Tres peniques no bastan —dijo Yngvild, dándose por satisfecho con la explicación que le había ofrecido Swithun—; dejémoslo en seis.

—Tres —insistió Swithun.

—Cinco.

—¡Tres, y no se hable más!

—Hecho —convino Yngvild, esbozando una sonrisa de nuevo porque había regateado en inglés y creía que, de un modo u otro, había conseguido engañarnos—. Y ahora, decidme: ¿quiénes sois? —insistió.

Swithun se irguió altanero.

—Soy el príncipe Etelstano —anunció majestuosamente—, hijo de Eduardo de Wessex, el Ætheling, es decir, el heredero del trono de los sajones del oeste, y estoy aquí como enviado de mi padre y de su hermana, Etelfleda, señora de Mercia.

Incapaz de salir de su asombro, Yngvild se lo quedó mirando. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero tan solo acertó a farfullar. Le había dicho a Swithun que no vacilara a la hora de soltar tamaña mentira, y así lo había hecho aquel muchacho que, en ese momento y con gesto altivo, mirándole a los ojos, se encaraba con aquel cura de tan corta estatura.

—Así que vos sois... —acertó a decir, por fin, Yngvild.

—¡Con el tratamiento de «señor» para vos! —bramó Swithun.

—Habéis de dirigiros a él como «señor» —dije con voz amenazante.

Yngvild echó un vistazo al barco, pero no vio más que guerreros cansados con cruces al cuello. Lo cierto es que ningún príncipe de Wessex se habría llegado por mar tan al norte sin una pléyade de consejeros y curas, y mucho menos sin una imponente guardia personal, pero, al revés que yo, que hacía mucho que había aprendido que las mentiras más burdas eran aquellas que más fácilmente pasaban por verdades, Yngvild, el del río Wiire, nunca antes había tenido que vérselas con príncipes.

—Como ordenéis, mi señor —musitó, acobardado.

—Nos dirigimos a la tierra de los escoceses —añadió Swithun muy en su papel— para mantener consultas con el rey Constantino y ver de llegar a un acuerdo que traiga la paz a la isla de Britania. ¿Acaso sois uno de sus súbditos?

—¡No, mi señor!

—O sea, que aún no estamos en Escocia.

—No, mi señor; ¡habréis de seguir más al norte!

—En ese caso, ¿quién es vuestro señor?

—El obispo Jeremías, mi señor.

—¡Ah! —dijo Swithun, como si hubiera visto los cielos abiertos—. ¡La dama Etelfleda nos dijo que quizá tuviéramos la suerte de conocerlo! ¿Anda por aquí?

¿Podemos ir a presentarle nuestros respetos?

—No está aquí, mi señor —dijo Yngvild, señalando al norte—; está en Gyruum, mi señor. —Me sentí aliviado, y confié en que Yngvild estuviera diciendo la verdad. Me había temido que, aunque poco probable si de ocultar su traición se trataba, Jeremías hubiera tomado la decisión de llegarse a Bebbanburg—. Estoy seguro de que también él estaría encantado de veros —añadió el cura atropelladamente.

—¿Anda cerca de estos parajes? —se interesó Swithun—. ¡Le hemos traído un presente!

—¿Un regalo? —preguntó Yngvild, sin poder ocultar su codicia.

—La dama Etefleda es generosa —continuó Swithun— y nos ha hecho entrega de un presente para vuestro señor obispo, ¡pero debemos ir al norte cuanto antes!

—¡Puedo aceptarlo en su nombre! —dijo Yngvild, sin cejar en su empeño.

—Hemos de entregárselo al obispo Jeremías en persona —aseguró Swithun con firmeza.

—Si vais al norte, mi señor, Gyruum no queda muy lejos —se apresuró a decir Yngvild—; cuestión de una corta travesía, mi señor, muy corta. Gyruum se alza en la desembocadura del siguiente río.

—Si nos queda tiempo, quizá nos pasemos por ese lugar —dejó caer Swithun—. Pero decidle al señor obispo Jeremías que le agradecemos que nos permita cruzar sus aguas y no dejéis de insistirle en que rece por el éxito de nuestra misión. ¡Mozo! —chasqueó los dedos y Rorik se apresuró a situarse a su lado—. Tres peniques. —Swithun se hizo con las monedas y las puso en manos de Yngvild, junto con un chelín de plata con la efigie del rey Eduardo—. En recompensa por vuestro amable trato, padre —dijo con suficiencia—, y en pago por vuestras oraciones.

Yngvild se inclinó con todo respeto y, sin volverla espalda, no alzó la cabeza hasta toparse con el galón de borda del barco. Algo debió de ocurrírsele en aquel momento, porque dibujó en el aire la señal de la cruz y musitó una bendición sobre nuestro barco, antes de volver a la orilla en su pequeño bote, pero yo estaba seguro de que, al día siguiente por la mañana, tan pronto como amaneciera, a toda prisa un mensajero se llegaría hasta Gyruum, al otro lado de las colinas. Por tierra, no estaba lejos de allí, y como a nosotros nos quedaba una travesía de unas cuantas horas por delante, Jeremías tendría tiempo más que sobrado de ponerse al tanto de que tres barcos que no eran de por allí andarían merodeando por sus costas. Jeremías bien podía creerse, o no, el cuento de que no éramos sino unos enviados de los sajones del oeste que íbamos camino de Escocia, pero tendría garantías suficientes de que éramos cristianos, y confiaba en que con eso le bastara. Porque, claro está, nada habría de temer tanto como que fuéramos una partida de hombres que hubieran salido ilesos del ataque que Einar había dirigido contra Dumnoc, y que, quién sabe cómo, nos hubiéramos enterado de que el obispo se había desplazado hasta aquella ciudad portuaria para informar a los hombres del norte; resumiendo, que fuéramos hasta allí con ánimo de venganza; pero, en ese caso, ¿por qué adentrarnos en el Wiire, de forma

que los suyos pudieran avisarle con tiempo? No era esa, sin embargo, la única razón que me había llevado a hablar con Yngvild. Porque bien podríamos haberle dicho que nos dejase en paz y que metiese las narices en sus propios asuntos, pero, gracias a eso, había tenido ocasión de saber a ciencia cierta que Jeremías estaba en Gyruum. Con toda claridad, le había dejado dicho a Swithun que no preguntase nada que pudiera levantar sospechas, como de cuántos hombres disponía el obispo, o si había fortificaciones en la desembocadura del río Tinan, porque tan seguro estaba del interés que habría mostrado al oír tales preguntas como de que se habría quedado mucho más tranquilo al saber que no habíamos manifestado curiosidad alguna al respecto. Mantendría sus recelos, sin duda, pero no menos deseoso estaría de saber qué clase de presente tenían a bien enviarle desde la lejana Mercia.

—Quién sabe si no me estaré pasando de la raya —les comenté a Finan y a mi hijo, que, al caer la noche, vinieron a verme al *Eadith*—, o de listo.

—Listo sí que parece, ¿verdad? —apuntó mi hijo—, Jeremías, quiero decir.

—Lo es —repuse—; listo y astuto, como una rata.

—¿Y en cuanto a lo de que está loco?

—Es un loco artero, taimado y peligroso —resumí.

—Lo mismo que Ethne cuando está de malas —concluyó Finan.

—¿Qué haría en caso de que tres barcos desconocidos se adentrasen en el río Tinan? —se interesó mi hijo.

—Si aún le quedan dos dedos de frente —contesté—, se pondría a salvo en el fortín.

—Tiempo tiene de hacerlo hasta mañana —concluyó mi hijo, alicaído.

—Lo único que de verdad importa —dije— es que está ahí, porque así nos lo ha asegurado Yngvild. Nos vendría mejor que mañana no estuviera en ese maldito fortín; pero ¿que lo está? Qué se le va a hacer. Hasta ahora todo nos está yendo a pedir de boca.

Pero eso habría de ser al día siguiente.



La antigua fortaleza romana de Gyruum se alzaba en el promontorio que, por el sur, dominaba la desembocadura del río Tinan. Desde el mar, no imponía demasiado respeto: un altozano de verdor en la cima de un promontorio; pero yo, que me había llegado a caballo hasta allí y los había visto de cerca, tanto el altozano como el foso que lo rodeaba, sabía que, a pesar del desgaste ocasionado por la lluvia y el paso del tiempo, no habrían de ser presa fácil para nadie que fuese con intención de atacarlos. Hasta donde podía ver, Jeremías no había levantado empalizada alguna, pero, claro, solo podía ver la cara que daba al mar de aquel montículo, en tanto que por tierra habría de intentarlo, sin duda, quienquiera que se propusiera un asalto en toda regla.

A media mañana, rodeamos el promontorio. Al alba, atrás habíamos dejado el río Wiire para adentrarnos en un mar en calma: ni gota de viento; incluso había llegado a atisbar un jinete que, desde el poblado, cabalgaba en dirección norte, lo que me llevó a pensar que Jeremías no tardaría en estar al tanto de nuestra llegada. Igual que imaginé que habría dispuesto centinelas en las altas murallas de verdor del fortín para que, sin falta, le pusieran al tanto de si nuestros barcos proseguían la travesía anunciada, rumbo norte, o se adentraban en el río Tinan.

Porque eso fue lo que hicimos. A merced de un viento que, incapaz de decidirse por el norte o por el oeste, soplabá por donde bien le venía en gana, aunque con la suficiente fuerza, eso sí, como para agitar el mar, avanzábamos a remo y sin prisas. Si hubiéramos ido con intención de atacar los dominios de Jeremías, habríamos remado con más brío, surcando el mar tan deprisa como hubiéramos podido. Llevaríamos yelmos y cotas de malla; habría una multitud de hombres dispuestos a saltar a tierra en las proas de nuestras naves; en lugar de eso, avanzábamos con lentitud, ni un yelmo a la vista y, en las proas de nuestros tres barcos, sendas cruces, que no cabezas de dragón. En ningún momento aparté los ojos del fortín y, hasta donde pude ver, no atisé nada que indicase que estuvieran a la defensiva. No se veía lanza alguna en aquel verde altozano. Tan solo dos hombres allá en lo alto, nadie más.

Rodeamos, pues, el promontorio, nos adentramos en el río y, al volver la vista a la orilla sur, con gran alivio por mi parte observé que allí mismo, amarrado a un embarcadero recién construido que, anclado en los marjales, se adentraba en el río, allí mismo estaba el cochambroso barco de Jeremías, el *Guds Moder*. A su lado, en el mismo muelle, una docena de embarcaciones pequeñas, botes de pesca en realidad, en tanto que otras dos chalupas permanecían fondeadas en el río. No lejos de allí, la misma playa de guijarros contra la que, muchos años atrás, embistiera un barco de color rojo y mis rescatadores empezaran a saltar a tierra desde proa, liberándome así de la condición de esclavo a que me había visto reducido. Porque mi tío, el padre de mi primo, con la esperanza de que pasase a mejor vida, como tal me había vendido; fuere como fuere, salí adelante, y así fue cómo conocí a Finan, compañero de esclavitud, y allí, en aquella playa, juntos habíamos iniciado la senda que habría de culminar en nuestra venganza. Y confié en que no tardaríamos en ver cómo acababa.

Estaba claro que los vigías habían alertado a Jeremías de nuestra llegada, porque, sin contar con aquellos que, ladera abajo, se llegaban desde el monasterio donde residía el obispo, cuarenta o cincuenta hombres y mujeres nos esperaban en la playa. Swithun, con la capa ribeteada de piel y mi reluciente cadena de oro al cuello, permanecía erguido en la proa del *Eadith*, sin dejar de dispensar majestuosos saludos. Yo me encontraba a popa, desde donde me volví y, sirviéndome de las manos como bocina, a voces le pregunté a mi hijo, que estaba al mando del *Stiorra*:

—¿Tenéis claro lo que habéis de hacer?

—¡Por supuesto! —repuso, sin ocultar el entusiasmo que lo embargaba.

—¡Tomáoslo con calma!

Esbozó una sonrisa maliciosa a modo de respuesta; luego, dio una orden, y los remeros se aprestaron a llevar el *Stiorra* río arriba. No remaban con brío; tan solo hundían las palas para separarse del *Eadith* y del *Hanna*, que ya se dirigían a la playa, así como para hacer frente a la corriente del río y al reflujó de la marea que estaba bajando. Hubo un momento en que el *Stiorra* pareció acercarse a nosotros de nuevo y, si bien los remeros pronto enderezaron el rumbo, lo hicieron de forma pausada, como si aquellos que iban a bordo de la embarcación no tuvieran intención alguna de bajar a tierra, sino que se limitaran a esperarnos en el río hasta que diera la hora de hacernos a la mar de nuevo.

Nos quedamos remoloneando un rato cerca de la playa mientras yo trataba de dar con Jeremías, porque no lo veía entre los hombres y mujeres que allí nos esperaban, cuando, sorprendidos, vimos una estafalaria procesión que, ladera abajo, venía del altozano donde se alzaba el monasterio. Doce hombres encabezaban el cortejo, aquellos a los que, según tenía entendido, Jeremías tenía a bien llamar sus discípulos, solo que aquellos doce hombres llevaban cotas de malla y yelmos, escudos y lanzas. Les seguían seis niños de corta edad que, vestidos de blanco y con frondosas ramas de árbol en las manos, entonaban cánticos. Detrás de ellos, Jeremías, el obispo chiflado, a lomos de un pequeño asno, un animal tan diminuto que el obispo iba arrastrando los pies por el suelo. Revestido de nuevo con sus emperifollados ornamentos, portaba el báculo episcopal con la voluta de plata y una mitra que, poco menos que empotrada, a duras penas le cubría los largos cabellos blancos. Cantarinas y claras, por encima del susurro del viento y del batir de las pequeñas olas del río que rompían en la playa de guijarros, se alzaban las voces de aquellos niños. Dejé el timón en manos de Gerbruht.

—Mantedlo a un paso de la orilla —le dije.

Era un buen timonel y estaba seguro de que sabría cómo mantener el *Eadith* a unos pocos pasos de la playa, en tanto que yo me agazapaba en el pantoque de la nave, donde, acurrucados, ya se apiñaban treinta de los míos, todos con cotas de malla, pero sin yelmo. En cubierta, escudos, hachas, espadas y lanzas al alcance de la mano. Si bien la gente que esperaba en la orilla podía vernos, no podía ni imaginarse que fuéramos con intención de entablar contienda. Me ceñí el tahalí del que pendía *Hálito de serpiente* a la cintura. A mi lado, con una sonrisa cargada de intención, Rorik me sostenía el yelmo, el precioso yelmo con el lobo de plata agazapado por cimera.

—¿Quiénes sois?! —gritó uno de los hombres desde la orilla de la playa, dirigiéndose a nosotros en sajón, probablemente porque el mensajero de Yngvild ya había informado a Jeremías de quiénes éramos, mensaje que, por lo visto, no debía de haberle inquietado en demasía, porque, aun cuando muchos de los hombres que allí estaban portaban espadas, solo los doce discípulos llevaban cotas de malla.

—¿Soy Etelstano de Wessex —dijo Swithun a voces desde la proa—, y estoy aquí para presentaros los cordiales respetos de mi padre, el rey Eduardo de Wessex, y de

su hermana, Etelfleda de Mercia!

—¡No os acerquéis más! —gritó el hombre.

—La dama Etelfleda ha tenido a bien enviar un presente a vuestro obispo —continuó Swithun en el mismo tono, mostrando un maloliente jubón que habíamos envuelto en un paño limpio—. ¡Las mantillas en que, de pequeño, envolvieran a Juan el Bautista! ¡Aún pueden verse las manchas de pis!

Acurrucado como estaba a mi lado, Rorik se echó a reír; le dije que se callase.

—No os lo toméis a mal, pero ¿qué tal si me las arrojáis desde el barco? —precavido, repuso el hombre.

—¡Un momento! ¡Un momento! —terció Jeremías desgañitándose casi, quien, tras olvidarse del minúsculo burro, a grandes zancadas, ya se llegaba a la playa, al tiempo que no dejaba de amonestarles en danés—: ¡A qué tamaña descortesía con nuestros visitantes! Un regalo ha de ser entregado como es menester. ¡Lord Etelstano! —Me arrebujé aún más al ver que el obispo se llegaba casi hasta la orilla.

—¡Señor obispo! —contestó Swithun.

—¡Bajad a tierra! —dijo Jeremías, en inglés esta vez.

—¿No estaréis pidiéndome que me arroje al agua?

—Claro que no; ¡tan solo quiero que caminéis sobre ella como hiciera nuestro Señor! ¿Acaso no os veis capaz?

Atónito al oír tan inesperada pregunta, Swithun vaciló un instante.

—¡Pues claro que no! —gritó por fin.

—¡Cuestión de práctica! —le reconvino Jeremías—. ¡Es solo cuestión de práctica! ¡Basta con que tengáis fe, un poco de fe, nada más! Acercaos un poco más, pero no demasiado; podéis bajar a tierra con seis de los vuestros, si así os place.

—¡Hacedlo como al desgaire! —le susurré a Gerbruht.

Tal y como yo quería, el *Eadith* se había desviado un poco río abajo, y Gerbruht dio orden de remar a las bancadas de estribor, lo peor que podía haber hecho si, de verdad, pretendía que el barco se acercase lentamente a la orilla, porque, en lugar de dirigirse a la playa, la nave viró río abajo y la corriente la arrastró hacia el mar. Con cara de susto, Gerbruht se puso a gritar a los hombres para que todos remaran a la vez.

—¡Todos a una! ¡Con brío! ¡Adelante! —Entonces, una vez enderezado el rumbo, con todas sus fuerzas atrajo el timón contra su pecho y observé cómo el *Eadith* viraba hacia la playa—. ¡Remad! —gritó—. ¡Con todas vuestras fuerzas! —había realizado una maniobra perfecta.

Al mismo tiempo, Finan o, más bien, Berg, que era quien manejaba el timón, y que, a fuerza de pausadas y cansinas remadas, había conseguido que, poco a poco y sin alejarse nunca más de cincuenta o sesenta pasos de nosotros, el *Hanna* remontase el río, hizo que, de repente, aquel barco alargado también virase y se dirigiese a la playa.

—¡Remad! —oí cómo gritaba Berg a los suyos—. ¡Remad!

—¡Un golpe de remo más! —vociferaba Gerbruht por su lado.

Los largos remos casi se curvaron con el último y definitivo empujón, la proa del *Eadith* encalló en la playa de guijarros y, con un estremecimiento, el barco se quedó varado; del pantoque, comenzaron a salir hombres con cota de malla que, esquivando a los remeros, ya saltaban a tierra. Lo mismo hacían los hombres de Finan, pero desde la proa del *Hanna*. Con nuestra desmañada forma de navegar, entre las dos tripulaciones, habíamos conseguido atenazar a Jeremías y a sus hombres; mi hijo, viendo que nos hacíamos con la playa, ordenó a los suyos que remarán con todas sus fuerzas y, a toda prisa, el *Stiorra* se dirigió al muelle, una media milla más río arriba.

—¡Quiero al obispo con vida! —les grité a los míos—. ¡Con vida!

Fui uno de los últimos en saltar del barco. Al caer, tropecé en aquellas aguas poco profundas y casi me fui de bruces al suelo, pero, al verlo, Vidarr Leifson, uno de mis guerreros, otro de mis hombres del norte, me sujetó e impidió que me cayese. Rorik me tendió el yelmo. No llevaba escudo y, aunque no creía que fuera a hacerme falta en aquel momento, si bien a no mucho tardar habría de recurrir a ella, eché mano de *Hálito de serpiente*, y así fue cómo recorrí los últimos pasos que me separaban de la playa, donde mis hombres ya se habían situado tal y como les había dejado dicho: río arriba, a espaldas de los guerreros de Jeremías, los hombres de Finan; río abajo, los míos. Entre los de Finan y los míos, los superábamos en número. Al ver lo que estaba pasando y si hubiera tenido dos dedos de frente, Jeremías habría salido por piernas de allí. La mayoría de los que con él iban no llevaban escudos ni cotas de malla y, entre ellos, había mujeres y niños que, chillando como posesos, hacían que aún cundiese más el pánico. Sin salir de su asombro, Jeremías se nos quedó mirando, antes de ponerse a gritar él también, imprecando a las nubes con el báculo.

—¡Aniquílalos, Señor, aniquílalos!

Tres de sus discípulos confundieron semejante súplica con una orden y, sin dudar, se abalanzaron sobre nosotros, pero los míos no solo estaban en condiciones de plantarles cara, sino deseando hacerlo, por no decir que se morían de ganas, y se oyó un inesperado estrépito en mitad de la playa, un entrechocar de espadas, en tanto que cada uno de los hombres de Jeremías se enfrentaba con dos de los míos, mientras yo veía cómo, con sus espadas, esquivaban las lanzas de sus adversarios antes de hundírselas en la barriga o de rebanarles el pescuezo, y escuchaba el despiadado bramido de los míos, que, sin miramientos, se deshacían de sus tres adversarios, al tiempo que oía los gritos de aquellas mujeres que veían cómo sus maridos se dejaban la vida en aquella playa.

Algunas de aquellas gentes, más sensatas desde luego que aquellos que lo habían pagado con su vida, dieron media vuelta y echaron a correr hacia el antiguo monasterio que se alzaba en la cima de la colina, pero ya los hombres de Finan ocupaban la franja de hierba que habrían de cruzar si querían llegarse tierra adentro. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Muertos, en un charco de sangre, tres hombres yacían en la playa, en tanto que, a la fuerza, los demás ya volvían junto a

Jeremías, quien, de rodillas, pedía a voces a su dios:

—¡Envía a tus santos ángeles, Señor! —suplicaba—. ¡Acude en defensa de tus siervos! ¡Haz que enmudezcan tus enemigos y núblales la vista! ¡Vénganos, Señor, vénganos y líbranos de ellos!

Mientras, sus hombres deponían las armas; algunos incluso se ponían de rodillas, como Jeremías, aunque no para orar como él, sino para rendirse.

Eché un vistazo río arriba y comprobé que mi hijo se había apoderado del *Guds Moder*. Me imaginé que habernos hecho con aquel barco era más importante incluso que haber aprehendido a Jeremías, quien, en aquel momento, imploraba el envío de refuerzos celestiales.

—¡Que los gusanos les corroan las tripas, Señor, que las larvas infesten sus vejigas! ¡Pues que son aborrecibles a tus ojos, aniquílalos con tu fuerza, Señor! ¡Envía a tus resplandecientes ángeles y vénganos! ¡Haz que se les pudran las carnes, que en polvo se conviertan sus huesos! ¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad! — Aplastando los guijarros de la playa con las botas, me acerqué a donde él estaba. Ninguno de los suyos trató de impedírmelo—. ¡Haz que ardan en ese fuego que nunca se consume, Señor! ¡Húndelos en los hediondos excrementos del diablo! — exclamaba, al tiempo que, apretando los párpados, cerraba los ojos y alzaba la cara al cielo—. ¡Haz que engullan la abominación de Satán, Señor, que su nauseabunda carne alimento sea para sus perros! ¡Doblégalos, Señor! ¡Aniquílalos! Haz lo que te pido, Señor, en el nombre del Padre, del Hijo y...

—... Y del otro —concluí la frase por él, al tiempo que le rozaba el hombro con la hoja de *Hálito de serpiente*—. Saludos, Jeremías.

Abrió aquellos ojos tan azules, se me quedó mirando, calló durante un instante y me dirigió una sonrisa tan tierna como la de un niño.

—Saludos, mi señor. Es un honor que hayáis venido a presentarme vuestros respetos.

—Estoy aquí para tener unas palabras con vos.

—¿De veras? —parecía encantado—. ¡Me encantan las palabras, mi señor, me encantan! ¿Y a vos? ¿Os pasa lo mismo a vos, mi señor?

—Pues sí —y pasé la hoja de la espada por su escuálida mejilla—. Y la palabra que he tenido a bien elegir para hoy no es otra que *banahogg*. —Vocablo que significa «muerte a espada» y que procuré aclararle pasándole la punta de *Hálito de serpiente* por la cara.

—Hermoso vocablo del norte, mi señor —dijo, haciendo un remilgo—, hermosa palabra, sí señor; pero de todas las de esa lengua, ninguna tan bonita como *tilskipan*. ¿Creéis que podemos llegar a un *tilskipan*?

—Para eso he venido —repuse—, para llegar a un acuerdo con vos. Poneos en pie.

Porque, en efecto, nos disponíamos a tener unas palabras.



—¡No, mi señor! ¡No, no! —clamaba Jeremías con aquellos ojos tan azules arrasados en lágrimas que, resbalando por sus pobladas mejillas, desaparecían en su corta barba —. ¡No, os lo ruego, no! —me suplicaba con gritos de desesperación mientras, entre sollozos y de rodillas, retorciéndose las manos, no dejaba de mirarme.

El vivo resplandor de una llamarada iluminó las tinieblas en que estaba sumida la iglesia. Con viveza se alzaron las llamas, ardieron un momento y, al cabo, se consumieron.

—¿Qué me dijisteis que era eso? —me interesé.

—La cuchara de Jacob, mi señor.

—Tan solo un montón de ceniza —dije, satisfecho.

—La cuchara con la que Jacob removía las lentejas que le vendiera a Esaú a cambio de su primogenitura, mi señor —añadió Jeremías, sin dejar de sollozar.

De la cuchara en cuestión, un tosco utensilio de madera de haya, no quedaba sino un montón de cenizas blancas en la hoguera de carbón bituminoso que, aparte de las velas que ardían en el altar, iluminaba y calentaba la catedral de Jeremías; al otro lado de los ventanales, la noche estaba tan oscura como boca de lobo. Aquel edificio, que tanto se empeñaba en llamar catedral, no era sino una iglesia de piedra levantada hacía muchos años, mucho antes de que mi abuelo llegase a aquellas tierras, y que, antaño, había sido un importante lugar de culto para los cristianos; luego, llegaron los daneses, mataron a los monjes y tanto la iglesia como el monasterio cayeron en el abandono hasta que Jeremías se hizo cargo del lugar. Una buena mañana, quien hasta entonces fuera conocido como Dagfinnr y uno de los hombres de la guardia personal de Ragnar el joven, desnudo, se presentó en la gran sala de Dunholm y anunció que era el hijo del dios cristiano, y que, en adelante, todos habrían de llamarle Jeremías. Y exigió que Ragnar, que era pagano, le rindiese culto. Brida, la mujer de Ragnar, que no podía ni ver a los cristianos, insistió en que lo condenase a muerte, pero Ragnar tuvo a bien apiadarse de él y, pensando en lo poco que habría de durar aquel pobre necio y como muestra de gratitud por los años que le había servido, le desterró él y a su familia a las ruinas de aquel monasterio. Pero Dagfinnr había salido adelante y a él se le fueron uniendo más y más hombres que no tenían donde caerse muertos, proscritos y perdularios que le prestaron juramento de fidelidad; por eso, era él quien llevaba las riendas de Gyruum y de aquellos pagos. Las malas lenguas decían que, tras haber llegado a aquel monasterio en ruinas, había excavado un pozo, pero que, en vez de agua, había dado con la plata que, en su día, habían enterrado los monjes de Gyruum. Que hubiera algo de verdad o no en todo eso, lo cierto es que no tenía ni idea, pero a la vista estaba que había prosperado lo bastante como para comprar el *Guds Moder* y una flota de barcos más pequeños que, río abajo y llegándose hasta el mar, se dedicaba a pescar con red arenques, bacalaos, merluzas, salmones, abadejos y

pescadillas que, una vez ahumados o puestos en salazón en la orilla, más tarde, vendían por aquellas costas. Cuando, tras la muerte de Ragnar, Brida había pasado a convertirse en la señora de Northumbria, reconociendo quizás en él un eco de la propia locura que la poseía, o quién sabe si disfrutando al ver lo indignados que se sentían los verdaderos cristianos con sus absurdas pretensiones, había permitido que Jeremías siguiera a lo suyo.

En la vieja iglesia, recubierta por entonces con una tosca techumbre, montones y montones de pequeñas cajas de madera, donde, de una en una, Jeremías guardaba sus tesoros. Hasta entonces, y aparte de la cuchara de Jacob, había quemado un mechón de la barba de Eliseo, una paja del pesebre donde habían colocado a Jesús recién nacido, la hoja de parra con que, en su día, Eva se cubriera la teta izquierda, y la horca con la que san Patricio había atrapado la última de las serpientes que infestaban Irlanda.

—¿Qué hay aquí dentro? —pregunté, al tiempo que abría otra de aquellas cajitas.

—¡No, mi señor! ¡Eso no! ¡Cualquier cosa menos eso!

Abrí la caja y vi contenía una oreja de cerdo apergaminada.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—La oreja del siervo del sumo sacerdote, aquel al que san Pedro se la cortara en el huerto de Getsemaní, mi señor —musitó Jeremías sin dejar de sollozar.

—¿Cómo podéis ser tan necio? Solo es una oreja de cerdo.

—¡No! Es la oreja que nuestro Señor volvió a ponerle en su sitio. ¡Cristo tocó esa oreja y volvió a ponérsela en la cabeza!

—¿Y cómo es que ha acabado aquí, en esta caja?

—Es que se le volvió a caer, mi señor.

Sostuve la oreja encima de las ascuas del brasero.

—¡Me habéis mentido, Jeremías!

—¡No! —gimió.

—Me habéis mentido —insistí—. Toda una sarta de mentiras. Os vi en Dumnoc.

De repente, dejó de sollozar y una malévola sonrisa le cruzó la cara. Quizá fuera verdad lo de que estaba loco y, de ahí, tan repentinos cambios de humor.

—Sabía que erais vos, mi señor —reconoció él, muy taimado.

—Nada dijisteis cuando me visteis.

—Tras haberos mirado a la cara, no estaba del todo seguro, así que recé, mi señor, y Dios se tomó su tiempo antes de darme una respuesta; lo hizo al fin, pero, cuando le conté a lord Etelhelmo lo que Dios había tenido a bien revelarme, me tomó por un lunático.

—Pues no tardó en enviar hombres en mi búsqueda —repuse, de mal talante.

—¿De verdad? —se interesó Jeremías, como si no hubiera estado al tanto de nada.

—Todo porque vos le dijisteis que yo andaba por allí —añadí, ya fuera de mí—. ¡Soy vuestro señor y vos me traicionasteis!

—Le había pedido a Dios que os protegiera.

—¡Sois un mentiroso gusano!

—¡Dios es mi padre y atiende mis súplicas! ¡Claro que se lo pedí!

—Debería rebanaros el pescuezo ahora mismo —le dije, lo que le llevó a emitir un quejumbroso gañido—. Le hablasteis a Etelhelmo de vuestras sospechas para ganaros su favor. ¿Estoy o no en lo cierto?

—¡Sois un pagano, mi señor! Solo cumplía la voluntad de mi Padre.

—Por eso me traicionasteis.

—Sí, mi señor —musitó, al tiempo que fruncía el ceño—. ¡Sois un pagano, mi señor! ¡Solo cumplía la voluntad de mi padre!

—Y hete aquí que, al día siguiente —continué—, veo al *Guds Moder* con los barcos de Einar. ¿Se puede saber de parte de quién estáis?

—Ya os lo he dicho, mi señor. ¡Cumpló la voluntad de Dios como portador de la paz! ¡Bienaventurados los que buscan la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios! ¡Fue el arzobispo quien me lo dijo, mi señor, el propio arzobispo! ¡Con estas palabras me lo dijo el mismo Hrothweard! ¡No! —chilló desesperado al ver cómo arrojaba aquella oreja apergaminada a las llamas del brasero. Se produjo un chisporroteo, un olor a tocino chamuscado se extendió por la iglesia y Jeremías se puso a sollozar de nuevo—. ¡El arzobispo me dijo que hiciera cuanto estuviera en mi mano por la paz!

—Acabad de una vez con ese malnacido —bramó Finan entre las sombras.

—¡No! —dijo Jeremías, retrocediendo hasta el altar—. ¡No, no, no!

—Lord Etelhelmo —continué—, el mismo que tanto celebrara vuestra presencia en Dumnoc, ha establecido una alianza con mi primo. Pero el *jarl* Einar, el mismo que os dedicó un saludo a vos y a los vuestros cuando, desde Dumnoc, zarpaba rumbo norte, está al servicio de Constantino. Ambos piensan que estáis de su parte.

—¡Bienaventurados los que buscan la paz! —musitó Jeremías.

—No tengo mucho tiempo —repuse—; tan solo esta noche. Pero más que de sobra para quemar todo esto.

—¡No, mi señor!

—¡Permitidme que tenga unas palabras con él! —rezongó Finan.

Jeremías se lo quedó mirando y dio un respingo.

—No me gusta ese hombre, mi señor.

—Es cristiano —repuse—; debería caer bien.

—Que Dios te bendiga, hijo mío —al tiempo que lo bendecía—. Sigue sin gustarme ni un pelo, mi señor. Es un hombre espantoso.

—En efecto, lo es —dije—, pero también quizás el único que pueda sacaros la verdad.

—Ya os lo he dicho, mi señor. ¡Bienaventurados los que buscan la paz!

Me tomé un respiro y me lo quedé mirando. ¿De verdad estaba loco? La mitad de las veces parecía cuerdo, pero, durante no menos tiempo, su mente parecía vagar por

algún lugar etéreo donde solo él y su dios tenían cabida. La desesperación que mostraba al ver cómo quemaba sus fruslerías parecía real, como tampoco creo que fingiera el miedo que tenía; no obstante, seguía mintiendo sin parar. Finan pretendía sonsacarle la verdad a palos, en tanto que yo me maliciaba que Jeremías con gusto estaría dispuesto a abrazar cualquier martirio. Lo malo es que cuando se recurre al palo para que alguien diga la verdad, nunca se puede estar seguro de que así sea, porque un hombre aterrorizado siempre acaba por decir aquello que cree que quiere oír aquel que lo está maltratando. Quería saber la verdad, sin duda, pero, de repente, me dio por pensar: ¿qué tendría en mente Jeremías? ¿A cuento de qué había sacado al arzobispo a colación? En aquel momento, me acordé de lo que me habían contado: que había ido a Eoferwic y había mantenido una conversación con Hrothweard, el recién nombrado arzobispo. ¿Y si hubiera algo de verdad en aquellas estridentes alusiones suyas a la paz?

Me acerqué a él, que, instintivamente, se apartó y empezó a tragar saliva.

—No, no pienso... —empezó a decir, antes de que un sonoro sollozo lo dejara sin palabras.

—¿No pensáis qué? —le pregunté.

—¡Deciros nada! —gritó con rabia—. ¡Vos no buscáis la paz! ¡Sois un pagano! ¡Sois *Uhtredærwe*! —Un vocablo que quería decir *Uhtred el Pérfido*, uno de los cariñosos apelativos con que tenían a bien distinguirme los cristianos—. ¡Veneráis a los ídolos y quemáis nuestras imágenes! ¡Sois una abominación a los ojos de mi Padre que está en los cielos! ¡Mil veces la muerte antes que deciros nada! —Cerró los ojos y alzó la cara al techo, allí donde el humo del brasero lentamente se escapaba por entre las vigas—. ¡Llévame, Señor —gritó—, llévate a tu siervo doliente y acógelo en tu amoroso seno! ¡Llévame, llévame, llévame!

En cuclillas, me coloqué frente a él, me incliné hacia adelante y le susurré al oído:

—Lo habéis hecho muy bien.

Dejó de rezar de forma inesperada, abrió los ojos y se me quedó mirando. Durante un instante, pareció estar más aterrado que cuando le había hablado con tanta aspereza.

—¿Qué he hecho bien? —repitió en un hilo de voz.

En el mismo tono susurrante, le dije:

—El arzobispo me pidió que comprobara por mí mismo si erais capaz de guardar un secreto.

—¿Hablasteis con...? —empezó a decir, antes de guardar silencio al ver que me llevaba un dedo a los labios.

—Que no nos oiga Finan —musité—. No es de fiar.

Jeremías asintió con energía.

—Tiene toda la pinta de ser un traidor, mi señor. No podéis fiaros de esa gentuza.

—Irlandés, por si fuera poco.

—¡Lo sabía! ¡Hacedme caso, mi señor!

—Debo darle la impresión de que no puedo ni veros —añadí—, ¡pero si estoy aquí es porque así me lo pidió el arzobispo! Me prometió que reconstruiría todo lo que quemase. Me lo prometió.

—Aun así —dijo, frunciendo el ceño al reparar en el martillo que pendía de la cadena que llevaba al cuello—, ¡no sois cristiano, mi señor!

—¡Silencio! —le ordené llevándome un dedo a los labios de nuevo. Eché una ojeada para ver por dónde andaba Finan y bajé la voz todavía más—. ¡Mirad! —Le mostré la empuñadura de *Hálito de serpiente*, con una cruz de plata en el pomo. Era una cruz que, años atrás, me había regalado Hild, una de mis amantes, una mujer a la que había querido y aún quería, aunque por entonces hubiese decidido recluírse en un convento de Wintanceaster. En un arranque de sentimentalismo, había incrustado aquella cruz en el pomo de la espada, un gesto que, en aquel instante, me venía que ni pintado, porque Jeremías no apartaba la vista de los destellos que, de la plata, arrancaban las llamas del brasero.

—Pero... —volvió a la carga Jeremías.

—Hay veces en que la obra de Cristo debe llevarse a cabo en secreto —susurré—. Decidme, Jeremías, ¿van ganando los cristianos las guerras que se libran en Britania?

—Sí, mi señor —dijo, sin poder disimular su entusiasmo—. Gracias a Dios, el reino de Dios avanza hacia el norte año tras año. ¡Los paganos están confundidos! ¡Los ejércitos de Dios purifican estas tierras!

—¿Y quién marchó al frente de los ejércitos cristianos?

Se quedó atónito durante un instante para, luego, sorprendido, decir en voz muy baja:

—Vos, mi señor.

—¿Lo veis? —repuse. Lo cual era cierto, aunque si me había puesto al frente de tales ejércitos era solo por el juramento de fidelidad que había prestado a Etelfleda. Dudé un momento antes de seguir adelante. Mi estratagema estaba dando el resultado apetecido; había conseguido tranquilizar y reconfortar a Jeremías, pero había llegado el momento de jugármelo todo a una baza y, si metía la pata, volvería a desconfiar de mí de nuevo.

—El arzobispo —le dije en un susurro— me habló de Lindisfarena.

—¿De verdad? —se le veía entusiasmado, lo que me dejó mucho más tranquilo. No me había equivocado.

—Aspira a que sea una isla consagrada a la oración —le dije, recordando las palabras de Hrothweard.

—¡Lo mismo que me dijo a mí! —celebró Jeremías con alborozo.

—Y que seáis vos quien se encargue de que el monasterio recupere su antiguo esplendor —añadí.

—¡Obligación nuestra es! —dijo Jeremías con vehemencia—. ¡Lindisfarena es un lugar que irradia poder, mi señor, mucho más que Gyruum! ¡Dios escucha las oraciones que se le rezan en Lindisfarena! ¡Nada de santos de por medio! ¡Llegan al

mismo Dios, mi señor! En Lindisfarena, ¿puedo obrar milagros!

Le hice señas para que guardase silencio de nuevo. Había llegado la hora de dejar caer mi segunda baza, más fácil que la primera.

—¿Acaso os prometió mi primo que pondría la isla en vuestras manos?

—Eso dijo, mi señor.

De sobra sabía yo que el arzobispo Horthweard, hombre sensato y recto, nunca le había prometido la isla a Jeremías. Igual que sabía que por ser el lugar donde había vivido y predicado san Cuthberto, tanto la isla como aquel monasterio en ruinas eran sagrados para los cristianos. Aunque bastaba con asomarse a las murallas de Bebbanburg para verlo, mi primo nunca había hecho nada por refundar el monasterio, probablemente por miedo a que una nueva abadía con sus edificios anejos atrajeran a más hombres del norte y daneses con intención de saquearlos. Pero en aquel momento, víctima de un asedio como aquel al que estaba sometido, necesitaba barcos que llevas en provisiones a la atribulada guarnición de la fortaleza, y nada tan a mano como la pequeña flota de Jeremías, fondeada al sur del señorío de Bebbanburg; hacerle, pues, vacuas promesas a propósito de Lindisfarena era una buena forma de ganarse la ayuda que necesitaba por parte del obispo.

—¿Qué os prometió mi primo? —me interesé—. ¿Acaso que os ayudaría a reconstruir el monasterio?

—En efecto, mi señor —repuso Jeremías, encantado—. ¡Me prometió que haría de Lindisfarena un lugar mucho más imponente de lo que antes lo hubiera sido!

Compungido, meneé la cabeza.

—El arzobispo se ha enterado de que lo mismo ha prometido mi primo a los monjes negros.

—¡A los benedictinos! —exclamó Jeremías, espantado.

—Porque fueron los que convirtieron a los sajones al cristianismo —le expliqué—, y, como danés que sois, no se fía de vos.

—¡No hay sajones ni daneses a los ojos de Dios! —se indignó Jeremías.

—Bien lo sé, al igual que vos —le dije—. Pero el caso es que mi primo abomina de los daneses. Os está utilizando. Solo recurre a vos para que le llevéis provisiones. ¡Luego, os traicionará! Los monjes negros ya están en Contwaraburg y, en cuanto los escoceses se vayan, se presentarán aquí.

—¡Dios no lo permitirá! —insistió Jeremías.

—Por eso estoy aquí —le dije.

Me miró a los ojos y le sostuve la mirada sin pestañear; me fijé en que parecía dudar.

—Pero lord Etelhelmo... —empezó a decir.

—Les ha prometido oro a los monjes negros —le interrumpí—. Pensaba que ya lo sabíais. ¡Pensaba que esa era la razón de que hubierais ayudado a Einar a la hora de atacar Dumnoc!

Meneó la cabeza.

—Lord Uhtred —se refería a mi primo— necesitaba provisiones con premura, porque, al parecer, sus graneros habían sido pasto de las llamas, mi señor. Al mismo tiempo, le daba miedo que lord Etelhelmo viniera con tantos hombres, porque está convencido de que quiere hacerse con la fortaleza.

—Tenía entendido que mi primo iba a casarse con la hija de Etelhelmo.

—Así es, mi señor —dijo, riendo entre dientes y abriendo los ojos desmesuradamente—. ¡Tan joven, y en perfecta sazón! Un auténtico consuelo para vuestro primo.

¿Un consuelo a cambio de qué, me pregunté, a cambio de dejar Bebbanburg en manos de los hombres de Etelhelmo?

—¿Así que dejaría que mi primo siguiera en Bebbanburg, pero suyos habrían de ser los hombres encargados de defenderla fortaleza?

—¡Todo un ejército, mi señor! ¡Dispuesto a aniquilar a los paganos!

Y aquello sí que tenía sentido. Con Bebbanburg en manos de Etelhelmo, Sigtryggr habría de vérselas con ejércitos sajones tanto por el norte como por el sur. Astuto, mi primo había evitado verse envuelto en las guerras que libraban sajones y daneses, pero el precio que Etelhelmo le había reclamado por acudir en su ayuda era que Bebbanburg se uniese a los suyos en la derrota de Northumbria.

—O sea, que mi primo no quería ni ver al ejército de Etelhelmo tras los muros de la fortaleza.

—¡No quiere! Unos cuantos hombres, no le importa. ¿Todo un ejército? De ninguna manera.

—Así que le dijisteis que vos os encargarías de diezmar la flota de lord Etelhelmo.

Dudó un momento. Me di cuenta de que trataba de mentirme, así que le solté un bufido en voz baja y se estremeció, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Los escoceses ya tenían idea de hacerlo, mi señor —dijo atropelladamente.

—¿Y vos estabais al tanto? —le pregunté; asintió—. ¿Y qué opinión le merecen a Dios las conversaciones que mantenéis con el rey Constantino? —me interesé.

—¡Mi señor! —se revolvió—. ¡Jamás he hablado con él!

—Por supuesto que sí —le afeé—. ¿Cómo, si no, habrías acordado que llevaríais su flota hasta Dumnoc? Habéis hablado con ambos bandos, con mi primo y con Constantino.

—No he hablado con el rey Constantino, mi señor. Os lo juro por el bendito vientre de la Virgen.

—En ese caso, tuvisteis que hablarlo con lord Domnall.

Calló un momento y asintió.

—Así es, mi señor. Lo hice —admitió en voz baja.

—Y llegasteis a un arreglo —le dije—, un *tilskipan*.

—Eso es, mi señor.

—Queríais atar bien las cosas —añadí, hablando de nuevo afablemente—. Mi

primo os prometió el monasterio si le echabais una mano, pero ¿y si las cosas no salían como él esperaba? Esa posibilidad habría de quitaros el sueño.

—¡Así es, mi señor! Y recé.

—¿Y Dios os dijo que fueseis a hablar con los escoceses?

—En efecto, mi señor.

—Y estos os prometieron que vuestro sería el monasterio si los ayudabais.

—Sí, mi señor.

—Así que, a su servicio, fuisteis a ver cómo andaban las cosas por Dumnoc.

Asintió de nuevo.

—Sí, mi señor.

—¿Y por qué no participasteis en el ataque? ¿Por qué no os unisteis a los hombres de Einar?

Se me quedó mirando con unos ojos como platos.

—¡Porque soy de los que buscan la paz, mi señor! ¡Bienaventurados aquellos que buscan la paz! Le dije a lord Domnall que no empuñaría una espada. ¡Soy un obispo! Ayudaría a los escoceses, mi señor, pero no mataría por ellos. ¡No lo permita Dios!

—Y si, durante el ataque de los barcos de Einar, os hubierais puesto de su lado —dejé caer—, lord Etelhelmo se habría dado cuenta de que estabais traicionando a mi primo.

—Así es, mi señor —dijo.

Si Jeremías estaba loco, pensé para mis adentros, desde luego era un loco sutil, un loco de lo más despierto; eso sí, tan sinuoso como una serpiente. Había logrado convencer tanto a los escoceses como a mi primo de que estaba de su parte porque así, ganase quien ganase, él se haría cargo de levantar el nuevo monasterio de Lindisfarena.

—¿De verdad creéis —le pregunté— que mi primo habría cumplido su promesa? ¿O que los escoceses iban a dejaros construir un monasterio en sus dominios? ¡Ni el uno ni los otros son de fiar!

Se me quedó mirando con lágrimas en los ojos.

—¡Dios quiere que sea yo quien lo construya, mi señor! Habla conmigo. Me lo pide. ¡Es lo que espera de mí!

—En tal caso, vos seréis el encargado de llevar a cabo tal obra —dije, no sin cierta emoción—. Y así lo entiende el arzobispo. Por eso, ha tenido a bien enviaros un mensaje.

—¿Un mensaje? —se interesó, sin ocultar su inquietud.

—Tiene a bien enviaros sus bendiciones y deciros que rezará todos los días para que el éxito corone vuestra empresa. Promete echaros una mano en Lindisfarena, y enviaros tesoros, ¡y qué tesoros! Pero solo si, antes, tenéis a bien ayudarme. —Le tomé una mano y la posé sobre la cruz de plata que adornaba el pomo de *Hálito de serpiente*—. Juro por mi vida que es cierto lo que voy a decir: que cuando yo sea el señor de Bebbanburg, vos seréis el abad, el obispo y quien lleve las riendas en

Lindisfarena —al tiempo que la apretaba la mano contra el pomo de la espada—. Y lo juro en el nombre del Padre...

—Mi Padre —se apresuró a decir.

—En el nombre de vuestro Padre, y de vuestro hermano y de...

—Y del otro —interrumpiéndome de nuevo—. No debéis nombrar al otro, porque Dios se pone celoso. Él mismo me lo dijo.

—¿Celoso?

Asintió con gran convicción.

—Porque todo el mundo se refiere al otro como santo —remarcó la palabra «santo»—, en tanto que mi Padre y mi hermano deberían ser considerados tan santos como él, si no más, pero nadie se para a pensarlo. ¡Y eso no está nada bien!

—Claro que no; está muy mal —le dije con toda la dulzura de que era capaz.

—Por eso mi Padre me dijo que nunca, nunca, nombrara al otro.

—Igual que vuestro Padre os dirá que podéis fiaros de mí.

Por un instante, pensé que había llevado las cosas demasiado lejos, porque Jeremías, en vez de darme una respuesta, se me quedó mirando y frunció el ceño. Luego, cerró los ojos con todas sus fuerzas y musitó algo para sí. Guardó silencio un momento, como si escuchara, y asintió; musitó algo de nuevo, abrió los ojos y me dirigió una mirada llena de felicidad.

—Se lo acabo de preguntar, mi señor, ¡y me ha dicho que puedo fiarme de vos! ¡Alabado sea!

—Por siempre jamás —repuse, sin soltarle la mano—. Ahora, decidme todo aquello que deba saber.

Y en la antigua iglesia de Gyruum, en aquella noche envuelta en humo, eso hizo.

CUARTA PARTE

RETORICO A BEBBANBURG

CAPÍTULO XI

—Tendríais que haberle rebanado el maldito pescuezo —no dejaba de refunfuñar Finan al día siguiente o, más bien, aquella madrugada, porque había despertado a los míos en plena noche. Con madera de deriva, mis hombres habían avivado los rescoldos de las hogueras donde ahumaban el pescado a orillas del río y, a la luz de las llamas, vadeando aquellas aguas poco profundas, se encargaban de llevar a nuestros barcos todas las corazas y las armas que habíamos encontrado. Otras eran las fogatas que ardían en lo alto de la colina, alrededor del caserío donde había recluido a todos los hombres, mujeres y niños que iban con Jeremías. Siete de los míos custodiaban el lugar, en tanto que otros dos no perdían de vista al obispo, quien me había implorado que le permitiera pasar la noche en aquella catedral atestada de reliquias.

—Pasaré el tiempo rezando, mi señor —me había suplicado—; rezaré para que el éxito corone vuestra empresa.

—¡Plegarias y más plegarias! —se mofaba Finan—. Más os habría valido que me hubierais permitido rebanarle el pescuezo.

—Está loco, pero no es tan malo como pensáis.

—Artero y taimado, vos mismo lo dijisteis.

—Cree en los milagros —dije. Algo debía de haber oído Dagfinnr el danés acerca de los milagros cristianos, porque se le había metido en la cabeza que, solo si reunía las suficientes reliquias, el dios crucificado le daría el poder para obrarlos, y así se había convertido en Jeremías. Que no hubiera sabido convertir el agua en cerveza de moras o devolver la vista a los ciegos no eran sino otros tantos fracasos que no dudaba en atribuir a la triste realidad de que no hubieran puesto Lindisfarena en sus manos.

—¡Es un lugar que irradia poder! —me había dicho muy convencido—. En esa isla, ¡el cielo entra en contacto con la tierra! Es un lugar sagrado.

—Así que ahora sueña con levantar una nueva catedral en Lindisfarena —le dije a Finan— para, más adelante, hacerse con las riendas de toda Britania.

—¿Así que el rey Jeremías? —apuntó Finan con desdén.

—Nada de rey Jeremías —repuse—, papa Jeremías, y su reino será conocido como el reino de los cielos. Un lugar donde todo el mundo vivirá en paz, sin enfermedades ni pobreza, donde nunca se echarán a perder las cosechas. —En confianza, Jeremías me había puesto al tanto de sus ambiciones con palabras que bien a las claras revelaban su desvarío—. Nada de señores —añadí— ni fortalezas, el león yacerá al lado del cordero, las espadas se mudarán en rejas de arado; un reino donde

no crecerán las ortigas, y todo hombre podrá tener tantas mujeres como quiera.

—Santo cielo, ¿no se os olvida nada?

—Pues sí: que Dios le había dicho que empezarían a verse milagros en Lindisfarena, puesto que allí pensaba levantar su nueva Jerusalén. Incluso quiere cambiarle el nombre y que de todos sea conocida como la Isla Bendita.

—¡Para benditas, mis nalgas! —comentó Finan.

—Ah, y que yo seré el Muy Alto y Santo Protector de esa Isla Bendita.

—¿Para qué un protector si todo el mundo vivirá en paz y armonía?

—Porque asegura que, como león rabioso, el diablo no cejará y andará al acecho con tal de devorar a sus pobladores.

—Pero ¿no quedamos en que juntos habrán de yacer el león y el cordero? Además, ¿qué diantres es un león?

—El diablo disfrazado.

Finan se echó a reír a carcajadas.

—¿Y a semejante necio le habéis prometido que vais a dejar las ruinas del monasterio en sus manos?

—No soy quién para tomar esa decisión; las ruinas son propiedad de la Iglesia; pero, en cambio, sí que puedo cederle una parte de la isla. ¿Que de paso se hace con algunas de las tierras de la Iglesia? No seré yo quien vaya a impedirselo.

—A la Iglesia no le hará ni pizca de gracia.

—Me importa un cagajón de rata que le guste o le deje de gustar a la Iglesia —repuse de forma desabrida—; además, Jeremías es inofensivo.

—Os traicionará —me advirtió Finan—, igual que ha traicionado a todos los demás.

Por alguna razón que yo desconocía, Finan no podía ni ver a Jeremías, inquina que, por otra parte, ninguno de los dos podía disimular, mientras yo, para mis adentros, no dejaba de preguntarme si para el irlandés, como cristiano que era, no habría que buscar el motivo de tanta irritación en los delirios de Jeremías. Porque bien podía imaginarme que hubiera cristianos que pensasen que Jeremías se burlaba de su fe, pero no estaba tan convencido de que así fuera. Pensaba que, aunque loco, era sincero, en tanto que Finan solo pensaba en rebanarle el pescuezo.

No sería yo quien le cortase el pescuezo ni ninguna otra parte del cuerpo. En el fondo, Jeremías me había caído bien. Por supuesto que estaba loco de remate y que, sin duda, andaba más que errado, pero también era taimado, y, como muestra, ahí estaban los tejemanajes que se había traído con Etelhelmo, los escoceses y hasta con mi primo; pero lo único que buscaba con tantas mentiras y engaños era establecer su milagroso reino. Creía que el dios crucificado estaba de su parte, y no sería yo quien ofendiera a ese dios, ni a ningún otro, y menos en aquella fecha tan señalada en que me disponía a entablar la batalla con la que llevaba soñando toda mi vida. Así que sí, le había prometido tierras en Lindisfarena y, de buen grado, recibido sus bendiciones. Había dejado que aquellas manos escuálidas me estrujasen la cabeza mientras

suplicaba al dios crucificado que me otorgase la victoria.

—Puedo llamar a los ángeles de mi padre para que luchen de vuestro lado —me había prometido, pero lo convencí de que no menos efectivas habrían de ser sus plegarias si las formulaba en su propia catedral.

—Podrías haberle perdonado la vida —añadió Finan, enfurruñado—, pero ¿permitirle que se quedara aquí?

—¿Qué creéis que pueda hacer?

—Lo sabremos en cuanto zarpeamos.

—¿Y qué más?

—Que no me fío de ese cabrón.

—¿Qué creéis que pueda hacer? —insistí—. No puede avisar a los de Bebbanburg de que allí nos dirigimos. Para eso, habría de disponer de un barco muy rápido, y ya no dispone de barcos.

—Es capaz de obrar un milagro. A lo peor, va volando.

—Es un pobre y necio idiota —repuse, antes de pedirle a Swithun que diese una voz a todos los que custodiaban a Jeremías y a los suyos en el antiguo monasterio de que había llegado la hora de partir. Aunque, si Jeremías era un pobre y necio idiota, ¿acaso no lo era yo en aquel momento, en que, al frente de una reducida partida, me disponía a tomar la inexpugnable fortaleza donde me esperaban no solo los hombres de mi primo, sino Einar *el Blanco* y los suyos, por no hablar de los escoceses?

Y Zarpamos rumbo norte.



Cuatro barcos, el *Eadith*, el *Hanna*, el *Stiorra* y el *Guds Moder*, zarparon de Gyruum antes de que se hiciera de día. Tras dejar a Gerbruht al timón del *Eadith*, yo subí a bordo del *Guds Moder*. Río abajo, a golpe de remo, pusimos rumbo al mar; lo único que se oía en el silencio de la noche era el ruido de las palas de los remos al hundirse en el agua. Cada vez que se hundían, miríadas de centelleantes gotas brotaban de aquel río de aguas negras, en tanto que, cada vez que se alzaban, en el aire dejaban una estela de esas no menos resplandecientes gemas que no eran sino las joyas de Ran, la diosa del mar, y me tomé tales destellos como otras tantas bendiciones de la diosa. Pequeños jirones de bruma se extendían a orillas del río, pero la débil luz de la luna que nos llegaba a través de las raídas nubes que cubrían el cielo nos bastaba para distinguir los oscuros bancos de arena del río Tinan.

Zarpamos a esa hora en que empieza a repuntar la marea, que empezaba a subir cuando nos aprestábamos a salir a mar abierto. De momento, pues, la corriente no nos permitía avanzar muy deprisa, pero, una vez que dobláramos los salientes de la desembocadura y pusiéramos rumbo norte, esa misma corriente nos sería de gran ayuda. A medida que avanzase el día, seguro que más de una vez tendríamos que

vérnoslas con esas corrientes, pero confiaba en que, para entonces, el viento ya se habría encargado de henchir nuestras velas.

Sin embargo, tras abandonar el río, el aire estaba encalmado. En el silencio de la noche, tan solo la espectral imagen de cuatro barcos que, sigilosos, a golpe de remo avanzaban bajo unas nubes que, camino del oeste, surcaban un cielo cuajado de estrellas. Estrellas en el cielo, pues, y las joyas de Ram a nuestros pies, en un mar en calma. No todo era silencio, sin embargo. De un lago sereno bien puede decirse que está como un plato, pero el mar nunca está quieto. Siempre se advierte el ritmo de su acompasada respiración, el pausado sube y baja de las aguas profundas, pero rara vez había tenido ocasión de contemplar un mar tan encalmado como el de aquella noche callada y estrellada. Mientras reman, las tripulaciones suelen entonar cantares o tararear cuando menos, pero aquella noche nadie abría la boca, ni para canturrear siquiera, de modo que, en silencio y bajo aquella noche estrellada, como el *Sikdblanir*, el barco de los dioses, el *Guds Moder* parecía deslizarse por un oscuro vacío.

Mientras aquella corriente profunda nos llevaba al norte, volví la vista atrás, y me fijé en el promontorio que se alzaba en la desembocadura del río Tinan tratando de atisbar alguna hoguera. Me temía que Constantino o, cuando menos, Domnall, hubiesen apostado hombres en la orilla norte del río con el encargo de que no perdieran de vista los barcos de Jeremías. En caso de que escoceses fueran los ojeadores allí apostados, ni a caballo, habrían podido llegar tan aprisa a Bebbanburg como nuestros barcos, pero siempre podían encender una fogata a modo de advertencia. Agudicé la vista cuanto pude, pero no observé nada. Y confié en que todos los escoceses que anduvieran al sur de los límites del señorío de Bebbanburg ya se hubieran retirado, porque, para entonces, las tropas de Sigtryggr ya tendrían que haber cruzado la muralla. Me había prometido marchar al norte al frente de no menos de ciento cincuenta hombres, aunque no menos claramente me había advertido de que no tenía intención de librar una guerra sin cuartel contra los hombres de Domnall, porque tal enfrentamiento por fuerza habría de devenir en una carnicería, y Sigtryggr necesitaba a todos los suyos para repeler el ataque que, más tarde o más temprano, habrían de emprender los sajones.

Ninguna hoguera, pues, en lo alto del promontorio. Toda la costa parecía estar sumida en la oscuridad. Con el *Guds Moder* en cabeza, el más pequeño y, por tanto, el más lento de los cuatro barcos, los otros tres se acompasaban a nuestro paso, y solos, avanzábamos rumbo norte. Los remeros no empezaron a cantar hasta que, por el este, en el horizonte, se atisbase un destello de luz gris no más ancho que el filo de una espada. Los cánticos comenzaron en el *Stiorra*; los remeros entonaron un cantar que hablaba de la llegada de Ida, una romanza que por fuerza tenía que haber sido cosa de mi hijo, porque en ella se narraba cómo nuestro antepasado Ida, el Portador de la Llama, había cruzado las aguas del frío mar para apoderarse de aquella fortaleza asentada en lo alto de una gigantesca peña. En el cantar se daba cuenta de cómo,

hambrientos y desesperados, Ida y sus hombres habían tratado de llegar a lo alto de la peña, empresa de la que unos feroces adversarios les habían hecho desistir. Por tres veces lo intentaron y otras tantas hubieron de retirarse, decía el cantar, mientras, obligados a abandonar a sus muertos en la pendiente que a la cima llevaba, volvieron a la playa entre las mofas de sus enemigos. Ya se hacía de noche, ya el mar presagiaba una tormenta, pero Ida y los suyos seguían atrapados entre la fortaleza y aquellos amenazantes arrecifes, sin otra salida que ser pasados a cuchillo o perecer en aquel mar, hasta que Ida les dio una voz: si habían de morir, sería por el fuego. Quemaron, pues, los barcos y llevaron las llamas a aquellas aguas, pero Ida se hizo con un largo madero ardiendo y, solo, se encaró con el enemigo. Envuelto en llamas y dejando una estela de chispas a su paso, volvió a trepar hasta la muralla y lanzó el madero en llamas contra sus enemigos, que, atemorizados al ver a aquel guerrero de fuego llegado de tierras lejanas, huyeron en desbandada. Mi padre siempre se había tomado a risa aquel cantar, diciendo que una buena lanza o un buen balde de agua habrían bastado para pararle los pies a Ida, pero lo que nadie podía negar era que se había apoderado de la fortaleza.

Los cánticos fueron a más, a medida que se les fueron uniendo las tripulaciones de los otros tres barcos, acompasando los golpes de remo con aquel cantar sobre la victoria de las llamas, mientras, siempre rumbo norte, seguíamos bordeando las costas de Northumbria. Cuando el sol asomó por el horizonte para anunciar un nuevo día, una leve brisa del este empezó a agitar el agua.

Más me hubiera gustado que soplaste un viento del sur, aunque fuera un vendaval o, cuando menos, un tempestuoso viento del sur que hubiera obligado a los barcos de Einar a permanecer en el angosto fondeadero a espaldas de Lindisfarena; en vez de eso, los dioses decidieron enviarme una suave brisa del este, de modo que sin dudarlo acaricié el martillo que llevaba al cuello y, con humildad, les di las gracias por no haberme enviado un viento del norte. Jeremías me había confirmado que los barcos de Einar *el Blanco* permanecían fondeados en la angosta ensenada que se alzaba a espaldas de la isla, y un fuerte viento del sur les habría obligado a emprender una larga y agotadora travesía antes de llegar a la bocana del puerto de Bebbanburg. Aquel viento del este no les facilitaría la salida al mar por el canal que permitía llegar al fondeadero; pero, una vez que hubieran dejado atrás los bajíos, podrían izar las velas y dirigirse al sur a toda prisa en alas de aquel viento que los impulsaría por la amura de babor.

—Sin olvidar que allí recala también un barco escocés, mi señor —me había dicho Jeremías.

—¿Os referís al *Trianaid*?

—Una mole, mi señor —había añadido—. Los escoceses gustan de construir barcos pesados, así que andaos con ojo y procurad que no os embista. Es un barco lento, pero capaz de hacer añicos vuestro barco con la misma facilidad que un martillo destroza la cáscara de un huevo.

—¿Cuántos hombres a bordo?

—No menos de cincuenta, mi señor. Una bestia de cuidado. —En ese momento, me acordé de que, en Dumnoc, también estaba Waldhere, el jefe de la guardia personal de mi primo.

—¿Fuisteis vos quien se encargó de llevarlo allí desde Bebbanburg? —le pregunté.

—Así es, mi señor —reconoció—, y a otros dos antes que a él.

—¿Cómo os las arreglasteis? —porque si los escoceses se hubieran percatado de que los barcos de Jeremías merodeaban cerca de la fortaleza, se habrían dado cuenta de que los estaba traicionando.

—Gracias a la niebla —me dijo—. A bordo de uno de nuestros barcos más pequeños, me llegué hasta la ensenada de Cocuedes, y esperé a que espesase la niebla —Cocuedes era una pequeña isla cercana a la costa, al sur de Bebbanburg.

—¿Quiénes fueron los otros dos?

—Curas, mi señor —repuso con desdén, seguramente porque aquellos curas no lo reconocían como obispo—. Los recogí hace cosa de un mes y me los llevé a Gyruum; una vez allí, se las apañaron para llegarse al sur y entablar negociaciones con lord Etelhelmo.

—Bajo mis propias narices —pensé enrabiado—. ¿Qué fueron a hacer allí? ¿Acaso concertar el matrimonio?

Jeremías asintió.

—La joven aporta una rica dote, según tengo entendido. ¡Oro, mi señor! Y es una preciosa joven, tan dulce —emitiendo un melancólico suspiro—, con esas tetas como manzanas en sazón. No me importaría darle una bendición como Dios manda.

—¿Que os gustaría hacerle qué? —exclamé, asombrado.

—Pasarle las manos por todo el cuerpo, mi señor —repuso con manifiesta inocencia.

No estaba tan loco como se decía.

A media mañana, cuando el sol bruñía un mar salpicado de pequeñas olas que rompían, empezó a soplar un viento más frío. Izamos la astrosa vela del barco de Jeremías en la que ondeaba una cruz oscura y, una vez amarrada en condiciones, el *Guds Moder* siguió su curso a merced de aquella fuerte brisa. Retiramos los remos, y dejamos que el viento nos llevase al norte. Lo mismo hicieron las tripulaciones de los otros tres barcos: desplegaron sus enormes velas en las que, en negro y sobre aquella tela de un pálido azul añil, destacaba el ciervo rampante de Etelhelmo, como bien podía verse en la hinchida vela del *Hanna*.

Aún no habíamos hecho ni la mitad de la travesía, pero el viento soplaba a nuestro favor, las caperuzas blancas que erizaban el mar venían a romper contra las proas de nuestros barcos, las estelas que dejábamos atrás relucían bajo el sol: íbamos camino de Bebbanburg.



De jóvenes, ardemos en deseos de entrar en batalla. A la luz de las crepitantes hogueras que arden en las enormes salas comunes de nuestros caseríos, escuchamos esos cantares que hablan de héroes, de cómo derrotaron a nuestros adversarios, de cómo desbarataron muros de escudos y tiñeron sus espadas con la sangre de nuestros enemigos. De chavales, embobados escuchamos los alardes de los guerreros, sus risotadas al acordarse de alguna batalla, sus orgullosos gruñidos de satisfacción cuando su señor rememora la actuación que tuvieron en alguna victoria memorable. Y esos chavales que nunca han luchado, que nunca se las han visto empuñando un escudo contra el del contrario en un muro de escudos, se sienten humillados y menospreciados. Por eso nos preparamos tan a fondo. Día tras día, ya sea con lanza, espada o escudo, no hacemos otra cosa que practicar. Empezamos de niños, aprendiendo a manejar la espada con armas de madera y, hora tras hora, nos atizamos y nos llevamos nuestras buenas tundas. Peleamos con hombres que nos hacen daño físicamente solo para que sepamos lo que es, aprendemos a no llorar cuando la sangre de una brecha abierta en la cabeza nos cae sobre los ojos, y así es cómo, poco a poco, aprendemos el manejo de la espada.

Hasta que llega el día en que recibimos la orden de marchar con el resto de los hombres, ya no como esos niños que han de guardar los caballos y afanar las armas desperdigadas al concluir la batalla, sino como hombres. Con un poco de suerte, disponemos de un viejo yelmo abollado y un jubón de cuero, incluso de una cota de malla que pesa como un morral. Empuñamos una espada mellada y un escudo cosido a tajos propinados por nuestros enemigos. Somos casi hombres, pero todavía no somos guerreros, hasta que llega el día aciago en que hemos de vérnoslas con un enemigo por primera vez y escuchamos el fragor de la batalla, el aterrador estruendo de espadas contra escudos, y comenzamos a darnos cuenta de lo errados que andan los poetas, de las mentiras que contienen sus ampulosas composiciones. Porque, incluso antes de que se produzca el choque de dos muros de escudos, algunos hombres se cagan encima. Tiemblan de miedo. Se atiborran de hidromiel y cerveza. Algunos alardean, pero la mayoría guarda silencio, a menos que no se unan a aquellos que profieren gritos de odio. Los hay que, entre risas nerviosas, les da por contar chistes. Otros vomitan. Los jefes nos arengan, nos hablan de las hazañas de nuestros antepasados, de que nuestros enemigos no son sino escoria, de la suerte que les aguarda a nuestras mujeres y a nuestros hijos si no nos alzamos con la victoria, mientras, entre los dos muros de escudos, desafiantes, se pavonean los adalides del rival, animándonos a entablar singular combate, y esos campeones de nuestros adversarios se nos antojan invencibles. Porque son hombres fornidos, malencarados, cargados de oro y luciendo resplandecientes cotas de malla, seguros de sí mismos, altaneros, despiadados.

El muro de escudos hiede a mierda, y todos los hombres preferirían estar en sus casas o en cualquier lugar menos en aquella campa donde se va a librar la batalla, pero ninguno de nosotros se atreve a dar un paso atrás o a salir corriendo, porque, de hacerlo, seremos objeto de escarnio de por vida. Fingimos que estamos allí por gusto, y cuando, por fin, paso a paso, el muro de escudos se pone en movimiento, el corazón nos late tan deprisa y con tanta fuerza como las alas de un pájaro en pleno vuelo, y hasta el mundo se nos antoja irreal. Dejamos de pensar, somos presa del pánico, y entonces recibimos la orden de avanzar más deprisa, y echamos a correr o avanzamos a trompicones, pero mantenemos la posición, porque, por fin, ha llegado el momento para el que llevamos preparándonos toda la vida, y entonces, por primera vez, oímos el formidable estruendo del choque de dos muros de escudos, el fragor de las espadas, y empiezan los gritos.

Y ya nunca tendrá fin.

Hasta que el mundo se consuma en el caos de Ragnarok, lucharemos por nuestras mujeres, por nuestras tierras y por nuestros hogares. Algunos cristianos hablan de paz, de los horrores de la guerra, pero ¿acaso hay alguien que no aspire a la paz? Pero, en ese momento, siempre aparece algún guerrero que, trastornado, a voces, te grita el odioso nombre de su dios a la cara, y que solo confía en mataros, en violar a vuestras mujeres, en convertir en esclavas a vuestras hijas, en arrebataros vuestras tierras, y no queda otra que luchar por eso. Luego, veréis hombres que, con las tripas desparramadas por el barro o con la cabeza abierta, allí se dejan la vida, otros a quienes les han sacado los ojos, y oiréis cómo se ahogan y jadean, cómo lloran y gritan. Veréis morir a vuestros amigos, andaréis a trompicones porque resbalaréis en las tripas de vuestros enemigos, miraréis a un hombre a la cara mientras le hundís la hoja en la barriga, y, si las tres hilanderas que tejen los hilos de nuestras vidas a los pies de Yggdrasil están de vuestra parte, sabréis lo que es el éxtasis de la batalla, la euforia de la victoria, la tranquilidad de seguir con vida. Luego, volveréis a casa, y los bardos compondrán algún cantar sobre aquella batalla y, quién sabe, a lo mejor hasta se acuerdan de vuestro nombre y, entonces, os jactaréis de vuestras proezas, y, con temor reverencial, los chavales os escucharán, pero nada les diréis de semejante horror. Nada les diréis de lo impresionados que estabais al ver los rostros de aquellos a los que matabais, de cómo en su último aliento os suplicaban una piedad que no les otorgasteis. Nada les diréis de esos muchachos que morían llamando a gritos a sus madres, mientras vosotros les retorcíais la hoja en las tripas, mientras los maldecíais en su propia cara. Nunca confesaréis que, por las noches, os despertáis bañados en sudor, con el corazón latiendo tan fuerte como si se os fuese a salir del pecho, aterrados al recordar lo que habéis visto. No hablaréis de eso, porque en eso consiste el horror, un horror que se lleva en lo más hondo del corazón, un secreto, y admitirlo sería como admitir que tuvimos miedo, y nosotros somos guerreros.

No sabemos lo que es el miedo. Nos jactamos. Vamos a la guerra como si fuéramos héroes. Olemos a mierda.

Pero soportamos todo ese horror, porque tenemos que proteger a nuestras mujeres, librar a nuestros hijos de la esclavitud y conservar nuestras tierras. Por eso tal griterío no acabará jamás, no al menos hasta el final de los tiempos.

—¡Mi señor! —A Swithun no le quedó otra que darme una palmada en el brazo para sacarme de tales ensoñaciones; sobresaltado, me puse en pie, y me di cuenta de que el viento aún soplaba, que la vela seguía henchida, que era yo quien llevaba el timón y que, veloz, nuestra nave seguía el rumbo previsto—. ¡Mi señor! —insistió, preocupado; debió de pensar que había entrado en trance.

—Estaba acordándome de esas morcillas que hace la mujer de Finan —le dije; preocupado, Swithun no me quitaba los ojos de encima—. ¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Mirad, mi señor —me dijo señalándome a popa. Me volví y, a lo lejos, más al sur, casi desdibujados contra un cúmulo de nubes que parecían bordear el mundo, atisbé cuatro barcos. Desde donde estaba, solo acertaba a distinguir unas astrosas y sucias velas que se recortaban contra aquellas nubes blancas, pero, a ojos ciegos, me habría jugado a *Hálito de serpiente* contra un cuchillo de cocina a que sabía de qué barcos se trataba. Era lo que quedaba de la flota de Etelhelmo, los más grandes de los barcos que estaban amarrados en el embarcadero de Dumnoc, aquellos a los que no habían llegado a atacar los hombres de Einar, y, teniendo en cuenta sus dimensiones, seguro que mucho más rápidos que nuestros cuatro cascarones. No solo más rápidos, sino dotados de mayores tripulaciones, porque, a ojo de buen cubero, calculé que Etelhelmo dispondría de no menos de doscientos cincuenta hombres apiñados en aquellos largos bajeles que venían en pos de nosotros. De momento, aún los teníamos muy lejos, pero nos quedaba mucha travesía por delante, así que no tardarían en pisarnos los talones.

Mi hijo dio una voz a los hombres de su tripulación, y el *Stiorra* empezó a navegar más deprisa. Se pusieron a la altura del timón de nuestra nave y aflojaron las velas para acompasarse a la velocidad que llevábamos.

—¿Se trata de Etelhelmo? —me preguntó a voces, utilizando las manos a modo de bocina.

—¿Quién, si no?

Me dio la impresión de que iba a hacerme alguna que otra pregunta, pero, por lo visto, se lo pensó mejor. A menos que renunciáramos al propósito que hasta allí nos había llevado y nos adentrásemos en alguno de los contados puertos que en aquella costa había, algo a lo que mi hijo sabía que habría de negarme, nada podíamos hacer. Así que maniobró y, de nuevo, el *Stiorra* se dispuso a seguirnos.

A primera hora de la tarde, pude ver los cascos de los barcos que nos perseguían, entre los que destacaban los pulidos tabloneros del *Ælfswon*. Aquellos cuatro barcos ya se disponían a abordarnos, aunque, según mis cálculos, estábamos en condiciones de llegar a Bebbanburg antes que ellos; pero no nos bastaría solo con eso. Necesitaba algo más de tiempo antes de que Etelhelmo se decidiera a intervenir. Y en ese

momento, me di cuenta de que los dioses estaban de nuestra parte, porque dejó de soplar aquel viento del sur, y vi cómo sus enormes velas se desinflaban para henchirse de nuevo antes de que, por fin, se vinieran abajo. Al cabo de un instante, observé los destellos de las palas de los remos bajo aquel sol, y cómo, de los largos costados de aquellos barcos, los remos subían y bajaban, pero ninguna tripulación podía remar tan deprisa como el propicio viento del este que nos impulsaba. Durante un rato, los cuatro barcos sajones del oeste perdieron la ventaja que habían ganado, pero poco duró la calma y, al ver que las velas se henchían de nuevo, retiraron los remos y, una vez más, se dispusieron a perseguirnos sin darnos tregua. Para entonces, Etelhelmo ya habría reconocido el cochambroso barco de Jeremías, y se habría imaginado que míos eran los otros tres. Ya sabía que le llevaba la delantera.

A media tarde, contra el horizonte, atisbé las islas Farne, y no mucho más allá, en lo alto de la descomunal peña, la recortada silueta de Bebbanburg. Navegábamos a toda velocidad: el viento no dejaba de soplar, las velas nos llevaban en volandas y los tajamares de nuestros cuatro barcos hendían el mar cubriendo de espuma las cubiertas. Mis hombres se pusieron las cotas de malla, se ciñeron las espadas a la cintura, echaron mano de los martillos o las cruces que llevaban al cuello, y cada uno musitó sus plegarias. A nuestras espaldas, los cuatro barcos de los sajones del oeste estaban ya tan cerca que pude distinguir a los hombres que iban a bordo, las cruces que coronaban sus proas, y hasta las jarcias entrecruzadas que tensaban sus velas; con todo, no estaban aún lo bastante cerca. No me quedaba mucho tiempo, pero sí el suficiente, pensé. Me había puesto mi mejor cota de malla, aquella con ribetes de oro, y, de mi costado, pendía *Hálito de serpiente*. Un destello de sol me indicó que había un hombre con una lanza en lo alto de las murallas de Bebbanburg. Incluso llegué a ver a los escoceses, un reducido grupo de jinetes que, al galope, se dirigía al norte por la playa. Se conoce que, al igual que los centinelas de las altas murallas de Bebbanburg, tras atisbar nuestros barcos, habían reconocido al *Guds Moder*, y, sin duda, se apresuraban a llevarle la noticia a Domnall.

Así que cuatro de los que nos disponíamos a participar en aquella lid estábamos en posición. Por encima del siseo de los cascos de nuestras naves, que, impulsadas por el viento, surcaban el mar, nuestra pequeña flota se acercaba a la fortaleza. Y, al igual que aquellos de sus hombres que, desde lo alto de las murallas, observaban nuestra llegada, mi primo bien podría habernos avistado. Por su parte, Domnall estaría dando la orden de que Einar llevase sus barcos a mar abierto, en tanto que Etelhelmo, a la desesperada, luchaba por no despegarse de nosotros. Estaba a punto de desatarse el caos, pero para que aquel caos me otorgase la victoria, necesitaba que todos creyeran ver ni más ni menos que aquello que estaban esperando ver.

Mi primo, que esperaba las provisiones que pudiera llevarle la flotilla de Jeremías y que tantas vueltas le habría dado a que Etelhelmo, quien le llevaba los refuerzos y la mayor parte de las provisiones, no fuera a presentarse con una fuerza tan nutrida como para arrebatarse la fortaleza, lo único que vería serían cuatro barcos pequeños,

entre los que estaría el *Guds Moder*, con la oscura cruz en la vela y su característico amasijo de obenques deshilachados, al igual que no se le escaparía el ciervo rampante que, toscamente pintado, se destacaba en la vela mayor del *Hanna*, y pensaría que Jeremías le traía la ayuda prometida y, tras echar cuentas, se percataría de que, dado el tamaño de aquellos barcos, los refuerzos que esperaba no llegarían ni a doscientos hombres. Un número considerable, sin duda, pero insuficiente a todas luces para doblegar a su guarnición. A nuestras espaldas, y a considerable distancia todavía de las costas de las islas Farne, bañadas por la espuma del mar, los enormes barcos de Etelhelmo, en los que, hasta donde yo podía ver, no ondeaba estandarte alguno. Algo que no dejaría de sorprender a mi primo; pero, como ya estaría al tanto de que yo había comprado unos barcos, se imaginaria que aquellos que venían detrás eran los míos, y que me había encargado de coronar las proas con cruces para mejor confundirlo. La verdad es que ni se me había pasado por la cabeza que Etelhelmo fuera a estar presente en el revuelo que habría de armarse aquel día, pero, ya que estaba allí, si a mi primo le daba por pensar que aquellos barcos eran míos, hasta su presencia me podría venir bien.

Los escoceses y sus aliados, a las órdenes de Einar, se esperaban algo muy distinto; ellos también estaban al tanto de que se acercaba una flota con provisiones y refuerzos; pero Jeremías los había convencido de que sabría cómo arreglárselas para que la flota de Etehelmo se aproximara muy lentamente, a golpe de remo.

—¿Para que los barcos de Einar tuvieran tiempo de salir a su encuentro? —le había preguntado a Jeremías en Gyruum.

—Así es, mi señor.

—Pero ¿cómo pensabais convencer a Etelhelmo para que navegara más despacio?

—Hablándole de los peligros con que podría encontrarse —me dijo.

—¿Qué peligros? —me interesé.

—¡Los arrecifes, mi señor! Hay muchas rocas entre las islas Farne y tierra firme, como bien sabéis.

—Pero son fáciles de sortear —repuse.

—Eso bien lo sabéis vos, al igual que yo —replicó—; pero ¿qué me decís de los sajones del oeste? ¿Cuántos hombres del sur se han aventurado hasta estas costas? —añadió, con una sonrisa maliciosa—. Les hablé de la de barcos que habían naufragado en aquel lugar, de las rocas escondidas que acechaban en la bocana del puerto; les dije que me siguieran con mucha cautela.

Cautela y lentitud que habrían bastado para que los barcos de Einar y el gigantesco bajel de los escoceses frustrasen la aproximación de aquella flota que pretendía aliviar la situación que estaban sufriendo en la fortaleza. Y Etelhelmo habría tenido que tomar una decisión: o abrirse paso entre sus enemigos, o negarse a entablar batalla en el mar y volverse por donde habían venido. Aun así, tiempo tendría de tomar esa decisión, porque, mientras navegábamos entre las islas y la fortaleza, desde nuestro barco, llegué a atisbar Lindisfarena y observé cómo, a remo,

ya los barcos de Einar abandonaban la ensenada. Que les estaba costando lo suyo, viéndoselas con aquel viento del este; pero, si hubiera aminorado la marcha, si hubiera arriado la vela y recurrido a los remos para navegar con cautela por temor de los bajíos y las rocas, Einar habría tenido tiempo más que sobrado para salirnos al encuentro. De modo que no lo hice. El mar bramaba y venía a estrellarse contra la proa del barco; a toda velocidad, el viento nos empujaba al estrecho canal que llevaba al puerto. Pronto, muy pronto, Domnall caería en la cuenta de que había sido víctima de un engaño.

¿Y qué esperaba sacar yo de todo aquello? Eché mano del martillo que llevaba al cuello y acaricié la cruz incrustada en el pomo de *Hálito de serpiente*. Confiaba en que al anochecer de aquel día volviera a ser el señor de Bebbanburg.

Si, para entonces, no estaba muerto.

Pero toda aquella locura dependía de una cosa, tan solo de una cosa: de que mi primo me abriera las puertas de la fortaleza. Eché mano al martillo de nuevo y, a voces, le dije a Swithun:

—¡Adelante, adelante!



Swithun se había engalanado con unos ropajes que habíamos encontrado en la mansión de Jeremías, vestiduras que, a su vez, debían de proceder de alguna de las iglesias que había saqueado cuando tan solo era Dagfinnr y aún estaba a las órdenes de Ragnar el joven.

—Son tan hermosas, mi señor —me había dicho, mirando con cariño los bordados de una casulla—. De la mejor lana de oveja. ¡Probáosla, mi señor!

No lo había hecho, pero sí había elegido el más llamativo de aquellos ornamentos, y en aquel momento, Swithun lucía una sotana blanca con cruces doradas en los bajos que le llegaba hasta los tobillos, bajo una casulla más corta rematada con una tira de tela roja y adornada con unas llamas rojas y amarillas que, según Jeremías, eran las llamas del infierno; como colofón, un palio con unas cruces negras bordadas.

—Cuando sea el papa del norte —me había dicho en confianza—, solo me revestiré con ornamentos dorados. Luciré tan resplandeciente como el sol, mi señor.

Si no deslumbrante, Swithun resultaba cuando menos llamativo, y más cuando se caló aquel yelmo con un forro de lana al que Eadith había cosido las largas crines grises de la cola del corcel de Berg; una vez que se lo puso en la cabeza, con aquellos pelos largos y blancos ondeando al viento, parecía un espantajo. De tal guisa, se llegó hasta la proa del *Guds Moder* y, como un loco, se puso a agitar los brazos de cara a la fortaleza.

De modo que los hombres que, en Bebbanburg, aguardaban nuestra llegada, vieron que, tal y como les había prometido, Jeremías acudía en su ayuda. Igual que

vieron la descomunal divisa de Etelhelmo en la vela del *Hanna*. O las cruces que coronaban las proas de nuestros barcos. Vieron que, gracias a aquel fuerte viento del este, no tardarían en recibir la ayuda que tanto esperaban.

Íbamos con los ojos puestos en aquella puerta. El sol ya estaba bajo por el oeste y me deslumbraba, pero acerté a ver a algunos hombres que, en lo alto de las murallas, nos saludaban, y les ordené a los míos que les devolvieran el saludo. Vi a unos cuantos escoceses que, como nada podían hacer para detenernos, se limitaban a observarnos desde las dunas que se extendían al norte del canal. A sus espaldas, reparé en que los barcos de Einar habían salido a mar abierto y, tras desplegar las velas, ya se disponían a poner rumbo sur para impedir el avance de la flota de Etelhelmo. Demasiado tarde para detenernos a nosotros, pero los cuatro barcos de Etelhelmo estaban arribando a las islas. Y recé para que chocasen contra alguna de las rocas que no se veían a simple vista, pero aquel mismo viento del este los libró de tal peligro. Y vi que en el *Ælfswon* ondeaba el estandarte de Etelhelmo, pero aquel mismo viento hacía que apuntase a la fortaleza, lo que me dio a entender que los hombres que estaban en lo alto de las murallas no podían distinguir el ciervo rampante que se agitaba en aquella enseña. Las tripulaciones de los barcos de Etelhelmo también saludaban a los de la fortaleza. Si Etelhelmo se hubiera parado a pensar un momento, se habría dado cuenta de que lo mejor que podía hacer era encallar alguno de sus barcos en la playa que se abría a los pies de las altas murallas de Bebbanburg, y, desde allí, a voces, avisar a los defensores de la fortaleza de lo que estaba pasando. En vez de eso, no cejaba en su empeño de perseguirnos, aunque, a esas alturas, ya no podía alcanzarnos. Nos dirigíamos a tierra en alas de aquel viento del este; con las velas henchidas, las proas de nuestros barcos hendían el mar. Ya casi podía oler la tierra firme. Vi el estandarte de mi primo, que ondeaba en lo más alto de Bebbanburg. El fondo del mar ya casi se confundía con la playa, haciendo que las olas fueran cada vez más pequeñas, pero seguimos adelante, levantando espuma a nuestro paso, cuando nos dimos cuenta de que estábamos a los pies de las altas murallas de Bebbanburg, lo bastante cerca como para que, desde allí arriba, un hombre pudiese arrojar una lanza contra la cubierta de alguno de nuestros barcos, y desplacé el timón hasta situarnos en el centro del canal, mientras, revoloteando, las gaviotas graznaban por encima de nuestro mástil. Aparté la barra del gobernalle de mí, y el *Guds Moder* encalló en la arena, a pocos pasos de los escalones excavados en la roca que conducían a la Puerta que daba al Mar de Bebbanburg.

Que estaba cerrada.

El siguiente en llegar fue el *Stiorra*, que encalló al lado del *Guds Moder*; tras él, el *Hanna* y el *Eadith*, de modo que nuestros cuatro barcos estaban en la arena cegando el canal de entrada al puerto, mientras ya los hombres, echando mano de unas maromas de piel de foca, saltaban desde las proas para amarrarlos en condiciones. Otros cargaban con barriles vacíos y sacos llenos de paja, simulando que llevaban los víveres prometidos para abastecer los silos de Bebbanburg. Los hombres

que transportaban tales cargas iban provistos de yelmos, cotas de malla y espadas a la altura del costado, pero ninguno de ellos portaba escudo. De cara a los defensores de la fortaleza, debíamos dar la impresión de que no buscábamos pelea. Sin soltar los remos, la mitad de mis hombres ni se habían movido de sus puestos, como si estuvieran en condiciones de ponerse a remar de nuevo en cualquier momento antes de recalar en las más tranquilas aguas del puerto.

Por la arena, Swithun no paraba de dar brincos de un lado a otro, gritándoles sin cesar a los hombres que estaban en lo alto de las murallas. De pie, en la proa, yo seguía a bordo del *Guds Moder*, sin perder de vista la Puerta que daba al Mar. Si permanecía cerrada, estábamos perdidos. Cargados con barriles, cajones y sacos, más de un centenar de los míos ya estaban en tierra, camino del pasadizo de piedra que llevaba a aquella puerta. Berg subió los escalones que conducían a ella y, con el pomo de la espada, aporreó los recios maderos, mientras Finan se llegaba hasta nuestro barco y se me quedaba mirando como si quisiera saber qué pensaba hacer.

—Por ahora, nadie nos ha arrojado una lanza —le dije, echando un vistazo a lo alto de las murallas, donde unos cuantos hombres observaban lo que hacíamos allí abajo. Y no, no nos arrojaban lanzas, pero tampoco abrían la puerta, y recé para que no me hubiera equivocado de medio a medio en cuanto a aquel día.

—¡Abrid la puerta! —gritaba Swithun, mientras Berg la aporreaba de nuevo. Unas olas más impetuosas vinieron a estrellarse contra nuestros cuatro barcos encallados—. ¡En el nombre de Dios! —vociferaba Swithun—. ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del otro, abrid la puerta!

Salté por la borda y fui a parar a aquellas aguas poco profundas; volví la vista al este, donde todos los barcos que venían detrás de nosotros, los de Etelhelmo y los de Einar, a toda prisa trataban de situarse a nuestro lado entre aquella maraña de cachones que venían a romper en la playa. Dos de ellos chocaron y vi cómo se arrojaban lanzas entre ellos; con todo, nosotros éramos el enemigo al que iban buscando y, en cuestión de nada, no solo nos veríamos atrapados contra las murallas de Bebbanburg, sino que, inferiores en número como éramos, no tardarían en pasarnos a cuchillo.

—¡La puerta! —gritaba Swithun a los de las murallas—. Os lo ordeno en el nombre de Dios, ¡abrid la puerta!

Gerbruht se hizo con un enorme peñasco y subió los escalones. Estaba claro lo que pretendía: echar abajo los recios maderos de aquella puerta y convertirlos en astillas, pero, a pesar de su descomunal fuerza, no nos daría tiempo a entrar en la fortaleza antes de que llegaran los barcos de nuestros enemigos. Mi hijo fue tras él y, al igual que Berg, comenzó a aporrear aquella puerta cerrada con el pesado pomo de su espada. Swithun se puso de rodillas, con aquellas largas crines de caballo cayéndole sobre la cara.

—¡Cristo, ten piedad de nosotros! —gemía—. ¡Haz que, gracias a tu misericordia, estos hombres abran la puerta!

—¡Por el amor de Dios! —gritaba mi hijo desesperado—. ¡Abrid la condenada puerta!

Estaba a punto de ordenar a los míos que regresasen a los barcos, que se hiciesen con los escudos y que formasen un muro de escudos. Si habíamos de morir, lo haríamos de forma tal que los poetas se quedasen extasiados y compusieran un cantar que habría de escucharse hasta en el salón de festines del Valhalla.

Y, en ese momento, se abrió la puerta.

CAPÍTULO XII

Berg y mi hijo fueron los primeros en cruzar el umbral de la Puerta que daba al Mar. Lo hicieron sin precipitarse. Sin recurrir a *Pico de cuervo*, que aún reposaba en su vaina, mi hijo echó una mano a uno de los defensores hasta abrir por completo una de las pesadas hojas del portón antes de, sin prisa una vez más, adentrarse en el pasadizo. Aun espada en mano, Berg no amenazaba a nadie con ella. Sabía el riesgo que corría al permitir que uno de mis hombres del norte fuera el primero en cruzar aquella puerta, pero Berg se las había ingeniado para hacerse con una cruz que lucía por encima de la cota de malla y, por lo visto, los guardias pensaron que no era sino uno de tantos cristianos que, al igual que los hombres del norte, prefería dejarse el pelo largo. Y vi cómo se adentraba en el pasadizo, seguido por un grupo de hombres cargados con sacos.

—Están dentro —musitó Finan.

—Esperad —repuse, sin volverme siquiera hasta no estar seguro.

Cuántas veces no nos habríamos imaginado aquel instante. Teníamos que hacernos con la Puerta que daba al Mar sin levantar sospechas, porque, una vez traspasada, y tras un empinado tramo de escalones excavados en la roca, más arriba había otra puerta que daba paso al otro lado de la empalizada de madera que protegía el extremo norte de la impresionante peña. Puerta mucho menos imponente que la de más abajo y que estaba abierta, pero si al enemigo le daba por cerrarla, nos veríamos envueltos en una agónica pelea antes de volver a hacernos con ella, un envite del que, casi con toda seguridad, saldríamos malparados. Reparé en que tres eran los hombres que la custodiaban, y que, atentos, seguían todo lo que pasaba más abajo. Ninguno de ellos parecía dar muestras de inquietud. Encorvados los tres, me fijé en uno de ellos, que se apoyaba en el dintel.

Nada más tentador que precipitarse hasta la puerta de más arriba y confiar en que aquellos de los míos que iban en cabeza llegasen a ella antes de que el enemigo cayese en la cuenta de lo que estaba pasando, pero aquellos escalones eran altos y empinados, y lo mejor que podíamos hacer era seguir disimulando; solo que, en ese mismo instante, reparé en que nuestros perseguidores estaban a punto de caer sobre nosotros. El *Ælfswon* ya solo estaba a un paso de la bocana del puerto. Aunque ocultos a nuestros ojos durante un momento, el instante en que una ola fue a estrellarse contra el blanco casco del barco, vi a hombres que, con aquellas capas de color granate y armados con lanzas, llegaban dispuestos a saltar desde la proa. Tras él, un enjambre de barcos enemigos. Volví la vista a los empinados escalones, pero ya no vi a ninguno de los míos.

—¿Dónde andáis? —pregunté al aire.

—¡Que Dios nos ayude! —susurró Finan para sus adentros.

En ese momento, al pie de los escalones, vimos a un hombre que, con una capa de color azul oscuro y un precioso yelmo de plata, sin prisa se disponía a subirlos.

—Ese no es de los nuestros, ¿verdad? —le pregunté a Finan, porque, ya fuera por la vestimenta o por sus corazas, normalmente era capaz de distinguir a los míos. Y en mi vida había visto nada parecido a aquella larga capa de color azul oscuro.

—Es uno de los hombres de la tripulación del *Stiorra* —me dijo Finan—. Kettil, creo que se llama.

—Y dado al dispendio a lo que parece —repuse de malos modos. Kettil era un joven danés a quien le encantaba vestir bien. Era muy exigente, casi refinado en exceso, razón por la que nadie lo tomaba muy en serio. Se detuvo un instante, se volvió y algo le dijo a alguien que iba detrás de él; al cabo, mi hijo y Berg se le unieron y, juntos los tres, se dispusieron a llegarse a la puerta de más arriba.

—¡Daos prisa! —les grité, como si pudieran oírme; de repente, Kettil se hizo con el machete y, de un salto, subió los tres últimos escalones. Vi cómo hundía aquella espada corta en la barriga del hombre que estaba apoyado en el dintel, lo derribaba y se lo quitaba de en medio arrojándolo peñas abajo. Espada en mano, mi hijo y Berg cruzaron la puerta; tras deshacerse de los bultos que llevaban, tras ellos se fueron los hombres que los seguían.

—¡Adelante, adelante! —grité a los hombres que aún esperaban a la entrada de la Puerta que daba al Mar—. ¡Adelante, vamos, seguid!

Eché a correr por la playa. Me llevé un buen susto al ver a un hombre que, de improviso, se asomó desde el adarve de las murallas de piedra donde se asentaba la Puerta que daba al Mar; casi al instante, reparé en que no era otro que Folcbald, uno de mis aguerridos frisios. Nadie se había ocupado de defender aquel adarve que coronaba el arco de la puerta, pero ¿qué razón habrían tenido para hacerlo? Mi primo pensaba que llegábamos con víveres y refuerzos, y si bien había enviado algunos hombres al extremo norte del alargado peñasco donde se alzaba Bebbanburg, la mayoría de ellos se agolpaban en aquel rincón de las murallas que daba al mar, contemplando la lucha sin cuartel que, a sus pies, estaban librando los barcos de Etelhelmo y los de Einar. Barcos que ya casi habían llegado al canal que llevaba al puerto, hasta el punto de que alguno de los hombres de mi primo que andaban por allí arriba debió de haber reconocido el estandarte del ciervo rampante que ondeaba en el mástil del *Ælfswon* y, sirviéndose de las manos como bocina, algo les gritó a los guardias que custodiaban la puerta de arriba, pero aquellos hombres ya estaban muertos.

—Les pregunté dónde querían que les dejáramos las provisiones —me contaba mi hijo más adelante—, y, en cuanto cayeron en la cuenta de que no íbamos en son de paz, los liquidamos.

El resto de mis hombres ya se precipitaban hacia el arco que albergaba la Puerta

que daba al Mar y subían los escalones que había a continuación. ¡Lo habíamos conseguido! Habíamos sorteado la muralla exterior, corríamos escalones arriba, cruzábamos la empalizada interior y entrábamos en el corazón de la fortaleza.

Dicho así, parece fácil, pero no hay que olvidar que Bebbanburg es enorme y que éramos unos pocos tan solo. Mi hijo, de pie, al otro lado de la puerta de arriba, aquella que acababa de cruzar, estaría contemplando, sin duda, la alargada explanada que se abría ante él y que llevaba hasta un fárrago de pequeños edificios y silos, levantados al pie del alto risco, el lugar desde el que se dominaba toda la fortaleza, donde se alzaban la mansión principal y una iglesia. A su izquierda, en lo alto de las murallas que daban al mar, vería grupos de hombres y algunas mujeres que se habían llegado hasta allí para observar la carrera que aquellos barcos habían emprendido hacia el puerto. Entre ellos, un grupo que, a la vista de las relucientes cotas de malla que llevaban, no dejó de llamarle la atención, hasta el punto de que tan vistosas galas le llevaron a pensar que, entre ellos, podría estar mi primo. Uno de los curas que iban con ellos fue el primero en llegarse corriendo hasta la puerta de arriba y, al ver los cadáveres despatarrados y la sangre que teñía las piedras, recapacitó sobre el impulso que lo había empujado a ir allí, y, a toda prisa, se volvió junto a los guerreros embutidos en aquellas esplendorosas cotas de malla. Mientras, más y más de los míos se unían a mi hijo dispuestos a defender aquella puerta.

—¡Traednos escudos! —gritaba mi hijo a los que aún estaban a los pies de la Puerta que daba al Mar—. ¡Necesitamos escudos!

En la playa, los hombres, tras deshacerse de barriles vacíos y de sacos rellenos de paja, se abrían paso a trompicones y cruzaban la Puerta que daba al Mar. Aquellos que, simulando estar dispuestos a remar en cualquier momento para recalar en el puerto, no se habían movido de los barcos, saltaban a tierra cargando con los escudos que les reclamaban los hombres que ya estaban en el interior de la fortaleza. Cargado como iba con nuestro estandarte, mi pesado escudo, la enorme capa con ribetes de piel de oso, una trompa y mi precioso yelmo con el lobo por cimera, Rorik se las compuso como mejor pudo para cruzar la playa. Pelearía revestido de todo mi esplendor como señor de la guerra. Era lo menos que podía hacer por Bebbanburg, pero antes de calzarme el yelmo o de abrocharme la capa al cuello, necesitaba verme detrás de esas murallas, porque, tan cerca se encontraban ya los barcos de nuestros enemigos, que amenazaban con convertirse en un peligro. Volví la vista atrás y reparé en que, seguido de cerca por aquella mole de barco escocés, el *Trianaid*, el blanco casco del *Ælfswon* ya se adentraba por el canal. Dispuesto a volverse a los barcos, Gerbruht se me cruzó en el camino; lo agarré por el brazo.

—¡Volved ahí dentro ahora mismo!

—¡Necesitamos más escudos, mi señor!

—¡Ya se los arrebataremos al enemigo! ¡Adentro! —alcé la voz—: ¡Todos adentro!

Y el último de los míos cruzó la puerta. ¡El *Ælfswon* estaba a un paso! Vi cómo la

vela se agitaba sin ton ni son en cuanto aflojaron las escotas y cómo la proa viraba hacia la playa. Sin dejar de mirarme, guerreros armados hasta los dientes y con cotas de malla se agolpaban en la proa, momento que aproveché para dar un puntapié a un barril vacío y enviarlo fuera del pasadizo. A voces, les ordené a los míos que cerrasen el portón y, echando mano de todas sus fuerzas, una docena de hombres consiguieron encajar las dos hojas. El descomunal peso de aquellas hojas era buena prueba de los temores que le rondaban por la cabeza a mi primo, porque cada una de ellas era tan ancha como la palma de una mano y, por la cara interior, estaban reforzadas con largos maderos en cruz; ambas se encajaban en unos recios goznes de hierro que no dejaron de chirriar mientras las cerrábamos. Gerbruht levantó en volandas la enorme tranca y, dejándola caer con gran estrépito, la calzó en los durmientes. Al otro lado del portón, llegué a oír el violento choque del casco de madera contra la arena, y cómo el *Ælfswon* partía en dos el *Eadith*, que habíamos abandonado, y supe que los guerreros de Etelhelmo ya estaban saltando a la playa, pero aquella tripulación, al igual que los tres hombres que antes guardaran la puerta de arriba, llegaba demasiado tarde.

Encargué a Gerbruht y a una docena de los míos que defendiesen la Puerta que daba al Mar.

—Quedaos ahí arriba —señalando al sitio donde Folcbald, solo, permanecía en el adarve que coronaba el arco de sillería—, y arrojad cuantos pedruscos podáis sobre cualquier cabrón que trate de entrar.

—¡Y bien grandes que serán! —repuso Gerbruht, encantado, antes de dar una voz a los suyos para que comenzasen a hacerse con cuantos pedruscos pudieran y los subieran al adarve—. ¡Les haremos papilla, mi señor! —me prometió, antes de que un tremendo ruido de astillas más allá del portón me hiciera volver la cabeza. Estruendo al que siguió un furioso griterío y un entrechocar de espadas, y me imaginé que el gigantesco barco escocés había embestido el *Ælfswon*. Que aquellos malnacidos siguieran pelándose allí fuera, pensé, mientras subía los empinados escalones que llevaban a Bebbanburg.

A Bebbanburg, ¡mi hogar!

Durante cosa de un instante, me quedé sobrecogido. Toda la vida había soñado con el día en que, por fin, podría volver a casa, y, en aquel momento, al ver que estaba del otro lado de las murallas de Bebbanburg, me pareció estar viviendo un sueño. Todo en derredor, hasta el clamor de la pelea que libraban más abajo, los graznidos de las gaviotas o las voces de mis hombres, todo se desvaneció. Casi sin acabar de creerme que estaba en casa de nuevo, tan solo tenía ojos para ver dónde estaba.

Todo estaba muy cambiado. Aunque ya me lo esperaba, porque, desde las colinas, ocasión había tenido de atisbar el interior de la fortaleza, pero darme cuenta de dónde estaba, contemplar aquellos edificios desconocidos, fue toda una sorpresa. En lo más alto de la fortaleza, una enorme y principal mansión, el doble de grande que aquella

que heredase mi padre; al lado mismo de la mansión, una iglesia de piedra con una alta cruz de madera que coronaba el hastial que miraba al oeste. Al lado este de la iglesia, una torre desmochada, de cuya techumbre de madera colgaba una campana. Más abajo, en una cornisa rocosa que discurría entre la mansión y las murallas que daban al mar, un edificio quemado, del que solo se veían las cenizas y unos cuantos pilares ennegrecidos; me imaginé que sería el granero que decían que se había incendiado. Desperdigados, graneros, silos y barracones, muchos de ellos nuevos y todos de madera, se desparramaban por la explanada que quedaba entre la alta cima donde se alzaba la mansión y las murallas que daban al este. A medida que los barcos iban llegando al canal que llevaba al puerto, el clamor de la pelea iba a más; volví la vista, y comprobé que dos más de los barcos de Etelhelmo se habían sumado a la despiadada lucha que se había desatado en la playa. A toda velocidad, arribaban los barcos de Einar dispuestos a echar una mano a los escoceses, que, tras haberse llevado el *Ælfswon* por delante, para entonces, tenían que vérselas con las tropas de refuerzo de los sajones del oeste. Pero aquel combate nada tenía que ver conmigo, no al menos en tanto que Gerbruht y los suyos capaces fueran de defender la Puerta que daba al Mar.

Mi objetivo no era otro que plantar cara a los hombres de mi primo en el interior de la fortaleza, pero, para mayor sorpresa por mi parte, no había ninguno a la vista.

—Echaron a correr como alma que lleva el diablo —dijo mi hijo con desdén, al tiempo que señalaba al puñado de silos que habían levantado a los pies de la cima donde se alzaban la iglesia y la mansión principal—. Fueron hacia esos edificios.

—¿Eran los mismos que estaban en las murallas? —me interesé.

—Unos sesenta, calculo —repuso—; solo una docena de ellos iban provistos de cota de malla.

Así que los habíamos pillado desprevenidos, lo que no me sorprendía en modo alguno. Defender una fortaleza durante un asedio es una tarea enojosa; hay que pasarse la mayor parte del tiempo observando al enemigo que la cerca, el cual, si solo busca doblegar a los defensores por el hambre, se limitará a devolver el cumplido. Estaba seguro de que mi primo habría dispuesto una nutrida fuerza que, con cotas de malla y armada hasta los dientes, guardara la Puerta Baja, y un contingente no menos armado, aunque más reducido, en la Puerta Alta; ambas se encontraban en el extremo sur de la fortaleza, porque, ¿qué podría temer de quienes se acercaran por la Puerta que daba al Mar? Allí solo se podía llegar desde el océano, o enviando a un cuantioso grupo de hombres que recorriera la playa bajo las murallas que miraban al mar y, desde lo alto de esas mismas murallas, los centinelas tendrían tiempo más que de sobra para dar el aviso de que algún enemigo lo intentaba por aquel lado. Pero esos centinelas habían creído que éramos amigos y, en aquel momento, ya estaban muertos.

—¡Padre! —exclamó mi hijo preocupado, como si quisiera llamarme la atención. Sin acabar de creerme todavía que estuviera del otro lado de las murallas de

Bebbanburg, asombrado al ver cuánto había crecido, no dejaba de admirar la mansión principal—. ¿No es hora de que empecemos a movernos? —me urgía ni hijo, y no le faltaba razón. Habíamos logrado sorprender al enemigo, que había huido dejando indefenso el extremo norte de Bebbanburg, en tanto que yo, sin moverme de aquella puerta, andaba perdido en mis ensoñaciones.

—¡A la mansión! —dije. Había tomado la decisión de hacernos fuertes en la parte más alta de la fortaleza para, así, obligar a los hombres de mi primo a pelear en desventaja si querían sacarnos de allí. Me calé el yelmo y bajé las baberas, de forma que lo único que de mí pudiera ver un adversario fueran mis ojos ensombrecidos bajo aquella pieza de metal con un lobo por cimera. Dejé que Rorik me atase los cordeles que las cerraban, y que me echara la pesada capa sobre los hombros y la ajustase con un broche de oro. Me puse los brazaletes de oro y plata, trofeos de pasadas batallas. Empuñé el pesado escudo en el que, pintada, destacaba la cabeza del lobo de Bebbanburg, y me hice con *Hálito de serpiente*—. ¡A la mansión! —repetí, alzando la voz. Mis hombres ya empuñaban los escudos. Con aquellos rostros encajados en los yelmos, tenían un aspecto feroz y despiadado. Eran mis esforzados y temibles guerreros—. ¡A la mansión!

A las órdenes de mi hijo, me dejaron atrás.

—¡Piernas jóvenes! —le dije a Finan; en ese momento, oímos el tañido de la campana de la torre de la iglesia. Vi cómo se balanceaba el enorme instrumento, y me imaginé que alguien tendría que estar tirando de la soga como un poseso, porque, volteada sin cesar, su tañido, un estruendo áspero y fuerte, metía el miedo en el cuerpo.

—Ya están despiertos —se limitó a decir Finan.

La campana había despertado a los escoceses también, al menos a aquellos que no se habían llegado hasta las dunas para contemplar los barcos que se acercaban. Y vi a hombres y mujeres que salían de los caseríos que se alzaban al otro extremo del puerto para acercarse a la playa. Domnall estaría preguntándose cuál sería el motivo de tamaña alarma, igual que estaría dándole vueltas a la idea de si no habría llegado el momento de hacerse con la Puerta Baja. Mi primo no dejaría de hacerse la misma pregunta, y el miedo a que fuera a producirse un ataque por parte de los escoceses bastaría para que se convenciera a sí mismo de que debía disponer de una nutrida fuerza que guardase las murallas que daban al sur. De haber sabido que los suyos nos estaban facilitando las cosas, Constantino, pensé con malsana satisfacción, no se sentiría muy contento.

—Enarbolad el estandarte —le ordené a Rorik. Era el mismo estandarte que ondeaba en lo alto de la mansión principal, el estandarte con la cabeza del lobo de Bebbanburg.

Antes de ponerme en marcha para ir tras los jóvenes que ya se dirigían a la mansión principal, eché una rápida ojeada a mis espaldas. El canal del puerto ya no solo estaba cegado por nuestros cuatro barcos, sino que, aparte del *Trianaid*, allí

estaban también los cuatro barcos de Etelhelmo, por no hablar de los barcos de Einar. Perseguidos por los hombres del norte, algunos de los hombres de Etelhelmo habían echado a correr hacia el extremo norte de la playa, en tanto que otros libraban una encarnizada batalla en las cubiertas de los barcos, pero el combate más despiadado era aquel que se libraba en la playa que se abría a los pies de la Puerta que daba al Mar, y que esa misma puerta, en parte, me ocultaba. Reparé en que Gerbruht y los suyos se limitaban a observar el desarrollo de la pelea, lo que me llevó a pensar que ni los sajones del oeste ni, al menos hasta ese momento, los escoceses ni los hombres del norte estaban atacando por aquel lado. O sea, que mis enemigos se estaban dedicando a matarse entre ellos y, solo de pensarlo, solté una carcajada.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia? —se interesó Finan.

—Me encanta ver cómo mis enemigos se pelean entre ellos.

Finan rio entre dientes.

—Casi que me dan pena esos muchachos de Etelhelmo. Mira que venirse hasta tan lejos para ir a dar con una enardecida panda de escoceses con ganas de zurrarles la badana... ¡Bienvenidos a Northumbria!

Por delante de nosotros, una plataforma de roca donde, en tiempos de mi padre, los hombres se ejercitaban para el combate y, cuando hacía bueno, las mujeres ponían la ropa a secar. Al otro extremo de aquella plataforma, silos, barracones y establos; a su derecha, la pared de roca en cuya cima se alzaban la mansión principal y la iglesia. Una rampa de piedra sin desbatar, con escalones excavados en la roca de trecho en trecho y que discurría a los pies de las murallas que daban a tierra firme, llevaba hasta aquellos edificios; no otro fue el camino que, a toda prisa, tomara mi hijo tras ponerse al frente de los nuestros. No me perdí el momento en que el primero de nuestros guerreros dejaba atrás la iglesia y, por una puerta lateral, accedía a la mansión principal. Casi al instante, algunas mujeres y unos cuantos niños abandonaron la mansión por las grandes puertas que, por encima de los silos, miraban al mar. Con ellos, algunos de los hombres de mi primo que, no muy dispuestos a defender la llana cima que culminaba el peñasco, echaron a correr escaleras abajo. Al verlo, Finan y yo nos apresuramos y subimos un empinado trecho de anchos escalones de piedra que llevaba de la rampa a la iglesia. La campana no dejaba de tañer y, por un momento, pensé en llegarme hasta aquel edificio de piedra, dar con aquel que tiraba de la sogas y acabar con semejante estrépito, pero al mismo tiempo pensé que aquel estruendo ensordecedor sembraba el pánico, y el pánico era mi mejor aliado en aquel momento en que ya empezaba a caer la tarde. Al vernos, una mujer que estaba a la puerta de la iglesia dio un grito. Hice como que no la oía y seguí a mis guerreros hasta la penumbra que reinaba en el interior de la mansión.

—¡Uhtred! —grité, llamando a mi hijo.

—¿Padre?

—¡Delante de la mansión! ¡Formad un muro de escudos delante de la mansión!

Vociferó unas cuantas órdenes, los hombres se fueron tras él y salieron al exterior

de la mansión. Por el suelo, entre las mesas, cuatro cuerpos inertes, los cadáveres de cuatro hombres que, al verse atrapados en aquel recinto, no se les había ocurrido nada mejor que enfrentarse con los míos. En el gigantesco hogar que ocupaba el centro de la estancia, una hoguera prendida; en el círculo de piedra que rodeaba la fogata, unas tortas de avena a medio hacer. De un salto, me llegué al estrado y abrí una puerta que conducía a una cámara carente de ventanales. Ni un alma; me imaginé que era el dormitorio de mi primo, porque vi un lecho cubierto de pieles, un tapiz que colgaba de una de las paredes y tres arcones de madera. Tiempo habría de ver lo que contenían. Regresé a la enorme estancia, salté del estrado y, a toda prisa, me di media vuelta al oír un gruñido a mi derecha: tan solo era una perra de caza que estaba debajo de una de las mesas. Defendía a sus cachorros. Míos en aquel momento, pensé para mis adentros, y recordé los días en que salía de caza por las colinas que se alzaban a espaldas del puerto, y, de repente, tuve la sensación de que no hubiera pasado el tiempo y que, de un momento a otro, oiría de nuevo la estentórea voz de mi padre en aquella estancia. Poco importaba que las pesadas vigas del techo me parecieran el doble de altas de lo que lo fueran en su día, o que la estancia fuera mucho más larga y más ancha. ¡Era Bebbanburg! ¡Estaba en casa!

—¡A ver qué tal te manejas con la lanza, piojo! —me había rugido mi padre la última vez que salimos juntos a cazar jabalíes.

Apesadumbrada, Gytha, su nueva esposa, mi madrastra, por tanto, había tratado de hacerle ver que la lanza de un hombre quizá resultase demasiado pesada para un chaval de nueve años.

—En ese caso, veamos cómo lo destroza un jabalí —había respondido mi padre—. Si nos libra de un piojo, habrá hecho un favor al mundo.

Mi tío se había echado a reír. Debería haber reparado en la envidia y el odio que se ocultaban bajo aquellas risotadas, pero, en aquel momento, al cabo de toda una vida, había vuelto para deshacer el entuerto que mi tío había urdido.

Salí por la Puerta que daba al Mar, y vi que mis hombres ya habían formado un muro de escudos en la explanada que se extendía delante de la mansión. Nos habíamos apoderado de la cima de Bebbanburg, lo que no quería decir que hubiésemos recuperado la fortaleza. Aún teníamos que limpiar de enemigos aquel peñasco, y estos se estaban reagrupando ante nuestros propios ojos. A nuestros pies, allí donde iban a dar los escalones por donde habían huido las mujeres y los niños, discurría el ancho sendero de piedras calcinadas, sobre el que ya se proyectaba la sombra del hastial de la mansión principal; sembrado de trozos de viga chamuscados como estaba, me imaginé que solo serían los restos del granero que había ardido. Más allá, otros silos y dependencias, algunos con las paredes ennegrecidas, y los hombres de mi primo, provistos ya de cotas de malla y escudos, ocupaban las callejas que los separaban.

Y caí en la cuenta de que había cometido un error. Había pensado que, tras hacernos con la mansión principal, aquella que se alzaba en la cima de Bebbanburg, a

los hombres de mi primo no les quedaría otra que enfrentarse con nosotros al tiempo que subían aquellos empinados escalones, y que no nos resultaría muy difícil liquidar a cuantos se decidiesen a hacerlo. Pero los hombres que se estaban reagrupando en aquellas callejas no daban muestras de arder en deseos de que los pasásemos a cuchillo. A la espera de que fuésemos a por ellos, se limitaban a esperar y, de repente, caí en la cuenta de que, aunque mi primo no tuviera mucho más cerebro que un mosquito, no tendría reparo alguno en que nos quedásemos en aquella cima, en tanto que él y los suyos recuperaban la Puerta que daba al Mar para facilitar la entrada a los hombres que había traído Etelhelmo. Teníamos que desbaratar las tropas de mi primo que allí se estaban reuniendo, derrotarlas y echarlas de Bebbanburg, antes de que reparase en la oportunidad que se le brindaba, y la única forma de hacerlo era metiéndonos en aquel avispero de edificios más pequeños y sacarlos de allí. Pero seguía sin saber de cuántos hombres disponía mi primo; lo único que sabía era que cuanto antes acabásemos con ellos, antes estaría en condiciones de poder decir que Bebbanburg era mi hogar.

—¡Uhtred! —llamé a voces a mi hijo—. ¡Quedaos aquí con una veintena de hombres y cubridnos las espaldas! ¡Los demás, conmigo! —y eché a correr escaleras abajo por aquellos escalones que lo mismo conducían a la entrada principal de la mansión que al granero que se había quemado—. ¡Formad un muro de escudos! —les grité al llegar al pie de los escalones—. ¡Muro de escudos, Finan! ¡Avanzad hacia la izquierda!

Ante nosotros, dos callejas repletas de enemigos, enemigos que aún no acababan de hacerse a la idea. Ni por lo más remoto se habían esperado que hubieran de verse envueltos en una refriega aquella tarde de verano, y todo el mundo sabe que un hombre necesita tiempo para hacerse a la idea de que puede que le haya llegado su hora. Observé que estaban nerviosos, porque no nos insultaban ni, amenazantes, venían a por nosotros, sino que, agazapados tras los escudos que llevaban, se limitaban a esperarnos. No sería yo quien hubiera de darles tiempo.

—¡Adelante, a por ellos!

¿Y qué fue lo que vieron aquellos hombres de mi primo? Pues a unos guerreros seguros de sí mismos. Para entonces, ya habían caído en la cuenta de que éramos el tan temido enemigo, la amenaza que, durante tantos años, se había cernido sobre Bebbanburg. Vieron a unos guerreros con ganas de pelea, y pensaron en lo que habían conseguido los míos a lo largo de aquellos años. Pocas eran las partidas que podían presumir de guerreros tan curtidos, tan despiadados y tan temidos como los míos en toda Britania. A veces, hasta yo mismo me refería a ellos como «mi trailla de lobos», y los defensores que nos esperaban en aquellas callejas de verdad temían que aquella manada de lobos sanguinarios poco habría de tardar en abalanzarse sobre ellos. Tan solo en una cosa no andaban acertados aquellos hombres aterrorizados. No es que avanzáramos seguros de nosotros mismos, sino a la desesperada. Al igual que yo, mis hombres sabían que, aquel día, todo dependía de la celeridad con que se

desarrollasen los acontecimientos. Si no queríamos sufrir una derrota a manos de nuestros enemigos, que todavía no entendían muy bien lo que estaba pasando, teníamos que concluir aquel combate cuanto antes. De eso dependía que todo saliera bien; de no ser así, todos moriríamos; de ahí que mis hombres cargasen con una ferocidad que bien podía pasar por seguridad en sí mismos.

Me puse al frente de los hombres que se dirigían a la calleja que se abría a nuestra derecha. Un muro de escudos de tres hombres habría bastado para cegar tan angosto callejón, pero, en lugar de aguantar a pie firme, el enemigo optó por retroceder. A mi derecha, Swithun, ataviado todavía con aquellos atrabiliarios ornamentos episcopales y el yelmo con colgajos de crines de caballo, portaba una larga y pesada lanza que, con todas las fuerzas de que fue capaz, no dudó en arrojar contra aquellos que retrocedían. Uno de ellos trató de frenarla con el escudo, pero, en vez de intentarlo con el tachón, lo hizo con el reborde, de modo que el impulso que llevaba la lanza bastó para que el escudo se le ladease dejándole un flanco al descubierto, momento que aproveché para arremeter con *Hálito de serpiente* y retorcer la hoja que le acababa de clavar en la barriga; moribundo, se abalanzó contra la espada, le propiné un tremendo golpe con el reborde de hierro del escudo en la nuca y el hombre se fue al suelo.

En tanto que, de un puntapié, apartaba a aquel hombre y lo tumbaba de espaldas en el suelo para retirar a *Hálito de serpiente* de aquella carne pegajosa, Swithun ya estaba atacando al hombre que venía detrás de él. En ese momento, alguien descargó un golpe contra mi escudo, con tanta fuerza que el reborde de hierro del escudo rebotó contra la tira de hierro que me protegía la nariz. Retiré el escudo y vi que una lanza me apuntaba directamente entre los ojos; me hice a un lado para evitarla y, con *Hálito de serpiente* en mano, embestí contra aquel hombre que no dejaba de proferir insultos cuando, por el rabillo del ojo, observé que se desplazaba a la izquierda. El lancero esquivó la estocada con el escudo, en el preciso instante en que un hombretón con un yelmo abollado se disponía a descargar un hacha sobre mi cabeza. Tenía que ser la misma arma que, con tanta fuerza, acababa de acertarme de lleno en el escudo, y aquel gigantesco malnacido la blandía con ambas manos; aun a sabiendas de que no era sino una invitación a que el lancero me ensartase, no me quedó otra que levantar el escudo para protegerme la cabeza; pero el lancero, que también iba provisto de escudo, perdió el equilibrio, y confié en que la cota de malla que llevaba sirviera para amortiguar su embestida.

Por puro instinto, avancé a pesar del hachazo que se me venía encima y, con el hombro, empujé a aquel hombre descomunal contra la pared izquierda del callejón, al tiempo que, con *Hálito de serpiente*, cargaba contra el lancero. Debería haber recurrido a *Aguijón de avispa*; aquel no era lugar para luchar con espada larga. El lancero había dado un paso atrás y el hachazo no llegó a traspasar el escudo, pero el otro animal se deshizo del hacha y trataba de arrebatarme el escudo.

—¡Acabad con él —gritaba—, acabad con él! —Pero yo, que ya volvía a

empuñar a *Hálito de serpiente*, me las arreglé para hacerme un hueco, apuntarle al vientre y arremeter contra él. Noté cómo la afilada punta le rasgaba la cota de malla y el jubón de cuero, cómo se le hundía en la carne y tocaba hueso. Sus gritos se convirtieron en un alarido de dolor, pero ni por esas soltaba el escudo, porque sabía que cuanto más tiempo lo aguantara en esa posición, más vulnerable sería para cualquiera de sus compañeros. El lancero había llegado a propinarme un tajo en el muslo, y me dolía, pero hasta el dolor se desvaneció cuando Swithun, sin dejar de proferir maldiciones, ensartó a aquel hombre, arrojándolo al suelo de espaldas con la lanza clavada en el pecho. Seguí a lo mío y retorcí la hoja de *Hálito de serpiente* hasta que, de modo inesperado, la increíble resistencia de aquel hombretón cedió cuando Vidarr y Beornoth, un hombre del norte y un sajón que, invocando el uno a Thor y a Cristo el otro, siempre peleaban juntos, me dejaron atrás, no sin antes hundirle ambos las espadas que llevaban. A medida que el hombretón se desplomaba, noté que un chorro de sangre me caía encima, y reparé en que la Calleja entera parecía inundada de sangre. Apoyado en la pared de enfrente, el lancero, entre jadeos, imploraba piedad a medida que, al pasar, otros de los de mi trailla de lobos lo remataban. No hubo piedad. El resto de nuestros enemigos habían huido del lugar.

—¿Estáis herido, mi señor? —se interesó Beornoth.

—¡No es nada! ¡A lo vuestro!

A pesar de haber sido hasta por tres veces herido, con el rostro crispado por el dolor y el odio, el gigantesco portador del hacha aún trataba de ponerse en pie, hasta que, con la espada, Beornoth le rajó el pescuezo y acabó con él, lo que bastó para que más sangre me cayera encima. Ulfar, uno de mis daneses, a quien se le había partido la espada en dos, se agachó para hacerse con el hacha.

—¡Adelante —grité—, adelante! ¡Que no quede ni uno!

La calleja iba a desembocar al espacio abierto que llegaba hasta los establos que se alzaban al pie de las murallas que miraban al mar. Altas murallas, anchas murallas, provistas de un adarve de roble en el que aún quedaba una docena de los hombres de mi primo. A la legua se veía que no sabían qué hacer a ciencia cierta, y eso que tres de ellos portaban sendas lanzas, que no dudaron en arrojarnos, aunque, a la vista de la trayectoria que llevaban, las esquivamos con facilidad, de modo que las tres fueron a estrellarse contra unas piedras. Tratando de unirse a los defensores de la Puerta Alta, que sobresalía más allá de un puñado de dependencias, graneros y barracones, los hombres que habían ocupado la calleja de la derecha habían huido por piernas hacia el extremo sur de la fortaleza. Confiando en que, si avanzábamos por el ancho adarve de la muralla, podríamos hacernos con tan formidable bastión, a punto estaba de ordenar a los míos que atacasen aquellos edificios y obligasen a sus defensores a huir hacia la Puerta Alta, cuando, antes de que pudiera dar las órdenes pertinentes, oí el grito de advertencia que me daba Finan y reparé en que muchos de los supervivientes del efímero combate que habíamos librado en los callejones, unos treinta o cuarenta hombres en total, se dirigían a toda prisa hacia el norte, hacia la Puerta que daba al

Mar. Eran los hombres que habían defendido la calleja más ancha, la misma que Finan se había encargado de despejar, de modo que los míos les impedían llegar al lado sur; de ahí que huyeran en busca de un lugar donde refugiarse en aquellas imponentes murallas. Los hombres que habían seguido la pelea desde el adarve también huían en aquella dirección.

—¡A por ellos! —grité—. ¡Finan, a por ellos! —a quien no debió de pasársele por alto el tono de desesperación que se advertía en mi voz, pues, de inmediato, dio una orden a los suyos, que, a toda prisa, se dirigieron hacia el lado sur.

Estaba desesperado. No dejaba de maldecirme a mí mismo por haber sido tan necio.

Había dejado a Gerbruht al frente de un reducido grupo de los míos con el encargo de defender la Puerta que daba al Mar, y, en aquel momento, me acababa de dar cuenta de que debería haber dejado más hombres para llevar a cabo tal cometido. Con tal de que no se moviesen del alto adarve que coronaba el arco de la puerta, la docena de hombres que había dejado al mando de Gerbruht eran muy capaces de repeler cualquier ataque desde el canal que llevaba al puerto, pero, en aquel momento, no tardarían en ver cómo, desde el interior de la fortaleza, los atacaban hombres capaces de desatancar el portón y facilitar el paso a una riada de tropas enemigas procedente del exterior. Gerbruht era un formidable guerrero, sin duda, y no menos curtidos eran los hombres que con él iban, pero tendrían que abandonar el adarve para defender el pasadizo y plantar cara a unas tropas que los triplicaban, si no los cuaduplicaban, en número, y no las tenía todas conmigo en cuanto a que Gerbruht supiera muy bien qué hacer. Sujeté a Swithun por el brazo.

—¡Decidle a mi hijo que vaya a la Puerta que da al Mar! ¡Deprisa!

Swithun retrocedió a todo correr por el callejón y volvió a subir aquellos escalones, en tanto que, sin dejar de maldecirme a mí mismo, me dispuse a seguir los pasos de Finan. Por si fuera poco, estaba desconcertado. En lugar del combate con el que llevaba soñando toda mi vida, algo de irreal había en aquel día, algo parecido a un despertar en mitad de un sueño. A falta de cazador que los dirigiera, mis hombres deambulaban por la fortaleza como una trailla de lebreles que, sin rumbo, abate un ciervo antes de ir a la caza de otro. Y de eso, solo yo tenía la culpa. Me di cuenta de la de horas que había pasado haciendo planes para entrar en Bebbanburg, pero también de que nunca me había parado a pensar con detenimiento qué haríamos una vez que estuviéramos dentro. En aquel momento, era el enemigo quien dictaba las reglas, de forma que nos habíamos visto obligados a abandonar la parte más alta de la fortaleza para defender nuestra retaguardia. Estaba aturdido y echando a perder aquel día.

Y la confusión fue a más. Porque me había olvidado por completo de Waldhere.



Waldhere era el jefe de la guardia personal de mi primo, el mismo que se había enfrentado conmigo el día que los barcos de Einar acababan de arribar a Bebbanburg. Sabía que era un enemigo de cuidado, un guerrero casi tan curtido como yo. No había participado en los muros de escudos de aquellas batallas de renombre que habían concluido con la expulsión de los daneses de Wessex ni en el hostigamiento al que se veían sometidos en Mercia, pero había pasado muchos años teniéndoselas que ver con salvajes saqueadores escoceses que se servían del señorío de Bebbanburg como si de su propia despensa se tratara. Y duro de pelar tenía que ser para seguir con vida al cabo de tanto tiempo luchando contra los escoceses; innumerables eran las viudas que maldecían su nombre en el reino de Constantino. La última vez que lo había visto había sido en Dumnoc, localidad a la que había llegado con ayuda de Jeremías, con intención de escoltar a Etelhelmo y a su hija, Ælswyth, hasta Bebbanburg. Juntos, pues, se habían dirigido al norte a bordo del *Ælfswon*, el mayor de los barcos de la flota del *ealdorman* y el primer bajel de los sajones del oeste que nunca antes se hubiese adentrado en el canal que llevaba al puerto de la fortaleza, donde se había visto embestido y abordado por la tripulación del barco escocés *Trianaid*. Además, y por si fuera poco, en tan solo cuestión de un momento, hasta aquel lugar habían ido llegando un montón de barcos más, provocando una situación que había desembocado en una pelea a tres bandas, en la que se veían implicados escoceses, hombres del norte y sajones del oeste. Situación que había derivado en un caos, y a mí me había dado por pensar que tamaña confusión me venía al pelo.

El caso es que me había olvidado por completo de Waldhere; me había olvidado de que conocía Bebbanburg mucho mejor que yo, que solo había pasado los primeros nueve años de mi niñez tras sus murallas. Dedicado en cuerpo y alma a librar a Bebbanburg de sus enemigos, especialmente de mí, el caso es que Waldhere llevaba viviendo mucho más tiempo allí.

Mientras se aproximaban al puerto, Waldhere se había dado cuenta de lo que estaba a punto de pasar: que aquella mole de barco que era el *Trianaid* embestiría al *Ælfswon* y que, a su vez, sobre ambas naves, se abalanzarían todos los barcos que venían detrás, y, tratando de eludir el inevitable derramamiento de sangre que habría de producirse, había congregado a Etelhelmo, a Ælswyth y sus doncellas y a los mejores hombres de la guardia personal del *ealdorman* en la proa del *Ælfswon*. Y, en efecto, el *Trianaid* había embestido contra uno de los costados del *Ælfswon*, aplastando a cuantos guerreros quedaran atrapados bajo su pesada proa, y poco habían tardado los escoceses en saltar al medio hundido barco sajón para iniciar la pelea, una refriega que no podía sino ir a más a medida que más y más barcos fueran llegando, hasta el punto de que, para entonces, ya se extendía a las dos orillas del canal que llevaba al puerto. Haciendo caso omiso de la refriega, Waldhere había saltado a tierra desde la proa del *Ælfswon* y se había llevado a aquel grupo hacia el oeste para, más tarde, dirigirse al sur, rodeando la playa salpicada de rocas que se extendía a los pies de las murallas de Bebbanburg que miraban a tierra firme.

Gerbruht había sido testigo de cómo escapaban de los barcos.

—Pensé que se disponían a huir —me contó más adelante.

Pero Waldhere conocía Bebbanburg, y de sobra sabía que nunca nadie intentaría un ataque contra las murallas que se alzaban en las estribaciones del risco que despuntaba entre las aguas del puerto. Incluso si los atacantes decidían saltar a tierra desde los barcos, pronto se darían cuenta de lo empinado de aquella pendiente, donde, no obstante, había un portillo. No era una puerta, ni siquiera había escalones, sino tan solo un par de enormes troncos de roble macizo que en nada se distinguían del resto de la empalizada de madera que se erguía sobre la roca, pues ni siquiera se hundía en la tierra como el resto de las empalizadas, sino que estaba hecha de otros tantos troncos de roble que, sin más, reposaban en la piedra del risco. Aquella defensa era antigua y precisaba de continuos arreglos. Arreglos muy costosos, por otra parte, porque había que traer los gigantescos troncos de tierra adentro o, por barco, desde el sur, y sustituir cada uno de ellos requería no menos de una semana de trabajo.

—Un día —había dicho mi padre en cierta ocasión—, levantaremos una muralla de piedra. ¡Haremos que toda la muralla que rodea la fortaleza sea de piedra!

Mi primo se había puesto manos a la obra, pero nunca llegó a concluir la tarea, de modo que, si bien las murallas que, por encima del puerto, miraban al oeste, eran el sitio menos indicado para llevar a cabo un ataque contra la fortaleza, dos troncos tan solo lo impedían. No estaban unidos al resto de la empalizada, ni contaban con los refuerzos laterales que, enhiestos, mantenían el resto de la empalizada; si aguantaban en pie era gracias a unos recios clavos de hierro que se hundían en el alto adarve, de forma que la parte inferior de ambos troncos se abría hacia el exterior, dejando una pequeña rendija por la que bien podía pasar un hombre. Para llegar hasta aquellos dos troncos de roble había que subir una empinada pendiente, tarea que aún resultaba más ingrata, si se tiene en cuenta que las letrinas de la fortaleza se encontraban al pie de las murallas de más arriba. Cuando el Viento soplaba del oeste, el hedor que invadía aquel lugar era insoportable, razón de más para que la gente no se acercase a aquella entrada secreta. Un ejército que asediara Bebbanburg solo se fijaría en las puertas de la fortaleza, sin reparar en que la guarnición dispondría de algún otro sitio por el que los hombres pudieran salir o, como aquel día, entrar en la fortaleza.

Sabía de la antigua poterna que había al pie de las murallas que daban al mar. No en vano mi padre había sido el artífice de la idea; incluso había sopesado las posibilidades de entrar en la fortaleza trepando desde la playa hasta aquel portillo secreto. Dejando de lado los imponentes baluartes que defendían la entrada de la fortaleza e introduciendo a mis hombres por un portillo que los de la guarnición utilizaban para llegarse hasta un manantial, una entrada que los defensores siempre habían considerado de muy difícil acceso; así era cómo me había apoderado de Dunholm. Lo difícil de verdad era llegar hasta la antigua poterna que había abierto mi padre. Antes, había que trepar por una larga y empinada pendiente desde la playa, tarea casi imposible para un hombre provisto de cota de malla, escudo y armas. Por si

fuera poco, en caso de que alguien amenazara la fortaleza por aquel lado, dicha poterna podía atrancarse con facilidad desde el interior; por eso, había desechado la idea de intentarlo por esa vía.

Pero nada sabía de aquel acceso por el extremo oeste. No disponía de espías en el interior de la fortaleza ni de nadie que pudiera haberme informado de aquel portillo, ni siquiera advertirme de que aquella vía de acceso era incluso más peligrosa que la de siempre, porque, una vez sorteado aquel resquicio, los hombres solo se encontrarían con la roca que, a pico, ascendía hasta la muralla. De modo que Waldhere, sin que yo estuviera al tanto de nada, había desplazado aquel par de troncos hacia fuera y Etelhelmo y sus guerreros, los de la capa de color granate, habían entrado en la fortaleza. Y en el espacio en penumbra que discurría bajo el adarve, a un paso de la mansión principal, allí fueron a ocultarse, sin que ninguno de nosotros los viera, los oliera, los oyera o tuviera ni la más remota idea de que estaban allí.

Porque estábamos tratando de enderezar el primer entuerto que yo había cometido. Luchábamos por recuperar la Puerta que daba al Mar.



Gerbruht no era uno de esos hombres que me llamasen la atención por su inteligencia. Era un hombretón fornido, leal, animoso, y pocos eran los hombres con los que tan a gusto me sentía como con él en un muro de escudos, pero no era un hombre despierto, no como Finan, desde luego; ni tampoco temerario, como mi hijo. Lo había dejado a él al cuidado de la Puerta que daba al Mar porque me había parecido que era una tarea sencilla, muy acorde con su lenta y tenaz forma de ser, y ni se me había pasado por la cabeza la idea de que se viera en la tesitura de tener que tomar una decisión rápida y vital.

Pero lo hizo. Y tomó la decisión correcta.

Ni los hombres de Etelhelmo, ni los escoceses con sus aliados, ni los hombres del norte habían intentado atacarla Puerta que daba al Mar. Incluso si se les hubiera ocurrido recurrir a los mástiles de los barcos como improvisadas escalas, habría sido una tarea poco menos que hercúlea, por no decir imposible. Les habría hecho falta el resto del día para ponerlo todo a punto, y tiempo era lo único que no tenían: estaban demasiado ocupados luchando entre ellos, y los pocos que se habían aventurado a subir por aquellos escalones excavados en la roca, se habían encontrado con los gigantescos pedruscos que, desde arriba, les lanzaban Gerbruht y los suyos.

Hasta que, de repente, Gerbruht observó que los hombres de mi primo abandonaban la puerta principal y, de inmediato, se dio cuenta del peligro que se les venía encima. Porque aquellos hombres muertos de miedo bien podían desatracar la puerta de más abajo y dar entrada a una horda de enemigos; de modo que Gerbruht

abandonó el adarve y, seguido por sus hombres, se dispuso a formar un muro de escudos en el pasadizo que llevaba a la puerta.

Los hombres de mi primo ya habían sufrido una sangrienta carnicería en aquellas callejas, donde ocasión habían tenido de comprobar la sorprendente fiereza con que los atacábamos, y solo iban en busca de un sitio donde refugiarse. No podían llegarse a la mansión principal, porque yo les cerraba el paso a las puertas que miraban al sur, donde me maliciaba que mi primo estaba congregando a los suyos, de modo que habían echado a correr hacia el lado norte. Los imponentes baluartes de piedra que defendían la Puerta que daba al Mar se les antojaban un remanso de tranquilidad, y allá, pues, que se fueron hasta que se toparon con el muro de escudos que estaba formando Gerbruht. Era un pequeño muro de escudos, pero suficiente para cegar el ancho del pasadizo y capaz de garantizar la muerte a los primeros que tuvieran agallas para iniciar el ataque. Los fugitivos dudaron. Nadie los dirigía. No tenían a nadie que les dijera lo que tenían que hacer. La campana de la iglesia no dejaba de tañer, sembrando el pánico por doquier, del otro lado de la Puerta que daba al Mar llegaba el estrépito de la refriega, y, en esas condiciones, sin nadie al frente y atemorizados, hicieron un alto.

Momento que Finan aprovechó para atacarlos por detrás.

Finan, dándose cuenta mejor que ninguno de nosotros de las dimensiones de la carnicería que podría desencadenarse si lograban abrir la Puerta que daba al Mar, no perdió el tiempo obligando a sus hombres a formar un muro de escudos, sino que se abalanzó contra el enemigo con esa furia tan propia de los irlandeses, entonando su enloquecido y lastimero romance guerrero. Tenía la ventaja de que atacaba desde un terreno más elevado, se dio cuenta del miedo que los atenazaba y ni siquiera les dejó tiempo para que pudieran darse cuenta de la baza con la que contaban. Los hostigados supervivientes de las tropas de Etelhelmo que estaban del otro lado de aquella puerta eran sus aliados, y lo único que tenían que hacer era pasar por encima de la docena de hombres que estaban a las órdenes de Gerbruht, desatancar la puerta y obligarlos a salir; en vez de eso, allí se dejaron la vida. Con la crueldad de los guerreros que se topan con un enemigo aterrorizado y a su merced, los hombres de Finan llevaron a cabo una auténtica escabechina. Ellos solos se encargaron de que aquellos escalones excavados en la roca se convirtieran en un reguero de sangre, en tanto que Gerbruht, al ver tamaña carnicería, obligaba a sus hombres a dejar atrás el pasadizo y plantar cara a los de mi primo aun colina arriba. Para cuando llegué a lo alto de la puerta, aquellos de los hombres de mi primo que no habían muerto ya habían sido hechos prisioneros.

—¿Queremos hacer prisioneros? —me preguntó Finan a voces desde abajo.

Había unos treinta hombres de rodillas, la mayoría con las manos levantadas para que viésemos que no portaban armas. Tras el despiadado ataque dirigido por Finan, la mitad de ellos yacían muertos o moribundos. Hasta donde pude ver, ninguno de los hombres del irlandés había resultado herido.

No quería hacer prisioneros, pero tampoco quería acabar con aquellos hombres, algunos de los cuales eran tan solo muchachos. Seguro que muchos de ellos eran hijos de aparceros de Bebbanburg, o nietos de personas con las que había tenido trato de niño. Si me alzaba con la victoria aquel día, aquellos muchachos pasarían a ser mis súbditos, mis aparceros, incluso mis guerreros, pero, antes de que pudiera darle una respuesta a Finan, reparé en cómo aporreaban la puerta.

—¡Gerbruht! —grité—. ¡Que los vuestros vuelvan al adarve!

—¡Como ordenéis, mi señor!

—Y Gerbruht, ¡así me gusta!

Se oyó una voz que, a gritos, imploraba desde el otro lado de la Puerta que daba al Mar.

—¡Por lo que más queráis! ¡Dejadnos entrar! —gemía el hombre, sin dejar de aporrear la puerta.

Me imaginé que sería alguno de los supervivientes de los hombres de Etelhelmo que se habían quedado para defender los barcos y que trataba de escapar de los escoceses y de los hombres del norte de Einar. Y sentí por él la misma compasión de que Finan había dado muestra. Los habían arrastrado hasta aquellas ingratas costas solo para ver cómo los arrojaban a una despiadada refriega contra rabiosos hombres del norte. Abrir aquella puerta y permitir la entrada de los últimos supervivientes habría sido un gesto de compasión; seguro que algunos de aquellos sajones del oeste se mostrarían dispuestos incluso a luchar de mi lado, pero no me atreví a correr semejante riesgo. La Puerta que daba al Mar debía permanecer cerrada, lo que significaba que los hombres de Etelhelmo que estaban acorralados a los pies de la muralla iban a morir y que nuestros prisioneros no debían moverse de donde estaban.

—¡Finan! —grité—. ¡Dejad en cueros a los prisioneros y arrojad sus armas al otro lado de la muralla! —Casi más me hubiera gustado obligarlos a abandonar la fortaleza, pero semejante decisión habría sido como condenarlos a muerte. Desnudos y desarmados, nada podrían hacer.

Habían dejado de aporrear la puerta y oí un furioso juramento cuando Gerbruht dejó caer uno de sus pedruscos. Alguien empezó a soltar maldiciones en la lengua de los hombres del norte, lo que me dio a entender que, del otro lado de la Puerta que daba al Mar, solo quedaban los hombres de Einar y los escoceses, enemigos ambos de mi primo.

—¡Guardadla bien! —grité a Gerbruht.

—¡Perded cuidado! ¡No entrarán, mi señor! —repuso. Y me fie de su palabra.

—Padre —me reclamó mi hijo, abriéndose paso entre los hombres que se agolpaban en la puerta de más arriba y dándome una palmada en el brazo embutido en la cota de malla—, más vale que vengáis conmigo.

Tras él, pues, crucé aquella puerta y vi que habían formado un muro de escudos en el centro de la fortaleza. Un muro de escudos que comenzaba al pie del risco sobre el que se alzaban la iglesia y la mansión principal y que se alargaba hasta llegar a las

murallas que daban al mar. Un estandarte ondeaba en el centro de aquella formación, mi estandarte de la cabeza del lobo; a sus pies, mi primo, que, por lo visto, por fin había conseguido congregarse a los suyos. Los hombres aporreaban los escudos con las espadas que portaban, al tiempo que pateaban el suelo. Junto a la iglesia, otros hombres formaban un muro de escudos más pequeño; ambas formaciones quedaban por encima de donde estábamos nosotros.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Ciento ochenta en la roca de más abajo —contestó mi hijo—; unos treinta por el lado de la iglesia.

—O sea, que estamos prácticamente igualados —comenté.

—Menos mal que no sabéis contar —repuso mi hijo, chancéandose de mí como nunca antes lo había hecho—; esos cabrones son muchos más —señalándome a un nutrido grupo de hombres que se abrían paso para ocupar la posición central del muro de escudos de mi primo; los hombres se apartaban para hacer sitio a los recién llegados. Me imaginé que aquellos debían de ser los hombres que hasta entonces habían custodiado la Puerta Alta y que mi primo, confiado en que quienes guardaban la Puerta Baja se las compusieran para repeler cualquier ataque por parte de los escoceses, los había hecho llamar. En aquel momento, acerté a distinguir a mi primo con toda claridad. Iba a caballo; junto a él, otros tres jinetes; los cuatro se mantenían un paso por detrás del estandarte que ondeaba en el centro del más numeroso de los dos muros de escudos, el que ocupaba la peña de más abajo.

—Bien cebado, por lo que veo —dije.

—¿Quién?

—Mi primo —parecía más gordo a lomos de aquel corcel. Estaba demasiado lejos como para poder verle la cara embutida como la llevaba bajo el yelmo, pero reparé en que no nos quitaba ojo de encima, mientras sus hombres seguían aporreando los escudos con las espadas—. Será el primero en caer —dije, con ánimo de venganza—. Acabaremos con ese cabrón y veremos si, para entonces, a sus hombres les quedan ganas de seguir peleando.

Mi hijo calló un instante. Observé que no apartaba la vista de la cima de Bebbanburg, cuando, de repente, exclamó:

—¡Por Cristo! —Eso fue lo que dijo al ver la enseña del ciervo rampante en el interior de la fortaleza—. ¿Cómo demonios han entrado? —se preguntaba, ya sin tantas ganas de chanza, sino sorprendido al ver que los hombres de la capa de color granate de Etelhelmo se disponían a ocupar el risco más alto de la fortaleza. Pertrechados todos con cotas de malla y sin dejar de dar gritos de júbilo al ver que éramos tan pocos, formaban otro muro de escudos. Agrupados como estaban al pie de los escalones que llevaban a la Puerta que daba al Mar, nuestros enemigos no podían ver a los hombres de Finan, de modo que las tropas de Etelhelmo debieron de pensar que no éramos ni cien hombres—. ¿Cómo, por Dios santo, han conseguido entrar? —no dejaba de preguntarse mi hijo.

Como no tenía respuesta para tal pregunta, callé la boca. En vez de eso, me dediqué a contar cuántos de aquellos hombres lucían capas de color granate, y comprobé que eran no menos de sesenta y que, desde el extremo sur de la fortaleza, aún seguían llegando más hombres para unirse al muro de escudos de mi primo. Con ánimos renovados tras la llegada de su aliado, mi primo arengaba a los suyos, en tanto que dos curas hacían lo propio entre los hombres que formaban aquel muro de escudos que no dejaba de crecer, supongo que diciéndoles que acabarían con nosotros, pues tal era la voluntad del dios crucificado. Más arriba de donde estaba mi primo, en lo más alto de la fortaleza, Etelhelmo, luciendo una cota de malla resplandeciente y una capa de color oscuro. A su lado, un cura que, en aquel momento, recorría las hileras del creciente muro de escudos impartiendo las bendiciones de su dios a aquellos de los hombres de la guardia personal del *ealdorman* que se disponían a darnos muerte.

De modo que, del otro lado de la puerta, impacientes y sedientos de sangre, los hombres del norte, en tanto que, en el interior de la fortaleza, la muerte formaba dos muros de escudos con el propósito de acabar con nosotros. Y me di cuenta de lo mal que había planteado aquella contienda hasta entonces, obligando a mis hombres a llevar a cabo ataques sin sentido para, al cabo, atemorizados, acabar retrocediendo. Y lo que era peor: había dado tiempo a que el enemigo se repusiese de la sorpresa inicial y estuviese recomponiendo sus tropas; pero, de pronto, al ver al enemigo allí formado y expectante, tuve la sensación de que volvía en mí. De resultas del tajo que me había propinado aquel lancero que, entre alaridos, había muerto en el callejón, tenía un costurón abierto en el muslo derecho; me llevé la mano a la herida y, al retirarla, observé que aún estaba manchada de sangre. Me limpié en las baberas del yelmo y alcé la mano al cielo.

—¡Va por ti, Thor, va por ti! —grité.

—Estáis herido —observó mi hijo.

—No es nada —dije, y me eché a reír. Recuerdo las ganas con que rompí a reír en aquel momento, igual que recuerdo cómo, sorprendido, mi hijo fruncía el ceño. Pero, con todo, lo que mejor recuerdo es la certeza de que los dioses estaban de mi parte, que se disponían a luchar de mi lado, que mi espada sería la suya—. ¡Nos alzaremos con la victoria! —le dije a mi hijo, porque tenía la sensación de que era el elegido de Thor o de Odín. Nunca me había sentido tan lleno de vida, ni tampoco tan seguro de mí mismo. Sabía que, en adelante, ya no cometería más errores, que ya no estaba soñando.

Había conseguido entrar en Bebbanburg y Bebbanburg caería en mis manos.



—¡Rorik! —llamé a voces—. ¿Aún conserváis la trompa?

—Sí, mi señor.

Me abrí paso entre los míos y me llegué a la puerta de más arriba. Para echar una mano al reducido contingente que se había quedado a las órdenes de Gerbruht, Finan había llevado a cincuenta de los suyos hasta aquellos escalones, y allí estaban todavía, a los pies de la alta muralla de piedra, afanando las armas, las cotas de malla y las ropas de los que habíamos hecho prisioneros.

Y me di cuenta de que, normalmente, los hombres solo ven lo que quieren ver. Mi primo debió de pensar que, más o menos, un centenar de los míos había conseguido entrar por la puerta que daba al norte, igual que debió de imaginarse que, obligados a retroceder, en aquel momento, nos encontrábamos acorralados entre su imponente tropa y los despiadados hombres del norte que pugnaban por entrar en la fortaleza. Y vio la victoria al alcance de la mano.

Etelhelmo debió de ver lo mismo. Él sí que sabía contar, y reparó en que no solo nos superaban en número, sino que nosotros debíamos pelear desde más abajo. Del mismo modo, se imaginaria que estábamos atrapados y, mientras el sol se ponía por detrás de las colinas que quedaban al oeste, debió de sentirse eufórico, paladeando de antemano su inminente venganza.

Solo que, para entonces, libre ya de aquella sensación de irrealidad en la que había estado sumido, ya me había despabilado. Porque, de pronto, supe cómo habrían de luchar mis lobos durante el resto de aquella jornada.

—¡Finan! —grité—. ¡Procurad que no vean a ninguno de los vuestros en tanto no oigáis el bramido de la trompa! En ese momento, dejad a seis de los vuestros para que echen una mano a Gerbruht y los demás uníos a nosotros. ¡Seréis nuestra retaguardia! —no hacían falta más explicaciones. En cuanto él y los suyos abandonaran aquel escondrijo, Finan se daría cuenta de lo que esperaba de él. Asintió y, en ese momento, la campana de la iglesia, que no había dejado de tañer desde que entráramos en la fortaleza, calló, y solo se oyeron los gritos de júbilo que lanzaban los hombres de mi primo.

—Y ahora, ¿qué pasa? —se interesó Finan.

—Pues que, de algún modo, Etelhelmo ha conseguido entrar en la fortaleza, junto con sesenta, quizá setenta, de los suyos. Nos superan en número.

—¿Pinta muy mal?

—Bastante.

Finan debió de darse cuenta de cómo me sentía, porque no dudó en dirigirme una aviesa sonrisa, aunque, quizá, quién sabe, solo trataba de infundir ánimos a los suyos, que, sin perder ripio, seguían la conversación.

—Así que el cabrón de Etelhelmo está aquí —me contestó a voces—, nos superan en número y disponen del terreno más elevado. ¿Me estáis diciendo que vamos a ir a por ellos?

—¡Qué menos! Esperad hasta que oigáis los dos bramidos de la trompa; luego, ¡uníos a nosotros!

—¡Contad con ello! —replicó antes de volverse para meter prisa a sus hombres, que, en aquel momento, conducían a los prisioneros en cueros a la hondonada que se abría entre la peña y la muralla que daba al exterior.

Y se oyó el bramido de una trompa, que no era la mía, y que parecía proceder del centro de la fortaleza. Una larga y melancólica nota, y pensé que el muro de escudos de mi primo ya se disponía a avanzar, pero, al volver la vista a la puerta de más arriba, reparé en que tan solo era el anuncio de que un solitario jinete se acercaba a donde estábamos nosotros. Los cascos de su gigantesco corcel retumbaban al patear la roca. Aún estaba algo lejos; con la cara oculta bajo las baberas del yelmo, a paso lento se acercaba. Por un instante, confié en que fuera mi primo, pero enseguida me di cuenta de que no se había movido de detrás de su muro de escudos, donde, en lo más alto, aún podía distinguir las capas de color granate de los hombres de Etelhelmo. De modo que aquel guerrero que se acercaba debía de ser un paladín, alguien que venía con ánimo de mofarse de nosotros.

Le di la espalda al jinete y, con los ojos, busqué a mi hijo.

—¿Cuántos de los nuestros disponen de lanzas? —le pregunté.

—¡¿Diez, quizá?! No sabría deciros, pero no más, me temo.

Eché pestes de mí mismo por no haber pensado antes en las lanzas, porque seguro que los hombres de Finan habían arrojado unas cuantas contra los hombres que se golpeaban en el exterior de la muralla, pero diez lanzas serían suficientes.

—Cuando atacemos —le dije a mi hijo—, ordenad a los lanceros que se sitúen en la segunda hilera. No necesitarán escudos —no esperé a oír su respuesta, sino que salí al encuentro de aquel jinete.

Era Waldhere; había llegado al mismo tiempo que Etelhelmo y debía de haber conferenciado con mi primo nada más llegar. Refrenó al caballo a unos veinte pasos de nuestro muro de escudos y se retiró las baberas para que pudiera verle la cara. Venía con la misma capa de piel de oso que llevaba el día que Eunar arribase a Bebbanburg. Debía de estar pasando un calor espantoso con aquella prenda tan pesada, pero lo cierto es que lo hacía parecer más corpulento, sobre todo montado a caballo, como estaba. Con los antebrazos cargados de brazaletes de oro sobre la cota de malla, encajaba aquel rostro adusto bajo un yelmo que, abollado tras innumerables contiendas, remataba un águila que clavaba las garras como cimera. Era un guerrero en todo su esplendor; se me quedó mirando mientras me acercaba, al tiempo que algo se sacaba de entre unos dientes amarillentos antes de lanzarme lo que quiera que hubiese encontrado.

—Lord Uhtred —dijo, refiriéndose a mi primo— os ofrece la posibilidad de rendiros.

—¿Acaso no ha tenido el valor de venir a decírmelo él mismo en persona? —me interesé.

—Lord Uhtred no habla con cagarrutas.

—Pues bien que lo hace con vos.

Por la razón que fuera, tan leve insulto bastó para ponerlo fuera de sí. Reparé en la mueca que le cruzó la cara y no se me pasó por alto la rabia contenida con que me respondió.

—¿Acaso estáis buscando que acabe con vos ahora mismo? —bramó.

—Sí —repuse—; tened la bondad, os lo ruego.

Burlándose de mí, meneó la cabeza.

—Para mí, sería todo un placer acabar con vos —replicó—, pero lord Uhtred y lord Etelhelmo os quieren con vida. Vuestra muerte será el pasatiempo del que ambos disfruten esta noche en la mansión principal.

—Desmontad y enfrentaos conmigo —contesté—; mataros será un pasatiempo agradable para los míos.

—Si os rendís ahora —continuó, haciendo caso omiso del desafío que le acababa de lanzar—, tendréis una muerte rápida.

Me eché a reír.

—¿Tanto os asusta enfrentaros conmigo, Waldhere?

A modo de respuesta, se limitó a escupirme. Le di la espalda, y les grité a los míos:

—Es Waldhere. ¡Está demasiado atemorizado como para vérselas conmigo! Me he prestado a ello, pero me ha dicho que no. ¡Es un cobarde!

—En tal caso, ¡veamos si se atreve conmigo! —alzó la voz mi hijo, dejando atrás el muro de escudos.

La verdad es que no quería que ninguno de los dos tuviéramos que vérnoslas con Waldhere, no porque tuviera miedo de cómo manejaba la espada, sino porque prefería atacar al enemigo antes de que se viniera arriba. Los hombres con los que íbamos a enfrentarnos, los mismos que, en aquel momento, aporreaban los escudos con sus espadas, no eran unos cobardes, sino hombres que tenían que reunir todo el coraje del que fueran capaces antes de dar un paso adelante hacia aquel abrazo con la muerte. A todos nos da miedo un muro de escudos, y necio será quien afirme lo contrario, pero mis hombres iban ya preparados para cualquier horror, en tanto que los hombres de mi primo empezaban a reponerse del susto que se habían llevado al darse cuenta de que se disponían a jugarse la vida en las postreras horas de aquella tarde. Todavía estaban estremecidos por el tañido de la campana de la iglesia, que les había metido el miedo en el cuerpo. Habían confiado en que aquella sería una de tantas tardes aburridas, y, en vez de eso, se habían dado cuenta de que se disponían a enfrentarse con la muerte, y todo hombre necesita tiempo para prepararse antes de salir a su encuentro. Además, sabían quién era yo, estaban al tanto de mi reputación. Tanto los curas como sus jefes les aseguraban que se alzarían con la victoria, pero el miedo que llevaban dentro les decía que yo no era un perdedor, y quería atacarlos cuando ese miedo todavía estuviera haciendo mella en su ánimo, y enfrentarme con Waldhere solo serviría para retrasar el ataque. Que no otra era la razón de que se hubiera acercado a hablar con nosotros. Su exigencia de que nos rindiéramos, demanda que

de antemano sabía que yo habría de rechazar, solo respondía a la necesidad de que los defensores dispusieran de más tiempo para hacerse a la idea de lo que se les venía encima. Y que él solo hubiera venido a caballo para desafiarme era una forma de demostrarles a los suyos que no nos tenía ningún miedo. Todo formaba parte de esa danza macabra que siempre antecede a una batalla.

—¿Y se puede saber quién sois vos? —le preguntó a mi hijo.

—Uhtred de Bebbanburg —contestó mi hijo.

—No acostumbro a pelear con cachorros —repuso, mofándose de él. De repente, su montura, un hermoso rucio, ladeó la cabeza y, de costado, se fue hacia la roca. Waldhere lo tranquilizó—. Si os rendís —dirigiéndose a mí de nuevo, pero con voz lo suficientemente alta como para que le oyeran los míos—, vuestros guerreros saldrán de aquí con vida —alzó más la voz para asegurarse de que todos los míos oían su oferta—. ¡Deponed las armas, deponed los escudos, y saldréis de aquí con vida! ¡Seréis libres de volver al sur! ¡Deponed los escudos, y saldréis de aquí con vida!

A mis espaldas, oí el estruendo de un escudo que se estrellaba contra la roca. Sobresaltado, me volví y vi que un hombre alto, con una capa de color azul oscuro y un exquisito yelmo de plata, abandonaba nuestro muro de escudos. Con las baberas cerradas, no podía verle bien la cara. Él era quien se había deshecho del escudo y, solo, se acercaba a Waldhere. Finan me había dicho que se trataba de Kettil, aquel joven danés tan relamido.

—¡Kettil! —bramé.

—¿Sí, mi señor? —contestó una voz a mis espaldas. Frunciendo el ceño, me volví y vi a Kettil con un yelmo de hierro y sin capa—. ¿Mi señor? —insistió, desconcertado.

Volví a mirar a aquel hombre alto. Y, en ese momento, reparé en la banda de cruces cristianas entrelazadas que adornaba su yelmo, y en la cruz de oro que llevaba, en este caso, a la altura del pecho. Kettil era pagano jamás se habría puesto tales aderezos. A punto estaba de exigir a aquel cobarde que recuperase el escudo y volviese al lugar que le correspondía, cuando, antes de que pudiera decirle nada, desenvainó su larga espada y, con ella en mano, retó a Waldhere.

—Este cachorro —dijo aquel hombre— está dispuesto a luchar con vos —no se había desprendido del escudo para dar a entender que se rendía, sino que, al ver que Waldhere no llevaba escudo, le ofrecía al jinete un combate en igualdad de condiciones—. Siempre y cuando tengáis el valor de véros las conmigo —añadió—, cosa que dudo.

—¡No! —grité.

Desconcertado e intrigado al oír la contestación que, ante semejante ofrecimiento, le había gritado a aquel hombre alto, Waldhere se me quedó mirando y, con desdén, me dijo:

—¿Tanto miedo os da que vaya a acabar con vuestro cachorro?

—¡Pelead conmigo! —llegué casi a suplicarle—. ¡Enfrentaos conmigo, no con él!

Se echó a reír delante de mis narices. No entendía la razón de tantos nervios por mi parte, pero sí se había dado cuenta de que no quería que pelease con aquel hombre alto que acababa de desafiarlo, de modo que se apresuró a aceptar el desafío.

—Vamos allá, cachorro —bajándose del caballo. Retiró el broche que le sujetaba la capa y dejó que esta cayera al suelo para que tan pesada prenda no le impidiera empuñar la espada en condiciones.

Agarrándole por el brazo, traté de detener a aquel hombre alto.

—¡No! ¡Os lo prohíbo!

Serenos, unos ojos oscuros se me quedaron mirando bajo la penumbra del yelmo.

—¡Soy vuestro príncipe! —me dijo—. Vos no sois quién para darme órdenes.

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunté.

—Me dispongo a dar buena cuenta de ese insolente; qué, si no —repuso Etelstano.

Oí el siseo de la espada de Waldhere al separarse de la vaina y, con fuerza, apreté el brazo de Etelstano.

—¡No podéis jugárosla así! —le dije.

Me retiró la mano con delicadeza.

—Mandaréis sobre hombres, lord Uhtred, sobre ejércitos incluso, pero no sobre príncipes. Obedezco a Dios y a mi padre; no a vos. Vos sois quien me debéis obediencia a mí, así que permitid que cumpla con mi deber. Tenéis prisa por ganar esta batalla, ¿no es así? En tal caso, ¿para qué perder más tiempo? —echándome a un lado con gentileza, antes de ir al encuentro con Waldhere—. Soy Etelstano, príncipe de Wessex —dijo—; deponed vuestra espada y prestadme juramento de fidelidad.

—Aunque no seáis más que un cachorro flaco, os destriparé —bramó Waldhere, que al ver que Etelstano no enarbolaba la espada, de inmediato arremetió contra él con una estocada alta, como si quisiera dar por concluido aquel asunto en un abrir y cerrar de ojos.

Waldhere era un hombretón alto de espaldas anchas, fornido y musculoso. Etelstano era tan alto como él, pero igual de delgado que su abuelo, el rey Alfredo. Al lado de Waldhere, parecía endeble, pero bien sabía yo lo engañosa que resultaba esa primera impresión. Era fuerte y rápido. El primer envite de Waldhere había sido una rápida estocada directa al cuello de su adversario. Para quienes presenciábamos el combate, un lance con el único propósito de rebanarle el pescuezo a Etelstano, pero, casi como quien no quiere la cosa, el joven se había echado a un lado, sin ni siquiera molestarse en empuñar la espada al ver que la hoja de Waldhere iba en busca de su garganta. Llegó a rozarlo, pero ni siquiera le rasgó la cota de malla.

—¿Ya estáis en condiciones de empezar? —burlón, se dirigió a Waldhere.

La respuesta de Waldhere fue una segunda embestida. Quería aprovecharse de su corpulencia para acabar con Etelstano. Retiró la espada con celeridad, pero Etelstano ni siquiera se dignó empuñar la suya, y Waldhere, como un toro en celo, sujetándola con ambas manos, se dispuso a hundirle la hoja en la barriga, al tiempo que cargaba

con todo su peso con el propósito de ensartar al príncipe, arrojarlo al suelo y, aún palpitantes, sacarle las tripas. Debía de pesar el doble que el joven, y, al ver que la hoja se dirigía al punto que iba buscando, profirió un rugido que más se asemejaba a un grito de victoria, hasta que vio cómo la hoja se desviaba de su objetivo cuando Etelstano, con la mano izquierda, frenaba el golpe. Un quite que, de no ser porque llevaba un guante con tiras de hierro bajo el cuero, bien podría haberle dejado la mano ensangrentada, incluso haberle segado los dedos.

—Un truco que me enseñó Steapa —me diría más tarde.

Y cuando la espada de Waldhere salió volando por los aires, Etelstano le estampó el pomo de la suya en la cara.

—Un truco que vos me enseñasteis —me reconoció más tarde.

Y golpeó con todas sus fuerzas. Oí el golpe y vi cómo, con la nariz rota, Waldhere sangraba. Igual que observé cómo, tambaleante, se apartaba, no porque hubiera perdido el equilibrio como consecuencia del golpe, sino porque no veía. Reventándose, el pomo de la espada de Etelstano le había acertado de lleno en el ojo izquierdo; el dolor era tan atroz que apenas si veía con el otro ojo. Tras hacerse de nuevo con la espada, se volvió y arremetió de nuevo; una embestida floja que Etelstano esquivó con facilidad antes de proferir su grito de victoria en el único lance que protagonizara en aquel combate: una estocada de revés que le dio de lleno en el cuello a Waldhere y vi cómo a Etelstano se le crispaba la cara por el esfuerzo de hundirle la hoja hasta el fondo, desgarrando todo a su paso, cota de malla, piel, músculos y grandes venas, hasta segarle el espinazo. Un chorro de sangre le cayó sobre el refinado yelmo que llevaba; una bruma rojiza que los hombres que observaban el combate desde lo alto de la fortaleza pudieron distinguir con toda claridad. Igual que vieron cómo su campeón se iba al suelo.

El estruendo de las hojas que aporreaban los escudos fue perdiendo intensidad hasta cesar por completo, cuando, tambaleándose, Waldhere se apartó de Etelstano, y aquel hombretón dejó caer la espada, se llevó las dos manos al cuello y se desplomó en el suelo de rodillas. Desconcertado, volvió un instante los ojos para mirar a Etelstano, luego cayó de cara y expiró su último aliento junto a su capa. Mis hombres comenzaron a lanzar gritos de júbilo, mientras Etelstano se acercaba al caballo del muerto y lo montaba. Dio unos cuantos pasos hacia el enemigo, haciendo alarde de su victoria, antes de limpiar la hoja de la espada en las crines de aquel corcel gris.

—¡Adelante! —grité—. ¡Lanceros, segunda hilera! ¡Seguidme!

Ya habíamos perdido bastante tiempo. En aquel momento, aún teníamos una batalla que librar y una fortaleza que recuperar, y sabía exactamente cómo hacerlo.

De modo que atacamos.



Dos eran, a mi modo de ver, las posibles formas de iniciar el ataque. Una consistía en avanzar de frente contra el muro de escudos de mi primo; la otra pasaba por recurrir a la larga y escarpada pendiente que llevaba a la mansión principal, es decir, seguir el mismo camino que tomamos cuando nos vimos dentro de la fortaleza. Una vez en lo alto de aquella pendiente, tendríamos que vérnoslas con los hombres de la guardia personal de Etelhelmo, que nos esperaban en la cima de aquellos empinados escalones excavados en la roca. Aquello no tenía pinta de que fuera a salir bien. Atacar cuesta arriba es siempre un asunto peliagudo, tanto más cuanto más empinada sea la pendiente que se haya de salvar. La alternativa era cargar contra el largo muro de escudos de los hombres de mi primo. De a dos, a veces de a tres, eran las hileras que formaban la mayor parte de aquel muro de escudos, y un muro de escudos de dos o tres hileras es mucho más fácil de desbaratar que uno de cuatro, cinco, incluso seis hileras. Tenía la pretensión de avanzar al frente de un muro de escudos de no menos de cuatro hileras, de tal forma que mi muro de escudos no podría ser muy ancho, y, aunque confiaba en que mis despiadados lobos se abrieran un sanguinario camino en el centro del muro de escudos de mi primo, de menor fondo que el nuestro, solo con que vieses cómo se ponía en marcha nuestro diminuto muro de escudos, los aguerridos hombres de la guardia personal de Etelhelmo atrás dejarían el punto más alto de la fortaleza. De forma que, mientras tratábamos de abrimos paso por el centro, nuestros enemigos verían de envolvernos por los flancos, hasta el momento en que todas las fuerzas enemigas confluyeran en un mismo punto, nos tuvieran rodeados y, aunque nada más lejos de mi ánimo que salir derrotado, se iniciaría una sangrienta y prolongada contienda, en la que el número de bajas por fuerza habría de ser más alto que si de un ataque breve y salvaje se tratara. Así que no nos quedaba otra elección. Tendríamos que optar por el camino más difícil.

Atacaríamos a los hombres de Etelhelmo en lo alto de la pendiente y habríamos de hacernos a la idea de que nos disponíamos a enfrentarnos a hombres que, desde una posición más elevada que la nuestra, no dejarían de blandir hachas y espadas sobre nuestras cabezas. Al ver que nos decidíamos a atacar pendiente arriba, mi primo no estaría en condiciones de echar una mano a las tropas de Etelhelmo, por la sencilla razón de que no cabrían todos en los riscos de roca que rodeaban la mansión principal y la iglesia. Lo que haría, o eso pensaba yo, sería ir a por mí a lo largo de aquella pendiente. Metería prisa a los suyos para que se llegasen hasta donde estábamos en aquel momento y nos atacasen por la retaguardia, y eso es lo que yo iba buscando, porque solo así conseguiría dividir a mis enemigos. Y dispondría de dos muros de escudos por si uno fuera poco: el que, pendiente arriba, atacaría a los hombres de Etelhelmo, y aquel que formasen las últimas hileras de mi muro de escudos que, pendiente abajo, plantarían cara a los hombres de mi primo. Y las hileras de ambos serían lo bastante anchas como para ocupar aquella pendiente de lado a lado. De modo que no tendrían ninguna posibilidad de atacarnos por los flancos.

De nuevo, nuestros enemigos comenzaron a aporrear los escudos con las espadas; sin gran estruendo al principio, pues llegué a oír cómo los mandos les gritaban a los suyos que lucharan con toda su alma. Desde lo más hondo de la fortaleza, nos llegaban aullidos de perros. El sol estaba punto de ponerse por detrás del horizonte. Me hice con el escudo y me llevé el pomo de *Hálito de serpiente* hasta las baberas cerradas. «Ponte de mi lado», me encomendé a Thor.

—Iremos primero a por los hombres de Etelhelmo —les dije a los míos—; después, nos encargaremos de esos otros cabrones. ¿Preparados?

Los míos asintieron con un rugido de satisfacción. Eran buenos, tan buenos como una jauría de perros de caza inquietos antes de que los suelten; y, en ese momento, me los llevé hacia mi derecha, hacia la pendiente.

—¡Mantened las hileras bien prietas! —les grité, aunque ni falta que les hacía tal orden; de sobra sabían ellos lo que tenían que hacer. Nueve hileras de los míos empezaron, pues, a subir la pendiente. Una masa compacta de hombres embutidos en cotas de malla, provistos de yelmos, nerviosos, enardecidos, confiados, asustados, impacientes. Tantos eran los muros de escudos en los que, juntos, habíamos peleado que pocas lecciones podía darles; solo que con una pequeña diferencia en aquella ocasión: a última hora de aquella tarde. Me volví a los de la segunda hilera, aquellos que normalmente habrían portado escudos para proteger a quienes fueran delante, pero que, en ese momento, no los llevaban. En vez de escudos, empuñaban largas y pesadas lanzas.

—¡Mantened bajas las lanzas! —les dije—. ¡Ocultadlas como mejor se os ocurra!

Reparé en Etelstano, que, todavía a caballo, cabalgaba por detrás de la última hilera.

—Me imagino que fuisteis vos quien lo trajo aquí —le eché en cara a mi hijo, que se encontraba a mi derecha. Sabía que Etelstano y él eran amigos.

Sonrió entre dientes.

—Insistía tanto.

—¿Y acaso fuisteis vos quien os encargasteis de esconderlo?

—No exactamente. Digamos que vos no lo buscabais.

—Sois un necio.

—Eso dice mucha gente, que soy igual que vos, padre.

Sorteamos un corto tramo de tres escalones excavados en la roca. Los hombres de Etelhelmo cantaban y aporreaban las espadas. Llegué a ver a un cura que, alzando las manos al cielo, imploraba al dios crucificado que acabase con nosotros.

—Sois un necio —volví a decirle a mi hijo—, pero ocupaos de que salga con vida de esta y no os lo tendré en cuenta —al tiempo que me volvía de nuevo—. ¡Rorik!

—¿Mi señor?

—¡La trompa! ¡Dos bramidos!

Todavía retumbaba el eco del primer bramido por entre aquellos riscos cuando, de seguido, retumbó el segundo. Preparado, Finan debía de haberse mantenido a la

espera, porque él y los suyos de inmediato abandonaron la puerta de más arriba y corrieron a los pies de la pendiente. En ese momento, nos encontrábamos a unos cien pasos, quizás algunos más, de los últimos escalones, donde nos esperaban los hombres de Etelhelmo. Solapados los escudos y con máscaras de metal, que no rostros, quince eran los que formaban la primera hilera. Aquellos hombres no aporreaban los escudos con las espadas; de eso se encargaban los de la siguiente hilera. El cura que iba con ellos se volvió y nos escupió, y caí en la cuenta de que no era otro que el padre Herefrith, aquel con quien me había enfrentado en Hornecaestre. La misma cara estragada y consumida por la rabia, asomándole el cuello de la sotana por encima de una cota de malla. Espada en mano. De modo que no solo la Iglesia no lo había metido en cintura, sino que allí estaba como uno más de los brujos que acompañaban a Etelhelmo. No dejaba de gritar, pero no llegué a oír los insultos o las maldiciones que profería, que, por otra parte, me traían sin cuidado, porque los antiguos dioses estaban de mi parte y, en consecuencia, Herefrith estaba acabado.

Eché una ojeada a mi derecha y, a la sombra de las colinas, reparé en una multitud, mujeres y niños sobre todo, que, desde la orilla más alejada del puerto, observaba todo lo que pasaba. Casi todos estaban pendientes de nosotros, lo que me dio a entender que Domnall no había atacado la Puerta Baja. Algunos, solo los más osados, se habían llegado hasta el extremo norte para ver lo que estaba pasando en la Puerta que daba al Mar, pero, en aquel momento, hasta aquellas gentes estaban más atentas a lo que fuera a pasar en lo alto de la fortaleza, de modo que deduje que Gerbrucht y los suyos mantenían la posición, y que la batalla tendría lugar allí donde nos encontrábamos, en la pendiente de piedra que llevaba a la cima de Bebbanburg.

Los hombres de Etelhelmo dominaban el lugar. Una tropa formidable a primera vista, un muro de escudos de sauce con rebordes de hierro y aceros afilados, pero no por eso menos impresionada tras haber presenciado la rápida muerte de Waldhere. Con todo, razones más que sobradas tenía Etelhelmo para sentirse a salvo. Atacábamos pendiente arriba, y el tramo final eran unos escalones de piedra tan empinados como el terraplén que rodea una fortaleza. Seguro que Etelhelmo estaba convencido de que había cometido un error, que conducía a mis hombres a una muerte segura, igual que se imaginaria que mi primo, al ver que éramos tan pocos, se dispondría a atacarnos por la retaguardia. Íbamos a luchar, pues, mientras subíamos por aquella empinada pendiente, donde nos atacarían por delante y por detrás; volví la vista a la izquierda, y vi cómo mi primo, a caballo todavía, apremiaba a los suyos para que aquel largo muro de escudos se pusiera en marcha.

A todo correr, los hombres de Finan salieron al encuentro. Desentendiéndome de la Puerta que daba al Mar, le ofrecía a mi primo la posibilidad de atacar por ese lado, pero, para entonces, más allá de aquella Puerta, tan solo estaban sus enemigos; abrirla habría sido como invitar a una horda de escoceses y hombres del norte a tomar la fortaleza. Mi primo no abriría, pues, la Puerta que daba al Mar, no al menos hasta que no hubiera acabado conmigo y se sintiese lo bastante seguro como para plantar cara a

los hombres que esperaban al otro lado de la muralla. Así que, primero, acabaría conmigo, y a toda prisa, por lo visto.

Como los hombres solo ven lo que quieren ver, debió de pensar que aquella batalla pronto habría de concluir porque, tras haber visto que éramos tan pocos, dio la orden de que su muro de escudos avanzase, cuando, de repente, aparecieron Finan y los suyos; a la vista de tales refuerzos, el muro de escudos de mi primo pareció flaquear. A voces, Finan ordenaba a sus hombres que formaran en hileras a nuestra retaguardia, al tiempo que yo oía cómo mi primo les decía a los suyos que no se detuviesen, que siguiesen adelante, que Dios les daría la victoria. Tenía una voz chillona. Cerca de doscientos hombres se apresuraron, pues, a llegarse a la pendiente para situarse a espaldas nuestras.

—¡Por san Osvaldo y por Bebbanburg! —gritaba mi primo.

Y reparé en que no venía entre los hombres de la primera hilera, sino que los seguía desde muy atrás, casi en la retaguardia. Y que seguía a caballo, único jinete entre todos aquellos hombres que se disponían a atacarnos por la retaguardia.

De modo que la batalla se desarrollaba tal y como yo la había pensado. En lugar de ir a por la guarnición de la fortaleza en aquel laberinto de edificios que era Bebbanburg, los tenía a todos delante de mí, por un lado, y reuniéndose a mis espaldas, por otro. Ya solo nos quedaba acabar con ellos. Me volví para cerciorarme de que los lanceros avanzaban con las lanzas bajas; así era.

—Escuchad —les dije, aunque no tan alto como para que el enemigo que nos esperaba más arriba llegara a oírme—, los hombres que pelean pendiente abajo no bajan los escudos más de lo normal. Lucharán como siempre lo han hecho. Empuñarán los escudos para cubrirse la barriga y las pelotas, y eso significa que tendréis vía libre para ir a por sus piernas. Apuntad tan alto como podáis. Tratad de acertarles en los muslos, de dejar tullidos a esos cabrones. Paralizadlos, que nosotros nos encargaremos de ellos.

—¡Por Dios y por san Osvaldo! —gritó alguien de entre las hileras de los hombres de mi primo. Todos estaban ya a nuestras espaldas, todos menos un puñado que había enviado como refuerzo de las tropas de Etelhelmo. Y calculé que, en lo alto de aquellos escalones, habría unos ciento cincuenta hombres que formaban un muro de escudos de cinco o seis hileras a los pies de la iglesia. Más numerosos eran los que venían detrás, pero ni estos ni aquellos que estaban en lo alto podían atacarnos por los flancos y, en aquel momento, con los hombres de Finan, nuestro muro de escudos contaba con quince hileras. Un imponente muro de escudos. El enemigo había visto cómo perdía la vida su campeón y sabía que iba a enfrentarse con Uhtred de Bebbanburg. Muchos de los hombres de Etelhelmo habían luchado en ejércitos que habían estado bajo mis órdenes. Esos hombres me conocían bien, y por nada del mundo deseaban tener que vérselas con mi jauría de lobos cuando aquella tarde de verano tocaba a su fin.

Con los escudos solapados, los guerreros de la capa de color granate de Etelhelmo

nos esperaban en lo alto y, tal y como me había figurado, mantenían los escudos en alto. Podía verles las caras con toda claridad, podía ver que no apartaban los ojos de aquella letal fuerza que estaba cada vez más cerca. Eran hombres curtidos; como nosotros, habían librado una larga guerra para expulsar a los daneses de Mercia y de Anglia Oriental, pero nosotros habíamos luchado más a menudo y durante mucho más tiempo. Éramos la trailla de lobos, los matarifes de Britania; habíamos peleado desde la costa sur de Wessex hasta el inhóspito norte, del océano al mar, y nunca nos habían derrotado, y aquellos hombres lo sabían. Veían los reflejos del sol que ya se ponía en nuestras hachas de guerra, veían nuestras espadas, la regularidad con que avanzábamos. Nos acercábamos al último tramo de escalones, con los escudos bien prietos, las espadas bajas, lentos, pero imparables. Uno de los de la primera hilera de los hombres de Etelhelmo vomitó y, por un instante, un casi imperceptible vaivén agitó su escudo.

—¡Adelante! —rugí—. ¡Acabemos con ellos!

Y eso hicimos.



Incluso entre los enemigos más intranquilos, siempre hay hombres que afrontan la batalla con buen temple, que no tienen miedo, que salen con bien de semejante horror. Uno de esos hubo de ser el que acabó con Swithun, que, como todos los que íbamos en la primera hilera, engurruñado y bajo la protección del escudo que mantenía en alto, iba preparado para recibir el golpe que sabía que, de un momento a otro, le caería encima. Quizá resbalase en los escalones, quizá se inclinara más de lo debido, porque, hacha en mano, un hombre le acertó de lleno en la base del espinazo. No lo vi, pero sí llegué a escuchar el gemido que profirió. Al igual que él, yo avanzaba agachado, manteniendo el escudo por encima de la cabeza y, con *Aguijón de avispa* en la mano, preparado para atacar. *Hálito de serpiente* reposaba en su vaina, y allí habría de seguir hasta que desbaratásemos el muro de escudos que teníamos delante. Porque, para el letal asunto de acabar con hombres que están tan cerca que hasta se puede oler su último aliento, nada mejor que un machete, una espada corta.

Levantando los escudos, habíamos salvado los escalones con celeridad, y el enemigo se había abalanzado sobre nosotros, arremetiendo a diestro y siniestro entre furibundos gritos de victoria. Allí perdió la vida Swithun, al igual que Ulfar, otro de mis daneses, así como el pobre Edric, quien, en tiempos, me había servido como mozo. Un tremendo golpe se abatió sobre el tachón de mi escudo, aunque no tan fuerte como para obligarme a doblar las rodillas; me imaginé que tenía que haber sido con una espada. Si Waldhere no hubiera muerto o si Etelhelmo hubiera sabido lo que se traía entre manos, habría armado a los hombres de la primera hilera de su muro de

escudos con brutales y descomunales hachas de guerra, que habrían acabado con nosotros igual que hacemos con el ganado que llevamos al matadero antes de que el frío invierno se nos eche encima. Sin embargo, la mayoría de ellos portaban espadas, y una espada no está hecha para asestar tremendos golpes. Sí para rajar o perforar, pero si lo que se busca es reducir al enemigo a una masa informe de huesos, sangre y despojos de carne, nada como una buena hacha lastrada con plomo. Quienquiera que hubiese arremetido contra mí habría mellado el tachón de hierro de mi escudo de sauce, pero aquella fue su última embestida en esta vida. Porque ya empuñaba con fuerza el machete y noté cómo perforaba su cota de malla, cómo rasgaba sus poderosos músculos, antes de hundirse más adentro y toparse con algo más blando. Seguí arremetiendo con el escudo sin dejar de retorcer la hoja del machete para que no se quedase adherida a las tripas de aquel hombre, cuando, por detrás de mí, salió una lanza que, pasando entre mi hijo y yo, fue a clavarse en la parte superior del muslo de mi adversario, y vi la sangre que manaba de aquella herida, y el hombre al que estaba horadando con *Aguijón de avispa* se fue al suelo, en tanto que las hileras que me seguían no dejaban de empujarme, mientras, me imagino, porque, la verdad, no me acuerdo, proferíamos nuestro grito de guerra.

Y llegué al último escalón. Unos cuerpos tendidos me estorbaban el paso. Salté por encima de ellos. Me llovió otro golpe que me ladeó el escudo, pero Berg, que estaba a mi izquierda, consiguió enderezarlo con el suyo. Con *Aguijón de avispa* en mano, volví al ataque, pero noté que arremetía contra madera, así que lo retiré y apunté más abajo y, entonces sí, sentí que topaba con cota de malla y carne. Un hombre de barba poblada no dejaba de imprecarme por encima del reborde de mi escudo, gritos que pronto mudaron en estertor, en cuanto el machete de Berg le acertó en las costillas. A mi derecha, mi hijo gritaba como un loco, mientras, machete en mano, cargaba contra los escudos de dos de nuestros adversarios. El hombre al que Berg había herido se fue al suelo y pasé por encima. El lancero que venía detrás de mí lo remató y, a continuación, arrojó la lanza por encima de mi cabeza, apuntando a la entrepierna de otro de nuestros adversarios, y el hombre empezó a proferir espantosos alaridos, el escudo se le fue de las manos y su sangre tiñó aquellas piedras; le hundí *Aguijón de avispa* en la espalda, tronchándole el espinazo, y se fue al suelo. Pisoteándole la cabeza, pasé por encima de él. Habíamos desbaratado dos, quizá tres, de las hileras del muro de escudos de nuestros enemigos. Adelante, con el escudo siempre por encima de la cabeza. Sin dejar de mirar por el reborde. En nuestro interior, el miedo pugna por salir a la luz. Ignorarlo. Huele a mierda. A mierda y a sangre, el aroma de la gloria. El enemigo está más aterrorizado que nosotros. Acabad con ellos. No bajéis los escudos. Matad.

Un joven de barba rala blandió la espada frente a mí. «Gracias», pensé para mis adentros, porque, para hacerlo, habría tenido que ladear el escudo, y allí perdió la vida, con *Aguijón de avispa* clavado en el pecho. Le atravesó la cota de malla con la misma facilidad con que un augur traspasa la manteca. Horas y horas de ejercicio que

en nada quedaron tras la muerte de aquel joven. Los míos rugían. Una espada me dio de lleno en el yelmo; otra vino a estrellarse contra mi escudo. Berg acabó con el hombre que me había acertado en el yelmo. Nunca hay que blandir una espada en un muro de escudos, hay que hendir. Ojalá los dioses tengan a bien enviarme siempre enemigos que se dediquen a blandir la espada. Muerto de miedo y con los ojos muy abiertos, el hombre que había arremetido contra mi escudo dio un paso atrás. Tropecé con un cadáver, di con una rodilla en el suelo y esquivé una lanza que se me venía encima por la derecha. Un lanzamiento poco menos que desmayado, porque el lancero ya retrocedía cuando lo intentara. Me puse en pie y, con *Aguijón de avispa*, me abalancé contra el hombre que había embestido contra mi escudo, y, cuando menos se lo esperaba, lo desplacé a la derecha y le hundí la hoja entre los ojos. Recuperé el machete y me fui a por el primero de aquellos dos hombres, que estaba temblando de miedo. *Aguijón de avispa* le acertó de lleno en el gáznate y un chorro de sangre se me vino encima. Y seguí gritando hasta quedarme ronco, sin dejar de proferir maldiciones contra aquellos enemigos que, por fin, se estaban dando cuenta de lo que era tener que vérselas con mis lobos. Bajé levemente el escudo y, con unos ojos como platos, vi a Etelhelmo al lado de su pálida y delicada hija, apoyados ambos en uno de los muros de la iglesia. La estrechaba entre sus brazos. Cerdic me apartó de golpe. Se había deshecho de la lanza y, en su lugar, enarbolaba un hacha de guerra. No llevaba escudo. Y echó a correr contra uno de nuestros adversarios, un hombretón metido de lleno en el fragor de la contienda y, con el hacha, le partió el escudo en dos, se zafó de la madera y la hoja le acertó de lleno en la cara. Un hachazo tan impresionante que el rostro de aquel hombre se convirtió en un desfigurado charco de sangre. Dimos un paso adelante para echar una mano a Cerdic.

—¡Están empezando a ceder! —le dijo mi hijo.

Fuera de sí, Cerdic seguía dando gritos, descargando hachazos a diestra y a siniestra y tumbando hombres. Uno de tales hachazos incluso vino a estrellarse contra mi propio escudo, pero es que aquel día estaba desatado. Con una espada, uno de los de la capa de color granate se fue a por él, pero *Aguijón de avispa* andaba listo para introducirse en aquella boca abierta y lo retorció cuanto pude para clavárselo bien dentro. Mientras, yo seguía profiriendo gritos contra nuestros enemigos, sin dejar de prometerles la muerte. Porque era Thor, era Odín, era el señor de aquella batalla.

A caballo, Etelstano se había llegado al pie de aquellos escalones sembrados de cadáveres. Se había retirado las baberas del yelmo y, alzándose en los estribos de su montura, levantó su espada ensangrentada y gritó:

—¡Soy vuestro príncipe! ¡Acogeos a sagrado y seguiréis con vida! —boquiabierto, Etelhelmo se lo quedó mirando—. ¡Soy vuestro príncipe! —no dejaba de gritar, a lomos de aquel corcel gris, para entonces moteado de rojos manchones de sangre—. ¡Acogeos a sagrado y saldréis con vida! ¡Deponed las armas y buscad refugio en la iglesia!

Hrothard se plantó delante de Etelstano. ¡Hrothard! Con la espada ensangrentada

y el escudo astillado bajo una gran mancha de sangre que cubría casi por completo la divisa del ciervo rampante, vociferaba tanto como yo.

—¡Dejádmelo a mí! —gritaba; de un empujón con el hombro, mi hijo me echó a un lado y, a todo correr, salió al encuentro de aquel hombre alto que arremetía escudo en mano, en tanto que, con la espada, asomando por debajo del escudo, apuntaba a las piernas de mi hijo; Uhtred bajó el suyo al instante y detuvo el golpe, al tiempo que le asestaba una estocada; Hrothard consiguió esquivarla, y se inició un entrechocar de hojas tan áspero como el tañido de una campana. Hrothard no dejaba de proferir maldiciones; mi hijo no perdía la sonrisa. Entrechocaron de nuevo las espadas. Los hombres observaban el enfrentamiento. Tras arrojar las armas al suelo y alzar las manos para darnos a entender que se rendían, los hombres de las capas de color granate seguían de cerca aquellas dos espadas que, a la vista de la velocidad con que se movían, hacían que fuera poco menos que imposible dar cuenta del número de lances que cruzaban tan espléndidos espadachines. Mi hijo tuvo un tropiezo. Hrothard vio una oportunidad y cargó, pero Uhtred se volvió de repente esquivando el golpe y, haciendo una finta de aquella vacilación, se situó a espaldas de Hrothard, se fue a por su garganta y le propinó un tajo. El aire se tiñó de sangre y Hrothard se desplomó.

El padre Herefrith no dejaba de gritar a los hombres de Etelhelmo que siguieran luchando.

—¡Dios está con vosotros! ¡No podéis perder! ¡Matadlos! ¡Acabad con el pagano! ¡Cristo está de vuestra parte! ¡Acabad con el pagano! —refiriéndose a mí, por supuesto.

Etelhelmo y su hija habían desaparecido. No llegué a ver el instante en que se habían escabullido. Un hombre hizo una leve intentona contra mí con una lanza que desvié sin esfuerzo, antes de llegarme a él y hundirle la hoja de *Aguijón de avispa* con todas mis fuerzas. Jadeando en mi propia cara, emitió un sollozo; sin dejar de maldecir, fui subiendo la hoja hasta rajarle la barriga; profiriendo algo parecido a un maullido, se fue al suelo.

Al ver que tenía hundido el machete en las tripas de aquel moribundo, Herefrith, sin dudarlo, vino a por mí. Echando mano de su escudo, mi hijo lo detuvo y lo arrinconó contra uno de los muros de la iglesia. Mi hijo era cristiano, o eso decía él, y si mataba a un cura, su alma ardería para siempre en esas llamas que nunca se extinguen; así que se limitó a desviar al cura de su camino. Pero a mí no me daba miedo el infierno de los cristianos. Me hice con *Aguijón de avispa* y con la lanza que, con tanto desmayo, me había arrojado el moribundo.

—¡Herefrith —grité—, disponeos a ir al encuentro con vuestro dios! —y empuñando la lanza, cargue contra él; el intento que, con su espada, hizo por esquivarla no llegó a buen término por un palmo, de modo que la lanza le atravesó la sotana, la cota de malla y fue a hundírsele en la barriga, tronchándole el espinazo, hasta que la punta chocó con algo duro antes de curvarse contra el muro de piedra de la iglesia que, a rayajos, quedó manchado y tiznado con su sangre. Y allí lo dejé,

ensartado en aquella lanza, hasta que le llegara su hora.

—¡Los hemos vencido! —gritaba mi hijo a mi lado—. ¡Los hemos derrotado, padre!

—¡Aún no! —bramé; tras retirar el machete del cadáver de aquel hombre, volví la vista a los pies de la pendiente y reparé en que, sin que los suyos nos atacasen, mi primo se limitaba a observarnos. Desde donde estaba, solo podía ver el muro de escudos de los hombres de Finan a la espera del avance de los suyos, y cómo, derrotados, los guerreros de su aliado corrían a la desbandada. Sus hombres ya se encontraban en mitad de la pendiente y habían contemplado la ferocidad de nuestro ataque, y, con la misma fuerza con que aletea el pájaro que se ve atrapado, el miedo iba calando en ellos.

—Mi príncipe —le dije a Etelstano, quien, al pie de los escalones, se mantenía por detrás de los hombres de Finan.

—Decidme, lord Uhtred.

—Ordenaré que veinte de mis hombres no se separen de vos —le dije con voz ronca; me dolía la garganta de tanto gritar—. ¡Y procurad salir de aquí con vida, maldita sea! ¡Con vida!

Porque todavía me podían las ganas de seguir peleando. Porque a punto había estado de salir derrotado. Tan torpe me había mostrado al comienzo que casi habíamos llegado a perder la Puerta que daba al Mar, pero la suerte me había sonreído. Apreté el pomo de *Aguijón de avispa* y di gracias a los dioses por el favor. Y me dispuse a hacer aquello que, muchos años atrás, había jurado que haría. Matar al usurpador.

—¡Finan!

—¿Mi señor?

—¡Pasemos cuchillos a esos malnacidos! —de una zancada, me llegué a lo alto de la pendiente, a aquel último escalón empapado de sangre, en el momento en que los tonos escarlata que se enseñoreaban del cielo por el oeste anunciaban el final de aquel día—. ¡Que esta peña se cubra de sangre! ¡Porque soy Uhtred, señor de este lugar, y esta peña me pertenece! —Bajé los escalones y me abrí paso entre las prietas hileras de los hombres de Finan—. ¡Mía es esta peña! —Y, arrojándole el machete a mi mozo, Rorik, me hice con *Hálito de serpiente*. Y pensé que aquel último y descomunal muro de escudos no tardaría en ceder ante nuestra embestida. A partir de ese momento, llevaríamos a cabo una auténtica carnicería, y *Hálito de serpiente* estaba sedienta de sangre.

En lo que hasta hacía un momento había sido nuestra retaguardia y, en aquel instante, era nuestra primera hilera, me situé al lado de Finan. Seis o siete hileras por detrás de sus hombres, mi primo aún se mantenía a caballo; aquellos hombres repararon en la sonrisa que les dedicaba. Me había retirado las baberas del yelmo para que pudieran verme la cara ensangrentada, los manchurriones de sangre que salpicaban mi cota de malla, mis manos teñidas en sangre. Era un hombre revestido

de oro y sangre. Era un señor de la guerra poseído por el fragor de la batalla. Nuestros enemigos estaban a diez pasos de nosotros; me adelanté cinco de aquellos diez pasos, y, solo frente a ellos, bramé:

—¡Esta peña me pertenece! —ninguno de ellos se movió, pero reparé en el miedo que tenían, podía olerlo. Y oí cómo Finan les gritaba a los suyos que estuviesen preparados. Y aquellos hombres, deseosos de matar, echaron a andar—. Soy Uhtred —les dije a mis adversarios—, Uhtred de Bebbanburg. —De sobra lo sabían ellos. Durante años, mi primo me había escarnecido, pero aquellos hombres, aun referidas entre susurros, estaban al tanto de mis andanzas en remotas batallas. Y en aquel instante, allí me tenían, delante de ellos; enarbolé mi espada, *Hálito de serpiente*, y, con la punta, señalé a mi primo—. Vos y yo —grité.

No hubo respuesta por su parte.

—Vos y yo —repetí—. No hace falta que muera nadie más. ¡Solo vos y yo!

Se me quedó mirando. Me fijé en la cola de lobo con que remataba la cimera del yelmo. Llevaba un collar de oro, de oro eran los arreos de su montura. Estaba rollizo; la cota de malla le oprimía la barriga. Podía ir ataviado como un señor de la guerra, pero a la legua se veía lo asustado que estaba. Ni siquiera pudo abrirla boca para ordenar a los suyos que atacasen.

Así que yo les di la orden a los míos.

—¡Acabad con ellos! —grité, y a por ellos fuimos.

Aunque no les deseo que hayan de verse envueltos en ellas, que más me gustaría hacer realidad el mundo que predica Jeremías y vivir en armonía, siempre les digo a mis nietos que, para ganar batallas, basta con tener confianza en uno mismo. Porque siempre habrá algún hombre, y sí, por lo general, hombre habrá de ser, que sienta envidia de nuestras tierras, de nuestro terruño, que piense que su rancio dios es mejor que los nuestros, que con fuego, espada y acero se llegue dispuesto a arrebatarnos lo que hemos construido, y si no estamos en condiciones de plantarle cara, si no hemos pasado muchas y muy largas y tediosas horas aprendiendo el manejo de la espada y el escudo, de la lanza y el machete, ese hombre se alzarán con la victoria y nosotros perderemos la vida. Nuestros hijos serán vendidos como esclavos, nuestras mujeres serán mancilladas como putas y diezmarán nuestro ganado. Así que tenemos que pelear, y el hombre que lo hace con confianza en sí mismo siempre se alza con la victoria. Casi cuatrocientos años atrás, arribó a estas costas un hombre llamado Ida. Al frente de barcos repletos de hombres despiadados, había llegado hasta aquí tras cruzar el mar y se había apoderado de la antigua fortaleza que se alzaba en esta peña, había pasado a cuchillo a sus defensores, había retozado con sus mujeres y había vendido a sus hijos como esclavos. Y yo era descendiente de aquel Ida. Sus enemigos, que por aquel entonces no eran otros que los escoceses, dieron en llamarlo Flamdwyn, el *Portador de la Llama*. ¿De verdad se sirvió del fuego para expulsar a sus enemigos de esta peña? Quizá, quién sabe. Cierto o no, el cantar de Ida es el relato de cómo Ida, el *Portador de la Llama*, llegó hasta estos riscos convencido de

que sería capaz de levantar un nuevo reino en una antigua isla.

Seguía, pues, los pasos de aquel Portador de la Llama, decidido a que, una vez más, corriera la sangre por aquella peña. Y no había andado tan errado. Los hombres de mi primo ni siquiera nos plantaron cara. No se sentían seguros de sí mismos. Algunos, aquellos que salieron de aquella con vida, se deshicieron de los escudos y las espadas que llevaban; todos los que osaron enfrentarse con nosotros recibieron su merecido. También yo acabé por desprenderme del escudo. No lo necesitaba. El enemigo ya se batía en retirada; algunos incluso echaban a correr pendiente abajo. Empero, los más arrojados de los suyos formaron un muro de escudos alrededor de aquel jinete, y fuimos a por ellos. Olvidando que de poco vale una espada para desbaratar un buen muro de escudos, cargué contra ellos con toda la rabia que llevaba dentro. *Hálito de serpiente* quebró el reborde de hierro de un escudo y partió en dos el yelmo del hombre que lo empuñaba, que, de bruces, se fue al suelo. Lanza en mano, otro se abalanzó sobre mí; me rasgó la cota de malla y me acertó en un costado, pero *Hálito de serpiente* le arrebató un ojo, en tanto que mi hijo, adelantándose a mí, acababa con él. Berg, hombre del norte, no dejaba de vociferar en su lengua materna; a hachazos, Cerdic acababa con todo escudo que encontraba a su paso. Tanta era la sangre que corría por ellos que hasta aquellos escalones excavados en la roca se tornaron resbaladizos. Mis hombres gritaban, aullaban, mataban, abriéndose paso entre hombres que ya ni oponían resistencia; a caballo, mi primo trató de salvar las últimas hileras de aquel muro de escudos, pero, hacha en mano, Cerdic le propinó un tajo al animal en las ancas y este, entre lastimeros relinchos, cayó al suelo sobre sus patas traseras; después, le propinó un fuerte hachazo en el cuello y, en volandas, sacó a mi primo de su forrada silla de montar. Los hombres se rendían o trataban de hacérselo ver. Un cura no dejaba de decirme a voces que pusiera fin a aquella matanza. Unas mujeres gritaban. Mi hijo agarró por los pelos a uno que no llevaba yelmo, lo colocó sobre el machete y se lo hundió en la barriga; se deshizo de él, y atravesó la barriga de otro con su espada.

Hasta que se oyó el bramido de una trompa.

Un bramido nítido y prolongado.

El sol ya se había puesto; rojo por el oeste a medida que púrpura se tornaba por el este, aún había luz en aquel cielo donde aún no se veía estrella alguna. Y se oyó de nuevo el bramido de la trompa, esta vez para anunciar la presencia de Etelstano, que, a caballo, bajaba la larga pendiente de piedra. Él era quien había ordenado a Rorik que recurriese a la trompa para poner fin a aquella carnicería.

—Se acabó, lord Uhtred —me dijo a voces en cuanto se situó a nuestra altura—. Habéis ganado.

A mi alrededor, hombres de rodillas. Hombres que se habían meado encima. Hombres que no dejaban de mirarnos con ojos de espanto. Hombres que gemían porque acababan de tener que vérselas con el horror, con nosotros, con la trailla de lobos de Bebbanburg, que acabábamos de recuperar aquel lugar que Ida, *el Portador*

de la Llama, fuera el primero en conquistar.

—Se acabó —repitió Etelstano, bajando la voz. Recién llegados de las colinas, ya unos cuervos acechaban. A nuestras espaldas, en la cima de aquella peña, unos perros lamían la sangre. Todo había concluido.

—No del todo —repliqué. Porque mi primo seguía con vida. Aquejado de un ligero temblor, permanecía de pie junto a Cerdic, que lo custodiaba. Su espada había ido a parar a una peña; la saqué de debajo de los restos de su caballo y se la tendí por el pomo.

—Vos y yo —le dije. Meneó aquella cabeza de la que colgaban unos mofletes del color de la grana alrededor de unos ojos espantados—. Vos y yo —repetí. Y de nuevo negó con la cabeza.

Así que lo maté. Arremetí con *Hálito de serpiente*, y seguí y seguí haciéndolo, y nadie trató de decirme que parara; tan solo me detuve cuando vi que su cuerpo no era sino un desmadejado amasijo de sangre, ropas, huesos astillados, pedazos de cota de malla y sanguinolentos trozos de carne. Me hice con su capa y, en ella, limpié la hoja de mi espada.

—Cortadle la cabeza —le ordené a Rorik—. Ya se encargarán los perros de dar buena cuenta de sus restos.

Había vuelto a casa.

EPÍLOGO

Einar *el Blanco* hizo honor a su otro sobrenombre, el Desventurado. Junto con la tripulación del *Trianaid*, sus hombres derrotaron al resto de las fuerzas de Etehelmo a los pies de la Puerta que daba al Mar, pero, durante la reyerta, una lanza fue a clavársele en la barriga y murió aquella misma noche. Los escoceses siguieron tratando de tomar la puerta, pero las pocas y certeras peñas que les arrojaron los hombres de Gerbruht bastaron para quitarles semejante idea de la cabeza. Al ver que su señor había resultado herido, los hombres de Einar ya no se vieron con ánimos para seguir peleando. De modo que saquearon los barcos de Etehelmo, se apoderaron del oro de la dote que aportaba Ælswyth y, con eso, se dieron por satisfechos.

Tampoco los escoceses hicieron nada por apoderarse de la Puerta Baja. Mi primo había dejado treinta hombres para defender tan formidable bastión, y, con treinta hombres, capaz sería yo de conservar aquella puerta hasta el caos que ha de anteceder al fin del mundo. A la mañana siguiente, ordené que abrieran aquella puerta y, a caballo, en compañía de mi hijo, de Finan y de Etelestano, los cuatro dejamos atrás la fortaleza. Seguimos el estrecho sendero hasta allí donde Einar había empezado a levantar una empalizada y esperamos hasta que, por fin, Domnall vino a nuestro encuentro. Montando con elegancia a lomos de un brioso corcel negro, era un hombre de esos de ojos oscuros, cabellos negros y espaldas anchas que llaman la atención. No dijo ni palabra; tan solo esbozó una leve inclinación de cabeza a modo de saludo. Venía solo.

—Decidle a vuestro señor que, a partir de ahora, Uhtred de Bebbanburg vuelve a ser el señor de estas tierras, y que los límites del señorío son los mismos que en tiempos de mi padre.

Por encima de mis hombros, se quedó mirando la Puerta Baja, engalanada como estaba con unas calaveras que mi primo había colocado para disuadir a los invasores. A las que, en aquel momento, había que sumar las dos que yo había ordenado colgar: los destrozados y sanguinolentos restos de la cabeza de mi primo y la cabeza de Waldhere.

—Lo de menos es quién sea el señor de estas tierras —repuso Domnall con inesperada gentileza, que a un señor de la guerra no le hace falta recurrir a insultos para inspirar miedo—; seguiremos asediando este lugar —concluyó, volviéndose a mirarme a la cara.

—No —repliqué—, no lo haréis —revolviéndome en la silla por ver de aliviar el dolor del costado; me habían herido, pero el tajo no era profundo, como tampoco lo era aquel que me habían propinado en el muslo—. Porque yo no soy mi primo —

añadí—. No me quedaré aquí sentado y cruzado de brazos al abrigo de estas murallas.

—Qué miedo me dais —replicó cortante.

—Hacedle llegar, pues, mis saludos al rey Constantino —continué—, y decidle que se dé por satisfecho con las tierras que recibiera de su padre tanto como yo lo estoy con las que mi padre me dejara.

—Y decidle una cosa más, si no tenéis inconveniente —añadió Etelstano, espoleando su montura hasta situarse a mi altura—. Soy Etelstano —dijo—, príncipe de Wessex, y este señorío está bajo la protección de mi padre. —Una declaración huera con la que no creo que el rey Eduardo se hubiera mostrado muy de acuerdo, pero Domnall no se la rebatió. Por si fuera poco, para entonces, el escocés ya sabía que Sigtryggr estaba a menos de media jornada de marcha, y que venía al frente de una considerable tropa de hombres a caballo. Ni siquiera yo estaba al tanto de eso; no así Domnall, que no era ningún necio. Había echado cuentas de los refuerzos que habían llegado a Bebbanburg y sabía que, en cuanto Sigtryggr se nos uniera, nuestras fuerzas superarían con mucho a aquellas de las que él disponía.

Así que, al caer la noche, los escoceses también se fueron, llevándose la parte que les hubiera correspondido del oro de Etelhelmo, todo el ganado de Bebbanburg y todo aquello que pudiera caer en sus manos.

—Dentro de un par de días —le dije a mi hijo—, nos dirigiremos al norte con sesenta hombres y veremos cómo andan las cosas en la frontera. Acabaremos con todo guerrero escocés que sorprendamos en nuestras tierras —de modo que tanto Domnall como su señor se dieran cuenta de que era Uhtred de Bebbanburg quien de nuevo llevaba las riendas del señorío.

Sigtryggr mantuvo su promesa como yo mantuve la mía. Le había dado mi palabra de que no habría de perder a ninguno de sus hombres; lo único que le había pedido era que, al frente de un ejército, se llegara hasta el señorío de Bebbanburg para que los escoceses se diesen cuenta de la amenaza que se les venía encima. A Domnall no le había quedado otra que enviar ojeadores para vigilar de cerca los movimientos de aquel ejército, lo que le había obligado a reducir las fuerzas que asediaban Bebbanburg. Me imaginaba que nunca habría dado la orden de atacar, pero la amenazante presencia de Sigtryggr bastaba para que tal ataque fuese aún menos probable; de modo que aquella tarde, mi yerno, al frente de ciento cincuenta hombres, se adentró en el estrecho istmo, cruzó la puerta engalanada con calaveras e hizo su entrada en Bebbanburg.

Etelhelmo salió con vida de aquella. Como muchos de los suyos, se había acogido a sagrado en el interior de la iglesia; una vez dentro, depusieron las armas y enviaron un cura para negociar los términos de la rendición. Me hubiera gustado acabar con él, pero Etelstano me lo prohibió terminantemente. Había mantenido una larga conversación con el *ealdorman*; después, vino a verme y me comunicó su decisión de que Etelhelmo siguiera con vida.

—Sois un necio, mi príncipe —le dije—; vuestro padre habría acabado con él.

—Apoyará a mi padre —repuso Etelstano.

—¿Qué os ha prometido? ¿Qué os lleva a pensar que mantendrá tal promesa?

—Que vais a quedaros con su hija como rehén.

Algo que no dejó de sorprenderme.

—¿Que voy a cargar con Ælswyth?

—Así es —repuso Etelstano, con una sonrisa—; vuestro hijo me lo agradecerá.

—Al demonio lo que haya de agradeceros mi hijo —repliqué, pensando en la incómoda situación en que me dejaba semejante relación—. ¿De verdad pensáis que Etelhelmo no estaría más que dispuesto a cambiar una hija por un reino?

Dándome la razón, Etelstano asintió.

—Es un hombre poderoso —repuso—, que cuenta con no menos poderosos partidarios. Y sí, sacrificará a Ælswyth con tal de ver satisfechas sus ambiciones; pero, si muere, su primogénito buscará la forma de vengar su muerte. Pensad en que solo cambiaríais un enemigo entrado años por otro más joven. Y, así, Etelhelmo queda en deuda conmigo.

—¿En deuda con vos? —mofándome de él—. ¿Pensáis que os lo va a agradecer? Tan solo os odiará más.

—Seguramente. Pero por fuerza estará en vuestras manos hasta que os satisfaga el rescate —añadió con una sonrisa—. Es un hombre rico, y vos, amigo mío, habéis gastado mucho oro en apoderaros de este peñasco. Para cuando haya pagado el rescate, ya no será tan rico. Y le habremos privado de parte de su fuerza.

Rezongué un poco para disimular cuánto me satisfacía semejante idea.

—Algún día acabaré con él —dije, aceptando a regañadientes tal argumentación.

—Seguramente, mi señor, pero no habrá de ser hoy ni tampoco antes de que haya repuesto en vuestros arcones todo el oro que habéis gastado en esta empresa.

Aquella noche lo celebramos con un banquete, un banquete un tanto deslucido, tan solo pescado, pan y queso, pero en el que corrió la cerveza en abundancia, lo que bastó para convertirlo en un festín. Al que invitamos a los pocos hombres de mi primo de los que nos fiábamos. Porque, obligados a abandonar la fortaleza como proscritos, el resto de sus hombres ya vagaba por las colinas. Congregamos a los supervivientes de los hombres de la capa de color granate de la guardia personal de Etelhelmo en el patio de abajo, entre la Puerta Alta y la Puerta Baja. A la mañana siguiente, los obligaríamos a ponerse en camino hacia el sur; uno de cada tres llevaría un arma para defenderse durante el largo trayecto de vuelta que les quedaba por delante. En atención a su rango, Etelhelmo se sentó con nosotros en la mesa principal en lo alto del estrado. Aunque sus ojos aún revelaban el miedo que había pasado, estuvo tan afable como siempre. Observé cómo mi hijo le servía cerveza a su pálida y preciosa hija, y cómo la joven reía cuando, reclinándose hacia ella, mi hijo le susurraba algo al oído. Al oír aquellas risas, Etelhelmo se volvió y me sorprendió mirándolos. Seguíamos siendo enemigos, pero nuestras miradas se entrecruzaron fugazmente antes de que un grito de júbilo que nos llegara de las mesas de más abajo

nos proporcionara una excusa para volver la vista a otro lado. Echaba de menos a Eadith, pero uno de los barcos del *ealdorman* todavía estaba en condiciones de hacerse a la mar; al día siguiente, Berg, al frente de una pequeña tripulación, zarparía rumbo sur con intención de traer a nuestras mujeres y a nuestras familias a su nuevo hogar.

El arpista de mi primo interpretó el cantar de Ida. Bailando, mis hombres lo coreaban. Jactándose de sus proezas, referían anécdotas de la batalla, pero ninguno de ellos reconocería jamás el horror que había vivido. En una sala más pequeña, yacían heridos sin cuento. Con telas de araña y musgo que habíamos recogido, y sirviéndonos como vendas de jirones de los estandartes de mi primo, tratábamos de restañar sus heridas; no obstante, llegué a ver a uno de los curas de mi primo, un hombre joven, administrando los últimos ritos de su Iglesia a aquellos que eran cristianos. Otros, en cambio, yacían aferrados al pomo de una espada o de un machete; algunos, tanto empeño tenían en que algún día volviéramos a vernos las caras en el Valhalla, que incluso se los habían atado a la mano.

Y aquella noche, en compañía de Finan, me llegué al extremo de la cornisa de roca que se extendía ante la mansión. Alargado era el resplandor de la luna sobre el agua. Aquel reflejo dibujaba un largo y resplandeciente sendero, el mismo que Ida, *el Portador de la Llama*, siguiera en su día antes de establecerse en una costa desconocida. Y con la mirada velada, con lágrimas en los ojos, me quedé contemplando aquel largo y luminoso sendero.

Porque había vuelto a casa.

NOTA HISTÓRICA

Este es el momento en que he de reconocer mis pecados y revelar qué partes de esta novela no son sino pura invención, o en qué otras he alterado clamorosamente el curso de la Historia. Hasta tal punto esta novela es fruto de mi imaginación que esta nota histórica carece casi por completo de sentido, porque casi todo lo que aquí se cuenta carece de sustento histórico. Nunca se produjo el encuentro que aquí se menciona entre Eduardo, Etelfleda y Sigtryggr, como tampoco hay noticia de reyerta alguna en Hornecastre, ni constancia de que los escoceses invadiesen Northumbria en el año 917.

Dicho esto, el lector puede estar seguro al menos de que reales fueron muchos de los personajes que en ella aparecen, y que las acciones y las ambiciones que se les atribuyen concuerdan con lo que sabemos de las posturas que mantuvieron y de las políticas que llevaron a cabo. Con la única excepción, si cabida tiene en tan endeble defensa, de aquello que se refiere al *ealdorman* Etelhelmo. Porque sí que existió, y fue un muy poderoso y rico noble sajón del oeste, solo que, probablemente, falleciera antes del año 917; si he prolongado sus años de vida es porque me parece un digno adversario para Uhtred. Suegro del rey Eduardo como era, no parece descabellado suponer que, por todos los medios, intentara que Etelstano no fuera reconocido como hijo legítimo y, en consecuencia, fuera desheredado, en favor del segundo de los hijos del rey, Ælfweard, que era nieto suyo. Tiempo habrá en que la rivalidad entre Etelstano y Ælfweard adquiera mayor importancia, pero, en lo que se refiere al contenido de esta novela, tal enfrentamiento no es sino un recurso literario para justificar los enredos de Etelhelmo. Quienes, como Etelhelmo, no reconocían a Etelstano como hijo legítimo del rey mantenían que Eduardo no había llegado a casarse con la madre del joven; de ahí la bastardía. Las fuentes históricas no nos aclaran qué pudiera haber de cierto en tal pretensión, de modo que, en esta saga, me he decantado de parte de aquellos que dan por buena la legitimidad de Etelstano. Todo indica que Eduardo trató de proteger al joven Etelstano enviándolo a la corte de su hermana Etelfleda, señora de Mercia por entonces, donde vivió en paz. En esta novela también se da a entender que Eduardo no se llevaba bien con Elflada, su esposa e hija de Etelhelmo, y en esto sí parecen coincidir las fuentes.

El trasfondo de las novelas que protagoniza Uhtred no es otro que la historia de cómo se fraguó Inglaterra, o la tierra de los ingleses, como se decía por entonces. Al inicio de esta saga, allá en los años 870 de nuestra era, Inglaterra no existía como tal. Como tampoco existían Gales ni Escocia, por otra parte. La isla de Britania estaba dividida en muchos reinos, reinos que no paraban de guerrear entre ellos, hasta que

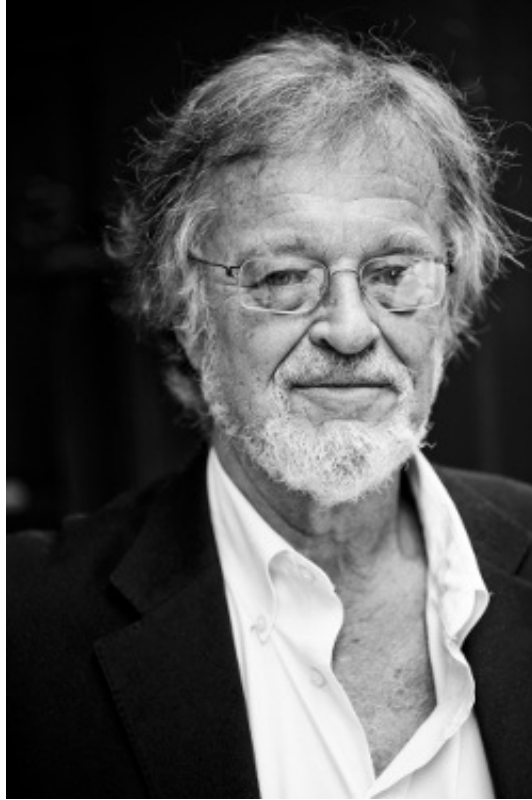
las invasiones vikingas y los posteriores asentamientos dieron lugar a una respuesta que habría de culminar con la aparición del reino unido de Inglaterra. La misma deriva histórica habría de seguir Gales, sobre todo durante el reinado de Hywel Dda, y Escocia, durante el reinado de Constantino. Ambos fueron grandes reyes que dieron los primeros pasos para la unificación de sus respectivos reinos. Aunque he envilecido la figura de Constantino dando a entender que, si bien con dudoso éxito, llevó a cabo una invasión de Northumbria en el año 917, no cabe desechar tal idea por completo, puesto que, más adelante, sí que la llevaría a cabo. Porque, receloso del creciente poder que adquirirían los sajones al sur de las fronteras de su reino, andando el tiempo, trataría de quitárselos de encima.

Cuando Uhtred vino a este mundo, aquel territorio que, con el paso de los años, llegaría a ser conocido como Inglaterra, estaba dividido en cuatro reinos. Los daneses se habían apoderado de tres de aquellos cuatro reinos, y poco faltó para que no se hiciesen también con el cuarto, Wessex, aquel que estaba más al sur. La historia de cómo se fraguó Inglaterra no es otra que el relato de cómo aquel reino situado en el extremo sur, Wessex, fue recuperando poco a poco el resto del territorio hasta el norte. En realidad, el sueño de una Inglaterra unida fue una idea de Alfredo el Grande, rey de Wessex, fallecido en el año 899, y cuyo mayor logro fue asegurar las fronteras de su reino, algo sin lo que dicho proceso bien podría no haberse producido nunca. Fue Alfredo quien ideó el sistema de fortines o fortalezas, que no eran sino ciudadelas fortificadas. Los daneses, temibles adversarios, por otra parte, no contaban con medios adecuados para asediarlas, y la proliferación de esas ciudadelas con sus murallas inexpugnables dio al traste con todos sus intentos. Una táctica que se extendió al extremo sur de Mercia, un territorio que, durante mucho tiempo, estuvo en manos del marido de Etelfleda. Tras la muerte de su esposo y una vez proclamada señora de Mercia, Etelfleda amplió las fronteras de su territorio por el norte, recuperando parte de aquellas tierras que aún estaban en manos de los daneses, y, para asegurar los nuevos límites, levantó más y más fortines. Lo mismo hacía su hermano Eduardo, rey de Wessex a la sazón, en Anglia Oriental, de modo que hacia 917, y con la sola excepción de Northumbria, los daneses habían perdido casi todo el territorio que, en su día, ocuparan. Al contrario que los pobladores de Mercia, que se jactaban de decir que tenían una identidad propia, el antiguo reino de Anglia Oriental no se restauró, sino que pasó a formar parte de Wessex. Por todos los medios, los sajones del oeste intentaron que Mercia siguiera el mismo camino, pero los pobladores de Mercia se resistían con uñas y dientes a la idea de convertirse en un mero apéndice del poderoso reino de Wessex, y Etelfleda, a pesar de que su hermano fuera el rey de dicho reino, siempre fue partidaria de que Mercia preservase su independencia. Sin embargo, allá por 917, Mercia ya estaba no solo endeudada hasta las cejas con Wessex, sino bajo la creciente esfera de influencia de la casa real de los sajones del oeste. Aún no había nacido Inglaterra tal y como hoy la conocemos, pero tampoco debía de parecer ya tan descabellada la idea de un único país en el que

tuvieran cabida todos los que hablasen la lengua inglesa, o, cuando menos, ya no se consideraba como el sueño poco menos que imposible que debía de haber sido en tiempos de Alfredo. Lo único que aún quedaba por recuperar era Northumbria, que estaba en manos de Sigtryggr, y, casándolo con Stiorra, un personaje absolutamente ficticio, como novelista histórico me he metido en un buen berenjenal.

La fortaleza de Bebbanburg existió como tal. Y todavía se mantiene en pie, solo que hoy se la conoce como el castillo de Bamburgh, una imponente y muy restaurada fortaleza medieval construida allí donde, en tiempos, se alzara la antigua. En algún momento, a mediados del siglo IV de nuestra era, un anglo llamado Ida, a quien sus adversarios britones dieron en llamar Ida, *el Portador de la Llama*, cruzó el mar desde el continente y se apoderó del peñasco y la fortaleza, donde fundó un pequeño reino, Bernicia, que abarcaba gran parte de lo que ahora es Northumbria y el sur de Escocia. A pesar de mi empeño en tildar de sajonas a todas las tribus que hablaban inglés, es innegable que, entre ellas, había también anglos y jutos, y, para mayor escarnio, a la hora de buscar un nombre para ese país, el inglés recurrió al dialecto de los anglos antes que a aquel que utilizaban los más poderosos sajones del sur. Así, pues, los descendientes anglos de Ida siguieron siendo los señores de Bebbanburg hasta el siglo XI, y muchos de ellos llevaron el nombre de Uhtred. El protagonista de estas novelas, en cambio, es un personaje ficticio, igual que no menos ficticia es su larga lucha por volver a hacerse con Bebbanburg (así llamada en honor de la reina Bebba de Bernicia, esposa del nieto de Ida). Lo que no deja de llamar la atención, sin embargo, es que tan imponente fortaleza siguiera en manos de aquella familia y que, durante el prolongado período en que daneses fueran quienes llevaban las riendas de aquel territorio Vikingo y pagano, se mantuviera como un enclave sajón y cristiano. Me malicio que debían de haber establecido algún tipo de colaboración, pero nada sabemos a ciencia cierta; de lo que no cabe duda es de que levantaron una imponente fortaleza, una de las grandes ciudadelas de la Britania prenormanda. Es posible que quienes hoy visiten el castillo se sorprendan al ver el puerto y el canal que hasta él llevaba, pero no hay que olvidar que tanto el fondeadero actual, de escaso fondo, como el canal, se han ido cegando con el paso de los siglos y nada queda de los antiguos. Aunque ya no reside en Bebbanburg, la familia que utilizaba el nombre de Uhtred ha pervivido hasta nuestros días, y aún recurre a una variante de dicho nombre como apellido. Como descendiente de ellos que soy, creo que puedo tomarme algunas libertades en cuanto a su dilatada y distinguida historia.

De modo que, en esta novela, Uhtred vuelve a ser de nuevo el legítimo propietario y señor de Bebbanburg. Una vez satisfecha su gran ambición de recuperar la fortaleza de su padre, todavía le queda por culminar una ambición aún mayor, la de un único país para todos aquellos que hablasen la lengua inglesa. Lo que significa que, a pesar de lo que nuestro protagonista, Uhtred, pueda pensar, sus andanzas aún no puedan darse por concluidas.



BERNARD CORNWELL (Londres, 1944). Novelista y periodista inglés. Vivió su infancia en el sur de Essex.

Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre.

Se graduó en la Universidad de Londres y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad.

Tras esta experiencia, pasó a trabajar para la cadena inglesa de televisión BBC, donde comenzó como investigador para el programa *Nationwide*, y permaneció en ella durante los siguientes 10 años, llegando a ser Jefe de la sección de *Actualidades* de la cadena en Irlanda del Norte.

Fue trabajando en Belfast cuando conoció a Judy, una turista americana, de la que se enamoró y con la que se trasladó a Estados Unidos, donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso.

Según Cornwell, la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente (*Green Card*), solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

Como reconocimiento a su labor como escritor, en junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

